

Los gobiernos progresistas en debate

Antonio Elías compilador

Marcelo Abdala; Atilio A. Boron; Reinaldo Carcanholo; Juan Castillo; Ana Esther Ceceña; Enzo del Búfalo; Antonio Elías; Abraham L. Gak; Claudio Lozano; Margarita López Maya; Raúl Prada; Álvaro Rico; Plinio Sampaio; Miguel Soto; Luis Suárez Salazar

ISBN 987-1183-48-8

Buenos Aires: CLACSO, julio 2006

(23 x 16 cm) 192 páginas

Este libro es fruto de un apasionante taller organizado conjuntamente por el Instituto Cuesta Duarte del PIT-CNT de Uruguay y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Reunido en Montevideo en el año 2005, un grupo de estudiosos latinoamericanos sometió a riguroso escrutinio las políticas económicas y sociales impulsadas por los nuevos gobiernos de izquierda en Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Venezuela, al tiempo que examinaba las perspectivas que los movimientos populares abrían en Bolivia y las que se desprendían de la sorprendente recuperación de la economía cubana.

Las discusiones evidenciaron la inconsistencia entre la retórica de los gobiernos y sus políticas concretas. Pese a numerosas declaraciones en contrario, estas continúan alineadas con el Consenso de Washington, siendo Venezuela una solitaria excepción. El taller no se limitó a constatar esta discrepancia, sino que se internó también en el examen de las alternativas. Desmintiendo las tesis de los ideólogos del establishment, los aportes recogidos allí demuestran claramente el realismo y la sensatez de la fórmula emblemática del Foro Social Mundial: "Otro mundo posible".

Hay otras políticas en relación a la deuda externa, el problema de la tierra, la lucha contra la pobreza, la escandalosa regresividad del régimen tributario, la preservación del medio ambiente, la reconstrucción del estado y la consolidación de la ciudadanía. Si no son impulsados, no es a causa de un imperativo supuestamente inexorable -la globalización, el humor de los mercados o cualquier otra superstición por el estilo- sino por la vacilaciones en la convicción de los gobiernos para avanzar por un sendero distinto al señalado por los sectores dominantes de la economía mundial.

Atilio A. Boron

PRÓLOGO

[Marcelo Abdala](#)

INTRODUCCIÓN

[Antonio Elías](#)

Primera Parte

IDENTIFICACIÓN Y ANÁLISIS DE LOS PRINCIPALES CAMBIOS
REALIZADOS POR LOS NUEVOS GOBIERNOS

[ARGENTINA](#)

[BRASIL](#)

[CHILE](#)

[VENEZUELA](#)

[URUGUAY](#)

Segunda Parte

[IMPACTOS Y TENDENCIAS DE LOS CAMBIOS](#)

Tercera parte

[PERSPECTIVAS Y AGENDA ALTERNATIVA](#)

[Noticia de los participantes](#)

INTRODUCCIÓN

ESTE LIBRO ES EL RESULTADO DEL ENCUENTRO organizado por el Departamento de Industria y Agroindustria del Plenario Intersindical de los Trabajadores-Convención Nacional de los Trabajadores (PIT-CNT), el Instituto Cuesta-Duarte (ICD) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), realizado en Montevideo entre el 17 y el 19 de agosto de 2005

El movimiento sindical uruguayo surgió y creció desde la diversidad, supo construir su unidad reconociendo las diferencias, tuvo la capacidad de enfrentar el golpe militar con una huelga general y fue actor fundamental en la lucha por la democracia contra la dictadura. En las dos últimas décadas debió resistir la ofensiva neoliberal expresada, entre otros aspectos, por una “guerra de baja intensidad” contra la organización sindical.

Hoy esta fuerza sindical caracterizada por su independencia de clase enfrenta, por primera vez, el desafío de “convivir” con un gobierno nacional constituido por fuerzas políticas con las cuales ha mantenido históricamente acuerdos y alianzas, tales como la convocatoria a la realización de plebiscitos y referéndum contra las aristas más agudas de las políticas neoliberales.

El origen de la convocatoria al debate que se presenta aquí fue la necesidad que tenía y tiene el movimiento sindical de combinar en forma sistemática teoría y acción, en una actitud práctico-crítica imprescindible en una fuerza social que se plantea, como objetivo estratégico, una transformación radical de la relación entre el capital y el trabajo.

Discutir las alternativas de cambio social y económico en América Latina es un tema prioritario y a la vez urgente que permite enriquecer un proceso de reflexión y analizar a la luz del nuevo contexto regional algunos fenómenos cruciales para los intereses populares en nuestro continente. Los debates realizados aportan múltiples elementos que potenciarán la capacidad de las fuerzas sociales organizadas, en particular del movimiento sindical, para seguir avanzando hacia las conquistas que nuestros pueblos están demandando. Esta dialéctica entre la acción y la elaboración teórica, en base a un análisis científico de la realidad, ha sido la mecánica que ha

permitido avances sustantivos en la acumulación de fuerzas de los movimientos populares. Cada vez es más necesario construir un pensamiento colectivo, un nuevo sentido común, que debe alimentarse de un debate fluido, no ocasional, entre dirigentes sociales e intelectuales comprometidos con el cambio social. La actividad realizada y este libro apuntan claramente en esa dirección.

El evento realizado en Montevideo reunió a un grupo de académicos, intelectuales y dirigentes sociales latinoamericanos los que, en conjunto con una parte significativa de la dirección del movimiento sindical uruguayo realizaron, durante tres días un proceso de reflexión sobre la actual situación de los países en proceso de cambio en América Latina. Los desafíos son enormes, como bien reconocieron todos los participantes. Es necesario avanzar no sólo en la identificación de los puntos críticos de las orientaciones políticas y económicas que hoy prevalecen en América Latina, sino también en el señalamiento de algunas de las alternativas concretas para cambiar el rumbo actual de los acontecimientos.

El debate giró alrededor de las preguntas: ¿cuáles son los principales cambios realizados por los nuevos gobiernos?, ¿cuáles son los principales impactos y tendencias de los cambios realizados sobre la economía, la sociedad y el sistema político?, ¿cuáles son las dificultades y restricciones que tienen las fuerzas políticas progresistas que han conseguido mayorías suficientes y accedieron al gobierno para aplicar políticas efectivamente alternativas al neoliberalismo?, ¿cuáles serían los cambios necesarios para desmontar el sistema de reglas implementado por el neoliberalismo y crear condiciones para el desarrollo de políticas y procesos tendientes a la creación de un nuevo orden social productivo, inclusivo, democrático y de reafirmación de la soberanía e independencia nacionales?

La metodología utilizada en el encuentro fue el trabajo en talleres, sin ponencias previas, buscando lograr, en base a preguntas significativas, un intercambio fluido de carácter sustancial con participantes que conocían en profundidad los temas que estaban en discusión, tratando de encontrar respuestas a los desafíos de los nuevos gobiernos y las alternativas que se abren para nuestras sociedades. Las actividades fueron coordinadas por Antonio Elías y Álvaro Rico quienes moderaron las reuniones, haciendo preguntas y tratando de orientar el proceso de discusión hacia una síntesis de acuerdos y desacuerdos. Las reflexiones y los avances logrados en el proceso fueron presentados en un acto que se realizó en el Paraninfo de la Universidad de la República.

Este libro pretende reflejar lo ocurrido en el debate sin caer en una relatoría. Con ese fin se realizó una selección de aquellos aspectos que parecieron más pertinentes para aportar al proceso de debates que se está realizando en América Latina; los extractos de esas

reflexiones fueron corregidos y aprobados por los autores. El resultado de esos trabajos se presenta en tres partes. En esta introducción, presentaremos solamente el contenido general de cada parte y una reflexión acerca de la importancia de algunas de las ideas aquí expuestas.

En la primera parte “Identificación y análisis de los principales cambios realizados por los nuevos gobiernos” se trata de contestar la pregunta: ¿cuáles son los cambios que realmente se produjeron en cada uno de los países analizados? Se buscó así precisar si habían existido modificaciones en las reglas formales (constitucionales y legales) e informales (culturales e ideológicas) de funcionamiento de la sociedad y el Estado. Se prestó particular atención a las áreas: la relación capital-trabajo; la interacción entre el sector público y el privado; la inserción de la economía nacional en la economía mundial; las relaciones entre el Estado y la sociedad y los mecanismos de participación en la toma de decisiones.

En la segunda parte “Impactos y tendencias de los cambios” se intenta identificar: ¿cuáles son los impactos de esos cambios?, y ¿cuáles son las causas explicativas de lo que sucedió?, tratando de contrastar lo que ha sucedido en cada país con lo ocurrido en el ámbito regional e incluso continental. El cambio en sí mismo puede significar diferentes cosas, dependiendo centralmente de cuál es la tendencia en la que se ubica. Un tema central fue considerar si los impactos logrados son consistentes con los objetivos de los cambios, o sea si esos cambios llegan a los resultados que buscaban y si avanzan en la dirección de generar, y -esto es clave-, modelos socio-económico-políticos efectivamente alternativos a las políticas desarrolladas por los gobiernos neoliberales en las últimas tres décadas. En esta parte se incluyen el análisis de las dificultades y restricciones que tienen las fuerzas políticas progresistas que alcanzaron el gobierno para aplicar políticas efectivamente alternativas al neoliberalismo.

En la tercera parte «Perspectivas y agenda alternativa» se consideraron dos aspectos: en primer lugar la propuesta de cambios que ordenan la acción y en segundo lugar, derivado de lo anterior la agenda de investigación: qué es lo que no nos podemos explicar, qué es lo que tenemos que profundizar, cuáles son los puntos que están oscuros. Tratando de superar el posibilismo que condena a la resignación se discutió tanto sobre la elaboración de propuestas alternativas concretas como acerca de la necesidad de tener ideas fuerza que convocaran a un proceso de acumulación para el cambio.

Este material es reflejo de las dificultades que encuentran dirigentes sociales e intelectuales comprometidos con el cambio social ante un proceso que en algunos países significa una licuación, mayor o menor, de las propuestas programáticas que impulsara históricamente la izquierda latinoamericana y, sólo en un caso, se perci-

be un claro cambio de trayectoria, en un proceso no exento de contradicciones. Esta constatación exige analizar cuáles son las causas explicativas de lo que está ocurriendo. Explicar por qué pasa lo que está pasando, sin caer en simplificaciones tales como que esta situación es consecuencia de la traición de los dirigentes y exige reconocer la multiplicidad de variables que inciden en estos procesos.

Desde un principio, al comenzar la discusión, se reconoció que cada uno de los países tenía estructuras económicas, sociales y políticas diferentes, como así también que tenían diferente historia, contexto, nivel de riqueza y estructuración de clases sociales. La idea central fue buscar entre todos algunos elementos comunes y avanzar -a partir de ellos- en la profundización de los elementos específicos de su propia realidad.

Este texto fermental -con aportes riquísimos que reúnen una diversidad de pensamientos y prácticas difíciles de encontrar en una sola obra- nos introduce en la discusión acerca del proceso de cambios que está ocurriendo en América Latina y sus consecuencias, lo cual, por supuesto, está sujeto a múltiples controversias.

El tono de la reunión se expresa desde un inicio con Atilio Boron, quien señala: “A la hora de identificar los principales cambios realizados por los nuevos gobiernos en América Latina la primera reacción sería afirmar que han habido algunos cambios, pero ciertamente muchos menos de los que se esperaban... en realidad lo que más ha cambiado en América Latina ha sido la retórica”.

En lo relativo a las situaciones nacionales es de destacar el intercambio de ideas acerca del gobierno actual de Venezuela que realizan Margarita López Maya y Enzo del Búfalo, ambos con líneas argumentales muy elaboradas.

También la realidad argentina es vista con diferentes matices por Abraham Gak, Claudio Lozano y Atilio Boron, aunque todos coinciden en que en su país -Argentina- no se han producido modificaciones significativas en la distribución del ingreso.

Los expositores brasileños concuerdan, en cambio, en las críticas al gobierno del Partido de los Trabajadores. Plinio Sampaio Jr. es contundente cuando afirma: “Los cambios que están ocurriendo en Brasil refuerzan el blindaje institucional y los bloqueos mentales que perpetúan el modelo neoliberal”. En el análisis explicativo Reinaldo Carcanholo señala: “En el ejecutivo (del PT) tenían un proyecto de poder, pero no tenían un proyecto de sociedad”.

Por su parte, Chile, es presentado desnudo de falsos oropeles por Miguel Soto, dirigente sindical, que muestra cómo el mejor alumno de los organismos multilaterales arrastra su estela de pobreza y marginación social

En el caso uruguayo, los sindicalistas Juan Castillo y Marcelo Abdala marcan la existencia de contradicciones y tensiones en el gobierno de Tabaré Vázquez entre un modelo económico continuista

y cambios favorables a los trabajadores en su relación con el capital. Todos ellos comparten la caracterización de que hay “una disputa por la hegemonía”. Álvaro Rico incorpora su análisis sobre la ruptura del discurso único y la emergencia de discursos de izquierda, en particular, en lo que hace a los derechos humanos.

Los ejes de discusión fueron múltiples cuando se analiza en la segunda parte la nueva situación. En la segunda y tercera parte del libro se incorporan aportes de Bolivia, Cuba y México, países que no estaban incluidos en la categoría de nuevos gobiernos progresistas. El triunfo -en Bolivia- de Evo Morales, presidente que ha comenzado un proceso de nacionalizaciones que estaría generando cambios sustantivos en la estructura económica de su país, se produjo en 2006. México aún no ha recorrido el proceso electoral y la revolución cubana está por cumplir el medio siglo.

El aporte de los compañeros de esos países enriqueció el proceso de discusión. Raúl Prada hizo un aporte sustantivo en lo referente a la experiencia del movimiento social boliviano y su acumulación política tan original, al mismo tiempo que señala cómo la izquierda política tiende a reproducir viejas prácticas y a dejar de lado las nuevas construcciones, prácticas y aprendizajes del movimiento social. Ana Esther Ceceña, mexicana, realizó importantes reflexiones en las que pone en cuestión, entre otros aspectos, la existencia de vías dentro del capitalismo; el papel de los movimientos sociales y su relación con el poder político; la creciente injerencia militar de los Estados Unidos en nuestro continente. Luis Suárez, de Cuba, aporta múltiples elementos sobre la relación entre reforma y revolución y entre anti-reforma y anti-revolución y desarrolla, entre otros aspectos, un análisis de la incidencia del pensamiento de la CEPAL en América Latina.

El análisis general parte del reconocimiento de que el desarrollo del capitalismo, a partir de los setenta, provocó la desestructuración de construcciones políticas, sociales y culturales desarrolladas en torno a las políticas económicas keynesianas y se puso en cuestión hasta qué punto estos cambios afectaron a los llamados sujetos tradicionales del cambio.

Todo esto llevó a debatir el papel de los movimientos sociales y los nuevos sujetos sociales. Movilización, participación y autonomía de movimientos sociales, viejos o nuevos, respecto a los gobiernos definidos como de izquierda. Se destacó el papel de los trabajadores organizados como sujeto fundamental del cambio. Se planteó, a su vez, que existía un proceso de cooptación de dirigentes sindicales convocados al gobierno para debilitar y neutralizar a los sindicatos. Respecto a los nuevos sujetos se discutió acerca de sí: ¿se construyen o ya están ahí en la realidad actual de nuestro continente?, ¿qué estrategias de poder tienen estos nuevos sujetos para transformar la sociedad?

Cuando se abordaron los cambios en el sistema político se analizó hasta qué punto había un debilitamiento del Estado-nación dentro del proceso de globalización. También se consideró que en determinados países había habido un desmoronamiento del sistema político tradicional y del sistema de partidos en particular en Venezuela y Bolivia. El caso de Venezuela, obligó a discutir el papel del factor militar en los procesos de cambio. A su vez, se puso en cuestión el papel de las estrategias extra-institucionales, tomando en consideración que si bien la movilización popular impuso que se fueran Sánchez de Losada, Fujimori y De la Rúa, no tuvo fuerzas para ir más allá.

La heterogeneidad de situaciones y experiencias llevó a la discusión de si avanzábamos hacia cambios profundos o si estábamos ante una mera alternancia de las elites de gobierno. La vieja discusión entre reformismo y radicalismo recorrió la reunión, desde el no hay salidas dentro del capitalismo, a la necesidad de encontrar soluciones a la actual situación como único camino para la acumulación de fuerzas: el reformismo es revolucionario ante la impotencia del capitalismo. Dialéctica revolución-contrarrevolución, reforma y contrarreforma. Claudio Lozano planteó que se vivía un “*momento de transición*”, concepto referido a una nueva etapa política en su conjunto en América Latina. Y afirmaba: “en este proceso de transición lo medular es potenciar y generar nueva institucionalidad.”

La agenda de propuestas partió del reconocimiento de que existen fuertes restricciones en el marco del capitalismo para superar la grave situación de nuestros países, pero a la vez se percibe que no existe hoy una correlación de fuerzas que permita alcanzar en el corto plazo un nuevo modelo de sociedad. En esencia se entiende que si bien no se puede disociar el cuestionamiento al neoliberalismo del cuestionamiento al capitalismo, es imprescindible desarrollar políticas que acoten los efectos nefastos del modelo neoliberal y creen condiciones para avanzar hacia una nueva sociedad.

Un conjunto de aspectos centrales de la agenda es el reconocimiento de que una condición necesaria, para lograr cambios reales y efectivos del actual sistema socio-económico-político, es alcanzar una democracia participativa en todos los ámbitos de la sociedad, tanto en el espacio de las decisiones políticas como de las económicas. Participación que exige en lo económico redefinir los derechos de propiedad buscando procesos de inclusión social y desarrollo. Esto incluye la incorporación de los trabajadores y las comunidades en los procesos de gestión y autogestión. Sin participación social no habrá proyecto alternativo sustentable, pero para ello es fundamental la independencia de las organizaciones sociales, fundamentada en la legitimidad que le otorga la defensa consecuente de los intereses comunes respecto al poder político. Este punto es una condición

imprescindible para avanzar sólidamente en un proceso de cambios que no puede quedar en manos de líderes ocasionales.

Otros puntos de la agenda que pueden agruparse son los que tienen que ver con la inserción internacional. Al respecto se propone la creación de mecanismos de desconexión relativa del mercado mundial, entendido como la creación y redefinición de las fronteras de nuestras economías a fin de tener políticas económicas y Estados nacionales con capacidad de incidir fuertemente en los procesos de industrialización, distribución y satisfacción de las necesidades básicas de la población. Esto se complementa con el fortalecimiento de los procesos de integración regional que tiendan a la integración continental. Nuestras economías son pequeñas y por lo tanto es importante la generación de un mercado latinoamericano poderoso, con capacidad de acumulación y ahorro para impulsar las inversiones y los avances científico-tecnológicos tomando en cuenta la enorme cantidad de recursos humanos y materiales subutilizados o inutilizados en nuestro continente.

Otro gran aspecto, tiene que ver con el papel del Estado, redefinido como un actor principal que debe contraponerse necesariamente al poder económico que predomina en el mercado, el que por su propia lógica no atiende las demandas sociales de los que no tienen capacidad de pago y genera procesos de concentración y centralización de la riqueza, que origina una salida permanente de recursos de nuestras economías hacia los países centrales. El fortalecimiento del poder político del Estado implica el fortalecimiento económico -no se puede seguir pagando la deuda externa en estas condiciones- y la independencia para resolver las políticas públicas sin los condicionamientos de los organismos multilaterales. Es imprescindible cambiar las reglas de juego de la economía y la sociedad creadas por el neoliberalismo a lo largo de tres décadas, recurriendo a las dictaduras militares y a la guerra de baja intensidad contra los movimientos sociales. El Estado debe legislar para terminar con los procesos de flexibilización laboral que han llevado a situaciones de enorme pobreza, a la baja de los salarios, a la informalidad, a la fragilidad absoluta de los trabajadores frente a la voluntad de los empresarios, amos y señores de cada una de sus unidades productivas y que tratan de serlo también de la sociedad en su conjunto. Romper esa enorme asimetría entre capital y trabajo y fortalecer los derechos de los trabajadores es una de las tareas fundamentales del Estado.

Por todo lo señalado, la lectura de este libro invita a reflexionar sobre el proceso de cambios que deben recorrer nuestros países, para recuperar, en todos sus aspectos, los derechos adquiridos por nuestros pueblos. Reconociendo, además, que esos derechos siempre fueron insuficientes. Un tema capital del proyecto alternativo es la recuperación y creación de nuevos derechos legales y constitucio-

nales, a la vez deben producirse avances ideológicos y culturales en la dirección de fortalecer las formas solidarias de interacción humana y el respeto por el legítimo otro.

Este material permitirá reflexionar sobre la validez o falsedad de las tesis de Reinaldo Carcanholo: “ningún proceso antineoliberal en este momento logra éxito, si no apunta a un proceso anticapitalista. En segundo lugar, ningún país en América Latina, grande o chico, tendrá éxito en una política de reformas, en una política antineoliberal, una política anticapitalista, solo. Ningún país. Sólo será posible una victoria en ese proceso si estamos unidos”.

Por último, es necesario señalar que el autor de esta introducción, comparte la idea fuerza que propuso Reinaldo Carcanholo “¡*explotados de América Latina, uníos!*”.

Antonio Elías

Montevideo-Buenos Aires,

junio de 2006

PRÓLOGO

NUESTRO PIT-CNT A TRAVÉS de su Departamento de Industria y Agroindustria y el Instituto Cuesta Duarte, junto al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, tuvo el altísimo honor de poder desarrollar un encuentro para reflexionar acerca de la perspectiva política de América Latina con lo mejor de la intelectualidad crítica de nuestro continente.

El lector de este libro podrá percibir que gran parte de los planteos desarrollados en este encuentro, realizado entre el 17 y 19 de agosto de 2005, han encontrado confirmación en la vida misma.

Ahora los datos están echados. Se presenta con claridad el carácter de la escena social y política de Uruguay a casi año y medio de gobierno progresista.

La central obrera uruguaya, nuestro PIT-CNT, habló muy claro el 1° de Mayo de este año en los más de cuarenta actos realizados a nivel nacional y en la cadena de radio y televisión. El movimiento obrero se pronunció con claridad crítica acerca de la conducción macroeconómica del país que está imprimiendo sentido al proceso económico, social, político e ideológico de la peripecia uruguaya. El tipo de negociación que se encaró con el FMI y los organismos financieros multilaterales viene condicionando las posibilidades de abrir una fase de cambio social profundo en nuestro país. Las prioridades de la gestión macroeconómica derivadas de estos acuerdos –generación del superávit fiscal para pagar los servicios de la deuda y control de la inflación– determinan el raquitismo del aparato del Estado para impulsar una estrategia de desarrollo productivo, social y democrático; postergan la resolución sustentable de la deuda social y productiva; y terminan inhibiendo la competitividad de los sectores productivos. Esta estrategia tiene como única apuesta para la generación de puestos de trabajo la construcción de reglas de juego adecuadas para la promoción de la inversión extranjera directa. Por otra parte, no existe voluntad política de promover un cambio institucional en el aparato del Estado que transpira una serie de conductas, de reglas del juego y hasta un *ethos* adecuado para el proyecto de país de las clases dominantes, lo que hace que no sea

posible construir vinos nuevos en odres viejos. Sin un impulso transformador de signo democratizante en la institucionalidad establecida, por más buena voluntad que tengan los nuevos timoneles del aparato del Estado, éstos serán atrapados por una máquina que no sirve a los efectos de lo nacional, popular y democrático.

El planteo sindical reclamó la realización de una auditoría ciudadana de la deuda externa, el desarrollo de políticas productivas por parte del Estado construidas con participación de los trabajadores y una política de inserción internacional del país pro América Latina en rechazo a la idea de un Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos.

Estos pronunciamientos al calor de importantes movilizaciones como fueron: la del 6 de abril –reinstalando la presencia combativa del clásico y renovado proletariado industrial–, la de los trabajadores de la salud y la enseñanza, el mismo 1° de Mayo, y la formidable movilización del 22 de junio, operan en la escena política nacional como catalizadores y promotores de reacomodos y realineamientos positivos en el seno del propio Poder Ejecutivo.

El gobierno con su propia composición social e ideológica está en situación fluida. Es un gobierno en construcción, en disputa. El debate entre el Ministro de Ganadería y Agricultura –Mujica– y el Ministro de Economía y Finanzas –Astori– sobre la cuestión del endeudamiento interno del sector agropecuario esconde más diferencias que el tema concreto, los debates sobre la reforma tributaria para que se concrete en serio la consigna de que pague más el que tiene más y los diferentes posicionamientos acerca de un posible TLC con el imperialismo norteamericano, indican que aquí no hay tema cerrado y que la perspectiva que se abre es entre un país productivo –esto es, el cambio en la estructura socioeconómica y la ruptura del equilibrio actual– o el equilibrio macroeconómico y la administración de la crisis del sistema, una especie de jardín de los senderos que se bifurcan de hondo sentido político.

El arduo trabajo de construcción de la nueva hegemonía, para la fundación de un Estado nuevo, deberá estar dado entre otras cosas por alianzas más profundas de todos los que no pagan tributo al paradigma neoclásico en economía y sociedad.

Por otra parte, la conducta de la derecha social y política también es demostrativa: se unen las Cámaras patronales alzando nuevamente su voz contra los Consejos de Salarios. La derecha ataca al Ministro de Relaciones Exteriores –opuesto al TLC– y al Ministro del Interior –verdadero garante democrático al mando de la policía– por su actitud ante las luchas obreras –ocupaciones mediante–, lanzan un lamentable coro intentando operar en el quién aísla a quién, para colocar en el banquillo de los acusados al movimiento sindical, cuando décadas de desregulación de las relaciones laborales y disponibilidad arbitraria son la verdadera causa de la conflictividad social.

Esto abre el siguiente panorama:

1. Actuamos en una fase de tránsito: si se logra construir una nueva hegemonía que desplace del poder al bloque que lo ha detentado históricamente, esto es, si concretamos la apertura de una nueva fase del proceso histórico de acumulación de fuerzas por parte de las organizaciones obreras y populares, el proceso avanzará por la vía de la profundización de un proyecto nacional, popular y democrático. Si los sueños de cambio y las expectativas son frustradas, más tarde o más temprano tendremos regresión de derecha en toda la línea.
2. El gobierno es un gobierno en disputa, en construcción, por su propia composición social está sujeto a diversas tensiones.
3. El sistema de organizaciones populares –con el movimiento obrero como columna vertebral de un amplio arco de alianzas– actuará como la reserva crítica de la sociedad uruguaya en pos de una salida de agudización del proceso. En medio de la lucha deberá autoconstruirse como locomotora del país productivo, y en este proceso deberá cambiar inclusive la propia configuración de la izquierda política actual.
4. La derecha actuará en el sentido de retomar la iniciativa y aislar a los vectores del cambio social de Uruguay.

En el cuadro de una América Latina que se mueve en conjunto, la mejor contribución de la clase obrera uruguaya al proceso de revolución continental es ayudar a generar las condiciones de un gobierno más a la izquierda, por el camino crítico de la profundización de la democracia hacia un programa nacional, popular y democrático anclado en los intereses objetivos de las grandes mayorías nacionales.

Marcelo Abdala
Secretariado Ejecutivo del PIT-CNT

Argentina

ATILIO A. BORON

A LA HORA DE IDENTIFICAR los principales cambios realizados por los nuevos gobiernos en América Latina, la primera reacción sería afirmar que ha habido algunos cambios, pero ciertamente muchos menos de los que se esperaban. Por supuesto que el panorama varía de país en país. Daré una visión panorámica para mostrar que en realidad lo que más ha cambiado en América Latina ha sido la retórica.

Hubo un cambio en el discurso ideológico que tiene que ver con el hecho de que el neoliberalismo, de alguna manera, ha encontrado cierto límite a su capacidad hegemónica de crear un consenso favorable en las sociedades latinoamericanas. Recordemos simplemente que, en la década del noventa, se ganaban elecciones apelando al neoliberalismo. Las ganó Alberto Fujimori en Perú, Carlos Menem en Argentina; las ganaron en Uruguay y también en México.

El dato novedoso es que, en estos últimos años, para ganar las elecciones hubo que hacer una crítica retórica muy fuerte –verbal, por lo menos– *en contra* del neoliberalismo. Y éste es un elemento importante que nosotros –tal vez más interesados en el análisis de lo económico-social– haríamos muy mal en descuidar. Este componente ideológico es muy significativo, porque nos indica que las sociedades latinoamericanas están esperando otra cosa, eligen gobiernos con un mandato para hacer otras cosas. El problema es que los cambios han sido pocos. El tránsito desde ese mandato popular para cambiar el rumbo a las políticas concretas que lo hagan efectivo ha sido muy difícil de realizar.

La experiencia paradigmática para nosotros, los científicos sociales, es la brasileña, porque si hay un país que reúne todas las condiciones para hacer posible el tránsito del neoliberalismo al posneoliberalismo, ese país es Brasil. Brasil no corre el riesgo –ni en la más demencial aventura de la Casa Blanca– de que se decrete un embargo o un bloqueo en su contra, como se hizo con Cuba. Es un país que tiene una gravitación internacional impresionante, un mercado interno de 190 millones de habitantes, 8.5 millones de km² y un sector industrial poderosísimo, que en algunas ramas de punta compite con los países más desarrollados. Pensemos, simplemente, en la aviación comercial de nivel medio de Brasil, que vende aviones como los *Bandeirantes*, que desplazan a aviones holandeses, cana-

dienses y norteamericanos en licitaciones internacionales. Esto significa que Brasil es un país con una fuerza enorme. Y, sin embargo, si hubo algún cambio en ese país, ese cambio consistió, justamente, en la acentuación de las tendencias neoliberales del gobierno de Fernando Henrique Cardoso. Esto no es un descubrimiento mío, sino que lo declaran los movimientos sociales en Brasil y un sector muy importante del Partido de los Trabajadores (PT); también lo afirman João Pedro Stédile en el Movimiento de los Sin Tierra (MST), algunos intelectuales como Emir Sader y muchos otros. Con Lula se han acentuado las tendencias que se venían implementando con anterioridad.

Esto tampoco es novedoso en el panorama latinoamericano. Pensemos en la experiencia argentina: cuando triunfa la Alianza con Fernando De la Rúa, el mandato popular anhelaba un cambio de rumbo. Esa fue la forma en que se presentó la Alianza: como una alternativa al menemismo. Y, sin embargo, lo que la Alianza hizo en esa breve gestión de dos años de gobierno fue profundizar el rumbo neoliberal que venía siendo impulsado por el gobierno de Menem en la década anterior; incluso a través de la imposición de una reforma tributaria profundamente regresiva, que afectó considerablemente a los sectores medios de la sociedad argentina. Algo muy similar a lo que se produciría luego en Brasil en torno a la discusión sobre la seguridad social y su reforma.

Entonces, tal como anticipé en un principio, a la hora de evaluar estos cambios constatamos que lo que ha habido en América Latina es un cambio en la retórica. Este cambio tal vez haya sido más notorio en Argentina, puesto que es un país dado a los excesos: exceso de neoliberalismo, exceso de populismo, etcétera.

Argentina fue más neoliberal que ningún otro país, aplicó la política del Consenso de Washington como ningún otro en América Latina. Un país más pequeño como Bolivia logró defender su empresa estatal de petróleo. Argentina, en cambio, gracias a Carlos Menem y al peronismo gobernante en ese momento –al cual el actual presidente no era del todo ajeno: es oportuno recordar que era gobernador de una de las provincias más importantes–, privatizó absolutamente todo, incluyendo la compañía de petróleo YPF, SEGBA, etcétera. Ni siquiera Vicente Fox, que se define a sí mismo como un empresario que gobierna y define a su gobierno como un gobierno de los empresarios, se atrevió a hacer lo mismo en México. En Argentina esa política de aplicación de las medidas neoliberales se llevó al extremo.

Lo que quiero marcar es que, a pesar de los mandatos populares, en América Latina esa tendencia continúa. Cuando uno analiza los discursos del presidente Néstor Kirchner, tiene la sensación de que está en Venezuela. Si uno leyera los discursos sin saber de quiénes son, no sabría si quien habla es Hugo Chávez o el propio Kirchner.

Hay en ellos una crítica muy fuerte al neoliberalismo, al imperialismo, al colonialismo, al Fondo Monetario Internacional (FMI), a los empresarios; hay incluso algunos gestos muy impresionantes como, por ejemplo, la reunión de Kirchner en Francia con los empresarios franceses, en la que realizó unos desplantes muy marcados hacia la clase empresaria, hacia lo que podríamos llamar el capitalismo internacional.

Pero la pregunta que sigue es: ¿qué reflejo tiene esto en la gestión económica, en el día a día de la práctica concreta del Ministro de Economía, Roberto Lavagna? Y, lamentablemente, constatamos que hay un abismo que separa el discurso del presidente de la práctica concreta que lleva a cabo el Ministro de Economía, que sigue dentro de los carriles del Consenso de Washington. Hay una sola gran excepción –importante para equilibrar este análisis–, que fue la negociación por la quita de los bonos de la deuda externa, único punto en que se produjo una salida significativa respecto de los grandes lineamientos del Consenso de Washington.

En el resto de los casos, la política se articula prácticamente en la misma dirección. Un claro ejemplo está dado por las declaraciones del Ministro Lavagna en las que afirmó que un pequeño aumento concedido al personal encargado de edificios de propiedad horizontal, al igual que el incremento otorgado a los jubilados (de 20, 25 pesos), tendrían un impacto inflacionario. Esto nos habla de la continuidad de un modelo de gestión que ve en el salario la fuente de los problemas, y que deja totalmente de lado la reconstrucción del mercado interno.

Por otro lado, existe la amenaza del agotamiento del experimento petista en Brasil, con el fracaso del gobierno de Lula. No se debe extender prematuramente un certificado de defunción, a pesar de que João Pedro Stédile expresó que el gobierno de Lula ya se acabó. Quisiera mantener una puerta abierta, pensar que es posible una rectificación, aunque las chances de que esto ocurra son bajísimas. Obviamente, si no se modifica radicalmente el rumbo, la mayor economía de América Latina –y una de las mayores del Tercer Mundo– se encamina hacia un fracaso rotundo que, sin ninguna duda, va a ejercer un efecto depresivo y regresivo sobre todos los países de la región. El fracaso del experimento de Lula en Brasil tendría un impacto demoledor sobre todos los países de la región, empezando por Argentina y Uruguay, con efectos que se harían sentir hasta en México. Esto es lo que hoy está en discusión. Por ello las perspectivas son bastante poco alentadoras.

ABRAHAM L. GAK

COMPARTO la importancia dada al discurso que no se acostumbra a tener en cuenta habitualmente. Es importante porque permite ubicarse a la gente que lo lee o escucha y responde muchas veces a sus requerimientos.

En el caso de Argentina, la Alianza no presentaba una expectativa de cambio, planteaba sí una mayor transparencia, una mayor honestidad y la erradicación del delito en la función pública.

Pero, básicamente, quiso respaldar la convertibilidad sosteniendo que la iba a mantener a toda costa, lo mismo que el pago de la deuda externa. En ningún momento de la campaña electoral, en ninguno de sus documentos, se planteaban cambios en estos aspectos.

De modo que la Alianza se presentaba claramente como una continuación del modelo preexistente; más prolijo, más honesto, pero –en definitiva– no cambiaba radicalmente las cosas.

El gobierno de Kirchner viene a ser casi un milagro. No creo exagerar cuando afirmo que en Argentina la aparición de Néstor Kirchner es casi un milagro. Porque si pensamos que podría haber sido presidente Menem o Rodríguez Saá, De la Sota, o Reutemann, lo mejor que podía ocurrir era esto.

Si lo que está ocurriendo es suficientemente bueno es otro tema. El gobierno de Kirchner, si uno analiza su discurso de asunción como Presidente, manifestaba algunas definiciones políticas importantes:

- recuperación de la soberanía y toma de decisión propia del Estado,
- recuperación de las funciones del Estado,
- necesidad de incorporarse al ámbito internacional sin ceder objetivos fundamentales: el crecimiento, el desarrollo y la distribución del ingreso.

De modo que desde el punto de vista del discurso uno podría afirmar: “Bueno, estamos frente a un gobierno *razonablemente* progresista”. Pero la realidad se presenta con algunos signos muy diferentes.

Por un lado, el Ministro Roberto Lavagna, que no parecería ser un ministro que quiera modificar la estructura del modelo, presenta, sin embargo, algunos logros significativos. Uno de ellos, indudablemente, es la renegociación de la deuda que significó una quita muy significativa en la deuda privada.

Lavagna heredó algunas situaciones que no son producto de su gestión. Durante la gestión del anterior ministro de Economía, Jorge Remes Lenicov se dispuso una devaluación asimétrica, que llevó la moneda de 1 a 1.40 y significó una emisión de bonos a favor del sistema bancario que incrementó la deuda pública en forma sig-

nificativa; en segundo lugar, la presión del Fondo Monetario Internacional (FMI) de pasar a una flotación sucia, que llevó al dólar a casi 4 pesos y originó una debacle que cayó fundamentalmente sobre los sectores más empobrecidos de Argentina y en tercer lugar, permitió que grandes empresas licuaran sus pasivos.

De todos modos esto colocó a Argentina en una situación muy particular. Una devaluación del 300% originó un acomodamiento del precio relativo de no más del 70-80%, de forma tal que se generó una cierta competitividad que permitió recuperarse bastante sobre todo a las pequeñas y medianas empresas, para iniciar un proceso de sustitución de importaciones, que generó a su vez un muy limitado crecimiento de empleo, aunque principalmente dirigido a un empleo no formalizado, un empleo “en negro”.

Se estableció un régimen de retenciones fijo. Nosotros originalmente no estuvimos de acuerdo con eso, sosteníamos que tenía que ser móvil, de modo que a medida que las condiciones de competitividad mejoraran para los sectores exportadores, la recaudación del Estado fuera mayor. De todos modos, la retención fue significativa –si bien claramente el gobierno tiene algún acuerdo con los sectores petroleros, porque no solamente no fueron afectados sino que fueron beneficiados–, y esas retenciones fueron sumamente importantes para evitar que se generara un incremento de los costos de vida más allá de los que ya se habían establecido.

Pero, igualmente, mantener en regla las variables macroeconómicas, tener superávit fiscal, tener las cuentas externas con un superávit importante, en un primer momento la instalación de un control de cambios razonablemente estricto –aunque nosotros sosteníamos que se tendría que haber dado un paso más allá– que se fue liberando poco a poco, hasta ahora que hay muy pocas limitaciones reales a los movimientos de capital, fue importante.

De modo que no pongo en la balanza la actitud del Ministro Lavagna como negativa. El empleo ha mejorado, aunque su calidad no es buena aún; no obstante hay sectores que sí han tenido un acomodamiento mejor; el sector público está condenado y en definitiva todavía los sectores asalariados están visiblemente retrasados respecto de su participación en el producto bruto, que tradicionalmente en Argentina fue mucho más equitativo de lo que es ahora. Habrá que ver cómo sigue este proceso.

El ministro ha insistido permanentemente en que la presión salarial iba a generar inflación y fue produciendo un estado de ánimo en el que se instalaba la idea de que los reclamos salariales eran los causantes de la inflación.

Nosotros sostenemos que eso es falso; lo que pasa es que no se ha hecho ningún esfuerzo serio para modificar la distribución del ingreso. Es evidente que la intencionalidad del sector empresario es no ceder nada de sus ganancias, que son excelentes. En general

todo el sector empresarial ha mejorado enormemente su rentabilidad. Ha habido una circunstancia extraordinaria y es que los sectores de pequeñas y medianas empresas que no tenían acceso al crédito han hecho todo sin crédito, con los recursos propios y el manejo de caja.

El gobierno ha lanzado planes especiales de crédito para pequeñas y medianas empresas con tasas de interés muy convenientes pero, lamentablemente, los empresarios estaban –muchos aún lo están– prácticamente fundidos y no pueden ofrecer las garantías elementales a los bancos, con lo cual el crédito existe pero no pueden acceder a él. El gobierno aún no ha hecho absolutamente nada para mejorar esas posibilidades, la corrección de cómo calcular la rentabilidad de las garantías de una empresa o generar fondos fiduciarios o sistemas de garantía recíproca que permita a entidades que no tienen patrimonio acceder a créditos presentando planes de producción que sean viables no se ha realizado.

Todo esto no muestra que la situación haya mejorado sensiblemente. No lo presento como una continuidad lisa y llana de los gobiernos anteriores, pero no ha habido una intencionalidad real de cambio profundo de las relaciones de poder en Argentina. Los sectores empresariales siguen ejerciendo el poder; el gobierno claramente no ha querido combatir contra ellos. Todos sabemos que una reforma tributaria –imprescindible para producir un cambio en la distribución del ingreso– nunca es pacífica, siempre es conflictiva, y el gobierno no ha ido tras eso. Está iniciando una campaña importante para reducir el empleo “en negro”, incluso está anunciando la incorporación de 200.000 agentes que van a inspeccionar para incorporar el personal a las planillas de trabajo, pero es evidente también que eso es una medida de relativo valor, porque todavía los salarios siguen siendo bajos. Todavía los sectores empresariales gozan de muchas franquicias e incluso algunas áreas, por ejemplo el petróleo, tienen privilegios inaceptables porque a pesar del gran incremento que ha tenido el precio del petróleo no tienen que aumentar las regalías ni una décima de porcentaje, de modo que realmente ya no sólo es plantear en términos conceptuales a quién pertenece esa renta no renovable de Argentina, sino que ni siquiera se ha mejorado la participación en esa renta.

CLAUDIO LOZANO

ES IMPORTANTE UBICAR EL MOMENTO ACTUAL de Argentina en el marco de la crisis de hegemonía de las clases dominantes que se establece a partir del 2001. Crisis cuyos contenidos tienen que ver con una agravada y larga decadencia social, cuyo rasgo dominante es la ruptura del patrón básico de organización de la sociedad, el deterioro brutal de sus sectores medios –los que tienden a constituir la trama dominante de la nueva pobreza–; el colapso del esquema económico –básicamente del régimen de convertibilidad, que se produce dado el sobreendeudamiento del sector público argentino y la ausencia de definiciones en términos de financiamiento por parte de la economía mundial–; y una profunda crisis de representación política.

Esa crisis de hegemonía, con estos tres contenidos, tenía una dinámica de fractura al interior de la cúpula dominante, donde ciertos sectores empresariales apostaban al mantenimiento y profundización del régimen de convertibilidad, incluso con planteos cercanos a la estrategia de dolarización, mientras que otros estaban a favor de la salida devaluacionista.

Esta dinámica era acompañada por un cuadro de movilización social ascendente muy significativo, asentado en organizaciones que habían nacido y se habían desarrollado por fuera del sistema político tradicional. Con esto último me refiero tanto al sistema político partidario como a las estructuras sociales de contención propias del régimen vigente.

La crisis de hegemonía convive con una situación muy puntual y concreta: hay una ausencia explícita de dirección consciente por parte de los sectores populares. No se había configurado una alternativa política que permitiera transformar ese cuadro de movilización en una estrategia institucional con capacidad de hacerse cargo de la etapa que se abría. Como consecuencia se abre un proceso de resolución de la crisis, que va a tener distintas etapas.

Una primera etapa, represiva, que comienza el 19 y 20 de diciembre de 2001 –con represión concreta sobre el movimiento popular, con amenazas sobre partes sustantivas de las organizaciones que habían sido soporte de ese proceso– y que se desarrolla incluso durante parte del año 2002.

En segundo lugar se produce la salida devaluacionista de la convertibilidad, con costos brutales para los sectores populares: el impacto en precios que esto supuso arrojó cinco millones de personas por debajo de la línea de pobreza en apenas cinco meses.

En tercer lugar se pone en marcha un plan de contención social que intenta cooptar lo que había sido la experiencia popular, que estableció una suma de 150 pesos (50 dólares) para cada jefe y jefa de hogar desocupado. El plan llegó a tener dos millones doscientos mil beneficiarios. Se debe considerar que cuando cae el Gobier-

no de De la Rúa, los planes sociales para los desempleados no eran más de doscientos mil. O sea que se pusieron en marcha dos millones de planes. Obviamente la magnitud de esta red se explica por el grado de cuestionamiento social previo.

A pesar de todo lo anterior, el intento de legitimación en la continuidad del sistema político tradicional no pudo ser sostenido. La propia movilización social prácticamente le puso límites al gobierno de Duhalde que debe retirarse, al igual que algunas de las figuras más notorias del *establishment* político argentino que emergían como alternativa de recambio y que, por diferentes razones, fueron desplazadas.

La emergencia de Kirchner en la presidencia, en el marco de la crisis más profunda del sistema político tradicional, supone la aparición de alguien prácticamente desconocido, que si bien formaba parte de la estructura del justicialismo estaba lo suficientemente alejado del firmamento político electoral del país como para que se conociera de quién se trataba.

En términos económicos, el proceso de devaluación supone, en primer lugar, la profundización de la recesión que venía desde 1998 hasta mediados del 2002; a partir de allí se produce un proceso de recomposición de la actividad económica, a tasas aceleradas que permitió alcanzar recién en 2005 los niveles del año 1998, que son los mismos niveles de producto por habitante del año 1974. En los últimos treinta años hubo un proceso de oscilaciones cíclicas, pero siempre en el marco del estancamiento estructural.

El nivel de actividad es similar al año 1998 pero sobre la base de un esquema de negocios diferente, porque la devaluación supone un espacio distinto de realización de ganancias: pierden importancia los sectores más ligados al campo financiero y de servicios –que habían tenido un papel protagónico en el marco de la convertibilidad–, y ganan relevancia los sectores vinculados a la salida exportadora y los oligopolios más vinculados al abastecimiento del mercado interno doméstico.

Ese esquema de negocios se sostiene en un cuadro social peor que el que existía en 1998. La tasa de desempleo es más alta y los ingresos son inferiores a los que teníamos en ese año. Hay cinco millones de personas más en situación de pobreza que las que teníamos en aquel momento.

Al mismo tiempo hay un ajuste fiscal respecto a 1998, el superávit que hoy tenemos es predominantemente reducción de gastos en moneda constante.

Para expresarlo de manera muy concreta: la lógica económica que se asienta luego de la devaluación es la de un régimen donde se obtiene el mismo nivel de riqueza, sobre la base de un mayor nivel de explotación de la fuerza de trabajo y una mayor pauperización de la sociedad.

Los impactos que el neoliberalismo ha tenido sobre Argentina se pueden sintetizar en tres puntos: estancamiento estructural, fuerte proceso de desindustrialización y, pauperización de la sociedad (en los últimos treinta años la población creció en quince millones igual que lo que creció el número de pobres).

Una de las consecuencias de la experiencia neoliberal en Argentina es el proceso de concentración de los medios de producción. Se ha decretado una suerte de monopolio absoluto de la tasa de inversión por parte de sus agentes dominantes. Esto determina una capacidad muy alta de condicionamiento sobre el futuro.

Otra consecuencia son las condiciones de disciplinamiento de la fuerza laboral vinculadas a una alta tasa de desempleo y a una fuerte precariedad que involucra prácticamente a la mitad del empleo, lo que supone límites precisos para una evolución ascendente del salario que acompañe la evolución del producto. Por lo general, el salario crece por debajo de lo que crece el producto, con lo que, en realidad, se agudiza la desigualdad.

En términos fiscales, el proceso ha permitido un grado importante de captura del financiamiento público y de la asignación del gasto por parte de los sectores más fuertes. El monopolio de la tasa de inversión viene asociado a la capacidad que tienen estos actores de demandar sistemáticamente apoyo fiscal para la inversión.

En cuarto lugar, el otro elemento condicionante es la tendencia sistemática y permanente a la fuga de capitales que actúa como veto para la modificación de cualquier esquema de política económica.

Estos serían los cuatro puntos que aparecen como problemas en discusión para una estrategia alternativa.

El problema principal derivado de la experiencia neoliberal es que Argentina se ha transformado en una economía donde muy pocas empresas realizan ganancias extraordinarias en muy pocos sectores. La consecuencia de esto es doble. Por un lado, tiene un impacto en términos de distribución desigual porque indudablemente sus ganancias son diferenciales respecto del resto del sector empresarial y respecto del resto de la sociedad; por otro, tiene un impacto sobre la tasa de inversión porque a través de su poder de mercado pueden realizar las ganancias y no necesitan invertir de manera significativa para mantenerla, a la vez que no les es conveniente invertir en otros sectores con menor rentabilidad. Consecuentemente hay una tendencia a declinar la tasa de inversión, por eso a pesar de que tenemos el mismo nivel de actividad económica del año 1998, la tasa de inversión es menor. Por lo tanto, sin discutir este problema –que es el problema del capitalismo argentino–, la secuela de la crisis, más allá de la recuperación de la actividad, es la dificultad para sostener el proceso de crecimiento y plantear alternativas serias.

En términos políticos, el gobierno de Kirchner emerge en el marco de un cuadro de movilización social y de cuestionamiento al sistema político tradicional. En ese sentido se opera prácticamente una clausura del discurso neoliberal. Hay una derrota político-ideológica del neoliberalismo que no es menor en términos sociales.

Este panorama permitió que Kirchner, en el momento inaugural del gobierno, estableciera un conjunto de definiciones muy significativas modificando la estrategia política hacia determinados ámbitos institucionales, tales como justicia y derechos humanos. A la vez realizó un conjunto de planteos en materia de política económica –que incluso estaban en contradicción con algunas de las definiciones que se habían tomado en el proceso de reorganización económica del gobierno de Duhalde– tales como el cuestionamiento a los acuerdos con el FMI, instalar la idea de la corresponsabilidad de los organismos multilaterales de crédito como un eje de la discusión con esos organismos, ponerle límites a las empresas privatizadas e, incluso, algunas definiciones en términos de re-estatización de empresas públicas.

El proceso vivido hace que este gobierno haya tenido una práctica política dirigida a concentrar poder en el ejecutivo, en la autoridad presidencial y a no potenciar el proceso de movilización social, sino a tratar de pedirle a la sociedad que le delegue la autoridad para resolver. En ese marco, la única propuesta del gobierno a las organizaciones populares o a las experiencias políticas que habían sido parte del proceso de movilización social es que se incorporen en su estrategia electoral. No es el tema de discutir un proyecto colectivo.

Para la Central de Trabajadores de Argentina (CTA), como central de trabajadores, una prioridad es la libertad que deben recuperar los trabajadores para organizarse y el conjunto de políticas que permitan mejorar la distribución del ingreso. El gobierno, en cambio, nos propone la candidatura de nuestro Secretario General para gobernar la Provincia de Buenos Aires.

Hay cuatro decisiones que ha tomado este gobierno en los últimos tiempos que son preocupantes, ya que determinan el escenario futuro. Primero, se han renovado las licencias a los medios de comunicación, a los multimedios, hipotecando cualquier posibilidad de política de comunicación pública en Argentina. Se han renovado las licencias sin ningún tipo de limitación, de manera absolutamente inconstitucional, por la vía de un decreto y sin ninguna justificación a medios que construyen la agenda pública –obviamente no en el sentido de una profundización política de signo popular.

Segundo, en el nombre de la búsqueda de una burguesía nacional, que cada vez resulta más difícil de encontrar, se ha tendido a cerrar acuerdos con actores empresariales que tienen más que ver con el proceso de decadencia de Argentina, que con la construcción

de una perspectiva diferente. En ese acuerdo va de suyo primero la reversión del inicial proceso de cuestionamiento a las privatizaciones y la ratificación del proceso privatista, y segundo la renuncia a la estrategia de reforma impositiva. Son las dos cosas que nosotros vemos como preocupantes allí.

Tercero, la definición del Partido Justicialista como el instrumento electoral central. Partido absolutamente articulado en término de intereses y actores con buena parte del proceso reciente en nuestro país, y en donde la relación con las organizaciones populares se establece a partir de subordinar a la adhesión o no a este tipo de estrategias.

Cuarto, la prioridad establecida en la relación del gobierno con la Confederación General del Trabajo (CGT) y obviamente abandonar, por lo menos hasta el momento, toda estrategia de libertad sindical para que los trabajadores puedan organizarse. Esto viene de la mano de un conjunto de límites muy precisos, a cualquier política de distribución del ingreso que por lo menos fije un umbral de ingreso distinto al conjunto de la sociedad. No alcanzan hoy las políticas salariales para discutir distribución. Este gobierno no tiene ninguna vocación en esta dirección.

Así que esas cuatro cuestiones son las que para nosotros tienden a obturar el futuro. De manera muy sintética lo que visualizamos es un proceso donde la movilización social abrió espacios para un conjunto de intervenciones políticas que fueron realmente saludables en términos de definiciones institucionales, y al mismo tiempo la estrategia política adoptada en cuanto propone el retorno de la sociedad a su casa, en todo caso abre un esquema cada vez más cerrado, en donde el gobierno tiende a reposar su anclaje, su asentamiento y su perspectiva, en los factores de poder tradicional.

Brasil

REINALDO CARCANHOLO

EN BRASIL NO HAY UN FRACASO del gobierno de Lula, sino un fracaso de las expectativas que nosotros teníamos.

El proyecto neoliberal en Brasil tal vez sea el último a ser implementado en América Latina a partir del gobierno de Fernando Collor de Mello; fue implementado progresivamente y se pueden identificar por lo menos tres etapas.

La etapa inicial, un poco turbulenta, del gobierno de Fernando Collor; una segunda etapa, que sería el perfeccionamiento del modelo, durante el primer gobierno de Fernando Henrique Cardoso; y una tercera etapa en la cual podríamos juntar el segundo momento de Fernando Henrique Cardoso y el gobierno de Lula.

El gobierno de Lula ha logrado consolidar el proyecto neoliberal; ha logrado establecer una unidad más orgánica en la burguesía brasileña en torno al proyecto, al incorporar sectores de la burguesía mediana y pequeña e intereses de sectores productivos dentro del proyecto, que el gobierno de Fernando Henrique Cardoso no había conseguido. Ha logrado, sobre todo, reducir la capacidad de oposición de los movimientos populares y al mismo tiempo dividirlos. La Central Única de los Trabajadores (CUT), por ejemplo, tiene con relación al gobierno una posición muy oportunista, de conciliación y de aceptación de las tesis neoliberales en distintos aspectos: por ejemplo, en los cambios en las reglas del mercado de trabajo; en los cambios en la seguridad social, en este caso la posición de la CUT es de traición al movimiento popular. No hay fracaso. El gobierno de Lula logra lo que se propuso desde el inicio: consolidar el modelo neoliberal. Los cambios en Brasil son muy profundos, pero en el sentido de fortalecer el proyecto neoliberal.

Los cambios tributarios y en la seguridad social fueron absolutamente insatisfactorios desde el punto de vista del movimiento popular. El gobierno de Lula logra hacer lo que no había podido el gobierno de Fernando Henrique Cardoso: modificar la seguridad social de los funcionarios públicos. Por cierto, base social anterior del propio Partido de los Trabajadores (PT).

Lo que sucedió fue que sectores dirigentes del PT, que hoy están cuestionados, entendieron que no había espacio para concesiones a los sectores trabajadores organizados y que sí existía la posibilidad política de captar los sectores más marginales de la po-

blación, de ahí los proyectos sociales de “Hambre Cero” y posteriormente la “Bolsa Familia”. Algunos datos sobre la Bolsa Familia son muy interesantes: hay seis millones y medio de familias alcanzadas por el proyecto; es muchísimo. Multiplicado por cuatro o por cinco, tenemos treinta millones de personas alcanzadas por el proyecto.

La estrategia de la conducción mayoritaria del PT fue: “Si no tenemos condiciones para atender las reivindicaciones de los movimientos sociales organizados, no podemos pretender seguir con el apoyo de esos sectores, entonces consigamos el apoyo de los sectores más marginados y sigamos con el proyecto neoliberal”. Esa fue la cuestión. La política actual no ha sido producto de una decisión individual, de una traición, nada de eso. El problema fue la estrategia seguida por ese sector hegemónico dentro del Partido de los Trabajadores.

En el ejecutivo tenían un proyecto de poder, pero no tenían un proyecto de sociedad. Es verdad que en sus estatutos el PT aparece como partido socialista, pero nunca fue especificado qué tipo de socialismo se pretendía. Y, sobre todo, no se sabía qué es lo que pensaba del socialismo el sector hegemónico dentro del Partido. Lo que ellos querían era ascender al poder y lo hicieron dentro de las posibilidades concretas, estructurales, de la sociedad brasileña, con acuerdos amplios, con sectores políticos de la derecha, pero, sobre todo, asumiendo la imposibilidad de cambiar el modelo.

Continúa la hegemonía del capital financiero, ahora fortalecida con la inclusión de los intereses del gran capital productivo en el segundo gobierno de Fernando Henrique Cardoso y en el gobierno de Lula. Con el gobierno de Lula se logra el fortalecimiento del proyecto con el apoyo de los sectores marginales, pero no de los sectores organizados de los trabajadores y de los movimientos sociales. Entonces, se monta un proyecto político de sostén del modelo neoliberal muy bien pensado y muy bien ejecutado.

La resistencia que podía existir entre los sectores organizados del movimiento popular y de los trabajadores ha sido dividida, y se han logrado espacios significativos en el liderazgo de esos movimientos, sobre todo de los sindicales, a través de la captación de dirigentes por parte del gobierno.

Hay que señalar dos modos. Por un lado: el clientelismo. El ejemplo más típico es que el Ministro de Trabajo en estos días es el presidente de la CUT. Eso no significa una concesión al movimiento contestatario de parte del neoliberalismo. Significa un paso más en la captación del liderazgo de los movimientos sindicales. Pero eso incluso es secundario.

La cuestión de la seguridad social es más impresionante aún, en ese aspecto. Se privilegian los fondos privados de pensión. Los sindicatos, las cooperativas y otras organizaciones tienen la posibilidad de organizar sus propios fondos de pensión. Eso significa entre-

gar al liderazgo de los movimientos sociales y sindicales la posibilidad de controlar los fondos de pensión, incluyéndolos en la lógica del capital financiero y transformando a esos individuos en gerentes financieros de fondos con considerables cantidades de dinero.

Me preocupa mucho el futuro. No creo que existan muchas salidas, a menos que el movimiento popular tenga próximamente capacidad para levantarse y contestar ese modelo. No hay salida en el interior del PT.

PLINIO SAMPAIO

EN BRASIL HAY UN CAMBIO profundo; el gobierno de Lula aceleró el proceso de reversión neocolonial que está en curso en Brasil desde hace algunas décadas. El problema es que el gobierno que fue elegido para impulsar cambios sociales y económicos se acomodó a las exigencias del “orden global”. No hubo la menor disposición de cambio. El continuismo en la política económica y en la filosofía de la política social significó una profundización brutal del neoliberalismo. Los ejes fundamentales de la política económica neoliberal fueron todos radicalizados. El gobierno subordina todas sus acciones a la necesidad de generar mega-saldos comerciales para el pago de la deuda externa; producir gigantescos superávits fiscales para alimentar los rentistas del Estado; y abrir nuevos frentes de negocios para el gran capital. Como, en el momento, no hay fuerza organizada capaz de hacer un contrapunto a la ofensiva del capital, el potencial destructivo del neoliberalismo fue llevado al paroxismo.

En este sentido es un gran equívoco designar al gobierno de Lula como un gobierno progresista, aunque fuera de Brasil muchos lo consideran así. Dos hechos indiscutibles ponen en evidencia su carácter conservador: primero, los derechos sociales de los trabajadores brasileños no aumentaron, sino que por el contrario, disminuyeron durante el gobierno de Lula; segundo, los trabajadores no fueron convocados al protagonismo social, sino que, por diferentes mecanismos, fueron desmovilizados, confundidos y cooptados. El resultado es que el “trabajo” se encuentra en la defensiva y el “capital” en franca ofensiva. Las políticas en curso refuerzan el blindaje institucional y los bloqueos mentales que perpetúan el modelo neoliberal. Esto se manifiesta de diferentes maneras. Mencionaré algunas que son emblemáticas para determinar el sentido de lo que está pasando en Brasil.

La reforma de las pensiones –la principal reforma presentada por Lula en el primer año de su gobierno– aumentó la debilidad y la inseguridad del trabajo frente al capital. Lo trágico es que la reforma no era necesaria. Al contrario de lo que fue expresado, simplemente

no había un déficit en las cuentas de la seguridad social y, por lo tanto, no se imponían medidas drásticas. La reforma no fue hecha para beneficiar a los que estaban afuera del sistema y para eliminar supuestos privilegios injustificados de los obreros más calificados, sobre todo del sector público. La reforma no contiene nada que garantice la absorción de las grandes masas de excluidos de cualquier asistencia en la vejez y la figura de una aristocracia obrera ultraprivilegiada es simplemente una ficción. El verdadero objetivo de la reforma de la seguridad social fue reforzar el superávit fiscal y crear un gran negocio para los bancos. El negocio de la seguridad social privada.

La reforma sindical que está siendo propuesta tiene un objetivo muy claro: sacralizar el monopolio de la representación sindical en las grandes centrales ya existentes. Esto significaría un refuerzo de la burocracia sindical existente y un retroceso en la capacidad de organización y de lucha de los trabajadores brasileños. La reforma sindical prepara una reforma laboral, inspirada en el Banco Mundial, que tiene como objetivo fundamental aumentar la flexibilidad en las relaciones capital-trabajo.

En las relaciones del sector público con el sector privado destacan dos aspectos. Primero, la ley de la asociación público-privada que es una modalidad de privatización. En este caso, se pasa a la responsabilidad de la iniciativa privada no el stock de un patrimonio público ya existente sino la posibilidad de explorar comercialmente servicios que, por ley, deberían ser de responsabilidad pública. Eso ya ocurrió en Brasil en el siglo XIX con resultados catastróficos para el país y para las finanzas públicas.

El esfuerzo del gobierno para realizar la independencia del Banco Central es otra manifestación inequívoca de la adhesión de Lula al neoliberalismo. Ya existe una independencia "de hecho" porque la verdad es que el Presidente del Banco Central hace la política que se le antoja. Pero, no satisfecho, el gobierno trabaja para sacralizar la independencia. La "desconstitucionalización" del tema significa que la primera barrera para garantizar la independencia legal del Banco Central fue vencida. Cabe mencionar que la base social de tal independencia –la plena libertad del movimiento del capital– fue sustancialmente aumentada en los últimos años.

En el plano productivo, Lula profundizó la opción preferencial por los agronegocios. La política agrícola está volcada a beneficiar a los grandes monopolios para exportación. En el campo, el gobierno de Lula, que tiene como Ministro de la Agricultura a un representante de los terratenientes, privilegia la monocultivo en gran escala, basada en la explotación de mano de obra barata y la depredación del medio ambiente. Esa es una de las razones por las cuales la reforma agraria no ha salido del papel. La prioridad dada al agronegocio contrasta con la absoluta ausencia de una política in-

dustrial. Sin apoyo, sin norte y teniendo que convivir con tasas de interés monumentales y tasas de cambio valorizadas, no debe causar sorpresa el hecho de que la crisis industrial se halla intensificado. En otras palabras, las políticas en curso tienden a recrear una típica economía de tipo colonial.

En el plano educacional, el gobierno impulsa una reforma universitaria de nítida inspiración neoliberal. Como se sabe, es el Banco Mundial que da la receta y nosotros la cumplimos. Es una reforma que profundiza la mercantilización, la privatización y abre ahora las puertas para la internacionalización de la enseñanza superior. Es un movimiento que compromete mucho el funcionamiento de las universidades públicas y de las investigaciones. En realidad es el esfuerzo de adaptar la enseñanza superior, a lo que se exige de la enseñanza superior en la periferia del capitalismo. A una sociedad de tipo colonial corresponde una universidad que no piensa los problemas nacionales.

También en el plano ideológico el gobierno de Lula está totalmente rendido al neoliberalismo. Si tomamos el discurso de Lula, no hay nada que se pueda decir que tenga un contenido progresista y, mucho menos, socialista. Por el contrario, tomado a sí mismo como ejemplo, Lula refuerza en todo momento el mito del *self made man*.

Pero la naturaleza del gobierno de Lula también puede ser desnudada por lo que el gobierno no ha hecho. Señalaré dos puntos simbólicos. Lula no ha hecho la reforma agraria. Esta es la opinión del Movimiento de los Sin Tierra (MST) una organización que todavía mantiene relaciones con Lula (con la esperanza de que, en algún momento, algo cambie). Tampoco ha cambiado la forma de hacer política. No sorprende que el gobierno se halle enredado en una gigantesca red de corrupción. Grandes negocios y Estado débil dan como resultado una corrupción desenfrenada. Aquí, vale la ley de la correspondencia entre forma y contenido. Al contenido neoliberal de las políticas del gobierno de Lula corresponde una forma corrupta y mercantilizada de hacer política. A cada millón de dólares desviados de los fondos públicos para alimentar los cofres de los políticos que sostienen el gobierno corresponde miles de millones de dólares canalizados para el gran capital en la forma de rentas financieras gigantescas y lucros extraordinarios inimaginables.

Chile

MIGUEL SOTO

LA SOCIEDAD EN LA QUE ESTAMOS viviendo el conjunto de los chilenos es bastante más complicada y distinta de lo que aparece en los anales económicos y sociales.

Me preguntaron si el presidente Lagos es socialista o no. Él contestó esa pregunta cuando asumió la Presidencia de la República. Afirmó que no era el segundo Presidente socialista de Chile, sino que era el tercer Gobernante de la Concertación, y definió inmediatamente que su gobierno sería continuador de las políticas económicas. Y más allá de las definiciones concretas que ha hecho en términos de su programa, que el crecimiento de Chile iba a continuar y que iba a ser con equidad, en realidad se reveló que había crecimiento pero no equidad. La distancia entre ricos y pobres sigue siendo superior incluso que en los gobiernos anteriores de la Concertación y que en el propio Gobierno militar.

Afirmo esto para desmitificar algunas cuestiones. Cuando se habla de la economía, hay que desmitificar la inversión extranjera, porque muchos sostienen que si no hay inversión extranjera, no hay inversión en el país, no se puede reestructurar la industria. En este sentido hay dos cifras que son importantes. Chile es uno de los principales exportadores de cobre del mundo. La inversión privada en la última década fue de dieciséis mil millones de dólares. Esto es lo que han invertido, pero se han llevado cuarenta y cinco mil millones de dólares en la misma década. Entonces, no sé de qué inversión estamos hablando.

Por otro lado, tenemos un sistema de ahorro forzoso, que en Chile se le pretende llamar sistema de pensiones. No es un sistema de pensiones, es un sistema de ahorro forzoso individual. Y ese dinero de los trabajadores, representa el 60% del PBI. En términos de la economía entonces ¿quién la sostiene?, los fondos de los trabajadores. Sin embargo, los trabajadores no tenemos ningún poder de decisión sobre esos fondos. Los administran los grandes capitales y con esos grandes capitales han controlado la mayoría de las empresas que se privatizaron en el país, con ganancias escandalosas.

Pero lo peor es que en muchos períodos de la economía, que nos han administrado los fondos, los trabajadores han tenido pérdidas. Y las administradoras de pensiones nunca han tenido pérdidas durante los veinticuatro años de administración. Es más, las cifras

indican claramente que las ganancias que generan los fondos de pensiones a las administradoras son casi similares a las ganancias que tiene hoy la banca en Chile, que son las más altas en términos de prestación de dinero. Porque hoy la banca chilena recolecta dinero a alrededor del 3% y lo presta al 39%. No hay duda de que ahí también las utilidades son francamente escandalosas.

Por otro lado, las cifras están demostrando que este sistema de ahorro de pensiones que se intentó vender al mundo es un fracaso; el 57% de los que están afiliados, más de siete millones de trabajadores que representan el 98%, no cotizan regularmente, y el 64% no va a tener pensiones dentro del sistema. Y toda esta carga, la va a tener que suplir el Estado. En realidad cuando se creó este mecanismo, la función era que la carga iba a ser menor para el Estado.

Se han demostrado claramente dos cosas. Primero, no van a haber pensiones adecuadas, que fue lo que prometió el sistema, del 75% de la remuneración y segundo no va a bajar la carga impositiva del Estado.

Esto es para definir en qué situación está viviendo el país como tal.

Además este sistema social que está imperando, no tiene contrapeso desde el punto de vista de las luchas sociales, de las comunicaciones, de lo económico y de lo político. La sociedad chilena ha sido tremendamente permeable al modelo.

Un compañero me decía que cuando fue a Chile le dijeron que la solidaridad de los chilenos no era la misma por el problema económico, la verdad es que ése no es el problema. La solidaridad de los chilenos no es la de antes, porque se hizo permeable al modelo económico, y por lo tanto somos más individualistas. Estamos insertos en esa lucha constante y es un problema que también tenemos desde el punto de vista de las luchas sindicales.

La CUT de Chile, la que fuera antiguamente la Central Única de Trabajadores no es la CUT de hoy. Yo soy parte de la CUT, soy parte del problema. No es la misma porque nos hemos ido creyendo el cuento de que somos superiores en América Latina desde el punto de vista de nuestro desarrollo económico y que somos más inteligentes que el resto.

Sin embargo, la realidad es que nuestro movimiento sindical chileno hoy tiene solamente un 10% de trabajadores organizados en Chile, que además tiene un tremendo fraccionamiento desde el punto de vista de la infraestructura y una legislación que es la que existe desde el período de la dictadura militar. Eso no ha cambiado, sólo es un pequeño maquillaje.

Sólo después de este Gobierno de la Concertación, recién ahora se viene a terminar con una institucionalidad que debería haberse terminado al otro día de la dictadura: Senadores designados, Consejo de Defensa del Estado, Senadores vitalicios. Y no se termina

con el sistema eleccionario que no permite que entren otras fuerzas que no sean las del sistema, ya que existe un sistema binominal y no un sistema proporcional.

Èse es un drama que es difícil y complicado, por eso es importante participar en este encuentro, donde uno recibe ánimo respecto a la lucha que tiene que estar dando en Chile en relación con la verticalidad del modelo. Por ejemplo, hace menos de un mes nuestra Central negoció con el Gobierno el ingreso mínimo y más allá de las cantidades, el método fue el siguiente: cuatro dirigentes decidieron firmar el acuerdo y el resto del Consejo Directivo que es de 45, después aprobó que eso fuera así. O sea, sin consulta a ninguna organización intermedia. Es el verticalismo que tenemos y por eso, como el sistema de Chile nos permea es complicado para el desarrollo de las luchas que tenemos.

Eso hace también que en la próxima elección, no hay ninguna duda, gane un nuevo Gobierno de la Concertación, y a no ser que exista una desgracia, Michelle Bachellet será la presidente, y lo peor que nos puede ocurrir es que gane en primera vuelta.

Ese es un problema, la izquierda no tiene una expresión que pueda superar la situación que se produjo en la elección reciente de alcaldes y concejales, que es un reflejo de la diferencia de la situación nacional, donde parte de la izquierda logró tener casi un 10%, lo que fue una situación bastante anormal, pero que es imposible repetir en esquemas con esta elección binominal de diputados, senadores y el Presidente de la República. La izquierda que va a ir en una candidatura, podrá obtener un 5% con suerte.

Por lo tanto los signos más positivos que tenemos desde el punto de vista del país, se dan fuera de éste. Nosotros seguimos con mucha atención el proceso de Uruguay que es un aliciente importante, porque da una señal muy clara. La dio antes Brasil con Lula, con todas las decepciones que hayamos tenido posteriormente. Pero fue una señal de que es posible con unidad ir ganando espacios. Por tanto lo que ocurre en Uruguay, como lo que está ocurriendo en Bolivia y los procesos de Ecuador para nosotros son importantes.

Es importante cómo han ido transcurriendo estos procesos, porque eso nos permite ir generando expectativas para lograr lo que estamos aspirando, una unidad latinoamericana en el contexto de las organizaciones sociales que permitan enfrentar de mejor manera el modelo, y construir una alternativa distinta.

En Chile como en el resto de los países de América Latina la situación del salario de los trabajadores no da cuenta de la realidad de los países. En Chile la situación del salario es lo que hace que el sistema de pensiones sea diferente. Este sistema de pensiones, hubiera sido viable por ejemplo en Europa, para el 20% que tiene salarios altos y trabajos estables. Esos tienen posibilidad de una pensión, pero el promedio de los trabajadores en Chile que son trabaja-

dores con contratos temporales, de tres o cuatro meses máximo en el año y no hay duda de que no hay ninguna posibilidad de desenvolvimiento ni desarrollo posterior.

En ese camino incluso, hay que legislar situaciones casi anormales para los trabajadores, en el contexto que existen hoy en Chile las empresas que son proveedoras de trabajadores. Para nosotros son traficantes de carne humana. El trabajador es vendido como mercancía. En la práctica, cualquiera se junta, tiene 100 trabajadores y los vende a cualquier empresa, a un salario más bajo que lo que cobran y después pueden desaparecer sin haber pagado previsión y sin pagarle indemnización a los trabajadores.

Ese es el grado de flexibilidad que existe en Chile en términos de la economía. Si uno mide –en Chile– cuáles son las empresas que ganan, se da cuenta de que hay un grupo muy pequeño que son las que tienen grandes utilidades, mientras que la inmensa mayoría, las que proporcionan el 80% del empleo en Chile, la pequeña y mediana empresa no tiene utilidades, están en problemas de crisis de orden bancario, y son las que deben más al sistema previsional porque no tienen posibilidad de pagar su dinero a los trabajadores.

Lo que uno tiende a concluir es que si el movimiento social y en particular el movimiento sindical no tiene unidad de criterio para tratar y enfrentar la situación de las transnacionales y de ir construyendo en conjunto con otra gente programas alternativos para llegar al gobierno, para ir constituyéndose en poder, la situación puede seguir siendo dramática por un largo período.

En el caso nuestro, con alguna gente con la que nos hemos ido juntando en el movimiento sindical, con el objetivo de también hacer política desde lo social, hemos construido un movimiento incipiente todavía, que es Fuerza Social, para ir generando una situación distinta en términos de definir cosas concretas.

Lo primero es la lucha contra el actual sistema neoliberal y unificar fuerzas en ese camino, e indudablemente coordinar con el movimiento sindical latinoamericano y mundial para rechazar esta imposición del modelo a través de las grandes empresas transnacionales, que en la práctica es un saqueo permanente a nuestra economía, fundamentalmente de lo que son nuestros productos básicos, en este caso la minería, la pesca y todo lo que tiene que ver con la forestación.

Venezuela

ENZO DEL BÚFALO

EXISTEN DOS ELEMENTOS CLAVE que apuntan hacia la naturaleza de los movimientos sociales actuales en América Latina. Uno es el problema del cambio de retórica que nos indica uno de los caminos principales de reflexión y el otro, es la diferencia que hay entre proyecto social y proyecto político. Esos son los elementos que nos pueden ir llevando hacia la discusión de la naturaleza de los movimientos sociales en este contexto mundial y nacional en que nos encontramos y que nos podrían explicar mejor estas nuevas expresiones políticas. En el caso de Venezuela, para poder comprender la naturaleza del gobierno de Chávez, hay que entender las causas del colapso del antiguo orden social y económico basado en el modelo rentista petrolero. Gracias al petróleo, Venezuela en los últimos cincuenta años tuvo un gran desarrollo social y económico y pudo instaurar, a partir de finales de los años cincuenta, un sistema político democrático con alternabilidad, más o menos regular, entre dos partidos mayores y con una pequeña minoría de izquierda, bien establecida y políticamente importante, además de una organización sindical activa, aunque controlada por los partidos mayores, en particular uno de ellos.

El sistema que inicialmente permitió un considerable ascenso social basado en la redistribución del ingreso petrolero a través del Estado, permitió el crecimiento de la clase media y la urbanización que prepararon la base para la formación de un sistema político estable. Esto cambió a partir de los años ochenta como consecuencia de las dos crisis petroleras, que desarticulaban el mecanismo de crecimiento y de ascenso social que había existido hasta ese momento. La inversión en Venezuela comenzó a estancarse y a decrecer, y lo mismo pasó con el salario real. Fueron prácticamente veinte años de descenso sistemático y permanente. La renta petrolera era cada vez menos efectiva en el sostén de toda la economía, puesto que iba decreciendo en términos absolutos y sobre todo en relación con la creciente complejidad de la economía y sociedad venezolanas. Además, a partir de los ochenta, el proceso de industrialización sustitutiva se estancó, por razones que son parecidas a las de otros países. El modelo basado en la distribución de la renta petrolera se fue resquebrajando en la medida en que el Estado era cada vez menos capaz de satisfacer las demandas clientelares lo que se reflejó en

la pérdida progresiva de atractivo político por parte de los partidos mayores, que culminó con la crisis al final de los noventa. Especialmente en ese período, a los marginados de siempre se fueron agregando nuevos marginados provenientes de una clase media baja en descenso que perdieron todo interés en la política en la misma medida en que los partidos tradicionales eran incapaces de hacerles llegar las migajas de la renta petrolera. A la marginación económica y social se agregó la exclusión política hasta que la frustración se generalizó también a las reducidas clases medias.

En este ambiente aparece el fenómeno Chávez, el cual no llega al poder por propios méritos, sino que es simplemente el efecto de rebote producido por el colapso del viejo sistema. Frente a la corrupción e ineptitud de los viejos partidos, una imagen antipartido generada por la televisión y vista por millares de personas que actuaban cada vez más como telespectadores que como ciudadanos y que a raíz del golpe de 1992, se había vuelto familiar, como era una imagen sin consistencia todo el mundo pudo atribuirle sus deseos y sus esperanzas. Cuando esta imagen salió de la pantalla chica para recorrer los barrios se formó un movimiento de avalancha con toda esa gente decepcionada del viejo sistema que quería un cambio.

En virtud de este origen, una vez en el poder, el nuevo gobierno de Chávez, sin ningún programa preciso, no podía ser más que un gobierno que fuese más allá de la crítica al viejo orden con una fuerte retórica antineoliberal, donde neoliberal pasaba a ser cualquier cosa que no fuese del agrado del líder. Así pues, siendo un movimiento aluvional de descontentos no es de extrañar que los primeros dos o tres años del gobierno de Chávez son, desde el punto de vista económico, más de lo mismo, una política económica caracterizada por la “reducción de la inflación”. En un ambiente de confusión se decía que “la reducción de la inflación permite aumentar el PBI”, e incluso se llegó a cuantificar los puntos de reducción del desempleo por cada punto menos de inflación, este argumento chapucero, que ningún neoliberal serio estaría dispuesto a suscribir, era el eje de la política económica del nuevo gobierno antineoliberal. La continuación por ignorancia de la vieja política económica, la carencia de políticas sociales aunada a la política de cambios constitucionales revelan la verdadera naturaleza del proyecto político chavista: un cambio en los sectores dirigentes políticos. Lo que se quiere es que otros grupos, asuman el control del país; todo lo demás está en función de este único objetivo. En la medida en que este recambio social se pone en marcha afectando los grupos dirigentes tradicionales, especialmente los grupos económicos, estos sectores, que lo habían apoyado –incluso parte de los grandes empresarios–, se ponen en su contra. Romper los mecanismos tradicionales del viejo clientelismo fue el único verdadero cambio del nuevo gobierno, aunque sólo para reemplazarlo con otro tipo de clientelismo.

Ese sistema de gerencia del poder detrás de bambalinas, de reuniones, cenas, etcétera, donde se discuten las cosas, donde se corta el bacalao, Chávez lo eliminó. Ese fue efectivamente el verdadero cambio radical que significó el inicio del enfrentamiento que llevó a partir de diciembre del 2000 y después con la primera huelga en diciembre del 2001, a todo ese proceso que se conoce como el golpe de Estado del 11 de abril del 2002. Hasta esta fecha no hubo cambios significativos en la política económica que siguió siendo la misma, pero acompañada de una retórica antiprivatización; no hubo ninguna política social salvo la eliminación de los programas de asistencia focalizados que agravó la situación de los más pobres. En estos primeros años, el apoyo de los sectores populares a Chávez estuvo basado exclusivamente en un factor de identificación psicológico-cultural. Chávez hablaba y actuaba como uno de ellos por eso –se decía– “con hambre y sin empleo con Chávez me resteo”. Esta misma percepción causa, por otra parte, la creciente hostilidad de una parte importante de la clase media que no quería un presidente “marginal” cuyo lenguaje y actitudes la escandalizaba. Al golpe se llega porque la retórica de Chávez por televisión empieza generar una oposición cada vez más radical, en forma incluso histérica, de la clase media que se ve traicionada, económica y culturalmente por Chávez, un señor que no parece tener ninguno de sus valores. Sobre esta masa opositora –que toma las calles en un contexto de estancamiento económico y de frustración al sentirse traicionada por el hombre que habían votado– se construye toda esa estrategia para tumbar a Chávez desde detrás del poder, que lleva al golpe de Estado de abril del 2002.

A partir de aquí las cosas cambian, porque como reacción al intento de golpe, Chávez empieza a improvisar una política social: con la ayuda cubana pone en marcha las Misiones, la primera de las cuales fue barrio adentro llevando médicos residentes a las zonas marginales para prestar sus servicios a una población totalmente desasistida hasta entonces. En verdad, ya había habido un ensayo previo de este tipo de asistencia, recién instalado el gobierno, con el plan bolívar 2000, pero eso después de unos meses de gobierno había caído en el olvido. De este modo empieza a diseñarse un programa de gobierno constituido fundamentalmente por una lógica reactiva: frente a cada acción de la oposición por derrocar a Chávez el gobierno reacciona con programas sociales y es exitoso, lo que le permite a Chávez –que hasta abril del 2002 había venido cayendo en las encuestas– recuperar popularidad a medida que va desarrollando programas del tipo Misión a otros sectores como la educación, etcétera. Otra ayuda indispensable para el gobierno de Chávez cuya incompetencia gerencial y administrativa excede toda imaginación ha sido la torpeza, estupidez igualmente excesiva de la dirigencia de la oposición y el cretinismo rampante que se está convirtiendo en el

rasgo típico de la clase media globalizada y que en la Venezuela petrolera parece ser aún más agudo que en otras partes. El mejor ejemplo de esto fue la huelga petrolera que desencadenó una histeria colectiva en los sectores de la oposición y le dio la oportunidad a Chávez de intervenir la industria petrolera, cosa que nunca había estado efectivamente planteada, porque se suponía, incluso para el chavismo, que ése era un mundo absolutamente intocable. Fue la oposición que, al utilizar el instrumento petrolero como clave política, rompió el tabú y le abrió las puertas a Chávez para reestructurar y tomar las riendas de la industria e iniciar una nueva política petrolera con lo cual, el país petrolero Venezuela se convirtió en la pulpería de Chávez y a partir de ese momento el gobierno comienza a tener una cierta política económica, se empieza a hablar de desarrollo endógeno, de diversificación, de integración hacia América Latina, por lo tanto, empiezan a haber ciertos elementos que uno podría llamar de política económica, pero siempre supeditados a la razón política basada en una visión de reivindicación nacionalista que se conceptualiza a sí misma como la culminación de un proceso de independencia inacabado que, por lo tanto, implica la emancipación de las clases marginadas y desposeídas. El mismo Chávez siempre ha dicho en el caso de la integración por ejemplo, que tiene que ser primero política y luego económica. Siempre ha considerado que la actividad económica tiene que estar en función de objetivos políticos, por lo tanto, nunca estructuró lo que podríamos llamar una estrategia o un plan económico más o menos coherente, para lograr objetivos específicos. La cuestión social está pues supeditada a la cuestión nacional y a mi modo de ver la conjunción de ambos conceptos siempre es aberrante. La falta de una comprensión cabal de los problemas económicos del país así como la carencia de un verdadero sujeto social que sea capaz de romper con el viejo orden y tenga una necesidad constitutiva de crear una sociedad libre de relaciones de sumisión ha sido encubierta con una consigna vacía de “el socialismo del siglo XXI”. El resultado hasta ahora ha sido que por la propia inercia de los acontecimientos, el modelo rentista petrolero no ha sido modificado, no ha sido desplazado, aunque sea parcialmente, sino más bien ha sido reforzado. De manera que si uno evalúa la política económica de Chávez de cara al reto histórico del problema estructural de la economía venezolana –que es el cambio del modelo–, uno diría que no sólo no han habido cambios, sino que ha habido un reforzamiento de la misma tendencia negativa.

Ahora bien, es verdad que este proceso político ha abierto espacios interesantes. Aunque el único verdadero cambio ha sido en el aspecto político-institucional, en un recambio de los participantes a la clase dirigente, estos cambios conllevan un relajamiento de las normas, una modificación de las instituciones, etcétera, que abren espacios políticos en los cuales las bases sociales pueden adquirir

una fuerte dinámica emancipadora y un desarrollo de construcción de su subjetividad autónoma muy interesante. En el trasfondo del movimiento chavista oficial, hay también un movimiento social que apunta hacia un cambio social distinto. Y en este sentido, el gobierno de Chávez efectivamente está impulsando un movimiento social, que por el momento se adhiere al chavismo oficial, pero que a mi juicio tiene una dinámica que tarde o temprano lo llevará por una senda muy distinta a la del chavismo oficial constituida fundamentalmente por grupos que están en su fase de acumulación originaria y que más temprano que tarde empezarán a reclamar la estabilidad.

De tal manera que si yo tuviera que resumir la evaluación del gobierno actual de Chávez, diría que no ha hecho ningún cambio radical en el modelo económico, ha hecho un cambio parcial en la dirigencia política de ese modelo, con un cambio sustancial de personajes y de actores. Ha permitido una cierta movilización social que a lo mejor apunta hacia una sociedad nueva, y en ese sentido le puede caber la denominación de revolucionario, pero por lo general encuentro que es un gobierno relativamente conservador y que ciertamente se parece mucho a los gobiernos anteriores en cuanto al resto de la transformación inmediata de la sociedad venezolana, que es el cambio del modelo rentista petrolero. El caso de Chávez, frente a otros gobiernos progresistas de América Latina, presenta una diferencia, que quizá tenga características más radicales. Eso nos plantea el problema de esta disyuntiva que tienen los movimientos sociales en América Latina: unos parecen deslizarse hacia posiciones cada vez más de tipo tradicional y convencional, de reformismo suave que hoy en día está muy coloreado por el neoliberalismo y, por lo tanto, termina siendo más de lo mismo o, el camino al que parece apuntar ahora Chávez, de un radicalismo retórico y un comportamiento nómada y trasgresor del orden constituido por el proceso de globalización, sin que ello signifique la construcción de una sociedad nueva de personas libres de todas las formas de despotismo. Por eso el chavismo no es un movimiento populista, sino que cae en el ámbito de esos movimientos que expresan los malestares viejos y nuevos frente a los males del neoliberalismo y la globalización, pero reaccionan con ideologías y prácticas sociales viejas y por esto deben ser llamados mejor “*neocarcaísmos*”.

MARGARITA LÓPEZ MAYA

LA LECCIÓN QUE SACAMOS del caso de Venezuela es que Venezuela se mantiene como un bastión de esperanza para América Latina, con sus incoherencias y coherencias, con sus virtudes y defectos este país está tratando de ir al cambio social.

El gobierno de Chávez es mucho más que el gobierno y mucho más que una crisis económica y un colapso de un sistema de partidos. Es el resultado de la gente que salió a la calle desde 1989 con el Caracazo y que todavía no regresa a sus casas, tratando de construir el cambio social en Venezuela.

Un país que se movilizó a raíz de una represión brutal de un sistema que se decía democrático en 1989, y que decidió que dejaba atrás el viejo orden de la democracia representativa para construir otro orden democrático, más profundo, más sustantivo. Y eso es lo que ha ofrecido el gobierno de Chávez. Un gobierno que refunda la República con la Constitución de 1999, con las bases de una democracia participativa y esa es la otra lección que quisiera señalar: es a través de la participación de la gente, de la gente como protagonista que se busca ese cambio social.

Podemos referirnos a las contradicciones del gobierno de Chávez, de los peligros que confronta una sociedad que tuvo que hacer emerger de la calle a su pueblo, y de los cuarteles a los militares para ver si podía rehacer un proyecto de país para el siglo XXI. Pero mientras esa gente esté en la calle y mientras esa Constitución esté vigente, la gente tiene la esperanza de que se está organizando en aras de un futuro mejor.

Señalo así, en primer lugar, de manera concentrada lo que es fundamental del proyecto del gobierno de Chávez y la alianza de las fuerzas que lo soportan con todas sus contradicciones, sus peligros, pero también con sus coherencias.

Es cierto que el gobierno de Venezuela no llega por la acumulación de fuerzas de la izquierda y no tiene partidos estructurados. En ese sentido es bastante diferente a las experiencias del Cono Sur. Pero si tenía algunas cosas claras, una de ellas es que buscaba una corrección de la desigualdad social, entendida como una corrección de la exclusión social histórica del pueblo venezolano; es un mensaje a los pueblos latinoamericanos de la necesidad de construir inclusión a través de la participación y de colocar al ciudadano, a la familia, a las comunidades organizadas, como los protagonistas en la gestión de esa construcción de inclusión.

Hay dos instrumentos de políticas que son bastante coherentes en este sentido. Uno es la política petrolera y otros son los instrumentos de las políticas sociales.

En relación con la política petrolera, el primer paso del rescate del Estado nacional fue el rescate de la renta petrolera, y si bien el

gobierno de Chávez no avanzó en los primeros dos o tres años en ese sentido, una vez que se enfrentó a la tecnocracia petrolera, durante el paro, logró con la movilización popular y con el sector militar recuperar la industria y recuperar la renta petrolera a través de una reforma petrolera. Y es el primer paso, pero vamos más allá. La política petrolera no es una política improvisada. Hay muchas políticas improvisadas en el gobierno de Chávez, pero la política petrolera no lo es. Además del primer paso que estoy mencionando, de recuperar la renta petrolera, tiene la aspiración de un desarrollo endógeno, conectando esa industria petrolera con la economía interna.

Uno de los ejemplos más exitosos son las ruedas de negocios que se están haciendo internamente pero también con otros países en América Latina, en el sentido de vincular Petróleos de Venezuela (PDVSA) al mercado interno y al mercado regional, no como antes, que todos sus insumos para la industria venían de los países desarrollados. Se busca también conectar a las industrias básicas del país, la industria siderúrgica, del aluminio, etcétera, con esa industria petrolera y conectarla como un motor impulsor de pequeñas y medianas industrias y cooperativas, para crear una red compleja, extensa, industrial, de desarrollo económico.

La pregunta válida es si tendrá viabilidad tal propuesta, pero en todo caso la creatividad en un momento determinado cuando la situación de nuestras economías es de esta magnitud de deterioro, merece ser considerada y no debe ser descartada de manera ligera, sólo porque no responde a los cánones de la economía convencional o de la economía académica.

En relación con los instrumentos de política social, se ha multiplicado lo que a veces parece una masa caótica de políticas sociales, pero es una de las cosas más coherentes del gobierno de Chávez: atacar a través de políticas sociales el problema de la exclusión de los sectores populares.

Hay quienes dicen que las Misiones son compensatorias, son focalizadas, que tienen muchas características de las políticas neoliberales pero, a su vez, cuando los pobres son el 80% de la población, la percepción de las Misiones es que son políticas universalistas. Por la magnitud de los sectores a los que va dirigido se convierten en una política universalista.

Sin embargo, hay otros aspectos que han sido centrales para explicar el proceso de movilización. Los periodistas que llegan a mi casa me dicen constantemente que ven en los barrios populares el entusiasmo con que la gente se está movilizandoy se está organizando con la ilusión de mejorar su calidad de vida y su futuro. Eso tiene que ver con el enfoque de las políticas sociales en Venezuela, que han venido atacando tres ejes, uno de los cuales es el de la desigual distribución del ingreso y la riqueza. Me parece que esto es muy central a los gobiernos de izquierda, y me refiero particular-

mente a la ley de Tierras y Desarrollo Agrícola, y al Decreto 1.666 de la Regularización de la Tenencia de Tierra ocupada en las ciudades venezolanas.

Creo que este Decreto de Regularización de la Tenencia de la Tierra Urbana que se dio en el año 2002, poco antes del golpe de Estado, ha tenido un impacto muy grande a nivel simbólico en términos de tenencia y de inclusión por parte de los sectores populares así como algunas políticas como la de la economía social. Todas las políticas sociales del gobierno del Presidente Chávez están concebidas en términos de una democracia participativa y en ese sentido todas tienen requisitos de participación y organización para poder acceder a los derechos sociales y a los derechos humanos.

En el caso de estas leyes de tenencia, que son leyes que tratan de responder a demandas históricas de las mayorías populares en América Latina, todas tienen el requisito de crearse a través de asambleas, organizaciones, comités de tierras rurales, comités de tierra urbana, cooperativas en el caso de incorporarse al sistema de microfinanzas, etcétera. Pero las de tierra particularmente son muy significativas, porque no solamente la gente se tiene que organizar para poder acceder al título de propiedad urbana o a la parcela agrícola, sino que también tiene que reconstruir su comunidad, y ser capaz de construir la historia de la comunidad a la que pertenece, darle los límites, construir el croquis de la comunidad en colectivo, en asamblea, tienen que llenar una serie de requisitos que son de tipo participativo que les van desarrollando sentimientos de pertenencia, sentimientos de solidaridad y sentimientos incluso de comunidad, que han sido de un gran impacto en la dinámica de movilización de los sectores populares hoy en Venezuela.

El caso del Decreto 1.666, lo considero muy crucial porque en Venezuela más del 80% de la población vive en las ciudades. El decreto salió el 4 de febrero del 2002. De inmediato, espontáneamente, comenzó un proceso de organización de los sectores populares, para acceder a una aspiración histórica que es que la casa que has ocupado y que hasta ese momento ni siquiera formaba parte de los croquis de la ciudad, vas a tener la posibilidad de dejársela a tus hijos, a tus nietos, etcétera.

Hay una dimensión simbólica en este tipo de políticas sociales que ha sido muy importante. Incluso pienso no solamente en lo que estimulan sino en lo que se puede perder, si no se defiende el gobierno de Chávez. Creo que eso ha producido una dinámica de empoderamiento de los sectores populares sumamente grande.

En el caso de los comités urbanos de tierra, son movimientos –el decreto se dio dos meses antes del golpe–, donde la gente comenzó a organizarse por su cuenta, mientras el gobierno pasó dos años intentando sobrevivir (2002-2003) y cuando emergió de la crisis política, había mucha gente ya organizada en los barrios populares, en

comités de tierra, esperando que el Estado venezolano respondiera y eso también creó una distancia, una autonomía en los comités de tierra. No voy a negar que allí hay cantidad de tensiones por la magnitud y el poder del Estado venezolano, pero me parece que este tipo de políticas es de los cambios más significativos que un gobierno de izquierda puede hacer. Luego del diagnóstico de exclusión hay que construir inclusión, sentimiento de inclusión y condiciones de inclusión. Los comités tienen esa virtud. Se aspira a que sea la gente misma que comience a solucionar el problema tomando algunos atributos organizativos y de participación para que comience su autodesarrollo, como dice justamente la teoría de la democracia participativa.

De esta manera quería presentar estos elementos como bastiones de posibilidades de construcción, siempre y cuando consideren a la gente, a la comunidad y a los sectores populares como protagonistas en este hacer, en la construcción de un futuro mejor o posible. También como instrumento fundamental de estas políticas es que Venezuela sabe que no puede sola. El caso venezolano podría tener éxito sólo en la medida que se construya una integración latinoamericana y Venezuela ha puesto su petróleo al servicio de esa integración latinoamericana, a través de los convenios energéticos con las otras naciones, a través de la búsqueda de creación de petroleras como Petrosur o Petrocaribe o Petroandina, convenios con el Caribe, convenios con los países del Sur, con precios preferenciales del barril del petróleo, con intereses diferentes, ajustados, con miras a utilizar el instrumento, el recurso que tiene, a ver si después de dos siglos de repúblicas que no han podido superar la colonización bien sea de España, Inglaterra, Holanda o los Estados Unidos, si alguna vez en lugar de mirar hacia el Norte, nos miramos a nosotros mismos y podemos comenzar un desarrollo con la gente que tenemos, con los mercados que tenemos, con los recursos que tenemos.

Uruguay

MARCELO ABDALA

ESBOZARÉ CUATRO HIPÓTESIS sobre la realidad uruguaya y cuatro aspectos de carácter global sobre la realidad del continente.

En primer lugar, nuestro movimiento sindical señala que a partir del 1° de marzo estamos en una nueva situación política y social, radicalmente diferente a la anterior. Que potencialmente es la negación crítica de toda la historia del país. A partir de la espiral de desarrollo de las luchas sociales y políticas se inaugura un nuevo momento, un plano superior. Todo esto como potencialidad, en un proceso de acumulación de fuerzas que el pueblo uruguayo ha venido desarrollando para transformar la sociedad.

En segundo lugar, esta nueva situación en la cual la inmensa mayoría vota por un cambio es resultado de un proceso construido en función de una orientación política y social de amplitud y de masas. Una larga peripecia de acumulación de fuerzas que fue generando toda una serie de herramientas a disposición de nuestro pueblo, entre las que está la unidad de toda la clase obrera alrededor de una central única. En una peripecia atípica en el concierto continental y mundial, este proceso de unidad de los trabajadores se desarrolló en un esquema de firmeza de principios, de construcción de la organización, de defensa integral de los intereses del movimiento obrero que desde su fundación adoptó el programa del Congreso del Pueblo. Congreso donde representantes de 800.000 uruguayos se reunieron a elaborar un programa de salida a la crisis que a fines de los sesenta ya se empezaba a manifestar, como parte del fracaso del modelo de sustitución incompleta de importaciones.

Una orientación, por tanto, que –construyendo herramientas populares– avanzó y repercutió en el esquema de unidad sin exclusiones de toda la izquierda uruguaya y que cristaliza en esta nueva situación política donde, con modestia pero con mucha claridad, consideramos que hay un papel vertebral de la clase trabajadora uruguaya, manifestado a lo largo de toda la historia. Se unieron los trabajadores en una sola central, contribuyeron con su orientación a desplegar una orientación de unidad, de amplitud de masas, ayudaron a una obra de tejido, de arquitectura, para conformar un frente político sin exclusiones, enfrentaron a la dictadura con una huelga general de 15 días, estuvieron en la resistencia a la dictadura, organizaron una contraofensiva democrática, pleitearon sin pausa con-

tra el neoliberalismo, contribuyeron a evitar las privatizaciones – más allá de que algunas privatizaciones periféricas se desarrollaron en nuestro país– y hasta en el 2002 –cuando muchos desde el plano político partidario estaban haciendo “la plancha”, esto es, esperando solamente el crecimiento vegetativo que el cambio generacional implica para la izquierda– el movimiento obrero salió muy fuerte a pelear juntando a pequeños y medianos productores de la ciudad y del campo para aislar a las políticas neoliberales contribuyendo a que desde el punto de vista social se expresara esta nueva situación política.

En tercer lugar, consideramos que el gobierno progresista es una unidad amplia, compleja y contradictoria, de los intereses de los trabajadores, de las capas medias más o menos tradicionales y de pequeños, medianos y grandes en algunos casos, productores, capitalistas de la ciudad y del campo. Esta composición de clases y sectores sociales inaugura por tanto una situación fluida, sometida a tensiones, a una disputa por la hegemonía, donde en definitiva estará en juego la profundización del proceso y la potenciación de aquellos aspectos más positivos que se manifiestan en la nueva situación o, por el contrario, un estancamiento en la administración más honesta de la crisis del capitalismo, y potencialmente una regresión hacia la derecha.

Por tanto tiene una composición fluida, contradictoria, sometida a tensiones y presiones y a una disputa hegemónica. En el plano de las medidas concretas, por ejemplo, ha implicado un proceso de enorme democratización del mundo del trabajo. Se han abierto amplios cauces democráticos de negociación entre capital y trabajo, en lo que aquí se llama los Consejos de Salarios, los asalariados rurales por primera vez en la historia acceden a la negociación colectiva y los trabajadores de la actividad pública, en muchos casos, por primera vez también acceden al derecho de tener relaciones obrero-patronales con el mismo Estado. Hay una proliferación de ámbitos de participación para el movimiento sindical y estos son componentes positivos, estratégicos de la nueva situación.

Al mismo tiempo el país tiene enormes restricciones para aumentar su gasto público en una estrategia de desarrollo, debido a un acuerdo con el FMI hecho bastante rápidamente e inaugura toda una serie de restricciones importantes para potenciar la inversión pública. En función de una estrategia de desarrollo, hemos planteado la necesidad de una auditoría ciudadana de la deuda externa, donde se haga toda la genealogía del capital financiero para ver qué parte hay que honrar y qué parte es ilegítima desde el punto de vista de que fue contraída por una dictadura, etcétera. Ambos “momentos” de la realidad: profundización democrática y forma de negociación con el FMI son contradictorios.

En último y cuarto lugar en torno a la peripecia uruguaya que hace parte de la cuestión continental, es que nosotros consideramos que el camino crítico de las transformaciones económicas y sociales de nuestro país y del continente pasa por el concepto de la profundización de la democracia. Si al modelo socioeconómico neoliberal le es concomitante una concepción de democracia de baja intensidad, a un proceso de transformación económico y social le es concomitante amplísimos cauces de participación de la sociedad en la definición de la cosa pública. Desde nuestra óptica, una profundización de la democracia que inclusive vaya más allá de los límites tolerables por parte de las clases dominantes.

En ese sentido, el proceso de organización de los trabajadores es aquel que puede permitir, en alianza con todos aquellos sectores populares, disputar la profundización del proceso.

Los otros cuatro aspectos globales: en primer lugar sería interesante reflexionar en qué momento estamos en América Latina. Así como la revolución cubana significó en el continente todo un proceso de desarrollo de la lucha por las transformaciones. En su momento, el Cono Sur en virtud de la contraofensiva del imperialismo se tiñó de negro con dictaduras. Así como en América Latina los procesos de recuperación de las democracias que luego fueron de poca intensidad, pero democracias, fue más o menos en todos los países igual. Así como en los noventa tuvimos la hegemonía, insuficientemente contestada en el continente, del capital financiero transnacional y sus políticas neoliberales, nos parece que pueden tenerse visiones críticas sobre cada uno de los gobiernos en particular, pero ello no niega que efectivamente estamos en un nuevo momento en América Latina. El proceso revolucionario en América Latina, a pesar de la diversidad de sus formas nacionales es por su contenido un proceso continental.

Para nosotros, no por ser metalúrgicos, nos queda un poco grueso caracterizar al gobierno de Lula como neoliberal. Digo esto, porque en un país, donde el movimiento sindical no podía participar en la discusión de la política industrial, porque el gobierno decía que la mejor política industrial es la que no existe, inclusive comparando la peripecia uruguaya en ese momento, no con Lula, sino con lo que hacía Fernando Henrique Cardoso, y apoyábamos a nuestros compañeros de la Central Única de Trabajadores (CUT) a decirle neoliberal, y que armaba ámbitos tripartitos para discutir competitividad de cadenas productivas, con participación de los trabajadores, ya al gobierno de Fernando Henrique nos costaba un poco caracterizarlo de neoliberal, comparados con estos neoliberales *extremis vulgaris* que teníamos en Uruguay.

Un segundo aspecto muy importante –que está proscrito en el pensamiento social y teórico latinoamericano– es la composición de clase de los nuevos gobiernos y el análisis de si potencialmente pue-

den constituirse, en un marco de luchas y procesos concretos, bloques hegemónicos distintos en el continente o si solamente se están produciendo cambios en la elite que gobierna.

Hemos notado que el factor de clase como fenómeno explicativo de la realidad económica, social, política y cultural efectivamente ha estado casi proscrito en el pensamiento latinoamericano y eso hace a los éxitos del pensamiento único, inclusive en nuestras propias formas de pensar y concebir. Nos parece que este enfoque tiene una enorme riqueza para analizar la realidad social, política, cultural e ideológica de toda América Latina.

Un tercer aspecto, uno de los problemas que nosotros vemos para avanzar con más claridad, es el subdesarrollo en toda la izquierda y los sectores avanzados de América Latina para disputar con el neoliberalismo no solamente en la esfera de la distribución, sino también a través de una estrategia de desarrollo productivo distinta a la que ellos han promovido.

Y un último aspecto que me parece interesante en el plano continental es, para no hipotecar los procesos de cambio, cómo se trabaja y se induce una muy fuerte organización del movimiento popular que es, en definitiva, quien puede disputar la profundización del proceso.

JUAN CASTILLO

LA INMENSA MAYORÍA DE NOSOTROS hemos sido partícipes de períodos distintos de Uruguay, de la región y del conjunto de los pueblos de América Latina. Períodos como la década del sesenta, del setenta, con el auge de los movimientos populares, el avance de las fuerzas políticas de izquierda y con la escalada represiva que se instaló en la mayoría de los países del área y desencadenaron, fundamentalmente entre 1970 y 1980, las dictaduras. Todavía en nuestro país han quedado heridas abiertas, y ahora estamos en un proceso de debate y discusión política bien interesante, encabezado por el gobierno.

Cuando recuperamos la democracia, no solamente los uruguayos, el conjunto de los compatriotas sudamericanos, pensábamos que tocábamos el cielo con las manos, pero inmediatamente la concepción neoliberal se instaló en la mayoría de los gobiernos y otra vez los pueblos, los trabajadores, seguimos sufriendo las mismas penurias que antes, en desiguales condiciones.

Hoy hay un mapa político distinto en nuestra América. Pero ¿hacia dónde apuntan esos cambios?, es lo que nos hemos propuesto debatir con diversos sectores sociales, fundamentalmente con nuestros compañeros del resto de América, con los intelectuales. De lo que se trata es, desde el presente hacia el futuro, qué país, qué

pueblos, qué América, qué procesos van a seguir nuestras sociedades. Y es allí que remarcamos la capacidad del análisis crítico. Analizar críticamente esta realidad no significa que estemos en contra de todo. Hacer un análisis crítico y autocrítico nos va a dar la posibilidad de valorar positivamente aquellos cambios que –en lo político, lo social, lo económico– efectivamente sean una cuestión positiva, un salto cualitativo y que lo podamos colocar en la columna de los avances. Pero también van a aparecer cuestiones con las que no estamos de acuerdo, con las que tenemos discrepancias, con las que estamos en contra y debemos dar nuestra opinión, porque sentimos el derecho y la necesidad de expresarla y no quedar encerrados en cada uno de nosotros.

Siempre afirmamos que es preferible dar debate, originar la discusión, aun a costa de que no todos nos entiendan, porque lo peor es tener que hacernos una autocrítica dentro de uno o dos años porque las cosas salieron mal y aquellas cosas que pensábamos o que no le teníamos tanta confianza no las hicimos saber en su momento. Este es el rol que hemos ubicado en el análisis y la discusión de este encuentro, fundamentalmente con una visión desde el movimiento sindical, desde el punto de vista de los trabajadores.

Respecto a Uruguay en los casi seis primeros meses de gobierno valoramos y no tenemos dudas en afirmar que han habido avances muy importantes en materia política y social. Luego de catorce años sin tener ámbitos de negociación colectiva, sin Consejos de Salarios para los trabajadores de la actividad privada, originando la mayor explotación que han tenido en los últimos tiempos nuestros trabajadores, valoramos como muy positiva la convocatoria a Consejos de Salarios. Independientemente del resultado final de cuánto va a ser el aumento, lo más importante es volver a recuperar un ámbito tripartito, un ámbito de negociación colectiva. Y lo hace a esto aún más importante el hecho de que, por primera vez en la historia, los trabajadores uruguayos de la actividad pública y los asalariados rurales también tienen ese ámbito y por primera vez en la historia política los consideran ciudadanos de igual nivel que el resto de nuestros compatriotas, porque antes lo consideraban material de desecho.

También es positivo el Plan de Emergencia para enfrentar la situación social que dejaron las políticas neoliberales, que primero nos robaban el trabajo y nos excluían, dejándonos marginados de las zonas urbanas más importantes, de la sociedad misma, creando miles y miles de trabajadores, estudiantes, jubilados y fundamentalmente niños que fueron a dar a ese gran bolsón que ahora se le llama “el cinturón de las ciudades”, donde están los asentamientos irregulares y adonde vamos a parar a quienes nos califican después como los marginados pero en realidad fuimos y somos los excluidos de este tipo de políticas económicas que se han aplicado en nuestro

país. ¿Cómo entonces no valorar como positivo que este gobierno haya creado un plan que atienda en primera instancia esta situación, contribuyendo solidariamente a rescatar a ese conjunto de compatriotas donde mayoritariamente viven trabajadores desocupados?

Estamos avanzando en materia de derechos humanos. Valoramos como tremendamente positivo los avances en materia de saber la verdad y de que se haga justicia que el gobierno emprendió políticamente desde que asumió, coherentemente con su discurso. Aunque todavía todas estas cuestiones de derechos humanos, de verdad y justicia, están bien lejos de cumplirse el total de las aspiraciones que tenemos como trabajadores y clase obrera, no por eso las vamos a descalificar. Ha sido un avance notorio, un salto político que hemos dado en estos primeros seis meses y así lo apreciamos desde el movimiento sindical. Valoramos señales políticas, como el hecho de que por primera vez en la historia del mundo los trabajadores uruguayos pudimos en nuestro histórico día de lucha de la clase obrera internacional, el 1° de Mayo, utilizar la cadena de radio y televisión para emitir un mensaje desde la visión como trabajadores al conjunto de los compatriotas.

Entre hechos, decisiones y señales políticas hay un conjunto de elementos que consideramos importantes, que son un avance. Pero eso no va a hacer que ignoremos o no digamos que hay algunas cuestiones que no las entendemos, no las compartimos o directamente estamos en contra, que permanecen en el debate de todos los días.

Tenemos una posición contraria a la interpretación política que hizo el gobierno el mismo día que resultó electo sobre la decisión soberana del pueblo, respecto al decreto del agua. Para nosotros, la población, con un 65% de los votos, fue absolutamente clara. El gobierno interpretó de una forma, a través del decreto, con la que mantenemos una notoria diferencia política y lo debatimos hasta ahora con el gobierno.

No entendemos las contradicciones que se generan en este gobierno de izquierda en cuanto a los contenidos del Tratado de Inversiones de Uruguay con los Estados Unidos, más allá de que ya sabemos que fue el gobierno anterior que lo firmó, pues este tratado sólo es viable si el Parlamento lo aprueba. Pero ahora han aparecido contradicciones en la propia fuerza política, se habla de aspectos que son buenos, que podrían ser considerados, cuando en realidad la inmensa mayoría de los pueblos de América, con sus organizaciones sociales, nos movilizamos en contra de cualquier tratado que fortalezca todavía más la intervención del imperialismo en nuestros países. Esto ha generado debates en torno a las dudas que aparecieron en las fuerzas políticas del gobierno. Incluso hemos afirmado que la resolución que tomó el 1° de marzo el gobierno recién electo, que fue una de las más importantes políticamente, de restablecer

las relaciones diplomáticas con Cuba, quedaría simplemente como un hecho anecdótico si al mismo tiempo se aprueba en el Parlamento un tratado de este tipo que nos limita o prácticamente nos impide tener trato comercial o intercambio productivo con nuestros compañeros cubanos. Estamos en contra y se lo hemos manifestado al gobierno, pero este tema sigue aún en debate.

Pero centremos la discusión en las diferencias que tenemos con la concepción económica que sigue el país. Esto es para nosotros “la madre del borrego”, ahí tenemos instalada la mayor parte de las diferencias. No queremos caer en debates de fundamentalismos ni en discusiones banales. En realidad los trabajadores no sólo tenemos distinta opinión sino que, al mismo tiempo, también nos organizamos y movilizamos en contra de esa concepción. Hay un ejemplo que voy a repetir: que fue inconcebible que la primera medida que hiciera el equipo económico fuera ir al exterior a renegociar la deuda externa con el FMI, el Banco Mundial y el BID, y a su vuelta –luego de haber hipotecado las ya esmirriadas finanzas de los uruguayos– vengan a discutir con nosotros a los Consejos de Salarios, diciendo que NO a una cantidad de cosas: que NO va a haber presupuesto para la enseñanza ni para la salud, que NO se van a poder construir tantas viviendas, que NO se va a poder recuperar tan rápido el salario perdido. Todo porque este gobierno se ha comprometido a que, en los primeros dos años de su gestión, 2.000.000.000 (dos mil millones) de dólares se vayan del país para pagar la deuda externa, los intereses, los préstamos y servicios que contrataron los gobiernos anteriores e incluso la dictadura, utilizados algunos para reprimir al propio pueblo. Estamos en contra y queremos discutirlo ahora.

Luego de haber analizado los avances políticos, los hechos más destacados, las diferencias que tenemos con el gobierno, concluimos que, en primer lugar, la izquierda en el gobierno todavía no conoce todo el aparato del Estado. El aparato burocrático-militar del Estado le está pesando demasiado a la izquierda y a muchos se los está tragando y esa es una voz de alerta que damos. ¿De qué vale llamarse gobierno de izquierda o progresista si vamos a dejar todo como está y no nos proponemos cambiar, reformar las instituciones desde adentro? Sabemos que no puede hacerse de un día para otro, pero por lo menos las primeras señales deberían ir en ese sentido y no estamos percibiendo esas señales.

También vemos que hace falta mucha más clase obrera, trabajadores, dentro de las estructuras políticas de izquierda y dentro del propio gobierno. Es notorio el peso que han adquirido sectores de la izquierda en la burguesía y capas medias de nuestro país. Aquí si no se es intelectual no se nos tiene en consideración. Esto también lo queremos debatir.

¿Nos quedamos solamente en la crítica desde nosotros hacia fuera o comenzamos a hacer un proceso de autocritica? Al respecto creemos que tenemos un enorme papel, un enorme desafío por delante y no podemos quedarnos a un costado. Necesitamos y reclamamos que el gobierno logre el involucramiento del conjunto de nuestro pueblo y de las organizaciones sociales, fundamentalmente de los trabajadores, en un proceso político de cambios, sino no habrá cambios. Algún compañero decía –muy expresivamente– que no queremos ser espectadores desde la tribuna de cómo se está jugando el partido, queremos que se nos convoque. Creemos, además, que no se nos puede dejar de lado a quienes hemos contribuido bastante, a generar un estado de conciencia que le permitió a nuestro país tener hoy un gobierno de izquierda o progresista.

Al final del período de gobierno, en lo único que vamos a poder medir los uruguayos, es –si este gobierno efectivamente fue de izquierda o progresista– en qué forma cambió la distribución de la riqueza. Si las cosas quedan tal cual están, solamente se habrá administrado la crisis, entonces habremos fracasado. Por tanto, debemos seguir fortaleciendo las estructuras unitarias que ha construido nuestro pueblo. Hoy hay, no sólo en Uruguay, sino en el resto de América algunas luces amarillas intermitentes, hay una alerta que están colocando los pueblos hermanos de nuestro continente, producto de que por más que se tenga discurso de izquierda, si luego no hay un compromiso político de cambios institucionales y de reformas sustantivas para cambiar de raíz la sociedad, va a ser muy difícil llegar con éxito a cumplir nuestros objetivos. Y lo peor que podría pasar es propinarle a nuestro pueblo un nuevo fracaso, que sería además una frustración enorme. Esto no es la opinión unánime de nuestra central sindical, sino, simplemente una visión personal, un aporte.

MARGARITA LÓPEZ MAYA

ABORDANDO LOS CAMBIOS POLÍTICOS y la significación que pueden tener, es necesario reflexionar sobre lo que ha sido el desplazamiento de las viejas elites políticas y empresariales en Venezuela. Sin el factor militar, no se podría entender la sobrevivencia del gobierno de Chávez. La incorporación dentro de las agendas de la izquierda del sector militar hace al caso de Chávez un caso particular. El sector militar tenemos que discutirlo en estos cambios, como una realidad, aunque quizá el caso de Venezuela sea un caso sui géneris. Y el otro tema de análisis es la difícil relación entre movimientos sociales-partidos políticos-movimientos populares.

En Venezuela cuando se habla de “la sociedad civil”, nos referimos estrictamente a los movimientos sociales de las clases medias y altas; los sectores populares no se sienten identificados con ese término y lo rechazan. Por otra parte “la sociedad civil” se ha convertido en Venezuela en un término que representa lo que fueron los viejos movimientos sociales de los ochenta que se transformaron en movimientos muy conservadores y de defensa del statu quo previo a Chávez, que se aliaron con las fuerzas empresariales, la tecnocracia petrolera, los medios de comunicación privados en el golpe de Estado y en la parálisis de la industria petrolera.

El caso venezolano es uno de los más ilustrativos de las dificultades de los movimientos sociales –en países del Tercer Mundo al menos– para representar o mediar más allá de los intereses de los sectores que ya tienen derechos adquiridos y menos con aquellos sectores que están buscando el cambio. Realicé esta observación en un foro internacional en los Estados Unidos, y cuando se presentó el caso de la India, se hizo alusión a que se repetía el mismo proceso. O sea que esos famosos “movimientos sociales” eran movimientos sociales de las clases medias y altas de las sociedades como la hindú, sociedades muy jerarquizadas socialmente, y que tendían al modelo de la modernidad y de la eficiencia y al discurso más bien liberal o neoliberal, en este caso también, y que tendían a ver a los sectores populares como no ciudadanos, o por lo menos en el caso venezolano, como turbas u hordas.

Sería interesante realizar un estudio comparativo de esos movimientos sociales en varios países del Tercer Mundo para revelar cómo en momentos determinados esto, que parecía que iba a traer la profundización de la democracia para los países nuestros, terminó teniendo una reacción autoritaria o antidemocrática cuando pensaron que estaban en peligro los derechos que esos sectores habían adquirido. Lo cual hace bastante complicada la relación con los partidos políticos.

En esa ponencia sobre la India se comentaba que los movimientos populares en ese país se articulaban con los partidos políticos y que la ausencia o el debilitamiento de los partidos políticos hacía que se debilitara la articulación de los movimientos populares en la política de la India. Es una reflexión interesante, creo que en Venezuela pasó algo así, con el inconveniente de que el rechazo a la política, a los políticos, a los partidos –en lo que fue el sentido común neoliberal de los ochenta y los noventa– ha hecho que todavía tengamos partidos tan malos en Venezuela en esta transición que estamos afrontando y esto efectivamente pone en peligro la posibilidad de una profundización de la democracia política en Venezuela.

Si bien es cierto que la alianza de fuerzas políticas que apoyan al presidente Chávez hace uso de un discurso y de una retórica de profundización de la democracia y de participación, recién en las elecciones locales municipales se contradijeron cuando por una debilidad que le encontraron a la ley que estaba rigiendo las elecciones, la ley de participación, lograron burlar la representación proporcional de las minorías. Entonces, con una votación del 55% aproximadamente de los votos, se quedaron como con el 85% de la representación, que es una típica política que en Venezuela se llama muy claramente “cuarta república”, no “quinta república”, una vuelta a mecanismos de manipulación política al viejo estilo de Acción Democrática, hecha en este caso por el movimiento “Quinta República” y sus aliados. Esto ha traído un tremendo cuestionamiento por parte de los grupos populares del mismo chavismo, porque entre las personas que desplazaron en esa distorsión de la representatividad, desplazaron a algunos de los movimientos populares de los barrios que hubiesen podido tener representación en el Concejo Municipal Libertador, por nombrar un caso.

Entonces eso da cuenta de las tensiones que existen entre la lógica de los partidos políticos y la lógica de los movimientos populares y cómo se van a articular o cómo es la articulación de éstos en un proyecto de izquierda que no está nada resuelto en el caso venezolano.

El caso venezolano es bastante particular por el ingrediente militar. Chávez es un militar y, de manera creciente en Venezuela, se ha hecho muy visible el sector militar en el gobierno que ha ido accediendo a puestos en los distintos niveles de la administración pública. Desgraciadamente hay que decir que la visibilidad del sector militar en Venezuela tiene bastante que ver con la incapacidad del mundo civil para superar las crisis creadas en los años ochenta y noventa, la crisis económica y la descomposición social y política, el no haber podido asumir respuestas creativas a eso, hizo emerger al sector militar. También el problema de la destrucción de la institucionalidad del Estado ha hecho que prácticamente el gobierno de Chávez haya recurrido insistentemente a las fuerzas armadas para suplir las deficien-

cias de la institucionalidad, por ejemplo: políticas sociales, casos de emergencia en los barrios, asistencia, vacunaciones masivas, servicio odontológico, etcétera. O de diferentes casos de Misiones, por ejemplo la Misión Mercal que es la de comercialización y distribución de alimentos está en manos del sector militar.

En la Constitución de 1999 el sector militar adquirió el derecho al voto en Venezuela y aunque se dice que no pueden hacer proselitismo político, de hecho es una nueva situación dentro de la democracia venezolana que no está resuelta muy claramente. En este momento tienen un estatus mucho más independiente del sector civil del que tenían en el pasado y no está muy resuelta su subordinación al sector civil, lo que trae bastantes tensiones en lo interno en Venezuela. Sin embargo, sin los sectores militares no es posible pensar que el gobierno de Chávez hubiera sobrevivido al golpe del 11 de abril o que se hubiese podido recuperar la industria petrolera si no hubiera entrado el sector de las Fuerzas Armadas no solamente a retomar los campamentos sino a tratar de prender las máquinas, las refinerías, etcétera.

En cuanto al cambio de elite es, quizá, uno de los cambios más impactantes que ha hecho a alguna gente hablar de revolución en Venezuela. En efecto, si hay algo que es irreversible ha sido el cambio de las elites en Venezuela, o el ascenso de una nueva clase política perteneciente al sector militar parcialmente y a través de él proveniente de los sectores populares, pero también una elite civil proveniente de sectores que hasta ese momento no habían tenido acceso al poder político y a la toma de decisiones. Son elementos que han hecho a la democracia venezolana mucho más diversa culturalmente. En los canales de televisión de la oposición se ve un tipo de venezolano y en los canales del Estado se ve otro tipo de venezolano. Ha hecho mucho más visible el grado de diferenciación cultural que existe en nuestras sociedades, que son sociedades bastante jerarquizadas y que, en el pasado –a través de la ideología del mestizaje– no lo veíamos con la claridad con que lo estamos viendo ahora. Esto asimismo ha hecho emerger un claro discurso de derecha y racista en Venezuela.

Otro de los cambios en el ámbito político que más sorprende es el grado de politización que la polarización ha producido en Venezuela generando una dinámica de organización y movilización popular. Hoy en día el grado de politización de los venezolanos sorprende a quienes van a Venezuela. La gente está permanentemente pidiendo información, la radio y la televisión se abocan a dar información política. Esto tiene como aspectos positivos que es muy difícil engañar a la gente hoy en relación con las bondades o con los defectos de las transformaciones que están en curso y de esa manera también se crea un potencial de ciudadanía democrática muy importante. Estos son componentes de los cambios que se están dando en Venezuela.

Por otro lado, tenemos gobiernos de izquierda en América Latina, pero no son todos iguales, ni están en este momento en una situación parecida. En un extremo está la tremenda frustración con el gobierno de Brasil, un gobierno en el cual se acumuló por muchos años mucho trabajo de los sectores de izquierda y de los sectores populares, que llega al gobierno y con una rapidez muy grande deshace un trabajo político de muchos años.

Y en otro extremo, tenemos la situación venezolana, donde un gobierno, en el que no se tenían tantas expectativas, entre otras cosas por su componente militar, alcanza el poder y comienza a hacer cosas. Desde el punto de vista del resto de América Latina es muy bueno, pero desde el punto de vista nuestro, los venezolanos, tenemos que ser muy críticos de ese gobierno, porque nosotros sí le vemos elementos que pueden desarrollarse no en la dirección que nosotros queremos, sino en otras direcciones que pueden ser muy peligrosas.

En el medio de eso tenemos, por ejemplo, el caso de Uruguay, donde está comenzando un gobierno con rasgos parecidos quizá al brasileño, en el sentido de tener atrás un trabajo acumulado de muchos años.

Un punto con relación a eso tiene que ver con la manera en que la cultura política de los sectores de izquierda interviene en la posibilidad o no de una relación exitosa con el gobierno.

La cultura política de la izquierda en América Latina es un punto sobre el que deberíamos reflexionar, pensar el tipo de relación que se establece entre intelectuales y gobierno, y plantearnos qué tan democráticos o tolerantes son los gobiernos de izquierda ante las críticas que se les hace. Por lo menos en Venezuela la izquierda siempre ha sido muy intolerante en su relación con los intelectuales, por toda una historia que puede tener sus justificativos, pero –en todo caso– es un impedimento para que se alimente la evolución del gobierno y que se atiendan los problemas cuando ellos surgen.

Existe una desvalorización hacia el conocimiento intelectual, hay un desprecio hacia los intelectuales. Las discusiones en los años ochenta sobre los intelectuales por parte de la izquierda venezolana de que era “la gente más contaminada negativamente por el *boom* petrolero”, porque “son como la crema de la torta”, y entonces “ellos reciben las prebendas de la bonanza económica venezolana y no son capaces de dar nada a cambio”. Eso impregna profundamente hoy la relación que se establece entre el chavismo y la izquierda venezolana. Una buena parte de ella se opone al proyecto chavista, sin embargo los que no se oponen tampoco son respetados si se ponen a criticar mucho ese gobierno.

Otro punto que quería resaltar es la tensión que se produce entre el valor de las instituciones y el valor de la revolución. Es un problema en Venezuela y es motivo de angustia, que precisa más

reflexión, ¿hasta qué punto se puede mantener una movilización sin institucionalización? En el caso de las Misiones que se supone que son políticas sociales de corte provisional para atender emergencias, para atender una situación muy grave en las condiciones de vida de las mayorías populares y como tales abre una nueva institucionalidad, para que el Estado se pueda mover fuera de una institucionalidad que lo obstaculiza en su acción efectiva hacia el mejoramiento de las condiciones de vida de las mayorías. Pero lo entrega al sector militar en el caso de la Misión Mercal, y eso no tiene contrapesos, no tiene una institucionalización. Pasan dos y tres años, el dinero sigue fluyendo, el precio del petróleo se va para arriba y se abre un mundo de corrupción, o por lo menos empieza a abrirse un mundo de denuncias de corrupción, que nadie sabe muy bien cómo hacer con ellas. Pero si no se institucionalizan esos espacios, ¿quién chequea los recursos?, ¿quién universaliza las relaciones que se establecen allí? Porque podríamos estar en la dirección de abrir redes clientelares de nuevo al viejo estilo del partido tradicional Acción Democrática y ¿en qué momento se hace la institucionalización? O, cómo se hacen las dos cosas simultáneamente para evitar, no la vía del colapso por las alianzas –que puede haber sido el caso de Brasil–, sino la vía del colapso por la ineficiencia y la corrupción.

En el caso venezolano es muy preocupante esa situación por lo elevado de los ingresos fiscales en este momento y por el nivel de desinstitucionalización del Estado. El Estado está colapsado; la nueva institucionalidad no termina de cuajar porque, entre otras cosas, no hay ninguna valoración hacia esa institucionalidad. Cada vez que alguien propone “vamos a hacer la institución”, hay una especie de desprecio, hay una especie de cultura de que “vamos a inventar y a hacer más cosas”, o sea una especie de voluntarismo, como “nosotros somos buenos y honestos, entonces eso puede seguir, lo vamos a hacer bien”.

Otra cuestión es la relación entre la economía y la política. No hacen tanta falta modelos económicos, lo que hace falta es voluntad política o crear las alianzas políticas necesarias para llevar adelante esa economía alternativa. Pero también hace falta eficiencia económica. O sea, el caso venezolano es realmente patético en esa relación con la eficiencia, todo el siglo XX moviéndose hacia una modernización con oportunidades increíbles, en los años setenta se abrieron oportunidades increíbles para avanzar hacia una modernización, y eso se echó en el cesto de la basura por la incapacidad de tener eficiencia económica.

Y el gobierno de Chávez se parece mucho al de los años setenta venezolanos, con mucha bonanza petrolera, con ideas grandiosas, con una idea de industrialización, una integración, etcétera, ideas muy grandes, pero donde la eficiencia económica, hasta la fecha, no está nada clara. ¿Cómo se hace para armonizar entre el

gasto social y el gasto de inversión?, ¿cuál es el equilibrio?, ¿cómo es la tensión que se establece allí? Sin éxito económico esto no se sostiene tampoco.

La última cuestión tiene que ver con las alianzas políticas. Una discusión que se ha hecho mucho en términos de los gobiernos de izquierda es: ¿cuánto se concede para llegar al gobierno?, ¿para qué llegar al gobierno si se ha concedido ya todo? Entonces realmente ya no tenemos un gobierno que pueda hacer las transformaciones que nosotros buscamos. El caso de Venezuela es interesante en ese sentido porque no ha habido concesión, se llega al gobierno con una alianza cívico-militar, sectores populares y sectores militares son los que sostienen ese gobierno, son sus bases fundamentales. Pero entonces la tensión no resuelta es el problema de la polarización. Quedan vastos sectores de la población, sobre todo sectores medios, sectores intelectuales, sectores de cierta calificación, que podrían estar en este momento incorporados y trabajando en ese proyecto de futuro de la sociedad venezolana y que no se incorporan porque el discurso no los incluye y porque se sienten permanentemente excluidos de esa alianza, de esa relación, de ese Estado que se está construyendo. Es necesario ver desde el punto de vista crítico –soy muy fuertemente crítica de los sectores medios de Venezuela–, pero quiero ver el otro lado: hasta qué punto podemos manejar un discurso tan confrontacional, tan beligerante, una actitud tan despreciativa de los otros sectores y tan incapaz de sacar los bracitos para atraerse a las Universidades (las Universidades públicas venezolanas están en contra del gobierno de Chávez y lo expresan de todas las formas), entonces, ¿hasta qué punto, la otra cara de la moneda es, en esta tensión, cómo manejamos eso, cómo lo resolvemos, qué experiencias podemos sacar de los diferentes gobiernos?

ENZO DEL BÚFALO

ANTES DE CONTESTAR las preguntas sobre los partidos políticos y las nuevas organizaciones es necesario reflexionar primero sobre las tendencias que están detrás de estos movimientos políticos en América Latina. Abordar los problemas de la producción y contextualizar estos fenómenos de las experiencias nacionales dentro de un marco más amplio. Porque si bien es cierto que tienen su especificidad nacional y que el movimiento chavista en Venezuela es diferente al de Lula, o a lo que está pasando en Argentina y en el resto de los países, sin embargo se puede fácilmente insertar dentro de ciertas tendencias que son mundiales. De manera que lo importante es determinar cuál es la tendencia mundial y qué nuevos sujetos sociales emergen de estas tendencias.

Estamos acostumbrados a escuchar la palabra “globalización” como un fenómeno mundial de reorganización de la producción. Es una palabra, además, relativamente reciente para un fenómeno más antiguo. Cuando empezaron a hacerse evidente en los setenta estos fenómenos se denominaron de “transnacionalización”. Pero a mi juicio lo específicamente nuevo del proceso de globalización es el cambio que implica en las viejas estructuras de los Estados nacionales. Contrariamente a lo que sostiene cierta tradición marxista que hace nacer el capitalismo en el seno de este o en aquel Estado nacional, el Estado nacional y todo el sistema de Estados nacionales surgen del mismo proceso que da origen al capitalismo como forma de organizar la producción y ambos son complementarios. El Estado nacional ha jugado un papel fundamental en el desarrollo del capitalismo hasta la mitad del siglo XX, ha permitido el desarrollo de economías nacionales, con características muy distintas, especialmente entre las desarrolladas y las subdesarrolladas.

La presencia del Estado nacional fue el factor fundamental para que el intercambio mercantil se articulara con la producción en la forma en que lo hizo y que es lo que hoy llamamos “capitalismo”. Sin esa particular organización política, jurídica e ideológica del poder despótico que acompaña, protege y limita el desarrollo del mercado que va articulando los procesos de producción no hubiéramos tenido nunca economías nacionales articuladas entre sí por economías internacionales; mientras que la economía nacional es una economía de mercado articulada a la producción, la economía internacional no tiene espesor de producción. A su vez la articulación del mercado a la producción indujo un proceso de homogeneización social que dio origen a lo que hoy llamamos nación. La nación es un producto del Estado nacional y no al revés como lo quiere cierta tradición romántica y mistificadora. Esta realidad histórica es lo que la globalización está cambiando: desde el punto de vista de la producción esta vieja diferencia entre las economías nacionales y la internacional desaparece. Hoy la economía globalizada es una economía con espesor productivo y, a su vez, hay una parte de la economía nacional que ya no es nacional, sino que es internacional como producción, y, por lo tanto, es global. Como la economía nacional deja de existir en su parte más relevante para el proceso de acumulación global, el Estado nacional se vuelve una estructura política, jurídica e ideológica disfuncional para los sectores globalizados, aunque mantiene toda su vigencia para los sectores excluidos de la globalización. Hoy tenemos una nueva organización del territorio social que implica una reorganización transversal al Estado nacional. En vez de una serie de pirámides, lo que tenemos ahora son grandes bandas que cruzan el territorio mundial, bandas transnacionalizadas, en cuyo interior están dominadas por la producción transnacional, por la producción globalizada, con sectores

sociales que pertenecen a ella y, por lo tanto, son globalizados, y sectores que quedan afuera y que, por lo tanto, quedan estrictamente en el ámbito nacional.

Esta transformación material da origen al fenómeno de sectores transnacionalizados, no sólo desde el punto de vista de la producción o de lo que consumen, sino en sus conductas y su cultura; sectores que se sienten cada vez más identificados con una sociedad que está en su país, pero que también está en otras partes y cada vez se ven más alejados de otra parte de la antigua sociedad de su país. La nueva sociedad que está surgiendo se compone de franjas transversales globales y entre ellas una multiplicidad de territorios locales y subjetividades excluidas. Las primeras adoptan un pensamiento homogéneo, estandarizado y conformado principalmente por los medios de comunicación masivos; los segundos retienen las viejas formas nacionales y con frecuencia oponen formas neoarcaicas al cretinismo de la globalización. Creo que esta es la clave para entender gran parte de los conflictos actuales.

En el caso de Venezuela, por ejemplo, el antichavismo se nutre principalmente del hecho de que Chávez es un extraño a su cultura y a su sociedad, es un personaje extraño, extranjero, que los hace quedar mal con sus amigos de Nueva York, porque es chabacano o tiene unos modales que no son los adecuados, con esto quiero llegar hasta estos niveles de frivolidad que son indicativos de algo más profundo. Las manifestaciones en Caracas, con la clase media con sombrillas de marca y, por otro lado, esa "chusma de pardos", esos nómadas que parecían los hijos de Gengis Kan redivivo, evidencian la separación de una sociedad, que se ufanaba, hasta hace poco, de ser una sociedad de mestizos homogénea, donde la identificación con partidos políticos e idiosincrasia era la misma cosa. Y lo mismo ocurre desde el lado del chavismo, ¿quiénes lo integran? Sectores que siempre estuvieron excluidos del proceso de globalización, pero también nuevos excluidos, gente que antes estaban incluidos en la vieja economía nacional y en la vieja sociedad nacional, pero que el proceso de globalización, por diversas razones complejas, los está excluyendo. De manera que en el chavismo hay viejos excluidos y nuevos excluidos. Y de hecho la dirección del chavismo está formada por estos nuevos excluidos, que ahora son chavistas. Todos tienen un elemento en común, que es la crítica a un capitalismo genérico, donde se incluyen críticas a los defectos del capitalismo de siempre mezcladas con críticas al capitalismo de ahora también.

Ahora ha aparecido un venezolano que es culturalmente incomprendible a otro venezolano y aunque el nombre es el mismo se trata de personas que están en territorios sociales distintos, aunque el Estado nacional venezolano sigue formalmente inalterado. El conflicto social se da dentro de estas dos tendencias, entre esta nueva segmentación globalizada y los sectores que quedan fuera de los

espacios sociales transnacionales, sectores con intereses locales. Aunque estas subjetividades no están todavía bien construidas, ya es posible distinguir la conducta cretinizada estandarizada y homogeneizada del transnacionalizado frente a las prácticas neoarcaicas de los localmente territorializados. Al formalismo vacío de unas clases medias que piensan mediante consignas inducidas, el chavismo opone una retórica claramente arcaica, que a veces no permite expresar el verdadero problema tal como es, con los actores como son. Este es un aspecto clave para discutir el tema de la organización política como tal y su desarrollo.

Por otro lado, es importante reflexionar sobre este problema del Estado nacional porque la estrategia neoliberal apuntaba hacia su debilitamiento como centro regulador de la economía y ha tenido ciertamente éxito en general en el mundo. En América Latina, el caso más claro es Argentina. En este contexto es que hay que plantear la pregunta de si es posible o deseable el desarrollo nacional entendido como fortalecimiento de una economía nacional. La retórica integracionista hasta de los movimientos neoarcaicos latinoamericanos es un claro reconocimiento de que el desarrollo en términos de economías nacionales es cosa del pasado. Esto debería ayudar a todos aquellos cuyo “nacionalismo” les impide comprender la verdadera naturaleza del Estado nacional. El problema para nosotros es que, en la medida en que el Estado nacional pierde funcionalidad, las políticas económicas tradicionales que se aplicaron antes de la reforma neoliberal y durante la misma, se hacen poco funcionales. Entonces, la alternativa al neoliberalismo no puede ser un regreso simplemente a las políticas anteriores. El debilitamiento del Estado nacional significa que hay que tomar conciencia de una nueva realidad, de que las formas de dominación son diferentes a las del siglo XIX y también a las del siglo XX. De ahí que nacionalismo con socialismo no puede ser la respuesta para quien tenga como objetivo fundamental la construcción de una sociedad de personas libres e iguales. Por lo tanto, para evaluar los gobiernos que dicen querer el cambio, el problema es si más allá de lo que está ocurriendo en la esfera político-institucional tiene implicaciones de base social. Y ahí es donde se coloca el problema fundamental acerca de las tendencias actuales del capitalismo, que para los que hemos tenido siempre una visión materialista integral, el sujeto siempre está en primera línea. Y el sujeto se construye materialmente en el ámbito de los procesos sociales, por lo tanto, cuando hablamos de las tendencias estamos hablando de las tendencias de construcción de sujetos que actúan. Luego la evaluación pasa por dar respuesta a la pregunta de si efectivamente se están construyendo nuevos sujetos sociales.

Y si apuntamos hacia un cambio, hay que apuntar no hacia el cambio en general, sino hacia el que quieren los sujetos sociales. La

transnacionalización, la globalización, es un cambio que quieren *algunos* sujetos sociales, claramente definido para la construcción de una sociedad sobre esos límites. Oponerse a la globalización no necesariamente significa querer un cambio. Ese es el punto fundamental. Y los que quieren un cambio y los que se oponen a la globalización, ¿qué tipo de cambio quieren? Para poder saber eso hay que saber quiénes son, cómo se están construyendo política y socialmente. Este es el punto fundamental, ¿cuáles son los sujetos sociales en América Latina en este momento y qué es lo que quieren? Y estos gobiernos de los que estamos hablando, ¿son gobiernos que expresan, representan, a algunos de esos sujetos sociales? Evidentemente que sí, pero, ¿son los que pueden llevar a cabo un gobierno revolucionario?

Las modificaciones dentro del capitalismo son importantes porque tienen que ver con la construcción material del sujeto social, de su composición y de cómo cambia. Palabras genéricas como “trabajadores”, “proletariado”, nos dicen muy poco para lo que queremos averiguar, no porque sean falsas, sino porque son insuficientes. Hoy podemos identificar claramente dos grandes sectores que están de una parte y de otra de la barrera de la acumulación, que son a su vez múltiples y diversos en su interior. Unos que están dentro de la lógica de la acumulación de capital y otros que están dentro de una lógica de separación de esa lógica. Por tanto, es una lógica más bien de autovaloración que pasa por una separación de la lógica de acumulación del capital. Es en esta área de multiplicidad que puede surgir el sujeto capaz de realizar el cambio social diferente al que propone la globalización, pero conforme a la necesidad de una sociedad de personas libres e iguales. Para sectores sociales que han sido marginados en el capitalismo más tradicional y que ahora, además, se ven enfrentados a otros elementos que trae la nueva globalización, ¿la estrategia nacional es una estrategia? Y si lo es, ¿será un problema de ellos?

Interesa saber cuál es la naturaleza de ese movimiento, qué busca esa estrategia. Porque sólo así puede uno ver si está presente la tendencia a la construcción de una sociedad distinta, y aquí tenemos otro punto: ¿qué significa “sociedad distinta”? ¿Darle de comer a los pobres? ¿Cuidar de la salud de los pobres? Porque esos también son objetivos válidos. Pero lo determinante en la tradición que se reclama socialista no es esto, sino la organización de una sociedad sin relaciones de sumisión donde las libertades formales sean respetadas y las necesidades materiales e intelectuales de las personas sean satisfechas. Es la hipocresía del liberalismo respetar las primeras siendo indiferente a las segundas como es aberración del socialismo satisfacer las segundas sacrificando las primeras. Tan solo haciendo de las relaciones de poder el tema central del análisis, es posible negar la hipocresía y evitar la aberración. Por tanto, el

problema del poder y de cómo se distribuye el poder y de cómo se ejerce el poder, no puede ser una cosa aparte de la construcción de la sociedad nueva.

En estas discusiones con frecuencia se vinculan reivindicaciones que son simplemente reivindicaciones de tipo económico-social, de mejorar el nivel de vida, con la construcción de la sociedad nueva, pero estas dos cosas no necesariamente marchan juntas. Puede haber gobiernos que establezcan una estrategia para satisfacer estas necesidades básicas y primarias, pero esto no implica la construcción de una nueva sociedad. El problema fundamental para nosotros es buscar las diferencias y no las diferencias que desunen, sino las diferencias que unen. Tenemos que acostumbrarnos a pensar que podemos unirnos en la diferencia, no en la similitud que es muy homogeneizadora, uniformadora y pertenece al poder despótico tanto el de la globalización de hoy como del estalinismo de ayer. Portadoras del cambio son aquellas subjetividades que puedan estar efectivamente preñadas de la posibilidad de construir una sociedad nueva, entendiendo por sociedad nueva la sociedad de hombres libres e iguales, donde todos los individuos se puedan desarrollar plenamente en un sistema de cooperación que le permita a cada individuo usar a toda la sociedad para su propio potencial y no al revés.

Por otra parte, contestar la pregunta ¿qué es ser de izquierda?, puede ser muy complicado porque todos tenemos el fantasma del llamado socialismo que está presente. Para mí en estos momentos ser de izquierda es luchar, (en cualquier tipo de situación social, desde la más pequeña microfísica hasta la más grande macro-estructura social), por cambiar relaciones de poder de tipo despótico a relaciones que sean cada vez menos despóticas y que –eventualmente dejen de serlo. Una relación despótica es una relación de sumisión donde unos toman las decisiones y otros siguen esas decisiones, o sea que no hay una participación de todos sobre una base de igualdad. Esa es una guía sencilla, simple, clara, perfecta, que se puede tener y, además, es modular, por lo tanto se puede ejercer en cada instancia, la única dificultad en cada caso es reconocer la situación real de poder, para actuar en consecuencia.

Esta reflexión llevada al tema concreto de la actual situación en Venezuela, supone analizar la naturaleza del gobierno de Chávez para entender el tipo de política y, a mi juicio, la verdadera naturaleza del movimiento que lidera Chávez es un cambio en los actores dirigentes, la sustitución del viejo clientelismo político y sus protagonistas por una nueva clase dirigente que está estableciendo su propio clientelismo político y su propia estructura que, desde el punto de vista de las relaciones de sumisión, no significan grandes diferencias. Chávez cortó los vínculos clientelares con los viejos grupos económicos venezolanos porque lo hostigaban, porque no le gusta-

ban y porque como él mismo dice, es un “pata en el suelo”; esto expresa el conflicto histórico de Venezuela, es la culminación de las antiguas reivindicaciones de los pardos y en la medida en que reconstruye el viejo sistema, su gobierno puede catalogarse como de izquierda. Pero a medida en que la nueva clase dirigente se consolida lo hace dentro de esquemas despóticos más o menos tradicionales; de ahí que su gobierno sea un gobierno de derecha. Eso explica el discurso del chavismo, este popurrí ideológico donde caben todos, todo el mundo se puede reconocer en el chavismo, desde los cristianos evangélicos, los nacionalistas, los comunistas, etcétera. Este discurso hecho de retazos ideológicos arcaicos sólo sirve para cubrir lo que en realidad es un vacío político, estructural, de sujetos sociales.

Este movimiento tiene pues un carácter transversal que los hace inadecuados para esta antigua clasificación de derecha e izquierda. Lo que es cierto es que el movimiento social venezolano que ahora se identifica con Chávez y que puede engendrar una subjetividad nueva es anterior a Chávez y su asociación con el chavismo es transitoria y durará hasta que entre en la fase de deconstrucción de la vieja estructura política venezolana para poner la nueva gente, pero luego el chavismo empezará a cerrar esos mismos espacios que abrió y se volverá un obstáculo para el movimiento que quiere construir: una sociedad de personas libres e iguales que es ciertamente una sociedad donde los líderes máximos no tienen cabida. Lo que ocurre es que en esta fase el movimiento social apoya a Chávez porque sabe que el derrumbe violento del chavismo, arrollaría también el movimiento social, como se evidenció con el golpe. El problema fundamental, por lo tanto, es que no existe un cambio realmente profundo y diferente en las relaciones sociales que indique que serán menos despóticas, más igualitarias, apuntando hacia una sociedad diferente. Para el movimiento social, el gobierno de Chávez es muy importante en la medida que estos espacios se mantengan abiertos. Ahora la dificultad mayor para estos espacios sociales no está tanto en la voluntad política del gobierno de Chávez, sino en su propia dinámica.

Como es un gobierno, que por su propia naturaleza, simplemente plantea una renovación de cuadros y de la clase dirigente, la improvisación es muy grande y es parte de esta estrategia. Hay que estar poniendo continuamente personas nuevas en lugares nuevos y para ello es suficiente que adhieran al proceso sin importar su competencia, mientras que, en cambio, toda competencia es rechazada si es sospechosa de escasa devoción al líder quien tiene la última palabra. Esto genera un problema de ineptitud e ineficacia generalizada en un Estado que ya venía con esos problemas y cuyos efectos negativos son agravados por la forma errática e improvisada como el propio líder toma las decisiones; forma que se coloca en las antípodas de lo que debe ser una sociedad participativa. Todo esto

muestra una absoluta incoherencia, cuando se analiza la gestión del Estado desde un punto de vista convencional administrativo y gerencial, pero también cuando se le observa desde la óptica de una sociedad de cooperación entre personas libres e iguales; en cambio, adquiere una clara coherencia cuando se identifica la verdadera motivación del chavismo que es simplemente la del recambio social: en desplazar a los viejos sectores y poner a nuevos agentes.

El chavismo no sólo no ha puesto a Venezuela en una ruta hacia una sociedad de personas libres e iguales, sino que ni siquiera ha cambiado los términos del problema fundamental de la sociedad venezolana del siglo XX, que muy bien puede y debe ser el objetivo de un gobierno que se propone sólo aliviar o resolver el problema del subdesarrollo y la pobreza. Me refiero al agotamiento del modelo rentista petrolero que ha causado la marginación creciente de la población y el derrumbe del viejo sistema. ¿Existe una conciencia clara dentro del chavismo de qué hacer, de cómo cambiar el modelo? No. El proceso de desindustrialización de Venezuela ha seguido y se ha acentuado. En la práctica, Chávez es el más grande de los neoliberales que ha tenido Venezuela, pero no consciente, sino de facto. Desde que empezó la apertura neoliberal en 1989, el proceso de desindustrialización de Venezuela se ha seguido acelerando por muchos factores. Con Chávez ha llegado a niveles extremos; hoy en día la economía venezolana es nuevamente una economía prácticamente primaria. No es que lo haya hecho porque quiera acabar conscientemente con la industria venezolana. Pero lo ha hecho. Otro ejemplo, sobre todo al principio, Chávez favoreció por razones políticas al capital transnacional en la compra de empresas nacionales, también hace muy buenos negocios con las empresas transnacionales petroleras, esto es, hace todo lo contrario de lo que sería coherente con la retórica antiimperialista. Pero si el gobierno de Chávez es criticable de la simple óptica del desarrollo económico y social nacional, de la eficiencia administrativa; el punto fundamental para esta discusión es si este gobierno permite establecer relaciones menos despóticas a nivel de la sociedad y permite, por lo tanto, un mayor desarrollo de los movimientos sociales. La respuesta es que transitoriamente lo está haciendo, pero creo que a la larga se va a convertir en un gobierno que se va a cerrar y vamos a tener un nuevo régimen muy poco izquierdista, no importa desde el punto de vista que lo veamos.

ATILIO BORON

EL OBJETIVO DE LA IZQUIERDA es la justicia social, lo cual está radicalmente en contra de toda forma de explotación u opresión. De allí que un gobierno que sea indiferente a esto no puede ser un gobierno de izquierda. Y gobiernos de izquierda en América Latina hay sólo dos: Cuba y Venezuela. Salvo que tengamos una gran confusión. Por ejemplo, con ningún esfuerzo supremo de la imaginación puedo concluir que el gobierno de Kirchner en Argentina es de izquierda; ni siquiera sé si cabría dentro de una borrosa caracterización de “centro-izquierda”. El gobierno de Lagos, menos todavía. Lula tampoco. No podemos confundir las expectativas populares que despertaron esos gobiernos con la conducta concreta de los mismos; son dos cosas completamente diferentes. Lula despertó unas expectativas extraordinarias en Argentina. En vísperas de las elecciones en Brasil, en las que Lula obtuvo el 47% de los votos, tres encuestas a nivel popular le daban entre el 56 y el 57%. En otras palabras, Lula ganaba en la primera vuelta. Sin embargo, una cosa son las expectativas y otra muy diferente es pensar en el gobierno. Por tanto, hay sólo dos gobiernos de izquierda en América Latina: Cuba y Venezuela.

En cuanto a las dudas respecto de si Chávez es o no de izquierda, podemos proponer dos enfoques para discutir este problema. Un primer enfoque implicaría buscar en todos los libros de marxismo, pensamiento socialista y demás, y allí difícilmente Chávez represente un gobierno de izquierda. Pero como la izquierda se equivoca, y mucho, y la derecha no se equivoca –por eso ha gobernado durante siglos–, asumo el siguiente criterio: si Bush lo ataca, si toda la derecha lo ataca, si los monopolios lo atacan, entonces Chávez es de izquierda. Porque, en caso contrario, estaríamos frente a un planteo angelical sobre la política latinoamericana. Si lo ataca el gobierno de Estados Unidos, eje fundamental del sistema de dominación imperialista que viabiliza los procesos de dominación interna, Chávez es de izquierda. Si no lo era, se volvió de izquierda. Será una izquierda muy especial. Sin duda, no es la que surge del museo británico con Marx y Engels en 1848-1849; es una izquierda tropical, con todas las especificidades que tiene la encarnación de un proyecto en América Latina. Chávez es lo que es. Con esto hacemos la alternativa de izquierda aquí, o no hacemos nada. Si la derecha venezolana se unifica como un bloque absolutamente sólido contra Chávez, y si Estados Unidos se propone desplazarlo como primerísimo objetivo en América Latina, cuestionarse si Chávez es o no de izquierda es totalmente irrelevante, algo que preocupa sólo a algunos intelectuales abstraídos del movimiento real de la historia.

Lo mismo ocurre con relación al debate respecto de si tenemos o no gobiernos democráticos en América Latina. Respetando

una vez más las palabras y conceptos de mucho lustre, Aristóteles –para dejar de lado a Marx y todo el debate de los siglos XIX y XX– decía que el gobierno democrático era el gobierno de los pobres en defensa de sus intereses –que, además, eran la mayoría. Entonces, ¿cuántos gobiernos de esos tenemos hoy en América Latina, gobiernos de pobres que combaten la pobreza y en los que la promoción de los intereses de los pobres y las grandes mayorías sean el objetivo número uno de la política económica?

Cuando lo primero que hace un gobierno ni bien asume es negociar durante dos meses con el Fondo Monetario Internacional (FMI), estamos frente a un gobierno que, en el sentido estricto de la palabra, no es democrático. Convencionalmente hay elecciones, pero eso no es prueba de nada. En Estados Unidos también hubo elecciones. Como señalaba Noam Chomsky, la opción era elegir entre dos supermillonarios: Kerry, un supermillionario, o Bush, otro supermillionario, cada cual con su candidato a vicepresidente, a su vez dos supermillonarios. Definitivamente, esa no fue una elección democrática. Es preciso que empecemos a pensar que no estamos frente a gobiernos democráticos. Con excepción de los dos casos mencionados anteriormente, el resto son oligarquías que no hacen gran cosa.

Es evidente que en América Latina han surgido nuevos movimientos sociales que reemplazan progresivamente el papel que antes tenían los partidos políticos. Y es indudable que si pasan cosas es básicamente porque hay movimientos sociales que están agitando el tablero, ya que los partidos han tenido una tendencia muy fuerte a superinstitucionalizarse y, por lo tanto, han dejado de ser motores de cambio, incluso los partidos populares. Pero en este punto se plantea una segunda discusión.

Si estamos frente a nuevos sujetos que se constituyen al margen de la arena electoral y del proceso institucional de las llamadas “democracias latinoamericanas”, es fundamental plantearse cuál es la estrategia de poder que tienen estos movimientos. Porque un movimiento que no se plantee una estrategia de poder, más allá del debate que pueda darse acerca del poder, no puede transformar este tipo de sociedad. Entonces nos preguntamos cuál es la estrategia de acción de estos movimientos. Porque, de lo contrario, caemos en una contradicción: nuevos movimientos sociales que tienen una gran capacidad para dinamizar la política, pero que luego deben insertarse en la estrategia de poder dominante ya institucionalizada.

Es hora de plantearnos una discusión abierta sobre las llamadas estrategias extra-institucionales en América Latina. Si uso la palabra “insurrección”, me van a fulminar pensando que he escapado inmerecidamente de las cavernas de los años sesenta. Pero cuando de hecho observamos cómo se han producido los cambios de gobierno en varios países de América Latina, constatamos que se

produjeron por vías clásicamente insurreccionales. Basta con preguntarles a Lino Gutiérrez, Sánchez de Lozada o De la Rúa cómo fueron desalojados del poder.

Entonces estamos frente a una nueva realidad. Hay, en la práctica, una nueva estrategia de resolución de conflictos en América Latina, que no pasa por el Parlamento o el Congreso, pasa por la calle. Es una estrategia de carácter insurreccional, pero que se enfrenta con un serio problema: dado que las viejas teorías como el foquismo fueron superadas, hoy prevalece una especie de espontaneísmo insurreccionalista. Una de las consecuencias de esto es que puede haber masas movilizadas con una enorme capacidad para derrocar gobiernos impopulares, pero que son al mismo tiempo, y como producto de la desorganización y el caos en que se mueven hoy las sociedades latinoamericanas, incapaces de plasmar un proyecto de reemplazo. Sacan a un gobernante neoliberal y llega otro que sigue aplicando las mismas recetas neoliberales. Es muy importante estudiar o examinar comparativamente las experiencias de estos movimientos, para comprender qué podemos aprender de sus estrategias y qué podemos sugerir.

Si se constituyen coaliciones que tienen posibilidades de ejercer alguna transformación en nuestra vida social, y si hasta hoy –no sé más adelante– esas transformaciones pasan por el Estado, una institución aún clave aunque a muchos de nosotros nos disguste profundamente, ¿cuál es la relación que debe establecerse entre reforma y revolución? En América Latina, la palabra “reforma” estuvo cargada de un sentido profundamente peyorativo. No había peor insulto para un compañero de izquierda que tildarlo de reformista.

¿Por qué no se produjo la revolución en América Latina? “Por la traición de los jefes” es la respuesta rutinaria de los sectores que hacen gala de un “revolucionarismo abstracto”. Es, además, una explicación gastadísima, de más de un siglo, y que deja de lado toda indagación acerca de las razones por las cuales la traición de los jefes, invariablemente anatemizados como reformistas o socialdemócratas, pudo ser efectiva. Este argumento no indaga por qué las masas no se rebelan contra sus jefes supuestamente traidores. En todo caso, conviene recordar que cualquier intento de reforma en América Latina da lugar a una sangrienta contrarrevolución o, por lo menos, una tentativa de contrarrevolución. Esto nos obliga a pensar con qué estrategias de reformas concretas deberían contar los movimientos contestatarios en América Latina, porque no podemos pensar que estos movimientos vayan a tener una gravitación en la vida social de nuestros pueblos prometiéndoles el milenio socialista. Mientras tanto, tienen que decir qué hacer con el sistema educativo hoy, con el sistema de salud hoy, con la gestión democrática del Estado hoy. A la vez, tienen que ser reformistas; si no tienen capaci-

dad para proponer reformas, no son creíbles para proponer una revolución.

Por otro lado, lo que podemos sacar en limpio de la experiencia argentina es que nos ha ido pésimo. Argentina fue durante diez años, según Michel Camdessus, la mejor alumna del Fondo Monetario Internacional (FMI). No sólo es mi opinión, ni la de los críticos, los izquierdistas de siempre, que hemos revivido al calor de esta nueva realidad intelectual y política, que espero no sea pasajera, en la que otra vez podemos hablar y llamar a las cosas por su nombre. Pero lo cierto es que fue Camdessus –y los principales funcionarios del FMI– quien ponía como ejemplo a Argentina. Antes fue Pinochet, pero les resultaba un poco desagradable el personaje. Después dijeron “miren a Salinas de Gortari”, pero también tuvo problemitas, y finalmente optaron por Menem, nada menos. A Argentina le fue muy mal, y Uruguay vivió el coletazo.

¿Por qué nos fue tan mal? ¿Porque desobedecimos al Fondo? No, nos fue pésimo porque fuimos los más obedientes con las consignas del FMI. Fuimos los que negociamos con los brazos caídos, los que aceptamos todos y cada uno de los puntos del Consenso de Washington, los que antepusimos el acuerdo con el FMI, el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) ante cualquier otra consideración de política social y económica. Así nos fue.

Los uruguayos nos tienen muy cerca, saben qué fue lo que pasó, y la gran lección es evitar que les pase lo mismo. Lo que quiero expresar es que si Argentina pagó el precio que pagó, es porque fue muy obediente, el más obediente de los países de América Latina. Que no pase lo mismo con los uruguayos.

Cuando tomo conocimiento de que la primera decisión en materia económica del nuevo gobierno de Uruguay fue enviar una misión a Washington para tratar con el FMI o el BM o el BID, me preocupó, y mucho. Si Argentina con su territorio y sus recursos no sólo tropezó, sino que cayó en la peor crisis económica de nuestra historia por seguir ese recorrido, es imperioso que aprendamos de esa lección.

Posteriormente, en un acto de desesperación, producto de que no había más alternativa, Argentina deja de pagar la deuda. Y, poco tiempo después, no contenta con haber pateado el tablero de manera tan censurable para la prensa “seria” de nuestros países y para los medios de comunicación que informan a nuestros pueblos con “ecuanimidad y veracidad”, adopta la política de realizar una quita muy significativa a los bonos de la deuda externa. Esto es, dos flagrantes sacrilegios contra todas las reglas de juego respetables del sistema financiero internacional.

Frente a esto, los diarios en Argentina, Uruguay y Brasil, la prensa internacional, la opinión pública internacional “prudente”, afirmaron que Argentina iniciaba una caída sin fin, una caída libre

al más profundo de los océanos, a la crisis más profunda de su historia, porque no sólo había tenido una crisis a partir de 1998, sino que ahora acentuaba las peores consecuencias de esa crisis, deshonrando la deuda y esquilmando a los acreedores.

Lo que pasó fue exactamente lo contrario. Todos estos medios serios mostraron que, en realidad, no lo son. Salvo algunas honrosas excepciones, los medios de comunicación de masas son, como bien afirma Noam Chomsky, medios de confusión de masas, de manipulación de masas, que mienten sistemáticamente, producto premeditado de su política: desinformar, manipular, mentir, atemorizar a la población, para que la población actúe y responda en función de sus intereses. Esa prensa había afirmado que Argentina se hundiría en el peor de los abismos. Pasó exactamente lo contrario. Desde 2003 hasta hoy, hay un solo país en el mundo que está creciendo más que Argentina, y es China. Segunda lección entonces: desvincularnos del FMI, de la deuda (que, al igual que los uruguayos, ya hemos pagado entre seis y siete veces, como lo demuestra el estudio del profesor Eric Toussaint publicado por CLACSO), nos permitió crecer a un ritmo muy acelerado. De manera que cuando algún sinvergüenza dice que nuestros gobiernos deben honrar la deuda externa, lo que nos están diciendo es que tenemos que honrar a sus ladrones. Lo que no dicen es que todo el sistema es un atraco, un sistema montado sobre el latrocinio. Pero ellos nos piden que respetemos al ladrón. Argentina no efectuó la quita debido a la clarividencia de sus dirigentes –la verdad, la claridad de la dirigencia política argentina es de las más bajas del mundo–, sino porque no había otra alternativa. El país estaba totalmente fundido.

¿Qué pasó entonces después de todo esto? Nada. Nos amenazaron los diarios. Mucha gente se atemorizó, porque diarios como *La Nación* o *Clarín* decían: “qué barbaridad lo que está pasando en este país”. Leer la prensa uruguaya o de Brasil era terrible, porque se afirmaba que el Fondo se había propuesto escarmentar a Argentina, darle un castigo ejemplar, para que nadie osara volver a hacer lo mismo. Pero no pasó absolutamente nada.

Y no pasó nada porque el mundo del capital no está pendiente de lo que diga una burocracia corrupta, anclada en instituciones como el BID, el FMI o el BM. Los inversionistas que vienen a invertir a estos países lo hacen fundados en un solo principio: ¿puedo ganar?

A un país con muertos de hambre, como son la mayoría de los países de América Latina a causa de estas políticas, no llegan las inversiones. Singapur es una pequeña isleta, infinitamente más chica que Uruguay, pero tiene una de las estructuras de distribución de ingreso más igualitarias del mundo. Allí hay 6 millones de hombres y mujeres que compran. Argentina tiene 38 millones de habitantes, de los cuales compran sólo 7 u 8 millones. Entonces, ¿dónde conviene invertir? En Singapur, por supuesto: es más pequeño y

más fácil de manejar, y representa menos problemas, más movimiento, más ganancias.

¿Hay que negociar o no con instituciones como el FMI, el BM, el BID? No hay nada que negociar. Hay que hacer lo que hizo el primer ministro de Malasia. Cuando estalló la crisis en 1997, llegó a Kuala Lumpur una delegación del FMI. Entonces aquél les preparó una cena magnífica en el hotel más elegante de la ciudad, y después les dijo: “tengo un regalo para todos ustedes, levanten el plato”. ¿Qué había debajo del plato? Un pasaje de ida de Kuala Lumpur a Washington en primera clase. “No los quiero ver más, desaparezcan.” Y se fueron. Y Malasia fue el primer país que se recuperó de la crisis asiática.

No hay tal cosa como “una buena negociación con el Fondo”, como tampoco hay buena negociación con el ALCA. Recordemos lo que escribió Colin Powell, secretario de Estado, cuando dijo que el ALCA es el proyecto que va a permitir a Estados Unidos tener el control absoluto, desde Alaska a Tierra del Fuego, sobre mercados, materias primas, recursos y circuitos financieros. Es imposible que nos convenzan de que se puede negociar bien ese proyecto de control absoluto por parte de Estados Unidos.

En realidad, “negociar bien” con esas instituciones es poner en primer lugar en la agenda de prioridades nacionales de nuestros países la estabilidad monetaria y la valorización financiera; poner al tope de las prioridades nacionales de Uruguay, Argentina, Brasil, el superávit fiscal y la reforma del Estado. El resultado de todo esto es recesión económica, mayor dependencia externa, mayor vulnerabilidad ante los factores y los agentes internacionales, deterioro en la distribución del ingreso y, a la larga, deterioro de la credibilidad democrática. Un rasgo muy preocupante es que, como lo comprueban las encuestas de opinión pública, la mayoría de la población de América Latina está dispuesta a renunciar a un gobierno democrático, si es que hay otro gobierno no democrático que garantice la solución a sus problemas económicos.

Esta es la herencia que nos deja el neoliberalismo, después de tantos años de haber seguido esas políticas que tan nefastas consecuencias trajeron a nuestros países.

PLINIO SAMPAIO

EL GOBIERNO DE LULA tuvo un profundo impacto sobre la sociedad brasileña. Destaco, en primer lugar, el hecho de que Lula le dio oxígeno al neoliberalismo. La adhesión incondicional del Partido de los trabajadores (PT) al “orden global” legitimó las políticas neoliberales. Con eso, el neoliberalismo ganó un tiempo precioso. Claro que eso no garantiza la perpetuación del sistema, pues, al profundizar las contradicciones sociales, el neoliberalismo tiende a cavar su propia tumba.

Entre los efectos negativos del gobierno de Lula, destaco la gravedad de la crisis política. A mediano y largo plazo, la falencia de los partidos políticos apunta hacia una crisis institucional de grandes proporciones. En muchos sentidos la crisis política actual es mayor que la de 1964 porque en aquel momento las principales referencias políticas de derecha quedaron en pie, y las de izquierda también, aunque quedaran fuera de Brasil. La actual crisis desmoraliza a todos los partidos del “orden”. Es una crisis que destruye todas las referencias políticas. Si no hay un cambio de rumbo radical (y no creo que haya), Brasil camina hacia el colapso de su sistema político partidario, algo similar a lo que ocurrió en Venezuela, en Ecuador y en Bolivia. Claro que no igual, cada país es diferente, pero hay una crisis política muy grande en Brasil.

Desde el punto de vista del Estado nacional, lo clave es que el avance del neoliberalismo agudiza el proceso de reversión neocolonial, o sea, el desmantelamiento de los instrumentos que caracterizan al Estado nacional. Este es un proceso histórico que no se inició con el gobierno de Lula. Viene de mucho antes. En Brasil, los síntomas del proceso son más o menos claros y se manifiestan de manera inequívoca con la desarticulación del proceso de industrialización en los inicios de los años ochenta. El resultado de esta crisis es que la economía ya no tiene su eje dinámico en el mercado interno y en la industria. El país funciona para servir al mercado internacional y tiene su sector más pujante en la agricultura. Junto con la crisis de la industria, viene un aumento del desempleo estructural, un aumento de la pobreza. También existen cambios significativos en la propia estructura del capital. La burguesía brasileña, que tenía algún poder de negociación con el imperialismo, hoy no tiene casi ninguno. Hasta el final de los setenta, la burguesía tenía su fuerza en la industria (subdesarrollada, pero era una industria grande y fuerte). Hoy la burguesía brasileña no depende más de la industria. Se trata de una “burguesía de negocios”, para no usar la expresión “burguesía compradora”, porque la historia no marcha para atrás. Ella se dedica a la compraventa de mercancías en el mercado exterior; a la compra y venta de patrimonio nacional, público y privado; y a la especulación financiera, con la compra y venta de papeles. Por eso el

superávit fiscal brasileño tiene que ser altísimo, no sólo para agradar al FMI, sino también porque la burguesía está ganando plata con estos títulos. Por eso, el neoliberalismo encuentra fuerte apoyo en casi todos los sectores de la burguesía brasileña.

Cuando observamos la situación brasileña desde una perspectiva de largo plazo, no es exagerado afirmar que, si la sociedad brasileña no cambia radicalmente de rumbo, caminamos hacia la barbarie. Creo que este análisis es, de alguna manera, un análisis de lo que ocurre en toda América Latina. Al final, toda América Latina vive una profunda crisis del proceso de construcción del sistema económico nacional que se manifiesta en la forma de una inviabilidad de la industria nacional; un aumento del problema del desempleo estructural; una creciente y descontrolada desnacionalización de la economía; un alarmante aumento de las rivalidades interregionales que colocan en peligro la propia continuidad de la unidad territorial; un sistemático desmantelamiento de los aparatos de Estado; y, por fin, una profunda crisis de la identidad cultural que coloca en jaque la propia idea de la pertinencia de seguir apostando al Estado nacional.

Pero quiero llamar la atención sobre un segundo orden de problemas. El gobierno de Lula tuvo un profundo impacto sobre la unidad de la clase obrera. En Brasil el pueblo sufrió un gran revés. La mayor derrota no fue la capitulación del gobierno de Lula. La peor derrota fue la destrucción de los instrumentos de lucha creados por la clase obrera en los últimos veinticinco años. De cierta forma, la derecha comparte esta visión, porque golpea mucho más al Partido de los Trabajadores (PT), a la Central Única de Trabajadores (CUT), al Movimiento de los Sin Tierra (MST) que al gobierno de Lula. Lo que la derecha quiere es desmoralizar la idea de que el cambio es posible, ése es el blanco principal del ataque de la burguesía. Lo que estamos viviendo hoy en Brasil es la deconstrucción de Lula, la deconstrucción del PT, el esfuerzo de deconstruir todos los instrumentos de lucha de la clase obrera. Esto está ocurriendo de manera fulminante y espectacular.

Entender por qué el gobierno de Lula zozobró a las exigencias del orden es fundamental para la recomposición de las fuerzas de izquierda en Brasil y, me atrevo a decir, en toda América Latina. Mi tesis es que el fracaso retumbante del gobierno de Lula como un instrumento de transformación social expresa el agotamiento de un ciclo de acumulación de fuerzas de la izquierda. La crisis no es sólo del PT, sino del conjunto de la izquierda; la crisis del gobierno de Lula es la crisis del PT, del conjunto de todos los partidos de izquierda y de los movimientos sociales. La crisis expresa la absoluta falencia del proyecto socialdemócrata.

De una o de otra manera, en Brasil, todas las fuerzas políticas y todos los movimientos sociales han sido profundamente afectados por lo que está pasando. Prevalece la perplejidad, la inmovilización.

En el momento, las fuerzas de izquierda se encuentran bien confusas. La falta de una estrategia clara para enfrentar la situación es grave porque existe una evidente necesidad de cambiar la realidad, el pueblo da señales claras de que quiere transformaciones profundas, pero el cambio no viene. Parece una tragedia griega. Nadie logra cambiar el curso insensato de los acontecimientos. Si analizamos lo que está pasando con una perspectiva histórica, vamos a ver que hay una similitud entre la incapacidad del gobierno de Lula de cambiar la realidad y la derrota de todas las iniciativas reformistas de los últimos cincuenta años: la campaña por la reforma de base de los años sesenta, abortadas por las bayonetas de la dictadura militar; la derrota del movimiento de redemocratización que culminó con la elección indirecta de José Sarney y, posteriormente, con la elección de Collor de Mello y el inicio del ciclo de liberalización; y el completo fiasco de la experiencia socialdemócrata en su versión ilustrada, con Fernando Henrique Cardoso.

Quizá esto nos está diciendo que no hay espacio real para reformas en el capitalismo dependiente. A lo mejor, en América Latina, los cambios exijan otra radicalidad. Eso coloca nuevas interrogantes. ¿Quién es el agente del cambio en América Latina? ¿Quién hace los cambios? La apuesta del PT era que el cambio se haría de manos dadas con la burguesía. La verdad es que, en Brasil, todas las estrategias de cambio ya fueron intentadas y fracasaron. Todas, menos una: apostar al protagonismo de la clase obrera. Apostar al poder transformador de los de abajo. La configuración de la lucha de clases en Brasil coloca frente a frente rico contra pobre. El cambio viene de la mano de los pobres que son los trabajadores. Este es un debate que tenemos que hacer para no quedar dando vueltas en círculos. No tenemos más el derecho de cometer los mismos errores de las últimas cinco décadas.

Para finalizar, un último comentario. Las tareas políticas que la izquierda tienen por adelante no son simples. Hace poco un brasileño fue muerto en Londres por la policía inglesa, con siete tiros en la cabeza y uno en la espalda. El muchacho era un trabajador que se fue al extranjero porque no tenía alternativa en Brasil; un típico brasileño, un hombre de bien, sin ningún antecedente que le pudiera poner ninguna mancha. Su entierro fue una conmoción nacional. Fue sepultado con la bandera de Brasil y con la bandera de Minas Gerais. Eso demuestra que hay un sentimiento antiimperialista muy fuerte en el país. Pero es importante indagar: ¿podemos resolver nuestros problemas apenas en la dimensión nacional?, ¿es posible resolver los problemas fundamentales del pueblo latinoamericano dentro del capitalismo?, ¿en la era del imperialismo total, es posible domar el capitalismo dependiente?

El pueblo reacciona contra la reversión neocolonial y la barbarie que la acompaña luchando por la revolución democrática y

por la revolución nacional, entendidas como transformaciones profundas –radicales– en las estructuras sociales y económicas de la sociedad nacional. Pero, cabe preguntar: ¿es posible encaminar tales cambios sin extrapolar el marco nacional y sin ultrapasar el marco del capitalismo? En otras palabras: ¿existe una burguesía nacional capaz de enfrentar el imperialismo? No. No existe. A lo largo de toda nuestra historia, desde la independencia hasta nuestros días, el capital jamás se preocupó de los problemas del pueblo. Siempre resolvió sus problemas sin tomar en cuenta, en lo más mínimo, los problemas de los de abajo. Por eso, somos una de las naciones con el mayor nivel de injusticia del mundo.

Más que nunca, necesitamos leer lo que está en la historia para saber lo que es posible y lo que no es posible. Porque si nos proponemos lo imposible, como domar el capitalismo y construir un Estado de bienestar social en la periferia del capitalismo, es evidente que los movimientos sociales van a entrar en depresión. El movimiento obrero no hace historia sin teoría. Entonces planteo como hipótesis para el debate: no hay solución para los problemas fundamentales del pueblo brasileño en el mundo “global” y no hay manera de romper las cadenas de la “globalización” sin desencadenar un proceso político que tiende a cuestionar el propio capitalismo. Si estas tesis son verdaderas, hay que pensar en otra radicalidad para las acciones de aquellos que luchan “contra el orden”. El vergonzoso fracaso de Lula coloca la necesidad de repensar la dialéctica entre reforma y revolución.

REINALDO CARCANHOLO

HACE MUY POCO EL GOBIERNO BRASILEÑO del Partido de los Trabajadores (PT) conquistó una gran victoria en el Congreso. El Senado Federal había aprobado una suba del salario mínimo de 300 a 384 reales en contra de la propuesta del gobierno de Lula y del Ministro del Trabajo, el presidente de la Central Única de Trabajadores (CUT). El gobierno, a través de una maniobra de regimiento en la Cámara de Diputados, consiguió derrotar la propuesta de la derecha de 384 y volvió a los 300 reales. Hoy conmemoran la victoria. Esto para mostrar que mis críticas al gobierno brasileño de “izquierda” no es el resultado de una posición extremadamente radical.

Ante la pregunta ¿por qué la realidad es lo que es?, ¿por qué los discursos van en un sentido y la práctica en otro?, y ante la preocupación de encontrar una “idea fuerza”, exigida aquí en este excelente seminario, capaz de aglutinar los agentes, los sujetos de América, un primer elemento que es fundamental tener presente es que el capitalismo que existía hace veinte o treinta años no existe más. El capitalismo que conocimos en nuestra infancia no existe ni

va a volver a existir. Aquel era un capitalismo muy diferente al que hoy sufrimos; permitía en América Latina un cierto desarrollo, permitió el surgimiento con mucha fuerza de una clase media en Argentina, en Uruguay –se hablaba de Uruguay como “la Suiza sudamericana”–, y en Costa Rica. Ya al final de ese período “bello” del capitalismo (si es que hubo tal cosa) un amigo marxista –un poco en broma, un poco en serio– decía que en Costa Rica no había lucha de clases, era la “Suiza centroamericana”; claro que había lucha de clases, pero no como la conocemos hoy. En Brasil también, aun con toda la exclusión social del desarrollo capitalista en esa época, se pudo desarrollar una clase media y existía la perspectiva de ascenso social urbano. La gente del campo se iba a la ciudad y había expectativa de ascenso social.

Ese era el capitalismo que nosotros conocíamos. He escuchado la afirmación de algunos compañeros de que lo que queremos hoy en verdad, los trabajadores y los explotados, es trabajo y dignidad; es verdad, esas son palabras muy fuertes: “trabajo” y “dignidad”. Pero nosotros teníamos eso en el capitalismo de antes. Mi familia tenía trabajo, tenía seguridad en el trabajo, tenía la dignidad de obrero pobre, pero tenía la dignidad del trabajo. Hoy, exigir del sistema dignidad y trabajo es muy poco, aunque son palabras muy fuertes y tácticamente deben ser utilizadas, es demasiado poco. ¿Y por qué es fuerte eso? Porque el capitalismo hoy no lo puede dar, y peor aún, no lo volverá a dar a los trabajadores.

Durante muchos años se discutía la afirmación de Marx de que el capitalismo generaba la miseria absoluta. Muchos marxistas hicieron esfuerzos para relativizar lo que él quería decir con eso. La realidad no mostraba eso, luego o Marx estaba equivocado o no era eso lo que quería decir, porque, para ellos, Marx no podía equivocarse. Y de hecho, en ese aspecto, no se ha equivocado. Durante los treinta años de oro del capitalismo la miseria no fue tan visible para nosotros. Pero hoy no podemos dudar de la afirmación de Marx de que el capitalismo es al mismo tiempo la riqueza elevada al extremo y, al mismo tiempo, la miseria elevada al extremo.

Entonces, la teoría de la pobreza absoluta, tal vez un poquito retrasada en la historia, ahí está.

Nuestro “radicalismo” en afirmar que el capitalismo no es capaz de volver y hacer lo que hacía tiempo atrás deriva, en verdad, de una interpretación científica que tenemos sobre el cambio que hubo. La crisis del capital de los años setenta, que se explica fundamentalmente como consecuencia de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, encuentra su solución –el capitalismo siempre encuentra una solución– en lo financiero, en la salida del capital de la producción y en la búsqueda de rentabilidad especulativa y rentista.

La contradicción de la fase actual del capitalismo es muy seria: es entre la producción de excedente, de plusvalía, y la apropiación

ción. La voracidad del capital, el deseo de apropiación supera en mucho y cada vez más la capacidad de producción. Esa fue la salida de la crisis. Y la salida de la crisis, que el capital siempre encuentra, tiene una condición. No hay otra posibilidad: mayor explotación. Esa es la historia del capital. Y va a seguir siendo esa su historia, mientras sobreviva. No creo que el capitalismo desaparezca a partir de esta forma, es posible que surjan nuevas formas de existencia del capital. Pero si surge una nueva, posterior a esa del dominio del capital ficticio en el concepto de Marx, será sobre la base de una explotación aún más fuerte.

La tragedia de la humanidad, que no es de hoy, en el capitalismo, se va a profundizar, si es que el capitalismo logra sobrevivir a esta forma que no tiene horizontes muy amplios.

Hace unos días tuve una plática con mi hijo, que también es marxista, y le preguntaba cuál era la diferencia entre nosotros y los actuales keynesianos, los poskeynesianos. Los que se consideran verdaderos seguidores de esa perspectiva, son algunas veces más críticos que nosotros con relación a la política neoliberal. Y más o menos llegamos a un acuerdo: la idea es que –por más críticos que sean– los keynesianos creen en la posibilidad de una vuelta a un capitalismo más humano. Y tienen razón dentro de la teoría en la que creen. La idea que tienen ellos es que la riqueza, el excedente, y por lo tanto la ganancia, tiene como base fundamental *la tecnología*; es el avance tecnológico el que garantiza la belleza del capitalismo, la riqueza y la posibilidad del capital de hacer concesiones. Por lo tanto, si hay algún regreso de la forma capitalista de la especulación y del rentismo hacia la producción, estamos salvados; con el avance tecnológico el capital podría volver a hacer concesiones a nuestros pueblos y estaríamos felices con eso.

No estaría en contra de eso, pero la verdad es que no lo puedo creer; es una cuestión de convicción teórica en economía, porque –para mí– riqueza y excedente no tienen como origen la tecnología. Es verdad que la tecnología, a través de la plusvalía relativa, permite un crecimiento de la riqueza; pero, la cuestión tecnológica, lo importante de ella y lo que nosotros vemos como fruto de la tecnología, no es producto de ella, es transferencia de explotación de los que no dominan la tecnología. La tasa general de ganancia, que es lo que importa para el capitalismo, se explica por la explotación, no por la tecnología.

Esa es la perspectiva marxista que nadie tiene la obligación de aceptar, pero nosotros, marxistas, sí tenemos o entonces no lo somos. Y por lo tanto no hay vuelta, no hay posibilidad de que la tecnología resuelva el conflicto entre la producción y la apropiación. Claro que hay un espacio para que la tecnología aumente la plusvalía absoluta, pero la cuestión central es la plusvalía extra y eso significa mayor explotación a los que no dominan la tecnología; y la riqueza y

el excedente, para nosotros, sigue siendo fruto del trabajo; la tecnología es del dominio del capital, pero sólo a través de la explotación del trabajo es que logran esa apropiación. Y la salida de la crisis, por lo tanto, sólo puede ser –si, como lo creemos, la crisis es en verdad resultado de una tendencia decreciente de la tasa de ganancia– un nivel de explotación mayor sobre nuestros pueblos.

Por esto, la salida del capital hoy, o –si no hay salida–, la continuidad de este capital implica mayor explotación de nuestros pueblos y por eso no creo que exista la posibilidad de que alguna fracción burguesa se proponga, en nuestros países, un proyecto nacional y popular.

En relación con la cuestión de Uruguay: tengo esperanzas en el proceso. Cuando ocurrió la victoria de Tabaré Vázquez, en mi casa ondeamos la bandera roja del anticapitalismo. Pero seamos realistas, la sobrevivencia del proyecto en Uruguay depende primero de que los explotados estén en la calle, que vayan a la pelea, a la lucha, a la reivindicación, a la exigencia, a la casi insurgencia y cada vez más, sin eso no hay futuro.

Y en segundo lugar depende de que las cosas políticamente en América Latina evolucionen adecuadamente, porque solo Uruguay no tiene futuro; cualquiera de nosotros no tenemos futuro si políticamente en América Latina las cosas no caminan adecuadamente. Entonces tenemos que articular eso. En Venezuela también; el solo radicalismo de las palabras de Chávez no es suficiente. Pero sí creo que la sobrevivencia de la revolución bolivariana y su eventual evolución en direcciones más interesantes sólo es posible si la revolución se radicaliza. ¿Cuál es la radicalidad que existe y que debería avanzar ahí? Es la radicalidad en organización de las masas, de los explotados, en sus exigencias y reivindicaciones y eso se está logrando.

Los puntos básicos a partir de los cuales podemos imaginar una idea-fuerza son:

1. el capitalismo ya no es el mismo, no hay vuelta;
2. no hay fracción burguesa, dominante en una alianza, capaz de sostener un proyecto nacional y popular;
3. los explotados necesitan asumir el poder;
4. si lo hacen, ¿por qué mantenerse con un proyecto nacional y popular, y no avanzar hacia un proyecto socialista? Si no hacen eso el proyecto desaparece.

Los pueblos latinoamericanos en este momento presentan una gran resistencia, están en proceso de crecimiento en su rebeldía y hasta insurgencia en contra del neoliberalismo. Manifestación de ese proceso es el caso uruguayo, también fue el caso en Brasil, 55 millones de brasileños votaron por Lula con la expectativa de cambios. Pese a ello el gobierno de Lula ha logrado consolidar en Brasil el modelo neoliberal y nos ha impuesto a los brasileños una derrota.

De cierta manera esa derrota es un poco latinoamericana también en ese movimiento de ascenso de rebeldía contra el neoliberalismo.

Nos acusan, muchas veces, de que hacemos críticas muy radicales al actual gobierno y de que queremos que el gobierno de Lula fuera un gobierno revolucionario y que hiciera transformaciones radicales en la sociedad brasileña. Sin embargo, no era eso en verdad lo que yo pretendía cuando voté a Lula.

Quería un gobierno más o menos reformista. No era necesario que fuera maravillosamente reformista. Un poquito reformista. Y el gobierno de Lula no fue ni reformista ni un poquito bueno, fue un desastre. Pero no nos confundamos: las medidas reformistas no generan revolución alguna. El problema es que el capitalismo contemporáneo, al negar cualquier posibilidad de concesión a los trabajadores y al pueblo, hace que una política reformista sólo sea posible si apuntara realmente a la transformación radical de la sociedad. Cualquier política reformista sólo puede consolidarse en nuestros países si apunta a la revolución y el anticapitalismo.

Y no fue eso lo que vimos con el gobierno de Lula, fue muy diferente, porque no hay que esperar de un gobierno, sobre todo con las alianzas que se hicieron, una política en ese sentido. Y tampoco el movimiento popular en Brasil tuvo condiciones para mantener su autonomía y para garantizar lo que todos nosotros estamos de acuerdo, la necesidad de un trabajo de conscientización, organización y movilización.

En Brasil, el movimiento popular no fue a las calles, no tuvo condiciones de rebelarse contra la política pro-neoliberal del gobierno actual, no tuvo condiciones de realizar una insurgencia, único camino capaz de permitir que se cambiara la orientación de ese gobierno.

Insisto, el gobierno ha logrado a través de diferentes mecanismos incluso cooptar líderes, importantes líderes. El cambio de ministros en estos últimos tiempos, la sustitución del Ministro de Trabajo y la designación para ese puesto del Presidente de la Central Única de Trabajadores (CUT) no es concesión a los trabajadores, es un paso más en la consolidación del modelo. Un intento en ese sentido.

Tal vez uno de los pocos movimientos que se hayan salvado en Brasil porque mantuvo su autonomía, porque mantuvo su estrategia de un trabajo de largo plazo de conscientización, de organización y de movilización diaria, es el Movimiento de los Sin Tierra (MST). En este momento se nos presenta como la esperanza. Tal vez la grave crisis política y ética que ustedes han estado sintiendo en estos días en Brasil sea el punto de partida de la reconstrucción del movimiento popular en Brasil. Tal vez ella sea el inicio de nuestro intento de dar vuelta la derrota que sufrimos.

Para concluir: ningún proceso antineoliberal en este momento logra éxito, si no apunta a un proceso anticapitalista. En segundo

lugar, ningún país en América Latina, grande o chico, tendrá éxito en una política de reformas, en una política antineoliberal, una política anticapitalista, solo. Ningún país. Sólo será posible una victoria en ese proceso si estamos unidos. Y la idea fuerza que me atrevo a proponer, pese a la falta de originalidad, es: ¡explotados de América Latina, uníos!

CLAUDIO LOZANO

LA EXISTENCIA, EL DESARROLLO, EL IDEARIO y los actores sociales de las dos grandes experiencias históricas populares importantes que tuvo Argentina –el peronismo y, anteriormente, la Unión Cívica Radical (UCR)– no tienen que ver con el país actual. Se podría afirmar, que luego de las transformaciones operadas por la dictadura militar y todo el proceso de reestructuración económico, social y político, estas estructuras quedaron prácticamente girando en el vacío. El molde con el que se definió históricamente la experiencia radical fue el de ser el partido de los sectores medios, por lo que la involución de estos sectores ha dejado sin base a la UCR. La experiencia del peronismo, fuertemente atada a la dinámica de los trabajadores y su intervención política, tampoco tiene nada que ver con la situación actual.

Estas dos estructuras, clave de la experiencia popular, a partir de sus diferentes etapas de participación en la gestión del Estado posdictatorial fueron anudando su discurso y articulación de intereses con los sectores dominantes, revelando a su vez una absoluta imposibilidad de vertebrar alguna relación con la nueva realidad de los sectores populares. Me refiero a vertebrarla en función de volver a expresar lo que alguna vez expresaron, que fueron experiencias de mayor o menor avance social.

Este marco de debilitamiento y desarticulación del viejo sistema, en términos de lo que expresaban, está atado a la crisis del Estado nacional, porque ellos son tributarios de la configuración del Estado nacional. En este sentido hay un tema que es el de seguir pensando como objetivo central del accionar político la ocupación del aparato estatal. Ese fue el núcleo rector de las experiencias de organización política de nuestros sectores populares, porque el Estado nacional era el que tenía la capacidad de plantear un tipo de relación distinta con el capital: ya sea para hacerlo desaparecer y construir otra sociedad o para regularlo de otra manera.

La forma “partido” así como las formas “movimientistas” que tuvimos o supimos construir estuvieron, en mayor o en menor medida, fuertemente atadas a la concepción de que con el Estado se resolvía todo. Hay una diferencia sustantiva entre ocupar el aparato estatal y tener la capacidad de proponer un nuevo tipo de regulación

pública que garantice otra forma de funcionamiento de la sociedad. Son dos cosas que no necesariamente transitan por el mismo terreno. La viabilidad de una reforma impositiva sería en nuestro país no se resuelve en el terreno de la ocupación del aparato del Estado, sino que se resuelve en la capacidad concreta de haber vertebado un proceso de organización popular mucho más importante.

El grado de densidad social necesario para construir otro tipo de regulación pública hoy parece ser de una dimensión diferente al que existió en otros momentos en nuestros países. La forma “partido” entendida como una concepción política que concibe la idea de que ocupando el Estado se resuelven los problemas está en crisis y esto supone otro tipo de mirada, otro tipo de práctica y otro tipo de construcción absolutamente indispensable para abrir nuevas perspectivas.

En ese sentido, no hay ninguna posibilidad –con la institucionalidad existente– de garantizar márgenes de autonomía para un proyecto diferente. Esto es, con autonomía respecto al poder existente hoy en nuestra sociedad. Se necesita desbordar la institucionalidad actual, construir otro tipo de institucionalidad, pensar nuestras organizaciones como parte de la construcción de nuevas instituciones.

Si se piensa en una Central de Trabajadores solamente como una experiencia reivindicativa y no como una institución con capacidad de intervenir y regular de otra manera las relaciones capital-trabajo en la dinámica concreta y cotidiana nos equivocamos. Si no puedo pensar esa central haciéndose cargo del conjunto de la realidad popular –y no solamente de un fragmento de sindicalización formal– estoy también equivocado. No se puede con la institucionalidad existente resolver el problema de la construcción del nuevo tipo de regulación pública que pueda dar lugar a un modo de funcionamiento de la sociedad en mejores condiciones de justicia, soberanía y democratización.

Más específicamente, en el caso argentino, estas contradicciones están a la orden del día. Lo más productivo que tiene la etapa política que se ha abierto en nuestro país es que se le produjo un golpe sumamente significativo al ideario neoliberal. No hay discurso político que se pueda legitimar en la Argentina actual si no es confrontándolo con la década del noventa. Y esto abre un espacio de posibilidades. Ahora, luego de abrirse este espacio de posibilidades, vienen otros discursos tendientes a cerrar y a producir nuevos sentidos, que en realidad son viejos. Volver a situar la idea del derrame y la generación del empleo como un modo de afrontar la nueva etapa es parte de la puesta en escena de un discurso viejo que viene a ocupar el lugar del cuestionamiento al neoliberalismo, cuando en realidad tiene puntos de articulación muy precisos con él.

En segundo lugar, las apelaciones a la burguesía nacional que están presentes en el vocabulario oficial son otra retórica que remite al pasado. Cuando uno analiza la cúpula empresarial de Argentina, de las 200 empresas más importantes, 136 son extranjeras. Y éstas 136 representan el 70% de las ventas y el 80% de las utilidades. Lo que nos muestra que en los núcleos centrales que reproducen el funcionamiento de la economía argentina la burguesía nacional no está. No hay ninguna posibilidad de pensar una estrategia de desarrollo que no suponga la construcción de otro actor que lidere; y ese otro actor no es otro que alguna forma de articulación de una economía de carácter público y social, y que indudablemente tiene en el replanteo del proceso privatizador y la reversión de la concentración de los medios de producción una de las claves de las discusiones.

Hay un discurso que reenvía sistemáticamente al viejo sistema, la propuesta a nuestra central no es: “discutamos la estrategia de un proyecto colectivo, qué lugar tienen los trabajadores y cómo una mayor organización puede sostener una perspectiva distinta”. La propuesta es vení y sé candidato de mi estrategia electoral. Si no lo hacés, además, estás enfrente.

El discurso del derrame, la apelación a la burguesía nacional y reenviarnos a la lógica del sistema político tradicional, son elementos que cierran la apertura política que la sociedad argentina logró a través de su proceso de movilización y cuestionamiento en el período anterior.

Es una discusión sobre qué es lo que reenvía al pasado. El pasado no es sólo el capitalismo. Hay parte del socialismo también en el pasado. Pero esa es otra discusión. Porque el tema implica la capacidad de encontrar palabras que nos permitan enunciar y construir sujetos nuevos. Y en qué medida las palabras como “socialismo” siguen moviendo multitudes en nuestras sociedades es por lo menos un debate. ¿Cuánto hay de pasado en la palabra “socialismo”, incluso para quienes reivindicamos esa tradición? Lo que está atrás no es sólo el viejo capitalismo nacional, sino también una vieja experiencia socialista.

Es muy importante llegar al fondo en nuestras diferencias. No sólo en las que tengamos entre nosotros, sino las diferencias de nuestras realidades. La única forma de poder hacernos cargo de lo común, es que veamos a fondo las complejidades, porque si no hay estrategias que estén enancadas en reconocer las realidades nacionales es muy difícil poder articularnos en estrategias más comunes. Entiendo perfectamente a los compañeros que son tributarios de la experiencia del Frente Amplio en Uruguay o del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, porque han venido construyendo durante años y hoy tienen gobernando a representantes de esta experiencia. Pero ésta es una realidad política totalmente diferente a la nuestra. Me refiero a una parte muy importante de la experiencia popular

nueva construida en la Argentina posdictatorial que no vino construyéndose nada con el justicialismo ni con Kirchner. En todo caso Kirchner encarna determinada etapa, pero es hijo de otra estrategia. Entiendo la discusión en torno a Lula y a Tabaré porque son parte de una misma construcción y una misma estrategia. Ahora no le puedo decir a Kirchner qué hace o deja de hacer, porque no es parte de mi estrategia. Consecuentemente ubicar la discusión implica ubicar etapas diferentes de la construcción popular en cada uno de los países. No es la misma situación.

Para evaluar nuestros procesos políticos, el tema de “los gobiernos progresistas”, debemos analizar en qué etapa realmente creemos que estamos. Los procesos políticos que se han dado en la región, caso Chávez, caso Tabaré, caso Lula, el propio proceso de Argentina, lo que está ocurriendo en Bolivia, son emergentes de una reacción popular efectiva frente a la experiencia que el neoliberalismo planteó en la región.

En ninguno de los casos, aunque cada uno es distinto, el movimiento popular las ha tenido todas consigo. No son procesos puros en donde coronamos un proceso de movilización popular ocupando el aparato del Estado con toda nuestra capacidad para gestionar la sociedad de otra manera. Estamos en situaciones de transición en donde no está muy claro hacia adónde vamos. Porque el manifiesto que necesitamos para esta etapa tampoco está muy claro. El tema es cómo se evalúan esas transiciones.

Lo clave es cómo en estas transiciones no se pierde lo central, cómo se sigue potenciando la capacidad de vertebrar una nueva institucionalidad popular. Si la transición no sirve –llámese Lula, Tabaré, Kirchner, Chávez– para potenciar una nueva institucionalidad popular que –más allá que no sepamos cómo–, es la única garantía de una perspectiva diferente, entonces la transición no sirve, por lo menos para lo que nosotros queremos hacer. Esa tarea no es sólo de los gobiernos, es también de las organizaciones populares. Más que enredarnos en el debate sobre los pro y contra de los gobiernos, el tema es cómo se construye o convence o discute con la sociedad para que soporte una perspectiva distinta.

Este es el debate que está instalado para las fuerzas populares, en un escenario donde el aparato estatal, en las condiciones de esta transición, tiene muy poco que darle a los sectores populares en términos concretos, a diferencia de lo que sucedía en las décadas del cuarenta o del cincuenta, donde había alguna capacidad de intervención modificando la vida cotidiana de la gente. Cualquier estrategia popular tiene que tener en cuenta que la gestión debilita si no hay posibilidad de vincularla con un afuera que potencie alguna construcción. Si estamos todos gobernando y no se pueden producir cambios cualitativos en las condiciones de vida de la sociedad y no

tenemos reservas en términos de organización popular, estamos complicados.

Por otro lado, el eje para evaluar las transiciones debería ser en qué medida estos gobiernos están permitiendo potenciar el desarrollo de sus organizaciones populares.

MARCELO ABDALA

DESDE NUESTRA EXPERIENCIA URUGUAYA, pero ubicando algunas claves de pensamiento de carácter continental es necesario pensar cuál es el espacio de actuación del Estado-nación en esta situación. Estamos convencidos de que –por su propia naturaleza– el capital tiende al mercado mundial con la misma necesidad que una planta tiende al sol. Hay al día de hoy una serie de transformaciones –la revolución tecnológica en curso que lleva a algunos a pensar incluso en un nuevo paradigma tecno-económico; las empresas transnacionales funcionan como sistemas integrados de producción internacionales y por tanto organizan redes de producción a nivel planetario; el papel de los organismos financieros transnacionales; el desarrollo de una tecno-burocracia transnacional–, que están marcando que estamos en un nuevo estadio en el propio funcionamiento de la formación social capitalista a escala planetaria.

En ese sentido, paradójicamente, la mejor demostración de la exactitud de la teoría del valor marxista la encontramos todos los días cuando los capitalistas fundamentan, a la hora de definir el valor de la fuerza de trabajo, cuestiones comparativas con los salarios en Indonesia, Vietnam o China. Esto es que, efectivamente, una mercancía vale en función del tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en su producción en un sistema que se ha dislocado, que se ha transnacionalizado y que implica una red de carácter planetario.

Desde nuestra óptica, como cada movimiento tiene su contramovimiento en el funcionamiento de la sociedad y como parte de la respuesta al fenómeno de la mundialización del capital, ha surgido el desarrollo de los bloques regionales, ya sea en Asia o en Europa, mismo en Norteamérica o algunas incipientes e insuficientes experiencias en América Latina, con el razonamiento de que el capital en su surgimiento, para crear mercado interno, desarrolló los Estados-nación y en esta etapa está creando también instituciones de carácter transnacional.

No sería correcto afirmar que el Estado-nación no tiene ninguna posibilidad de desarrollar políticas públicas en este marco. El propio peso y el papel de los Estados en las economías capitalistas centrales demuestran que eso no es así; los sectores estratégicos en los mismos fueron privatizados, cuando los capitales nacionales en

esos países, a través de esas privatizaciones, se potenciaban y se convertían en capitales transnacionales.

En América Latina hay experiencias de ex empresas públicas europeas que hoy están actuando como transnacionales en el continente. Este aspecto me parece importante porque, de lo contrario, estaríamos renunciando a cualquier marco de acción colectiva, y para eso la política es una cuestión por excelencia que permite transformar la sociedad. Aunque hay que tener en cuenta esa dimensión continental y a nosotros nos parece que se concretará o no en el tiempo, ese sujeto universal encuentra en los trabajadores, que son universales por excelencia, la posibilidad de una arena internacional refundada a los efectos de poder constituir sujeto también en ese plano.

Por otra parte, en relación con la caracterización de la situación nacional estamos en un nuevo estadio de un proceso de acumulación de fuerzas en el país; en una situación política de un carácter cualitativamente superior, distinto incluso a todo lo desarrollado en las luchas populares uruguayas. Es muy debatible, pero desde mi óptica no hay dos respuestas, estamos en un nuevo momento continental, en función de que las cristalizaciones políticas que se están desarrollando responden a una nueva conciencia popular y al desarrollo del colapso del neoliberalismo, no para resolver el problema de la ganancia de las clases dominantes sino para resolver el problema de la satisfacción de las necesidades de la gente.

En el marco de este nuevo panorama al mismo tiempo sumamente contradictorio, desde nuestra perspectiva no es correcto analizar solamente la situación continental como la suma de situaciones de carácter nacional.

Por la propia característica de la formación económico-social de América Latina, con todas sus asimetrías, sus diversidades, sus desigualdades, en la actual fase del desarrollo del capitalismo, es un continente con una economía subdesarrollada, periférica, con respecto a los países capitalistas centrales. Históricamente ha tenido un componente estructural de dependencia con la potencia hegemónica capitalista de turno, al mismo tiempo que al calor de determinado proceso histórico de sustitución incompleta de importaciones, (porque no logró desarrollar producción en el sector I, en maquinaria y en equipo, medios de producción, bienes de capital, desarrollo tecnológico endógeno), tiene salpicados determinados enclaves de cierto desarrollo industrial; asimismo tiene una cultura común y procesos de lucha que son de carácter continental. Potencialmente es, por tanto, el eslabón más débil en la cadena de la mundialización del capital.

Los componentes estructurales que llevaron a que América Latina se insurreccionase toda junta al calor de la revolución cubana, que estuviera teñida de negro en el Cono Sur a partir de una

contraofensiva del imperialismo norteamericano plagando de dictaduras el continente, que recuperáramos más o menos todos juntos la democracia –aunque en virtud de las políticas neoliberales no fue democracia profunda, participativa, sino democracia de poca intensidad– y que, hoy por hoy, estemos analizando el desarrollo, las contradicciones, las tensiones, de distintas perspectivas de cristalizaciones políticas en el gobierno como vectores de cambio, están hablando de que efectivamente nosotros estamos hoy en la dinámica “avances populares-reacción-revolución-contrarrevolución-proceso de cambio” en una etapa distinta cualitativamente.

No existe ninguna perspectiva de cambio social en América Latina si no se profundiza un concepto de integración latinoamericana que trascienda las declaraciones y se hagan más densas las relaciones comerciales entre nuestros pueblos.

Y en ese sentido, para un proyecto de cambio, si las fuerzas de alternativa, revolucionarias, de avanzada, de izquierda, el movimiento obrero, no construyen una estrategia de desarrollo productivo que conteste el funcionamiento espontáneo del mercado que reproduce y amplía las relaciones centro-periferia, no vamos a estar en condiciones de parar una alternativa a lo que efectivamente queremos contestar. Y la perspectiva de una integración latinoamericana es principalmente la puesta en movimiento de una estrategia de desarrollo productivo distinto, centrado en nuestro pueblo, en los trabajadores y en las inmensas mayorías de nuestras sociedades.

Quiero polemizar con un aspecto que desde la experiencia uruguaya es un error conceptual muy grande. Esta hora de América Latina es la hora de amplísimos frentes contra el neoliberalismo que van construyendo la posibilidad de articular proyectos de país y proyectos de América Latina contrapuestos a la hegemonía incontestada del capital financiero transnacional y sus bloques de poder y en cuyo seno, efectivamente, se trata de bloques de carácter histórico, complejos, de tejidos de alianzas de extrema amplitud, aunque desde el momento en que se están construyendo son arcos, digamos, absolutamente contradictorios y tironeados para distintos lugares.

Por eso afirmamos que éste es un gobierno en disputa y tenemos en ciernes un proceso de organización popular, de acción y de trabajo en el cual lo que está en juego es quién hegemoniza el proceso histórico. En Uruguay se debatió la cuestión de la burguesía nacional, muy controvertida la hipótesis del rol de esta suerte de lumpen-burguesía que tenemos en América Latina, de sectores vinculados a los capitalistas pero con un criterio absolutamente rentístico, no emprendedor. Increíblemente quienes más discutieron las hipótesis de que la clase obrera uruguaya, sin desdibujarse, sin dejar de ser quién es y desarrollar su organización e inclusive confrontándose con esa lumpen-burguesía nacional, podía tener espacios de intersección y de acción conjunta, de alianzas potencia-

les con esos sectores, quienes más criticaron esas tesis fueron luego quienes –desde el punto de vista político y electoral– más canalizaron la presencia actual de algunos sectores pequeños, medianos y grandes digamos de capitalistas de la ciudad y del campo que hoy están ocupando algunos cargos del gobierno y que nosotros los trajimos el 16 de abril del 2002.

Entonces, desde nuestra óptica, sería un disparate ir a una táctica –para llamarlo de alguna manera y no siendo ofensivo, sino caricaturizando para la discusión–, de clase contra clase. Son mucho más complejos los procesos políticos y sociales que nosotros tenemos que hacer. Porque además tenemos dos situaciones muy concretas, la disputa hegemónica pasa por la construcción de una nueva institucionalidad en el Estado, dado que los mecanismos, los aparatos, las reglas de juego, los personales que además son los mismos que estaban antes, no sirven para desarrollar otro proyecto de país; país de estrategia de desarrollo productivo, de desarrollo social y desarrollo democrático y la máquina del Estado que sirvió para impulsar el modelo excluyente no sirve para impulsar estos cambios.

Y un subproducto que nosotros nos tenemos que plantear es la superación de lo que Gramsci llamaba crisis orgánica. Cuando los partidos quedan como documentos histórico-políticos de las situaciones de sus clases que ya no existen, esto es, quedan como anquilosados en una situación que ya no existe. Un subproducto de toda esta situación va a ser un crecimiento importante del movimiento obrero, de la movilización y de la lucha de los trabajadores, un crecimiento importante de todo su sistema de alianzas.

Por tanto, la fase de transición no es de cómo se caracterice al gobierno, ni de cómo nosotros miremos en forma contemplativa adónde va este proceso, sino adónde lo vamos a llevar nosotros. Y un subproducto también habrá de ser las nuevas configuraciones políticas que se planteen una estrategia de avance democrático, inclusive hasta límites no tolerables por las clases dominantes y, por tanto, potencialmente anticapitalistas, pero en un proceso en movimiento en donde habrá que construir no nuevos sujetos, sino sujeto viejo pero refundado. En ese cuadro también, creo que justamente una dirección de trabajo central es la refundación, la reconstrucción del movimiento popular y especialmente del movimiento obrero en todas sus expresiones, sociales, culturales y políticas.

LUIS SUÁREZ SALAZAR

A LA HORA DE ABORDAR algunos de los problemas que estamos discutiendo tiene una gran pertinencia la teoría de la complejidad, ya que todos nos estamos moviendo en situaciones altamente complejas. Mirada de un modo holístico, esa complejidad se ha tratado de expresar como una transición planetaria entre grandes ciclos históricos del tipo de los que nos ha planteado Immanuel Wallerstein.

Probablemente sea imprescindible tomar en consideración ese marco analítico, en tanto no es la primera vez en la historia que se desarrollan reflexiones sobre las alternativas que, en el ámbito nacional o global, tienen que enfrentar los procesos de cambio favorables a los intereses populares. Por ello considero que tenemos que darle una cierta perspectiva histórica al análisis de los problemas que tienen que enfrentar los procesos de cambio que actualmente se están produciendo en América Latina.

Los que venimos de la cultura marxista recordamos que *El Manifiesto Comunista* surgió precisamente de una discusión parecida: cuál era el proyecto para la sociedad y para el mundo; cuáles eran las alternativas que tenían que enfrentar los diversos destacamentos del entonces naciente movimiento obrero y socialista para superar el capitalismo.

Fue en esa discusión que Marx planteó que “la burguesía no tenía fronteras”, que los proletarios tampoco y que, por tanto, era necesario plantearse un proyecto de transformación social que trascendiera las fronteras nacionales. De manera que esa idea “internacional” está planteada desde los orígenes mismos del pensamiento marxista y socialista y que la discusión que hoy estamos abordando no es totalmente nueva.

Más aún, esa discusión acerca del carácter multinacional y transnacional del movimiento obrero y socialista, con sus diferentes complejidades, fue la que en los años posteriores a *El Manifiesto Comunista* dio origen a la Primera, a la Segunda, a la Dos y Media, a la Tercera y a la Cuarta Internacional; ya que estaba claro que las luchas en cada país tenían que tener una articulación transnacional, global; porque ni el capitalismo, ni la burguesía, ni las clases dominante, ni las clases dominadas tenían fronteras. En la fase imperialista del capitalismo, Lenin volvió a esa discusión y, ampliando lo planteado por Marx, lanzó la consigna: ¡Proletarios y pueblos oprimidos de todo el mundo, uníos!

Siempre me ayuda regresar a esos antecedentes cada vez que participo en las discusiones que actualmente se están dando en torno a cómo entender “la globalización”, ya que, en mi opinión, resulta imposible entenderla sin volver a la discusión de lo que Marx llamó “la vocación internacional del capital” y de lo que Lenin denominó

“el capitalismo monopolista”, “el imperialismo” o “el fenómeno imperialista”.

De modo que todos los temas de nuestro debate de hoy tienen raíces históricas muy profundas. Tantas que, a comienzos del siglo XX, una discusión parecida a la que a hoy estamos reeditando provocó la división del movimiento obrero y comunista internacional en torno a si era posible o no la revolución y la construcción del socialismo en un solo país.

En aquel momento Lenin encontró una respuesta que partía de sus conceptos acerca del desarrollo desigual del capitalismo y de lo que llamó “los eslabones débiles de la cadena de dominación imperialista”. A partir de ese planteamiento teórico de Lenin se realizaron diversos ensayos históricos en los que en la práctica se demostró que sí era posible romper ciertos eslabones débiles de la cadena de dominación imperialista; que esa cadena tenía muchos eslabones débiles; pero que –a diferencia de lo que había pensado Marx– éstos no estaban en el mundo “desarrollado”, sino en el mundo subdesarrollado y dependiente. Vinieron entonces las revoluciones rusa, china, vietnamita, cubana; todas ellas articuladas con las luchas por la liberación nacional y social de diferentes países del ahora llamado Tercer Mundo y con las luchas por la liberación social del Primer Mundo.

Por eso creo que nosotros, en nuestros ejercicios teóricos, siempre debemos recordar algunas de esas facetas de la historia. Pero también debemos tener presente –y para mí esto es un problema central– que ninguna de las tendencias que en la actualidad estamos observando –llamémoslas como las llamemos– son mecánicas ni están predeterminadas por una especie de “destino manifiesto”. La idea de que son las estructuras las que determinan el movimiento de las cosas ya ni siquiera la aceptan las ciencias naturales. De manera que el rol que tienen los sujetos sociales, su acción consciente y su organización tienen una importancia determinante –en algunos casos decisiva– en el curso y desenlace de este momento de la historia que estamos analizando.

Para mí ese es un problema central a la hora de pensar todos los temas que estamos discutiendo y es lo que realmente le da sentido a nuestra discusión, porque lo que estamos discutiendo no sólo es cuáles son, en términos teóricos, las alternativas que tienen ante sí los procesos de cambio que se están produciendo en el continente, sino también encontrar respuestas acerca de cuáles son los sujetos socio-políticos que van a ser capaces de llevar a la práctica esas alternativas. De lo contrario, podemos elaborar el mejor manifiesto del mundo, más lindo que *El Manifiesto Comunista*, pero si no definimos cuáles son los sujetos socio-políticos que lo van a llevar a la realidad, simplemente nos quedaríamos en un bello ejercicio intelectual.

Retomo todos esos aspectos porque, desde mi punto de vista, dado el alto grado de transnacionalización del capitalismo actual, no hay muchos espacios para el despliegue de luchas nacionales aisladas entre sí. Entonces, ¿qué sentido han tenido en la historia latinoamericana más reciente las luchas nacionales y las luchas por espacios regionales y locales aun dentro de contextos nacionales controlados por Estados capitalistas más o menos dependientes de la oligarquía financiera transnacional y de las principales potencias imperialistas?

En todos esos ámbitos se han dado luchas. Unas se han ganado, otras se han perdido. Unas se han llevado a sus últimas consecuencias, otras se han quedado en el camino. Unas han dejado organización popular y otras no han dejado nada. Unas han permitido acumular experiencias y poder y otras no. Sin dudas ha sido y es así; pero esa es la dinámica en que hemos estado, estamos y estaremos permanentemente inmersos los que pensamos en un proyecto alternativo, porque, en última instancia, el proyecto alternativo no va a salir de las luchas de sujetos sociales aislados, sino de la conjunción de las luchas de diversos sujetos sociales en diversos espacios locales, regionales, nacionales, continentales, transnacionales.

Es hacia eso que tienen que apuntar nuestras discusiones: hasta dónde todo lo que en este momento está ocurriendo en el continente –e incluyo la propia experiencia cubana– nos va a dejar una nueva calidad de organización, un incremento del poder de los diversos actores sociales; hasta dónde los procesos de hoy nos sirven para avanzar hacia la construcción de alternativas y de sujetos socio-políticos capaces de disputar el poder de las clases dominantes y de las principales potencias imperialistas; en particular, del imperialismo norteamericano. Ya que si los diversos procesos de cambio que en la actualidad se están desarrollando no sirven para avanzar en esas direcciones, simplemente, no van a llegar a sus últimas consecuencias, a sus últimas cualidades.

Hoy no estamos en los años noventa cuando el derrumbe de los falsos socialismos europeos generó una etapa de reflujo, en la que nadie –o muy pocos, para no ser absolutos– sabía qué hacer en ese momento de aniquilamiento de los “socialismos primitivos”. Este momento de la historia latinoamericana y probablemente mundial es otro momento del movimiento popular y eso lo podemos ver de norte a sur y de este a oeste, desde México hasta Chile; lo podemos analizar caso a caso. Entonces ahí es donde tenemos que colocarnos para avanzar en nuestras reflexiones, para poder llegar al fondo de los temas que nos convocan.

En ese contexto, creo que tenemos que mirar la experiencia cubana como un laboratorio social, del cual –como en todo laboratorio– a veces se aprende tanto o más de los errores que de los éxitos. También tenemos que mirar como un laboratorio social lo que está

pasando en Venezuela; tenemos que estar preparados para ver cosas inéditas. No todo está escrito en un libro o en un manual por bueno que éstos sean; ni siquiera lo que pasó en Cuba estaba escrito en un manual. En ese país había un proyecto de transformación revolucionaria y ese proyecto, poco a poco, se fue desarrollando y precisando en las multiformes luchas contra sus adversarios. Tal vez si la política norteamericana hubiese sido otra, el curso de los acontecimientos cubanos hubiese sido otro. Eso no se sabe y no podemos escribir la historia como la probabilística.

En relación con las alternativas económicas también tenemos que mirar otros laboratorios sociales, aunque estén distantes. Por ejemplo, lo que está ocurriendo en la República Popular China. ¿Podemos decir que lo que está ocurriendo en ese país se hizo y se está haciendo en nombre del capitalismo, del capitalismo neoliberal, con independencia de las opiniones que tengamos respecto a la apertura de la zona sur del país y de sus articulaciones con el capital transnacional? También tendríamos que analizar la reforma económica vietnamita, así como las prácticas en otros lugares del mundo donde podamos encontrar experiencias útiles para los proyectos alternativos en la esfera de la economía.

No obstante, parto del criterio de que eso que llamamos “la alternativa económica” va a ser fruto de la correlación de fuerzas políticas y sociales que exista en un momento y en lugar determinado. Por muy clara que la tengamos elaborada, al final la implementación de una u otra “alternativa económica” será un problema vinculado a las relaciones de poder; o sea, con qué fuerzas socio-clasistas internas o externas tenemos que enfrentarnos; qué poder relativo tienen esas fuerzas; qué decisiones políticas hay que tomar y con qué posibilidades y fuerzas cuenta el movimiento popular y los gobiernos afines a éste para enfrentarse a sus adversarios y para resolver los problemas de “la economía”. Ojalá Cuba hubiera tenido la renta petrolera venezolana, pero no la tuvo. Si la hubiera tenido, quizá la revolución cubana hubiese sido diferente.

En esa correlación de fuerzas y en esa dialéctica entre la política, la sociedad y la economía, algunos de los temas que dejó planteado el estructuralismo, el desarrollismo, “el desarrollo hacia dentro”, “el desarrollo desde adentro” u otras propuestas posteriores de la CEPAL –como la “transformación productiva con equidad”– aún pueden ser retomados por el “proyecto alternativo”; en tanto algunos de los problemas planteados por lo mejor del pensamiento de CEPAL siguen presentes en la actual realidad latinoamericana y caribeña. Además, desde mi punto de vista, uno de los problemas que siempre tuvo y todavía tiene el pensamiento de la CEPAL fue y es pensar que había y hay una burguesía nacional en América Latina capacitada para llevar adelante los proyectos “cepalinos”.

Pero si se lee bien la experiencia de los primeros años de la revolución cubana, se encontrará que lo que ésta trató de hacer fue la aplicación del pensamiento desarrollista-cepalino en las condiciones de una hegemonía social y política distinta. Lo mismo podría decirse respecto a lo que he llamado “la reestructuración superheterodoxa de la sociedad y la economía cubanas” llevada a cabo en los años noventa. En esa reestructuración y movidos por la consigna de salvar los logros de la revolución y el socialismo, tal vez encontraremos algunos de los elementos del manifiesto “transformación productiva con equidad” divulgado por la CEPAL en 1993. Y en Cuba se ha estado produciendo una transformación productiva, lenta, compleja, pero sin que se haya abandonado el propósito de garantizar la equidad en la esfera social; lo que no quiere decir que esas “reformas superheterodoxas” no hayan transcurrido y no estén transcurriendo en medio de diversas contradicciones sociales, políticas e ideológica-culturales.

Pero, en última instancia, la experiencia cubana demuestra que tanto las “reformas” que se emprendan, como la solución progresiva de las contradicciones por ellas generadas surgen de una correlación de fuerzas sociales y políticas y están vinculadas a las fuerzas sociales y políticas que hegemonizan y conducen los procesos socioeconómicos y políticos; en particular, ciertos procesos (aún inconclusos) de construcción de los Estados nacionales-populares que están a la orden del día en América Latina y el Caribe; obviamente, pensándolos de una manera diferente y una escala “nacional” diferente a la que se pensó años atrás. Esto era verdad hace tiempo, pero hoy es más verdad que nunca: es prácticamente imposible pensar proyectos nacionales en América Latina sin pensarlos regional o continentalmente.

Por ello insisto en que “los proyectos alternativos” únicamente nacionales, en la actualidad no tienen ningún sentido. La dialéctica entre lo local, lo nacional, lo continental, lo regional andino, lo regional amazónico, centroamericano o caribeño, o sea entre “lo latinoamericano” en su articulación con otros procesos de resistencia a la llamada “globalización neoliberal”, así como de construcción de alternativas en otras partes del mundo es imprescindible para pensar los proyectos alternativos al orden dominante. Ello implica reconstruir la ya mencionada idea de que los cambios sociales y políticos favorables a los intereses populares siempre se han pensado internacionalmente; cosa que, por otro lado, también han hecho las clases dominantes y sus representantes políticos en sus correspondientes internacionales socialista, socialcristiana, demoliberal, etcétera. A éstas habría que agregar “la internacional de la represión”, el Grupo de los Ocho (G-8) y otras instancias que tienen que ver con la articulación de sus relaciones transnacionales dirigidas, a pesar de sus contradicciones, a consolidar y expandir su poder.

De ahí que debamos afinar nuestras ideas vinculadas a la dialéctica entre lo local, lo nacional, lo continental, “lo global” y las diferentes sensibilidades que en ese orden existen o se están construyendo a través del Foro Social Mundial. También debemos discutir hasta dónde la llamada “globalización” es como un tren que sólo tiene un punto de partida y un punto de llegada o si, a la inversa, ese tren tiene muchos puntos de salida y muchos puntos de llegada, según la correlación de fuerzas específicas que exista en un momento y en un lugar determinado. Tenemos que problematizar esos temas.

Por otra parte, la cultura marxista ha tenido la claridad para establecer las diferencias que existen entre “un sujeto en sí” y “un sujeto para sí”. La transformación cualitativa entre uno y otro pasa por la responsabilidad que tenemos los intelectuales orgánicos en las luchas populares y que tienen las fuerzas políticas, el movimiento político popular para identificar a esos “sujetos en sí” y transformarlos en “sujetos para sí”, incorporándolos a proyectos políticos, sociales, de transformación en las diferentes escalas donde éstos actúan.

De manera que cualquier análisis y cualquier discusión que realicemos sobre los desafíos y las alternativas de América Latina y el Caribe en el terreno económico, tenemos que colocarla dentro de una problemática mayor, que es la problemática del desarrollo de las luchas sociales y de clase en cada uno de nuestros países y a nivel del continente con sus correlatos a “escala global”.

En ese orden la revolución cubana replanteó la necesidad de impulsar el proyecto de unidad latinoamericana que estaba presente en el pensamiento de los próceres de nuestras independencias; desde Miranda y Bolívar –para hablar del aporte venezolano– hasta el Che Guevara, pasando por José Martí y por todos los próceres y mártires de las luchas por la primera y la segunda independencia; esta última contra el imperialismo norteamericano.

Por tanto, el problema de la unidad latinoamericana y caribeña es un problema que tenemos que colocar en el orden del día de cualquier proyecto de desarrollo, de cualquier alternativa de cambio social que pensemos para América Latina y el Caribe. Ninguno de nuestros países, por muy grande, importante y relativamente fuerte que sea en el terreno económico, en las presentes circunstancias históricas, puede pensar ningún proyecto social alternativo al orden dominante que, de alguna manera, no tenga una articulación con los cambios sociales más globales que se están produciendo, con las luchas sociales y políticas que se están dando en todo el continente y en el mundo.

En ese sentido hay que colocar como un tema de reflexión del proyecto alternativo eso que se ha llamado “la integración económica de América Latina y el Caribe”. Para mí, la integración no sólo no debe, sino que no puede ser únicamente económica. Tiene que ser una integración multidimensional: económica, política, social y cul-

tural. De forma tal que los proyectos integracionistas que planteemos como parte del proyecto alternativo, tienen que surgir de una reflexión muy crítica, no sólo de las insuficiencias de los proyectos de integración existentes, sino del modelo económico del cual son frutos. La vida ha demostrado que incluso los proyectos de integración latinoamericana de “última generación” (como el Mercosur, la CAN, el SICA o la CARICOM), avanzan más o menos, pero sin que se superen ninguno de los problemas que afectan a los pueblos latinoamericanos y caribeños.

De manera que nuevamente hay que plantearse la pregunta: ¿integración para qué y para quién? Y eso implica un replanteo del modelo de desarrollo; implica demoler y cuestionar profundamente eso que se llama el modelo neoliberal, porque a través de ese “modelo” nunca habrá integración latinoamericana y caribeña. También tenemos que someter a un análisis crítico el concepto de “desarrollo hacia fuera” y colocar como eje del desarrollo nuestros mercados internos, nuestros mercados regionales.

En ese orden tenemos que someter en una profunda discusión los conceptos de CEPAL sobre el llamado “regionalismo abierto” porque, con independencia de su validez teórica para otras regiones del mundo, la vida ha demostrado que en América Latina y el Caribe esa integración es cada vez más “abierta” y menos “regional”, ya que las fuerza centrífugas que genera articulan de manera subordinada las economías latinoamericana y caribeñas con los principales centros del poder imperialista y no propician el desarrollo endógeno, el desarrollo desde adentro y hacia adentro de cada una de nuestras sociedades y del continente en su conjunto. Y sin ese desarrollo hacia adentro y desde adentro nunca habrá transformación productiva y mucho menos equidad social.

Obviamente, en esa discusión sobre la integración latinoamericana y caribeña no podemos desconocer que no hay, ni habrá integración latinoamericana y caribeña sin un pronunciamiento claro, nítido y radical contra el ALCA impulsado por los grupos dominantes en Estados Unidos y aceptados por las clases dominantes y los gobiernos de diversos países latinoamericanos; a través de diversas variantes bilaterales o plurilaterales, como ocurrió en el caso de Chile y en el acuerdo CAFTA-RD, firmado entre el gobiernos de Estados Unidos y los gobiernos centroamericanos, acompañados por el de República Dominicana.

El rechazo a esos proyectos tiene que formar parte de cualquier proyecto alternativo, ya que sin una ruptura con ellos será imposible el avance de ningún gobierno progresista ni de izquierda en la región. Es más no creo que pueda definirse como “progresista”, mucho menos “de izquierda” ningún gobierno de América Latina y el Caribe que no adopte una definición muy clara, no sólo frente al neoliberalismo, sino también frente al proyecto de integración su-

bordinada a sus necesidades geoeconómicas y geoestratégicas que están impulsando los grupos dominantes en Estados Unidos.

Porque el ALCA no es sólo un proyecto económico, forma parte de un proyecto de dominación mayor que tiene múltiples componentes militares, políticos, ideológicos y culturales dirigidos a desnaturalizar la identidad de nuestros pueblos. Y, hoy, los latinoamericanos y caribeños estamos obligados a pensar, otra vez en algo que dijo Bolívar hace muchos años: Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar a las Américas de miserias en nombre de la Libertad. Sólo atendiendo esa advertencia bolivariana podremos hacer verdad nuestras justas aspiraciones de construir una América Latina justa, equitativa, digna, que a su vez sirva como un factor de equilibrio en todo el mundo.

ABRAHAM L. GAK

ME PARECE ABSOLUTAMENTE LEGÍTIMO e importante pensar cómo cambiar esta sociedad por otra sociedad. Pero, mientras tanto, en Argentina y en el resto de los países, donde todavía hay chicos que padecen hambre y no van a la escuela, jóvenes que ni trabajan ni estudian, gente que no tiene trabajo y que no lo ha tenido por generaciones –ya no se trata de que él no tiene trabajo, tampoco tuvo trabajo su padre ni tal vez su abuelo, ni lógicamente su hijo–, y hay ancianos que ni siquiera saben dónde pueden vivir, dónde pueden comer, debemos hacer algo.

Si bien hay que pensar cómo cambiar esta sociedad, también hay que pensar cómo construir algo diferente a lo que tenemos. La globalización no es algo que uno elige o no, es un dato de la realidad, es un sistema de poder que forma a las instituciones internacionales a imagen y semejanza de sus intereses.

El problema es cómo enfrentar eso para producir un cambio. No se trata solamente de conseguir empleo o comida para la gente. La intención fundamental es que cada hombre y cada mujer tenga derecho a una vida digna que comprende algo más que el dinero, la comida, las condiciones de la vivienda, etcétera. Para eso hay que construir consenso. Si no trabajamos para construir consenso vamos a seguir deliberando y pensando cómo cambiamos esta sociedad, pero mientras tanto la sociedad va a seguir avanzando a imagen y semejanza de los que ejercen el poder. Si no se logra un consenso para confrontar esos poderes concentrados, que ahora dirigen el destino de cada uno de nuestros países, esto no va a tener futuro.

Para hacer eso hay que formular una idea, un plan o un proyecto nacional que sea aceptado, discutido, cambiado, por diferentes actores sociales. Si no movilizamos a la sociedad tras un proyecto concreto, nos vamos a pasar la vida quejándonos y nada más.

Considero central la cuestión de cómo hacemos para trabajar tras un consenso. Eso significa trabajar con gente que piensa muy diferente, que incluso tiene intereses diferentes, pero ¿cómo congeniamos, cómo confrontamos y demostramos que ese futuro tampoco les sirve a ellos, a los otros que piensan o tienen intereses diferentes?

Es un trabajo largo, pesado, difícil, y hace que muchas veces podamos sentarnos con personas que piensan muy diferente y –sin embargo– podemos encontrarnos y buscar caminos en común.

No es fácil esa tarea porque requiere mucha comprensión y tal vez el abandono de principios básicos que uno puede tener, porque tiene que compatibilizarlos con otros que no comparten esos principios. Sí saber cuál es nuestro norte, cada uno puede tener su norte, puede pensar en una sociedad distinta, pero es esta la sociedad en la que estamos viviendo y desde luego que esta realidad no me convence ni me gusta y que quiero cambiarla. Pero creo que, mientras tanto, mientras hagamos el cambio de la sociedad, es necesario construir una sociedad diferente, una comunidad con intereses diferentes y con posibilidades diferentes.

ÁLVARO RICO

ME LLAMA LA ATENCIÓN la contradicción en varias de las intervenciones, que creo un poco injusta con la descripción de la situación real y los avances de la izquierda en este nuevo contexto. La contradicción surge cuando en diferentes intervenciones se afirmó que uno de los factores que caracteriza a la nueva situación latinoamericana positivamente es la ruptura del discurso neoliberal. Es más –en buena medida–, el cambio político en la región se debe al rechazo masivo de los electorados a ese discurso neoliberal y, por otro lado –y acá está la contradicción–, se pone un énfasis muy grande en resaltar la continuidad de las políticas neoliberales.

Esa contradicción hay que explicarla y analizarla. Quizá por las profesiones u oficios de muchos expositores se ha puesto énfasis en resaltar las continuidades económicas, y yo –para compensar un poco– me iba a referir a la importancia política que tiene la ruptura del discurso neoliberal y cómo eso hace a mejores condiciones para la izquierda para avanzar y construir un proyecto hegemónico.

En la ruptura del discurso neoliberal está la ruptura de una legitimidad que, por lo menos en nuestro país, duró veinte años en torno al tema del consenso de los intelectuales sobre las virtudes del sistema, lo cual no permitió pensar en alternativas, porque se partía del supuesto de ese consenso intelectual sistémico y eso se horadó. Ese consenso hoy no está en el conjunto de los intelectuales ni en el conjunto de la sociedad. Por otro lado, la legitimidad de ese sistema se construyó mucho sobre el predominio de lo fáctico.

La sociedad uruguaya vivió once años bajo gobierno de facto y después vivió veinte años sobre el poder de lo fáctico, sin capacidad de poder cambiar esa realidad. Y hoy, ese predominio de lo fáctico también está resquebrajado como principio de legitimidad del sistema neoliberal. Entonces me parece que la disputa en torno a legitimidades es muy importante, hace a un proyecto de la izquierda y está en mejores condiciones de discutir la legitimidad del proyecto de la izquierda, del socialismo, de la democracia, en esta nueva circunstancia.

Hay una ruptura del “discurso único”, del “discurso neoliberal”, un rasgo muy importante también en lo discursivo, que es la posibilidad de que al escenario de lo público accedan otros discursos, y no me refiero solamente a discursos sociales o de sujetos emergentes, sino otros discursos. Y allí también se va a medir la capacidad de la izquierda. Creo que en los pocos días de gobierno (y me remito al ejemplo uruguayo) la izquierda ha actuado bastante positivamente en ese sentido, con respecto a estos otros discursos, que inclusive compiten con el discurso económico de la izquierda.

También mido un proyecto de izquierda por el discurso que tiene sobre lo policial. ¿Cuál es el discurso de la izquierda sobre el tema de la criminalización de la sociedad (el discurso policial del Estado)? Por ahí también pasa la sistematización de un proyecto alternativo de izquierda y no solamente por el plano económico o social. En Uruguay hay un tono en el discurso policial de un Estado gobernado por la izquierda, que es muy diferente al discurso policial conservador del orden del Estado, o tiende a serlo, y también con relación al discurso de la criminalización.

Sucede lo mismo con los avances del discurso de los derechos humanos, que era parte de la lógica instrumental neoliberal y que ahora se ha puesto en el primer punto del orden del día, no solamente los derechos humanos heredados de la dictadura, sino también los derechos humanos herencia de la política neoliberal y del millón de pobres que nos deja. El gobierno de izquierda también tiene que ver con esto. Un discurso de la izquierda que también incorpora una nueva reflexión sobre el pasado reciente. Porque el discurso neoliberal había estereotipado de tal manera la interpretación de los años sesenta, para decir que cualquier protesta, cualquier reivindicación, nos iba a retrotraer a aquellos años. Entonces había que empezar a hacer una revisión muy importante, que la izquierda –por otra parte– había dejado de lado durante mucho tiempo: sobre qué pasó en los años sesenta y por qué se desembocó en la dictadura. Vía política de derechos humanos hay también un replanteo de la verdad histórica sobre los años sesenta y así sucesivamente.

Esos otros discursos incorporados al discurso genérico de la izquierda muestran una nueva situación e, inclusive, es un discurso

que compite en esa lucha interna de la izquierda por la hegemonía del proyecto globalmente dicho.

Me siento más identificado con el discurso de relaciones laborales que Marcelo Abdala señalaba que está llevando adelante la izquierda en negociaciones colectivas, diálogo, institucionalidad, etcétera. O me siento más afin al discurso de la izquierda de los derechos humanos, y discuto y peleo contra el discurso económico de repente de la izquierda, sin dejar de sentirme de izquierda.

Por último, este aspecto tiene algo muy importante, porque el discurso político se había rutinizado, estereotipado, aburrido, como parte también de fomentar el tedio democrático y la apatía de la gente a un discurso único repetido durante veinte años con las mismas frases. Y ahora eso se liberalizó. Ahora hay gente que interviene políticamente sin discurso articulado, buscando las palabras y construyendo nuevos sentidos a partir de esas palabras y de esa acción. Todo esto en los procesos de construir una nueva subjetividad, nuevas formas de reconocimiento, nuevos símbolos de la política, le hace mucho bien. Estamos en otro momento político muy diferente al que hemos vivido en estos veinte años de postransición democrática. Y dentro de esto, en Uruguay se empezó a discutir la democracia, que también era la democracia sin adjetivos, tómela o déjela; la calidad democrática, las limitaciones de la democracia, sobre todo el sentido único liberal que se le había dado a la democracia posdictadura.

Esto y otras cosas que se pueden seguir enumerando y agregando hacen a la nueva situación que tiene que ver con la importancia de haber roto el discurso neoliberal como discurso único y el consenso de las elites en torno al mismo.

También hace a una voluntad de la izquierda; porque la izquierda se había desentendido de la lucha por la palabra “política”. Seguíamos en el viejo esquema de la lucha de clases como lucha por el poder encarnado o materializado en el Estado y dejamos de lado que –en buena medida– todos los sistemas de dominación, no sólo en el ámbito mundial sino en la posdictadura, buena parte del sistema de dominación restaurado descansó en la construcción de sentidos, de símbolos, de interpretaciones, de discursos, de legitimidades. La izquierda durante muchos años perdió esa lucha (yo la llamo una derrota incruenta, porque no hubo derramamiento de sangre); hubo pérdida de símbolos que la izquierda dejó de lado y que ahora en ese sentido, en el medio de esta crisis y de estos avances, la izquierda vuelve a recuperar la lucha por viejos símbolos reinterpretados y por los nuevos símbolos o interpretaciones que la realidad tan cambiante y las transformaciones van generando. Eso es muy auspicioso; no sé cómo termina y si en definitiva va a ganar la continuidad y el discurso económico que la izquierda pueda implementar, pero en todo caso desde el punto de vista político y desde el punto de vista cultural es mucho más auspicioso y está bastante más avanzado que en otros planos.

RAÚL PRADA

QUISIERA EMPEZAR PREGUNTÁNDOME ¿qué es ser de izquierda ahora en América Latina? Muchas de nuestras reflexiones tienen mucho que ver quizá con una especie de remembranza y memoria, que no sé si es larga o corta, pero muchas de las cosas que discutimos parecen haber ocurrido antes. Hubo frentes populares, como la Unidad Popular (UP) en Chile, la Unión Democrática y Popular (UDP) en Bolivia, hubo un frente con características populistas como el Getulio Vargas en Brasil, el peronismo, y volvemos a nuevos acontecimientos, acontecimientos que tienen que ver con una emergencia nueva de los movimientos sociales antineoliberales en un contexto de la globalización. No podemos ignorar todo lo que ha ocurrido con la caída de los estados socialistas de la Europa oriental.

Obviamente algo ha cambiado en la concepción de lo que estamos interpretando como izquierda, por lo menos debería haber cambiado la evaluación que tenemos sobre la izquierda. Entonces, esta pregunta, aunque nos hace acordar a viejos dramas, es una pregunta tremendamente significativa. Para ir al punto, me haría la siguiente pregunta de inicio, que contiene un carácter empírico: ¿ser de izquierda es sencillamente tener un membrete de izquierda, recoger las demandas sociales, incorporarlas en reformas, por lo menos en reformas como propuestas políticas, llegar al gobierno y terminar administrando lo mismo que hacen los gobiernos de derecha? Hay un dilema ahí. ¿Qué es ser de izquierda?

Por otra parte, ¿qué es ser de izquierda cuando tenemos movimientos sociales emergentes? Lo que los movimientos sociales definen, en sus propias prácticas, es un cambio de relaciones de poder dentro de las relaciones entre intelectuales y movimientos sociales, entre lo que consideramos partidos de izquierda y movimientos sociales. Allí hay un problema. El tema de la izquierda ha sido replanteado definitivamente desde la perspectiva de los nuevos movimientos sociales. Y estos movimientos sociales lo que están exigiendo no son nuevas vanguardias, no están buscando nuevos iluminados, eso ha cambiado mucho. No podemos responder a esta pregunta si nosotros no tenemos una idea del sujeto social que se está constituyendo ahora, tanto en México, como en Bolivia, Argentina, Uruguay, en toda América Latina.

Hay un tema que tiene que ver fundamentalmente con la relación general entre Estado y sociedad, ¿qué es lo que exige la sociedad desde el punto de vista de la relación entre sociedad y Estado?, ¿qué es lo que exige la sociedad, sobre todo los movimientos sociales, cada uno de ellos con sus propias características, con su composición diferencial, movimientos indígenas en Bolivia fundamentalmente, movimientos del nuevo proletariado –que es un proletaria-

do que no está sindicalizado, que trabaja a destajo, que se lo expulsa por las condiciones de la flexibilización laboral antes de cumplir tres meses, que no están dentro de la central obrera boliviana–, que está siendo explotado por el capital por las condiciones de un capitalismo salvaje. Hay una emergencia de nuevos movimientos, y éstos de alguna manera están gestando un tipo de sociedad y quizá un tipo de gobierno o un tipo de Estado que tiene que ver fundamentalmente con la gestión colectiva, con una gestión social. Esto se ha visto en Bolivia, en México, en Argentina; la discusión en asambleas, la construcción de un intelecto general, autónomo, con fuerte autonomía política, ya no es un intelectual que de alguna manera define un programa, sino que hay una construcción colectiva que está surgiendo desde abajo. Esos son síntomas de una nueva realidad y de un nuevo relacionamiento entre sociedad y Estado y –sobre todo– entre sociedad y partidos políticos y de lo que es ser de izquierda. Estas gestiones sociales están apuntando sobre todo a romper con viejas prácticas y viejas estructuras de poder que los propios izquierdistas han revivido en sus propias prácticas, la relación hombre-mujer, la relación autoritaria, las relaciones de mando desde arriba, no recoger las formas horizontales de discusión, la construcción de consensos. Lo que está ocurriendo es tremendamente importante: ¿qué es ser de izquierda?, ¿es construir un poder o deconstruir el poder del Estado?, ¿es construir un contra-poder?, ¿qué es ser de izquierda ahora?

Es importante replantearnos estos temas, que parecen análogos en nuestros países, aunque obviamente poseen sus diferencias. En Bolivia tenemos un problema parecido, quizá estemos cerca de que se elija un gobierno de izquierda, con un dirigente indígena a la cabeza y con un intelectual como candidato a la vicepresidencia, pero el problema, de alguna manera es reiterativo, se están haciendo alianzas que no terminan siendo la unidad de la izquierda. La izquierda sigue discutiendo los viejos dilemas entre una especie de posición radical y otras posiciones que tienen un carácter más reformista, entre una política real y una especie de utopía. Pero seguimos discutiendo cupularmente (en las cúpulas), las alianzas se terminan haciendo cupularmente y aquella gestión de bases, que fue la gestión de los movimientos sociales durante seis años de lucha, desde la guerra del agua, esto es, desde abril del 2000 hasta mayo y junio del 2005, que ha cambiado y ha modificado el panorama político y la gestión política ya no quiere partidos políticos, quiere instrumentos políticos, quiere que todo se construya desde abajo, ha rebasado a sus propias dirigencias, ha reinventado la política, pero lo más extraño es que –justamente– cuando se detiene el movimiento social y da posibilidades a que la izquierda, los izquierdistas, los partidos de izquierda, empiecen a hablar, en vez de recuperar la gestión social, lo que recuperan son las prácticas autoritarias, las prácticas verticales o la vieja

discusión, una discusión entre una posición radical y una posición reformista. No sé si esas posiciones y esas discusiones son correctas o más bien son ficticias, porque ¿sobre qué referente práctico estamos discutiendo? ¿Sobre las posibilidades que tiene un programa radical o sobre las posibilidades que tiene un programa reformista, o estamos discutiendo sobre la forma como la comunidad, la gestión social, se hace carne en la gente, la acción? Ahí hay un problema. ¿Qué es ser de izquierda ahora? Mucho tiene que ver con este replanteamiento que viene precisamente de los sectores más populares, de las gestiones sociales, de las gestiones colectivas y de las gestiones comunitarias, que están –de alguna manera– diseñando un nuevo mapa político y un nuevo mapa social de los levantamientos sociales con sus propias características. Esto en Bolivia cobra una particular importancia sobre todo por el tema indígena. Obviamente somos un país en el que hay una mayoría indígena, hay quechuas y aymaras, la otra parte importante son los mestizos. Y es importante porque obviamente el tema del Estado se vuelve complicado.

¿De lo que se trata es de mantener el mismo Estado, la misma estructura estatal?, ¿cuál es la relación entre gobierno y Estado?, ¿para qué llega la izquierda al gobierno si no va a transformar nada, si no va a abolir esa forma de dominación que llamamos Estado que, sobre todo en los países que tienen población indígena, los Estados tienen características coloniales? Porque estos Estados en realidad han aparecido con la Conquista, con la Colonia, y reproducen esos viejos mecanismos de dominación colonial. Son Estados que, en su versión populista o reformista, o en su versión de derecha, hacen exactamente lo mismo: transferir nuestros recursos naturales, hacen transferencias de valores. Y por lo tanto unos administran con cara social, y los otros con una cara mucho más autoritaria y represora, pero, sin embargo, están haciendo exactamente lo mismo. Hay un problema ahí con el Estado. ¿Para qué se va a llegar al gobierno si no se va a transformar al Estado? ¿Para qué se va a llegar al gobierno si no se van a suspender los mecanismos de dominación? ¿Qué es ser de izquierda? ¿Una izquierda que reproduce las pautas y las prácticas de la derecha con otras formas? ¿Es un problema de barniz o es un problema de contenido histórico?

Ahí tenemos un problema muy serio, porque –obviamente– cuando entramos a coyunturas electorales todo se vuelve a invertir, todo lo que se hacía desde las bases, todo lo que era gestión de bases, gestión social, lo que era construcción desde abajo, termina invirtiéndose y otra vez volvemos a las viejas prácticas. Hay un gran peligro que obviamente tiene el gobierno del Frente Amplio ahora, que seguramente lo están viviendo con el Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil y es que se llegue al gobierno y se repita la misma historia. ¿Qué hacemos entre el límite que nos impone el reformismo y las condiciones que exige una posición radical? Y esas condi-

ciones obviamente no son verbales, lingüísticas, son condiciones políticas, de fuerza, de posibilidad para transformar algo.

Ese problema no se va a resolver porque no se resuelve abstractamente. Se va a resolver en el campo de fuerzas, pero el verdadero campo de fuerzas, la verdadera construcción de la izquierda no puede estar al margen de la constitución de un sujeto social, de la constitución no solamente de un sujeto social sino del trabajo de masas, del trabajo multitudinario, la izquierda no puede estar al margen precisamente de ese quehacer, de ese fortalecimiento constante en función de estas prácticas de construcción social. Entonces sí se puede responder, no es una pregunta que no tiene respuesta, y esa respuesta no es teórica sino práctica y política.

O sea, ¿qué están haciendo los movimientos sociales, con qué referentes y mapa político de los movimientos sociales nos estamos haciendo esta pregunta? ¿Con qué exigencias, no solamente de carácter mundial sino de carácter concreto, específico, en cada uno de nuestros países podemos responder a estas preguntas? Las respuestas están en las prácticas, esto es, en ese ejercicio práctico de la gente, en esa forma de resistir o de convertir una resistencia en una ofensiva contra las oligarquías, contra las burguesías intermedias y –definitivamente– contra el imperialismo y las transnacionales. Es la forma como de alguna manera sí responde constantemente.

Pero el problema es que muchas veces la intelectualidad de izquierda no logra interpretar estas prácticas, estas modificaciones, desplazamientos de las prácticas, en propuestas políticas. Y volvemos a repetir las viejas discusiones como si no estuviéramos en un nuevo mundo, como si no hubieran cambiado las cosas, como si no estuviéramos en otro escenario. Entonces, quizá el problema de la izquierda precisamente sea la misma izquierda y quisiera plantear estos temas que me parecen de alguna manera analógicos y que podemos compartir. Responder a estos problemas y tratar de darle una fuerza y una perspectiva a la izquierda en América Latina es importante.

El compañero de Uruguay ha hecho una pregunta muy importante: ¿adónde vamos?, ¿adónde estamos yendo? Creo que hay varias alternativas, varias posibilidades, y una de esas es volver a repetir –obviamente en distinto contexto pues la historia nunca se repite–, una vez como tragedia y otra como farsa (comedia). Lo grave sería volver a repetir el mismo drama en otros contextos.

¿Adónde vamos? Creo que sí vamos a aquello que significa básicamente una transformación de la sociedad, una transformación no solamente de la sociedad sino de sus relaciones y de sus estructuras. Es importante plantearse problemas que tienen que ver con la metodología o la política o el problema operativo político, el problema instrumental político. Margarita López Maya, la compañera de Venezuela, ha planteado una cosa que me parece interesante.

Obviamente hay un tema que no es solamente teórico, “sociedad y Estado”, “movimientos sociales y gobierno”, “movimientos sociales e izquierda”, sino movimientos sociales, las luchas sociales, la lucha política y el tema institucional. Ahí está un poco el nudo del problema. Las instituciones ¿qué son? Es el Estado en pequeño.

Pero, en el mapa del detalle, si las instituciones no se transforman no cambia el mapa político, no cambia el mapa de fuerzas aunque cambie el gobierno. La pregunta no solamente sería: “¿para qué se va a llegar al gobierno si no se va a transformar nada?”, sino “¿para qué se va a llegar al gobierno si no se van a trastocar las relaciones y las estructuras institucionales?”. Es muy importante resolver este problema desde la perspectiva, precisamente, de la modificación del mapa institucional, porque allí están cristalizados los mecanismos de dominación. Fundamentalmente se tiene que apuntar a un trastocamiento del mapa institucional, que modifique las instituciones, democratizarlas, someterlas a un control social.

Precisamente, los gobiernos populistas, los gobiernos reformistas, han caído porque no han tomado esa decisión, que en otros países, por ejemplo Cuba, en un determinado momento, ha tomado la decisión de transformar, a pesar de todos los problemas contextuales que vengan después. La decisión de transformar significa someter a ese quehacer constante del control social, y eso implica evidentemente modificar las relaciones institucionales internas y el contexto de las relaciones institucionales. Por ahí van los problemas que tienen que ver con enfrentar los macroproblemas. Los macroproblemas tienen que ver con la dependencia y con nuestra relación entre centro y periferia, con el capitalismo contemporáneo. Ser de izquierda se resuelve en una dialéctica muy complicada entre la guerra de posiciones, que no podemos renunciar por un discurso radical hoy, y una guerra de maniobras que significa precisamente modificar. ¿Cómo encontramos esa articulación que nos permita hacer efectiva una dialéctica entre la guerra de posición y la de maniobras, que no termine siendo discursiva, abstractamente radical?

ANA ESTHER CECEÑA

QUIERO PROBLEMATIZAR EL TEMA DEL ESTADO, la cuestión de si tiene vigencia la lucha dentro del Estado nacional y por la soberanía nacional. Primero es necesario reconocer que el Estado-nación como unidad es algo heterogéneo y no hay una identidad en ese nivel que pueda ser compartida de la misma manera por todos. O sea, dentro del Estado nacional tenemos situaciones y relaciones sumamente contradictorias que nos llevan a plantearnos lo nacional de maneras muy distintas. Por ejemplo, en México hay una concepción de lo que es la nación desde las clases dominantes, desde

las estructuras de gobierno, que no es la que compartimos la mayor parte de los mexicanos. Sin embargo, hay una tradición histórica larguísima en la que el pueblo –no la clase– de México, ha luchado por la nación en contra de las intromisiones de los Estados Unidos que le han robado territorio, en contra de la intervención francesa, etcétera. Esto es, la nación se ha construido como algo que es del pueblo y que el pueblo reconoce porque además lo peleó. Peleó por la expropiación petrolera –por eso hoy la privatización del petróleo es tan difícil– y el petróleo es de la nación, o sea, del pueblo en esa vertiente.

¿Qué es para nosotros entonces defender la soberanía nacional?, ¿cuál es esa soberanía nacional que se defiende?, ¿es la soberanía del Estado, es la soberanía del pueblo, o qué es? Hay que pensarlo no sólo teóricamente, sino que también hay que hacer una recuperación de las prácticas históricas de antes y del presente.

En casi todos los países de América Latina hay luchas que tienen que ver con lo nacional, por ejemplo con la recuperación de los recursos naturales. Aunque sean incipientes y débiles, tenemos en todos los casos, que los pueblos se están articulando transnacionalmente.

Las reivindicaciones de los pueblos –como la de “el agua es un bien público o común”, o la de las selvas y algunas otras– se están planteando en campañas que son mucho más abarcadoras que la nacionalidad y llevan en la práctica a dar un salto que ya está proponiendo una institucionalidad y una concepción distintas de qué es lo del pueblo, qué es lo popular y qué es el mismo pueblo; esto es, “el pueblo” no es el pueblo mexicano más el pueblo boliviano, somos los pueblos originarios o somos los pueblos de esta América.

Entonces, se está trabajando en una dimensión muy distinta a las reivindicaciones propiamente nacionales. Esto nos lleva a cuestionarnos: ¿quién está preocupado por el Estado-nación?, ¿los pueblos?, ¿las burguesías? Y, por cierto, ¿se puede hablar de burguesías nacionales? En todo caso, ¿qué es lo que está trabando esta discusión en las izquierdas? ¿Qué es lo que nos está impidiendo avanzar un poco más y tener miedo de perder algo que en algún momento se conquistó, se pensó como el espacio de lucha y que en este momento es al mismo tiempo un espacio de lucha y un espacio de encierro, o sea, está limitando el carácter y la altura de nuestras reivindicaciones?

A su vez está relacionado con la cuestión de los militares venezolanos. Porque en algunos casos existe una construcción histórica como la señalada anteriormente, donde el pueblo es la nación, sin embargo hay otra construcción histórica donde los ejércitos son la nación, porque pelearon por la nación. Esas cosas en los países andinos ocurren mucho y tienen que ver con esta discusión, hasta dónde sí hasta dónde no, más allá de lo militar y lo civil, pero hasta

dónde realmente estamos en el terreno de lucha que nos corresponde o asumiendo un terreno de lucha que nos ha sido impuesto.

Otra cuestión: ¿será que solucionamos los problemas con “dar de comer a los pobres”? Y agrego el fenómeno de la irrupción de “los pardos” y de la sorpresa que genera porque “aparecen de la nada”. ¿Será que estamos leyendo bien la realidad desde donde hay que leerla? Lo que he estado viendo en todos lados en América Latina es que esas irrupciones tienen larguísimas historias de construcción silenciosa y relativamente invisible que permite que en algún momento puedan ocurrir como hechos evidentes y multitudinarios, que logran compartir códigos y referentes para saber dónde ir o qué hacer sin que haya una organización previa propiamente dicha.

A nosotros en México nos pasó, pero se pueden poner ejemplos de muchos lugares; de repente entra el ejército a Chiapas y toda la gente sabía que tenía que ir al Ángel de la Independencia para reunirse y protestar; nadie se puso de acuerdo, pero de ahí empezó una movilización que llevó a retirar el ejército. En Cochabamba ocurre lo del agua y la gente sabe que tiene que estar en la Plaza Central y ahí está todo el pueblo de Cochabamba en la Plaza Central. ¿De dónde? ¿Cómo? ¿Por qué coincidieron? Tal vez nos sorprende porque no estamos haciendo la lectura de la historia más que desde el lugar del Estado, desde el lugar de los aparatos, de los partidos, de las instituciones reconocidas y sancionadas que –en términos generales–, no son las de la lucha de los pueblos, sino las de los dominadores, para decirlo genéricamente.

En estos contextos surge el apremio del consenso y del programa mínimo, del pragmatismo o inmediatismo ante la abrumadora presencia del capitalismo, y más, del neofascismo de Bush. Es de ahí que las decisiones apresuradas pero que pueden tener una inmediata expresión concreta parecen querer pasar por encima de las decisiones sopesadas o de los consensos bien trabajados y por eso es tan difícil encontrar puntos de acuerdo.

Asimismo, cuando se abordan los problemas del empleo y el desempleo, ¿cree alguien, honestamente, que el capitalismo va a resolver el problema del empleo? ¿Qué nos hace falta para convencernos de que el capitalismo no es la alternativa para los pueblos? ¿Qué nos hace falta para empezar a pensar la lucha hoy, incluso la de la reforma fiscal y todas las demás, en términos anticapitalistas? ¿Basta con el combate al neoliberalismo? ¿De verdad pensamos que es posible crear un capitalismo benefactor? Ya tenemos la necesidad de pasar a este tipo de definiciones, porque sino seguimos dándole vueltas a algo que no parece tener solución. Y mientras los intelectuales y políticos discuten estos temas los pueblos están avanzando por otro camino, el de imaginar y tratar de construir organizaciones sociales no capitalistas.

Los analistas tenemos la obligación de tener una postura crítica, objetiva, que analice lo que es el capitalismo y cuáles son los límites que tiene la lucha dentro del capitalismo. Necesitamos tener claro cuál es nuestro horizonte dentro y más allá del capitalismo. Esto es, lleguemos o no al gobierno, aquellos que estamos luchando para que esta sociedad se transforme tenemos que tener muy claros los límites y las potencialidades. No puede ser que el acceso al gobierno se convierta en un asunto técnico. Mucho menos cuando se llega como producto de un proceso transformador, como alternativa popular.

Estamos viviendo en América Latina lo que algunos pensamos que es un ciclo de movilizaciones. No movilizaciones y procesos aislados e inconexos sino que estamos en un momento de transformaciones trascendentes. Como parte de este proceso en algunos casos, como en Uruguay, se ha llegado al gobierno, en otros casos ni siquiera se plantea la llegada al gobierno, como en México, o una parte lo plantea y otra no; es diferente en el caso de Bolivia, cada subproceso tiene características particulares. Muchas de las tensiones que hay dentro de este macroproceso se deben a que no nos ponemos de acuerdo sobre si realmente tenemos un proyecto de trascender el capitalismo o nos restringimos a horizontes más limitados. Si lo tenemos, eso no significa que hoy vamos a borrar al capitalismo, seguramente nuestros nietos estarán discutiendo las mismas cosas, porque son procesos de muy larga duración, pero la perspectiva con la cual asumimos la lucha y asumimos los gobiernos es distinta si nos aclaramos este punto. Una pregunta es muy pertinente: ¿para qué vamos a llegar al gobierno, para que vamos a hacer una movilización o una lucha?, ¿qué es lo que queremos cambiar o trascender?

El capitalismo no brinda soluciones para los pueblos, las construye para sí mismo. Mientras más exitoso es el capitalismo menos estamos contemplados en ese éxito. Mucha gente dice que el neoliberalismo es un fracaso; no, es un fracaso para nosotros. Pero el neoliberalismo es un éxito total para el capitalismo. Y de eso se trata, además, ésas son las estrategias capitalistas. ¿Será que nosotros no podemos plantearnos nuestras propias estrategias y nuestros propios horizontes? Yo creo que sí, y por eso estamos peleando, más allá de que tengamos diferencias, todos nos hemos planteado construir una sociedad distinta.

El desafío está en cómo construimos esa sociedad distinta: ¿deconstruyendo ésta, pero siendo conscientes de que no la vamos a tirar de un golpe?, ¿de que no se trata de patear el tablero sino de cambiar el juego y sus reglas?

De cómo respondamos a esto también depende de cómo entendemos la lucha. Por ejemplo en el caso venezolano se lanza una política puntual pero vinculándola a un cambio estructural, esen-

cial, capaz de ir perfilando una transformación profunda de la sociedad venezolana y de sus formas de funcionamiento. Esta perspectiva lo que privilegia no es tanto el proyecto específico sino el procedimiento a través del cual se impulsa, se fortalece la organización y la estructura comunitaria como punto central sin importar, en este nivel, si se trata de un proyecto de salud o de educación, lo que importa es fortalecer la capacidad de autoorganización y autonomía de la sociedad. También es el caso de las luchas en Bolivia, es el caso del zapatismo, es de alguna manera también el caso de Argentina, todo con límites y con matices, pero si nosotros pensamos que el capitalismo no nos da, que no es lo nuestro, privilegamos los procedimientos a través de los cuales vamos avanzando y construyendo una sociedad no capitalista. Nuestra visión alternativa no se limita a oponer una política monetaria a otra, o una política social a otra, así estamos jugando con las mismas reglas; lo que queremos es cambiar las reglas, y entonces, a partir de ahí, ir construyendo esto que nosotros pensamos debe ser nuestra sociedad del futuro.

¿Por qué es tan importante entendernos como parte de un ciclo de luchas, o como parte de un proceso mucho más amplio? Porque si pensamos que lo único que está empujando hacia el cambio es nuestro proceso de lucha vamos a sobredimensionar las limitaciones. Pero si nos damos cuenta de que hay muchas cosas que están empujando en el mismo sentido, con las que hay muchos puntos de confluencia y de posibles articulaciones, porque estamos todos frente a esa enorme amenaza que es hoy el poder del capitalismo y de sus fuerzas hegemónicas, la perspectiva es distinta, mucho más promisoría y mucho más realista.

En relación con los nuevos gobiernos, llamados de izquierda, lo que muchos plantean es concederles un tiempo. Pero eso es ceder terreno, dejar los procesos en manos de los técnicos. A mí me parece que no hay que darles tiempo, sino asumirlos como propios. Por ejemplo en Uruguay quien triunfó no fue Tabaré, fue la sociedad movilizadora, participando; entonces es esta sociedad la que tiene que gobernar, no Tabaré y su equipo. Para que ella gobierne tiene que empezar a poner nuevas reglas desde un inicio. Y la pelea que se logre dar será valiosa no solamente para Uruguay sino para América Latina en su conjunto.

Pero aun ahí debemos plantearnos qué nos está impidiendo pensar un horizonte alternativo diferente: en parte el problema es pasar del discurso de la sociedad escindida y plana en la que la sociedad política tiene una dinámica propia desligada de los movimientos sociales al de la sociedad compleja, tal y como es, integrada, abigarrada y con una politicidad no acotada, esto es, deberíamos abandonar de una vez ese positivismo que, tanto en la academia como en la práctica política, nos está impidiendo entendernos a nosotros mismos así como somos. Más que cambiar de discurso tene-

mos que cambiar de base epistemológica; seamos audaces en ese sentido y planteemos nuestra propia epistemología. Si estamos queriendo construir nuestro propio mundo, ¿por qué tiene que ser a imagen y semejanza del mundo de los que ahora nos dominan y que –además– no nos da alternativa, no nos da soluciones a nada?

A su vez la realidad no es sólo la producción, aunque durante mucho tiempo hemos estado acostumbrados a entenderla así, como si el proceso de producción estuviera determinando todo el conjunto. No es cierto, cada vez más la realidad nos está demostrando que la problemática real no es la de lo productivo, sino la de lo reproductivo, incluyendo lo productivo. Estamos mucho más necesitados de encontrar soluciones a nivel macro, universal, completo, que de leer lo productivo y luego tratar de sumar aquello que tiene que ver con todos los otros ámbitos de la vida y que nunca encontramos cómo meterlos en nuestros análisis.

¿Dónde metemos lo cultural? No es otra dimensión que se suma. Lo cultural nace de la producción, nace de la no producción, está en el empleo y en el desempleo, está en la historia también, entonces hay que recuperar, recrear sentidos, no hay que admitir que nos impongan sentidos, o sea, hay que luchar contra el vaciamiento. Me parece también que hay que leer la experiencia de las dictaduras desde esta perspectiva. Preguntarnos cómo pensamos la vida nosotros, no sólo cómo nos pensamos como trabajadores, cómo nos pensamos como seres humanos que a lo mejor algún día podemos dejar de ser trabajadores o pensar en tener un trabajo creativo, autogestionado, decidido por nosotros mismos y no un trabajo impuesto que siempre es una forma de opresión.

Por otro lado, en la fase en la que estamos el capitalismo es territorializado y desterritorializado, porque junto con todas estas tendencias hacia la movilidad de flujos de capitales a nivel mundial, hay una movilidad de presencia, de posiciones, de inversiones, de bases militares y todo lo que acompaña a esto, en todo el territorio mundial.

Entonces es un capitalismo que avanza por lo menos por dos pistas y actualmente está entrando aparentemente en una nueva fase, o recrudesciendo la fase en la que estaba.

Cuando se lanza la estrategia neoliberal del capitalismo, en el mundo, se coloca al mercado como elemento disciplinador de todas las dimensiones de la vida. El mercado no solamente tiene que ver con la producción sino que se introduce como organizador de la reproducción. La reproducción de la vida, la reproducción del pensamiento, la reproducción del conocimiento, etcétera.

Pero el mercado que avanza así, que nos va fracturando, rompe realmente la sociedad y las comunidades que teníamos hasta ese momento; es un mercado que empieza a encontrar mucha resistencia en todos lados.

Y esa resistencia que ha ido creciendo ha empezado a ponerle límites a la implacable presencia del mercado. Ha echado abajo algunas estrategias regionales, como el plan Puebla-Panamá, que no logró cuajar nunca. Este rechazo creciente ha motivado una preocupación de parte del sistema de dominación, concentrado, personificado por el Estado norteamericano, y ha iniciado un desplazamiento hacia el eje militar como elemento o dimensión que se combina con el del mercado.

Por un lado se promueve el libre mercado con todas las implicaciones que tiene, que es más bien un elemento privatizador que un libre mercado; por otro lado se promueve una presencia cada vez más fuerte de cuerpos de seguridad, de elementos represivos, de elementos abiertamente disciplinadores sobre las sociedades, que además hace un diseño del planeta, hace una evaluación del territorio mundial y decide que el continente americano es la plataforma básica, decisiva a través de la cual se tiene que lanzar a la competencia mundial.

¿Por qué el continente completo? En gran medida por los recursos que hay en este continente que lo convierten en una unidad autosuficiente. Pero también porque geográficamente la condición insular que tiene América permite parapetarse y estar protegido frente a las amenazas del exterior. Entonces, con todos estos criterios, Estados Unidos se lanza en una estrategia militarista que acompaña la económica. Colin Powell lo dijo muy bien: necesitamos primero asegurar las vías de comercialización y luego lanzar el comercio por ellas.

Dentro de esta estrategia de militarización y disciplinamiento militarizado hay muchas vertientes. Una de ellas es la instalación de bases militares, de diferentes tipos, como está ocurriendo en Paraguay, que después de negociar la ley antiterrorista y el convenio de inmunidad para las tropas norteamericanas, se produce un despliegue de tropas en todo el territorio paraguayo, se están ampliando pistas de aterrizaje y se está instalando ahí una infraestructura de operación que tiende a controlar la región de todo el Cono Sur. Otra vertiente es la de Colombia, que de epicentro del control militarizado del continente pasó a una dimensión regional, ya que resultó insuficiente para los planes de apropiación que está lanzando Estados Unidos hoy. Y otra, muy distinta, es la de México, con tratados de seguridad multinacionales, que han conculcado la soberanía que tiene el Estado y el pueblo mexicano sobre su territorio, esto que se combina además con la base de Guantánamo en Cuba y la ocupación de Haití perfila una modalidad propia de esa región. En el norte del continente, el eje que está rigiendo es la militarización; en el centro es el Plan Colombia, y en el sur, Paraguay, se ha ubicado ya como el eje de la estrategia militarista de toda la zona del sur.

¿Y Uruguay qué tiene que ver con esto? En realidad Uruguay es un país no muy militarizado, a pesar de que tuvo una dictadura,

pero es un país donde la sociedad está resolviendo sus problemas por otros medios, a través de otros mecanismos. Sin embargo Uruguay es el país de América Latina que más colabora con las políticas hemisféricas de seguridad a través de los cuerpos de paz. Hay una gran cantidad de efectivos uruguayos repartidos por el mundo en muchos lugares, que están cumpliendo funciones de ocupación. Uno de esos países ocupados es Haití, país latinoamericano, donde se ha sometido a la población a un régimen carcelario total, con impunidad legalizada de las tropas de ocupación.

Hay una cantidad de mecanismos que se están echando a andar para lograr la militarización total. No sirve tener el control de un lugar si los otros están indisciplinados y a través de ellos puede movilizarse la población, los movimientos sociales, los supuestos terroristas. Es necesario controlar todas las fronteras, todas las salidas y entonces se realizan una gran cantidad de ejercicios militares en nuestra zona, que mayormente se hacen en el mar, en las costas y que van rodeando todo el continente; en los recorridos y ejercicios de la parte del sur constantemente participa también Uruguay. Una de las tareas más importantes que tienen hoy en día estos ejercicios y patrullajes es la de la incautación. Esto es, instalar una nueva frontera en el mar: que ninguna embarcación pueda pasar sin ser supervisada. ¿Quién las supervisa? Estos cuerpos combinados que hacen los ejercicios conjuntos, y que tienen en el mando a oficiales del ejército y de la armada de Estados Unidos.

Se ha logrado establecer una serie de círculos que controlan el territorio, que controlan los movimientos de población, que también están enfocados hacia el control de la información directa sobre las personas, a través del establecimiento de un sistema de identificación personal, centralizado en un banco de datos, además del control de paso en las fronteras.

Ahora los documentos de identidad en muchos países contienen una foto que identifica el iris y huellas digitales digitalizadas que, al pasar por el escáner en las fronteras, va directamente al banco de información centralizado.

Por tanto es muy importante estar alertando sobre esto porque es evidentemente un impedimento a cualquier intento de construcción de un espacio democrático en cualquier parte de nuestros países; porque además nos recuerda muchísimo la primera fase del Plan Cóndor que consistió en esta articulación, esta provisión de información de todos lados, para ser manejada por todos los ejércitos de la zona sur por lo menos, y a partir de la cual se desató una campaña represiva y el genocidio que no podemos olvidar y no queremos que se repita.

Estamos en un momento de cambios muy fuertes, en los cuales no hay solamente políticas de restricción monetaria de la inflación, de fijación de tasas, sino también hay cantidad de convenios

de los que no nos estamos enterando que se firman en los que nuestros países se están comprometiendo a ser cómplices y copartícipes de esta política.

¿Cuál es la alternativa? Estamos en un mundo de guerra y tenemos que enfrentar la guerra. Nuestras armas no pueden ser las armas de la guerra, tienen que ser otras porque, si no, reproducimos y multiplicamos aquello que se nos está imponiendo desde los espacios de poder.

En aquellos espacios donde hay organización comunitaria, donde se está trabajando en reconstruir tejidos rotos por estas mismas estrategias es ahí donde hay propuestas de inclusión pensando en la construcción de una socialidad distinta, no de inclusión en esta sociedad que no nos admite o que nos admite como excluidos, como susceptibles de ser reprimidos, como sospechosos o como inválidos. Esto es, esa construcción de comunidades que nos devuelven la calidad de seres humanos y nos quita la de sospechosos, ha sido lo que ha permitido también ponerle freno a esta estrategia militarista.

Se han parado algunos ejercicios militares que se iban a realizar. Estamos haciendo investigaciones para conocer bien cuáles son los ejercicios que están previstos, los que se han hecho, con qué propósito, qué objetivos, en qué lugares, etcétera, pero hay muchas cosas que evidentemente no conocemos, porque es información restringida y nos obliga a estar constantemente atentos.

Pero con los datos que tenemos sobre el proceso de militarización, aunque sean incompletos, nos hemos movido para ponerle límites: impedir que se concediera a Estados Unidos la base militar de Alcántara en Brasil fue una lucha muy importante porque permitió que no tuvieran ya el cuadrículado completo del continente. Les falta toda la parte atlántica. Brasil queda fuera todavía del tendido de bases y por eso también la transformación de Paraguay en base militar es estratégica.

Se han impedido ejercicios militares, se ha rechazado la firma de algunos convenios antiterroristas, pero hay que hacer mucho más en este terreno. Donde hemos trabajado colectivamente, lo hemos hecho con organizaciones continentales. Esta estrategia no puede ser detenida desde un solo país, porque es una estrategia continental. Tiene que ser compartida por todos nosotros en todos nuestros países, aunque también peleando cada uno la parte correspondiente en su caso. No obstante, aunque articule luchas nacionales, ésta es una experiencia que demuestra que las dimensiones han cambiado y que detener la militarización, como derrotar el ALCA o desterrar los transgénicos sólo puede hacerse en una lucha continental, cuando no mundial. Los grandes desafíos, hoy, trascienden con mucho la dimensión del Estado-nación.

ANTONIO ELÍAS

Hasta ahora sólo hemos empezado a identificar y analizar los cambios que se han realizado, pero apenas hemos comenzado a discutir los impactos y efectos que ellos están provocando. Es necesario comprender la dinámica de los cambios para poder explicarlos y avanzar en la discusión de una agenda para poder pasar de donde estamos a una situación mejor. Es claro que el interés de este encuentro es identificar cuáles son los caminos y cuáles son las dificultades para avanzar y superar la actual situación. En los temas en que las cosas van bien: profundizarlas y en los temas en que no están tan bien o que, inclusive, están muy mal: cambiarlas.

Se ha utilizado varias veces el concepto de gobiernos en transición, lo cual no creo correcto. La transición implica un cambio significativo de modelo, como en su momento lo fue el socialismo, hacia el cual se transitaba tratando de que ese camino fuera irreversible. Por el contrario, estamos ante gobiernos que responden a otra lógica: la alternancia de partidos. Los gobiernos actuales de Uruguay, Argentina, Brasil y Chile no son ni se definen a sí mismos como gobiernos que están desarrollando un proceso de transición hacia un nuevo tipo de sociedad. Su apuesta es a lograr mejores resultados dentro del capitalismo favoreciendo una mejora en la distribución del ingreso y en la calidad de vida de la población. El caso de Venezuela es muy diferente porque allí sí, en el discurso presidencial y en ciertas políticas del gobierno, se percibe el intento de construir una nueva forma de sociedad: el socialismo del siglo XXI. Más allá de la vaguedad que aún tiene este concepto.

Para analizar la viabilidad de estos modelos que pretenden una economía neoliberal con cierta justicia social, viene muy bien conocer lo que está sucediendo en Uruguay. En mi país el proceso navega bajo la bandera de un “capitalismo en serio” que reafirma la ortodoxia económica apuntando simultáneamente a la reducción de las asimetrías en la relación capital-trabajo. El gobierno del Frente Amplio-Encuentro Progresista-Nueva Mayoría intenta lograr un acuerdo permanente de intereses entre trabajadores y empresarios, pero no parece viable alcanzar, en un país de bajos ingresos como Uruguay, el reconocimiento de los primeros y el respaldo de los segundos.

La disyuntiva que tenía el nuevo gobierno al asumir el 1° de marzo era apostar a ser “ganador relativo” en la competencia por atraer capitales extranjeros aceptando las premisas del modelo dominante, o elegir un camino alternativo e independiente, lo cual implicaría, necesariamente, redefinir los niveles de apertura de nuestra economía y los derechos de propiedad del capital. Se eligió lo primero.

La reiteración de la apuesta a una inserción internacional basada en la apertura indiscriminada y la reafirmación del mercado como principal asignador de recursos, no avanza en la dirección de reducir la vulnerabilidad del país y crea condiciones para un retroceso en los niveles de conciencia de la ciudadanía respecto al pensamiento “único” predominante en lo económico.

El modelo que impulsa la actual conducción económica es conocido; sus fundamentos elementales y sus resultados, históricos y recientes, negativos. Han asumido como premisa que el crecimiento de un país depende de las inversiones, lo cual es indiscutible, aunque habría que conocer el tipo y la calidad de las mismas. Continúan el argumento afirmando que los inversores vendrán al país si se cumplen ciertas condiciones imprescindibles: estabilidad macroeconómica, cumplimiento estricto de las reglas de juego y aval del FMI.

En ese marco las políticas de conservación de los ajustes fiscales realizados por los gobiernos anteriores en los salarios de los funcionarios, los gastos de funcionamiento y las inversiones son fundamentales para garantizar el pago de los intereses de una deuda, que según Astori fue tan “bien negociada y pagada” que nos “distingue” en el mundo. El atraso cambiario, a su vez, potencia esta estrategia en el proceso de transformación de los pesos del superávit fiscal primario a dólares para el pago de las obligaciones de esa deuda. El mantenimiento de las actuales reglas económicas y la agenda de cambios estructurales que impulsan el FMI y el Banco Mundial son, también, parte de la estrategia. A partir del supuesto de que cualquier modificación de las reglas establecidas generará incertidumbre entre los potenciales inversores, se asumen como mandamientos: Cumplirás los contratos; No tocarás las AFAP; Reafirmarás el acuerdo de inversiones recíprocas con Estados Unidos; Asociarás las empresas públicas con capitales extranjeros; Eliminarás los monopolios públicos; Honrarás la deuda; Ejecutarás a los malos pagadores.

Buena parte de las reformas estructurales que impulsa el gobierno, en particular la que refiere al Banco Central, apuntan centralmente a profundizar las modificaciones institucionales de “segunda generación” buscando eliminar la interferencia de la política en la economía.

La agenda de cambios acordada con el FMI así lo demuestra, incluido el exabrupto de afirmar, ante los organismos internacionales, que las reformas estructurales que fueron impulsadas por anteriores gobiernos y rechazadas por la ciudadanía ahora podrán realizarse porque las impulsará un gobierno progresista.

A veces, sin embargo, el cumplimiento estricto de ciertas reglas puede molestar a los potenciales inversores. La propia reforma constitucional sobre el agua queda, entonces, sometida a “interpre-

tación” a pesar de haber sido resuelta en un acto de democracia directa.

La idea fuerza central que ordena la “consistencia y coherencia interna” del equipo económico es tan simple –al igual que cualquier reducción de problemas complejos a una sola variable– que le permite actuar con premura cuando cualquier otro integrante del gobierno se va de “línea”: ¡No se hará nada que pueda afectar la credibilidad del país ante el capital extranjero!

Lo que el gobierno no explica es por qué no vinieron los inversores extranjeros en el período 1990-1998, cuando el país tuvo un fuerte crecimiento del producto, cierta estabilidad macroeconómica y cumplimiento de las reglas de juego. Quizá se asuma como respuesta la que dieron los gobiernos anteriores: no hubo inversiones por la “inestabilidad” legal provocada por el uso de instrumentos de democracia directa por parte –entre otros– de la propia fuerza que hoy gobierna.

También sería conveniente preguntarles por qué entienden que el capital extranjero dará prioridad a algunas seguridades del entorno en que operará la inversión (no está siendo considerado el fortalecimiento del Poder Judicial y del orden público) y dejará de lado los factores de riesgo del propio negocio, en particular el tamaño y evolución de la demanda, el acceso seguro a los mercados externos y la capacidad de los competidores para producir con menores costos.

Si toda inversión es producto de un *trade off* entre rentabilidad y riesgo –en relación con otros usos alternativos del capital–, el atraso cambiario que sufre hoy el país sería un desestímulo muy “estable” a la inversión productiva en bienes y servicios comercializables en el exterior por su incidencia negativa en los costos de producción.

Los instrumentos de política económica que se están utilizando no se corresponden con la construcción de un país productivo con justicia social. Por el contrario, se estaría profundizando el predominio del capital financiero y ampliando los niveles de dependencia con respecto a los países centrales.

Paralelamente a la reafirmación del modelo aperturista neoliberal se produce una reducción de las asimetrías entre el capital y el trabajo. Un eje central de las políticas neoliberales es la flexibilización del mercado laboral buscando un aumento de la tasa de rentabilidad a través de la reducción de los ingresos de los trabajadores con su consecuente efecto negativo sobre la calidad del trabajo. Son notorios los avances realizados por el gobierno progresista en la protección de los derechos de los asalariados en su relación con el capital, lo que podría estar implicando, en este ámbito, el comienzo de un punto de inflexión respecto al neoliberalismo.

Esta nueva política laboral se expresa, entre otros aspectos, en las convocatorias a los Consejos de Salarios, con la ampliación del ámbito a los trabajadores del gobierno central y del sector rural; en las señales emitidas desde el Ministerio de Trabajo respecto al cuestionamiento a los despidos injustificados; en la derogación de un decreto que permitía que la Policía, sin intervención judicial, desalojara empresas ocupadas; en el proyecto de ley de libertades sindicales que prevé la creación de un registro de infractores a la libertad sindical, y establece que las empresas que violen la normativa no podrán ser proveedores del Estado.

Las medidas señaladas se han reflejado en un crecimiento muy importante del número de sindicatos y de trabajadores sindicalizados, a la vez que también se expresan en el aumento de la represión sindical. No es casual que las cámaras empresariales y voceros de los partidos tradicionales, en nombre de una visión restringida de los derechos de propiedad que no reconoce los límites del interés social, rechacen la ley de libertades sindicales y reivindiquen seguir desalojando las empresas ocupadas por la sola voluntad del empresario.

La posibilidad de que esas políticas laborales puedan continuar es muy baja si se continúan aceptando los lineamientos que imponen los acreedores externos.

El gobierno convocó en mayo a trabajadores y empresarios a trabajar en un "Compromiso Nacional", pero existe una profunda contradicción entre la creación de ese espacio de diálogo y las condiciones de participación restringidas para las negociaciones que allí se puedan realizar: el proceso comienza, luego de que se negoció y acordó con el FMI.

Ambos hechos no son independientes: la carta intención fija las pautas de la política fiscal con el objetivo de obtener un superávit primario de magnitud inédita, destinándose un 25% de los ingresos para pagar los intereses de la deuda. Peor aún: el gobierno plantea que de haber mayores ingresos que los previstos se utilizarán para amortizar la deuda. Lo que significa una severa restricción para un proceso de negociación.

El problema central para el gobierno es lograr la cuadratura del círculo: mantener simultáneamente un proceso de profundización del modelo ortodoxo, amigable para la inversión y simultáneamente distanciarse de ese modelo a través de cambios institucionales que fortalezcan al movimiento sindical en la disputa con el capital.

La actual situación augura la agudización de las contradicciones en un horizonte no muy lejano entre los trabajadores organizados y el proyecto económico que se está implementando aceleradamente desde el Ministerio con mayor poder para la búsqueda de sus objetivos: Economía y Finanzas.

Los caminos necesariamente se bifurcan, se están procesando simultáneamente dos líneas de acción que, si continúan su desa-

rollo y se profundizan, entrarán en conflicto y obligarán al gobierno a definirse. Si se continúa la línea de cambios institucionales que se están realizando en el ámbito de las relaciones laborales, debería modificarse la política económica que pone en riesgo la reproducción de la propia legitimidad del partido gobernante.

Entonces, me pregunto, ¿es sostenible en el tiempo un discurso diferente del neoliberal, sin una política económica que le dé sustentabilidad? ¿O vamos a quedarnos en el discurso de que queremos cambiar pero no tenemos posibilidades...?

El discurso puede cambiar la subjetividad pero eso implica tener un discurso económico alternativo, lo que hoy no sucede en Uruguay. Por otra parte, la ortodoxia no puede satisfacer las expectativas que está creando. Entonces hay varios problemas que deberían ser analizados, pero en particular parece relevante discutir, por qué coinciden casi todos los gobiernos progresistas en mantenerse estrictamente dentro de la lógica capitalista: ¿por qué es lo que es?

Cuando se comprueba que nuestros gobiernos no están llevando a cabo “programas alternativos” se hace necesario preguntarnos: ¿cómo se explica? No basta con pararse en la vereda de enfrente, o calificar duramente, es necesario entender las causas profundas de lo que está sucediendo para poder superarlo. Consecuentemente, se hace necesario preguntar también: ¿cómo nos posicionamos ante esa situación?

En la medida que no estamos haciendo solo un análisis de tipo académico, somos parte de la vida de las organizaciones sociales, actuamos, sabemos que no alcanza con hacer diagnósticos y declaraciones; es bastante más complejo; las dificultades y restricciones del proceso general también nos atañen. Es fundamental que incorporemos la riqueza del papel de los actores sociales que están funcionando en los procesos de cambio. ¿En qué medida los movimientos y la sociedad tienen capacidad y fuerza para que esto hubiera sido distinto?

La identificación de los principales actores sociales del cambio es un aspecto fundamental y sin desconocer la importancia de diferentes formas de organización social y, por tanto, de acumulación, tales como las étnicas, culturales, locales y regionales, entendemos que sigue siendo fundamental el papel de los trabajadores organizados. Entonces surgen algunas preguntas: ¿cómo está funcionando en esta etapa el movimiento sindical?, ¿cuál es la problemática que lleva a que en América Latina la existencia de una central sindical autónoma del poder político sea una excepción y no una regla?

Por último, es necesario reafirmar que para llevar adelante una estrategia alternativa de desarrollo es necesario reconocer el fracaso de las políticas centradas en mejorar el sistema de incentivos mediante la apertura, la desregulación y la liberalización de

mercados. Las instituciones creadas por el neoliberalismo no pueden ser adecuadas para un país productivo, con justicia social y profundización democrática.

Si se asume: en primer lugar, que el sistema capitalista se expande y redefine el marco institucional de la economía planetaria eliminando las fronteras nacionales comerciales y financieras para favorecer que las empresas transnacionales se localicen y relocalicen en función de los costos y del tamaño de los mercados; y en segundo lugar, que la capacidad de las naciones para captar ese tipo de inversiones es obviamente muy limitada y es inversamente proporcional a la defensa de la soberanía, entonces es necesario desmontar el andamiaje normativo del neoliberalismo, tanto en lo que tiene que ver con las reglas formales que liquidaron los mecanismos de protección de la economía nacional y redujeron el papel del Estado, como con las normas informales, la cultura y la ideología predominantes en las últimas décadas.

Para encontrar una salida es imprescindible que el Estado asuma un nuevo papel en la dirección del proceso económico, aplicando políticas de protección en todos los ámbitos donde sea necesario al igual que lo hacen los países centrales, buscando una “desconexión relativa” que reduzca la vulnerabilidad. Más aún, entendemos que si no se colocan esclusas, compuertas, fronteras, respecto al mercado capitalista mundial es impensable el desarrollo de un modelo económico diferente al neoliberal. El neoliberalismo no es solamente un proyecto político, es parte esencial de la dinámica de desarrollo del capitalismo.

JUAN CASTILLO

ES IMPORTANTE ESTE ENCUENTRO con participantes de diferentes países de América Latina porque posibilita tener una mirada de conjunto. Muchas veces la dinámica del movimiento sindical, los problemas, las demandas, los conflictos, los reclamos que estamos teniendo, hace que metamos la cabeza demasiado para adentro y no nos permite mirar el conjunto.

Valoro también la posibilidad de criticar, de realizar un análisis de la realidad. Analizar cada uno de los hechos políticos, sociales, económicos nos va a permitir pensar, como conjunto de nuestra clase, cuáles son aquellas cosas que están bien, que van por buen camino y que nosotros tenemos que ayudar a que se profundicen y cuáles son aquellas otras con las que tenemos diferencias, creemos que están equivocadas y entonces actuar para incidir sobre ellas, para que cambien, para que se rectifique el rumbo.

No dudamos de que se viven momentos políticos de cambio en nuestra América. Hay realmente un estado de eferescencia en to-

dos nuestros pueblos, algunos ya están avanzando, están concretando espacios políticos, las fuerzas de izquierda y las progresistas están avanzando, ojalá que –de una vez por todas– comencemos a hablar de que las fuerzas de izquierda vienen avanzando. Hoy en día hay que contentarse con que en el conjunto son fuerzas progresistas, pero al mismo tiempo también nos preocupa para dónde van esos cambios. Y allí es donde queremos señalar algunos elementos.

En primer lugar es obvio que vamos a hacerlo desde nuestro país, Uruguay. Nosotros estamos valorando el cambio político que nuestro pueblo asumió con una mayoría importante el 31 de octubre del 2004, que partir del 1° de marzo de 2005 comenzó a ejecutarse un programa, como el primer mojón de un largo recorrido de un período de acumulación de fuerzas que en nuestro país se fue gestando con la participación activa del movimiento sindical, de la clase obrera, de los trabajadores y que fueron avanzando en procesos de construcción de instrumentos o herramientas unitarias.

Primero fue la unificación del movimiento sindical en una sola central sindical, luego la construcción de la unidad de los partidos políticos de izquierda, pero también de otros instrumentos unitarios de los sectores sociales, la unidad de los estudiantes, la de los cooperativistas, la de los jubilados; nosotros no podemos dejar al margen ese proceso de construcción que durante tres o cuatro décadas fue haciendo el conjunto del pueblo uruguayo. Por tanto, me interesa reivindicar en esta primera parte, que el cambio político y la asunción de la izquierda en Uruguay no es una cuestión solamente de cambio en el poder, ni un tema de comportamiento del electorado solamente, sino que fue un largo período de gestación de conciencia, de ir avanzando con nuestro pueblo para lograr este objetivo.

Por tanto, estamos ante un proyecto político largamente esperado y lo estamos valorando positivamente. No pienso que estemos tocando el cielo con las manos. Trato de no engañarme, esto es un avance y lo valoramos como tal, pero para nosotros continúa todavía ese papel del conjunto de los sectores sociales y de nuestro pueblo organizado en este mismo período de acumulación de fuerzas para profundizar el programa, avanzar y profundizar la democracia que es uno de los objetivos de la etapa en la que estamos. Fundamentalmente esto se explicita en que vamos a apostar a que la fuerza política en el gobierno cumpla con su programa y si es posible empujarlo para que avance aún más allá, porque necesitamos subir un segundo, un tercer, un cuarto escalón.

El objetivo nuestro como trabajadores, como militante sindical y político, es construir el socialismo en Uruguay, sin fotocopias ni modelo, respetando todos los procesos y las experiencias de los pueblos, pero necesitamos, efectivamente, cambiar de raíz esta sociedad. Este proyecto político del gobierno por supuesto que no se propone el socialismo, su programa sigue siendo continuar en el capitalismo y

por lo tanto, sigue habiendo lucha de clases, sigue siendo un problema de correlación de fuerzas, en el cual nosotros tenemos un papel fundamental; los trabajadores, la clase obrera, estamos a nuestra manera, formando parte de discusiones que se vienen dando dentro de las organizaciones sindicales y las organizaciones políticas de izquierda, en las que estamos teniendo que actuar y, además, esperamos incidir favorablemente hacia esa concepción.

Los problemas que estamos detectando en estos cinco primeros meses de gobierno –a pesar de todos los avances políticos, que los valoramos como tales–, tienen que ver con el enorme aparato burocrático del Estado que todavía no ha sido dominado por los compañeros de la fuerza política de izquierda que están en cargos de gobierno. En algunos lugares hay tropiezos concretos.

También los trabajadores a cada rato nos encontramos con discusiones, con debates, con enojos entre nosotros, pero que nos demuestran también aquello que tantas veces discutimos dentro del movimiento sindical uruguayo y del movimiento sindical internacional, del significado, en toda su extensión, de la independencia de clase. Pues ahora lo tenemos como un desafío para ponerlo en práctica. Esta independencia de clase que tanto defendemos el conjunto del movimiento sindical uruguayo –hoy por lo menos– se plasma en una cuestión bien elemental, pero que tenemos que poner en ejercicio a cada rato, que es: una cosa es el gobierno y otra muy distinta el movimiento sindical y el rol de las demás organizaciones sociales.

Esto a veces nos lleva a la confusión porque hoy están ocupando cargos en el gobierno compañeros de militancia de toda una vida, compañeros que han luchado y siguen luchando al lado nuestro en instancias orgánicas, algunos incluso pertenecían a nuestro movimiento sindical. Pero una vez que tomaron la resolución política o que la fuerza política les dio esa responsabilidad objetivamente tienen que cumplir el rol de gobernar para todo el país y nosotros tenemos que seguir velando por la defensa de los intereses de nuestra clase, siendo lo más objetivos posible, porque después –buscando el preciosismo– me ha pasado de encontrar compañeros que quieren ser tan objetivos que ponen una pata en cada lado, y ser objetivo, en esta valoración que estoy haciendo, supone que los intereses de los trabajadores, los intereses de la clase obrera, nos tiene que llevar al debate, a la discusión, a períodos de negociación, pero nunca renegar de la capacidad de movilización de la clase obrera por sus intereses, por sus demandas, por sus objetivos. Nosotros podemos tener desviaciones, de irnos a los extremos, es más, ya muchas veces en este corto período de tiempo nos ha pasado. Hay compañeros que por tan frenteamplistas, por tan izquierdistas y tan entusiasmados con este proyecto político se paran en un extremo diciendo: “no, no hagas nada contra este gobierno porque es nuestro gobierno y hay que dejarlo quieto, tranquilo”, y al mismo tiempo en otro extre-

mo, hay compañeros que se paran en la otra punta: “a mí me importa un comino quién sea este gobierno, vamos a ir a prender fuego a la esquina”. Ambas posiciones son equivocadas, las dos son reformistas, en ambos casos tenemos que ayudar, contribuir con debates de este tipo y otros debates que nos damos en el movimiento sindical, para saber cuál es el camino más objetivo que nosotros tenemos que transitar en este momento.

El segundo aspecto que no estamos analizando, es el peso de la burguesía en nuestro país, incluso, para identificarlo mejor, el peso que tiene la clase media en este gobierno de izquierda, y en la izquierda en su conjunto, en Uruguay, es más importante, que el peso de la clase obrera en esta estructura orgánica del movimiento de izquierda. También podríamos hacer una caricatura, como lo comentamos entre nosotros lo quiero hacer público, este parece ser “un gobierno de los grados 5”, un gobierno donde están los mejores de la Cátedra de cada lugar, los mejores médicos, los mejores arquitectos, los mejores ingenieros, prácticamente ese es el canal de entrada para ocupar un cargo de gobierno o para tener un peso relativo dentro de nuestra izquierda.

Uno podría contentarse con hacer una crítica de este tipo o en todo caso autocriticarse, hacernos una autocrítica profunda y plantearnos cómo nosotros logramos recuperar espacios para el movimiento sindical, para la clase obrera y para el conjunto de las organizaciones sociales más representativas de nuestro pueblo, para tener capacidad de incidir en las estructuras políticas. Me quedo con esta segunda postura, con lo que son mandatos para mí, lo que son los deberes, lo que tenemos que hacer.

El tercer aspecto es hacia dónde va el gobierno de nuestro país. Hacia dónde la izquierda uruguaya va en su conjunto, el papel que le estábamos demandando en primera instancia tiene que ver con esta incidencia y el rol de la clase obrera y de los trabajadores; no es porque nos pongamos primero que todos, pero sigue siendo una verdad cada vez más grande aquello de que la clase obrera es la única que no tiene nada para perder y que tiene todo para ganar. Por tanto, se trata de cómo nosotros podemos analizar la realidad concreta para actuar e incidir sobre ella y transformarla, cambiarla efectivamente, uno de los desafíos que hoy está enclavado en Uruguay.

¿Cuáles son los problemas que nos hemos encontrado en esta instancia en Uruguay en su conjunto, no solamente el gobierno, sino el gobierno y los uruguayos, incluido el movimiento sindical?, ¿qué significa Uruguay en el contexto americano y en el contexto mundial? Uruguay es muy grande para nosotros, para nuestros corazonas, pero Uruguay es realmente pequeño no solamente por su tamaño geográfico, sino porque pesa muy poco económicamente. No tenemos ni producción ni economía de escala, por tanto, no tenemos las mismas posibilidades de desarrollo que tienen los demás

países de nuestra América. Esta es una realidad con la que continuamente nos estamos chocando. Es muy difícil que podamos transformar algo si no es en el marco de un concierto regional, un concierto de integración que todavía está muy verde.

Por más que hayan discursos de procesos de integración, como el Mercosur en la región o como un proyecto más grande de América integrada, como viene promoviendo mucho Venezuela, particularmente el compañero Chávez, lo cierto es que todavía los intereses particulares de cada país, a partir de las demandas de las burguesías criollas, sigue pesando más en el concierto internacional que cualquier otro proyecto de integración. Es más, diez o doce años de proyecto de integración del Mercosur han hecho muchas menos cosas que lo que ha hecho Venezuela en una semana en Uruguay, que nos ha otorgado el mayor ingreso de oxígeno para este período de tiempo, por más que acá se siga hablando de las inversiones, el único proyecto que se concretó y del que se puede hablar es del acuerdo de petróleo, el acuerdo de complementación productiva que se ha logrado con Venezuela, que debería ser ésa una de las vetas a profundizar.

Cuando afirmamos que debe ser una de las vetas, no escondemos que el proyecto bolivariano que encabeza Chávez en Venezuela, que construye su pueblo en la patria de Bolívar, todavía genera mucha discusión interna en nuestro país en la propia izquierda; hay compañeros, que no dudo en calificar que pertenecen a nuestra izquierda, que quieren construir el socialismo, que tienen sus reparos con el proyecto de Venezuela y esto es algo que nosotros tenemos que seguir discutiendo. Tan dependientes en lo económico somos que estamos demasiado condicionados al FMI, al Banco Mundial y al BID.

Finalmente, quiero plantear un tema que me tiene muy preocupado, que quisiera debatir con mayor profundidad, con más compañeros en nuestro país, no importa si están ubicados en el gobierno, en la fuerza política de izquierda o dentro del movimiento sindical, eso sí, que el debate no sea compartimentado sino que sea un debate que nos integre. Uruguay está viviendo cambios políticos profundos, eso no lo duda nadie en nuestro país, cambios políticos para los trabajadores, como por ejemplo que hoy seamos considerados ciudadanos de primera categoría y no como ciudadanos de descarte, que hoy tengamos derecho a la negociación colectiva, que tengamos Consejos de Salarios para discutir las cuestiones salariales, que se esté debatiendo una ley de libertad sindical, que no nos repriman por ser militantes o dirigentes sindicales, hay avances en materia de derechos humanos que es una herida abierta y sangrante desde hace muchas décadas en nuestro país. Esos son cambios políticos indudablemente y la sociedad lo ve. Hasta a la situación de emergencia que dejó las políticas anteriores en nuestro país que condenaron al

hambre, a la miseria, a la marginación, a la exclusión a cientos de miles de uruguayos hoy este gobierno le colocó un Ministerio y un Plan de Emergencia para atender solidariamente esa situación. Todo esto habla de avances y de cambios políticos, no lo dudo. Pero si uno se detiene a mirar la política económica de nuestro país, la gente tampoco duda, ve y percibe una continuidad en el mismo sentido que el proyecto económico anterior y ahí está la preocupación esencial que tengo sobre este proyecto. Si no logramos debatir e incidir en esa concepción económica de este gobierno político de izquierda que está dando los primeros pasos, me temo que vamos a tener muchas dificultades por delante.

ÁLVARO RICO

INTENTARÉ HACER UN RESUMEN de lo discutido hasta ahora, fundamentalmente de los aspectos más políticos de los temas tratados: la identificación y análisis de los cambios en América Latina. Los cambios en términos generales que se han procesado, y al mismo tiempo los problemas, las dificultades o las restricciones con respecto a esos cambios.

Hubo un énfasis importante en resaltar los cambios que se han producido en el desarrollo del capitalismo, fundamentalmente a partir de los años setenta y cómo ellos influyen en el desarrollo de América Latina. Sobre todo, en primer lugar, la desestructuración de muchas de las construcciones políticas, sociales y culturales edificadas en torno al desarrollo keynesiano del Estado. Se analizó la incidencia y los efectos de esta nueva realidad sobre los llamados sujetos tradicionales del cambio que están vinculados, por supuesto, también a la estructuración tradicional del mundo del trabajo y que en estos últimos años se ha desestructurado.

Un segundo cambio importante registrado en algunas de las ponencias presentadas tiene que ver con el cambio en la retórica o el discurso neoliberal. Esto se ha señalado como uno de los cambios más significativos. En todo caso porque ese discurso neoliberal no es sólo un discurso sobre la economía, sino que también es un discurso que logró, por lo menos durante casi veinte años, capturar el sentido de lo que es políticamente correcto hacer o decir en democracia, proporcionando ese mismo discurso legitimidad a las decisiones y a los actores políticos que durante estos últimos años tomaban esas decisiones.

El quiebre del discurso neoliberal tiene que ver con el rechazo mayoritario de la gente y de los electorados a los efectos perversos de la aplicación de ese modelo.

Un tercer cambio señalado –no los estoy priorizando, simplemente los estoy ordenando–, son los cambios en el sistema político

propriadamente dicho, los que se relacionan con el debilitamiento del Estado-nación dentro de un proceso de transición hacia una sociedad global. Y en segundo lugar, se relacionan, y más específicamente en América Latina, con el desmoronamiento del sistema político tradicional y del sistema de partidos en particular.

Es el caso de Venezuela: el proceso recorre desde los años cincuenta hasta la crisis de los años ochenta. Es el caso de México: donde se da la ruptura del monopolio del PRI, pero hacia la derecha, aunque igualmente esta ruptura del monopolio abre una etapa de alternancia en los gobiernos con otros partidos políticos.

En el caso uruguayo los cambios en el sistema político parecen estar más vinculados a los procesos de acumulación de fuerza de la izquierda y a la expresión electoral del año 2004 de ese proceso de acumulación.

La crisis del sistema político y de los partidos tradicionales es un argumento que está en la base de dos fenómenos vinculados a esto: la emergencia de nuevos liderazgos políticos, caso Chávez en Venezuela o la emergencia de los llamados nuevos movimientos sociales en el caso de México y Bolivia.

Otro de los cambios señalados, importante desde el punto de vista político y también vinculado al cambio anterior del sistema, es el recambio en las elites dirigentes fundamentalmente en el caso venezolano. Este dato está señalado con un marcado énfasis. La ruptura, en el caso venezolano, de los vínculos clientelísticos tradicionales con los empresarios, cambio que a su vez marca los distintos enfrentamientos que desde el año 2000 hasta la huelga petrolera más reciente han caracterizado el escenario político de ese país. El desplazamiento de las elites –afirmó uno de los panelistas–, es el dato más importante del cambio político y es lo que en cierta medida permite hablar de revolución en el proceso venezolano. Ha emergido una nueva clase política integrada por militares, sectores populares y otros sectores sociales que en el modelo anterior no tenían acceso al poder.

En el caso de Cuba también se plantea de alguna manera este recambio de las elites, sobre todo vinculado al recambio generacional en los liderazgos políticos teniendo en cuenta, entre otras razones, que el 70% de los cubanos no había nacido cuando el Asalto al Cuartel Moncada. En Uruguay también se produce un recambio de las elites dirigentes tradicionales, accediendo por primera vez un elenco político de izquierda al gobierno, luego de 170 años de gobierno de los partidos tradicionales.

No obstante puede decirse que al mismo tiempo de verificarse estos cambios, se ha insistido en el tema de las continuidades en los procesos políticos actualmente en América Latina. Si bien han existido cambios, son menos de los esperados; se hace énfasis en la continuidad de las políticas económicas neoliberales por los nuevos

gobiernos muchas veces, o en la mayoría de los casos, definidos como gobiernos de izquierda.

En Argentina, el gobierno de Kirchner se caracteriza por una crítica muy fuerte al neoliberalismo y gestos simbólicos importantes, pero los efectos prácticos, para cambiar el modelo neoliberal en la economía son escasos. En Brasil, el proyecto Lula terminó acentuando las tendencias neoliberales que tienen una implantación gradual y tardía en el país. Inclusive incorporando a este proyecto a sectores de la burguesía media y reduciendo la capacidad de movilización del movimiento obrero y popular. En Chile encontramos la continuidad del modelo neoliberal, bajo un gobierno de fuerzas progresistas, el gobierno de la concertación. En Venezuela, si bien, hay un importante cambio de la elite dirigente hay una continuidad del modelo de desarrollo basado en los excedentes generados por el petróleo.

Entonces, cómo caracterizar –otro de los temas abordados en el debate– el nuevo momento en América Latina.

Frente a este tema, hay una reivindicación en las distintas intervenciones, de la heterogeneidad de situaciones y experiencias latinoamericanas, de Cuba a Uruguay, pasando por Venezuela o Brasil u otros países.

La pregunta que se planteó en torno a este tema, es si estamos potencialmente ante cambios profundos, o ante una mera alternancia de las elites de los gobiernos de los distintos países, y la respuesta a esta pregunta, ha generado también discrepancias en función de las diferentes situaciones.

Uruguay por ejemplo, parecería estar ante una nueva situación social y política que es la negación crítica de la historia del país con 170 años de gobierno de los partidos tradicionales. Esta situación tiene una gran potencialidad transformadora. Expresado de otra manera, respondiendo a la pregunta planteada, no se trata sólo de un cambio del electorado, sino de un largo proceso de acumulación de fuerza y toma de conciencia. De allí la necesidad de seguir profundizando el programa y la democracia.

En Argentina, a partir de la crisis del año 2001 se estaría ante una crisis de hegemonía y representación política, donde el viejo sistema de partidos no puede reciclarse, donde se produce una ruptura del patrón social básico y desde el punto de vista económico, la crisis de la convertibilidad. Esta situación coincide también con la inexistencia de sectores conscientes dentro del movimiento popular, capaces de transformar la movilización ante la crisis en una nueva institucionalidad.

En lo referente a caracterizar el nuevo momento en América Latina, en diferentes ponencias –sobre todo en una de ellas, de Claudio Lozano–, se insistió mucho en el concepto de que estamos en un momento de transición. Este concepto trata de definir la nue-

va etapa política en su conjunto en América Latina, y no tanto caracterizar las gestiones concretas por los diferentes países con sus múltiples diferencias. En este proceso de transición el punto medular estaría en cómo potenciamos y generamos una nueva institucionalidad, en la medida que la vieja institucionalidad no es suficiente para un proyecto de cambios.

Otro tema de los abordados fue el tema de los movimientos sociales y los nuevos sujetos. Hubo una pregunta que de alguna manera permite ordenar las diferentes respuestas por país que se han dado: ¿los nuevos sujetos, se construyen o ya están ahí, en la realidad actual de nuestro continente?

Se afirmó por ejemplo que históricamente los grandes actores sociales y fenómenos políticos de masas en América Latina surgen como producto del desarrollo de la estructura productiva y no del pensamiento sociológico.

En Argentina, por ejemplo, el fenómeno de las capas medias y la Unión Cívica Radical estuvo vinculada a un momento del desarrollo del capitalismo argentino, como estuvo vinculado en otro momento la emergencia de la clase obrera y el fenómeno del peronismo. Como a otro momento más reciente el fenómeno de los piqueteros y el modelo económico de desarrollo neoliberal.

O el caso de Evo Morales y la economía cocalera, o el caso del Movimiento de los Sin Tierra y la economía agraria en Brasil.

Entonces ¿cuáles son los actores reales hoy día? Aquí varían las respuestas de los sujetos según los países.

Por ejemplo en el caso de Bolivia se señala que las prácticas de izquierda no pueden estar al margen de la construcción de un nuevo sujeto de cambio. La respuesta está en las nuevas prácticas de la izquierda que hay que trasladar a nuevas formas políticas y de institucionalización.

En Bolivia, particularmente, los nuevos movimientos sociales tienden a romper las viejas estructuras de poder que la propia izquierda ha reproducido a través de sus prácticas.

Por otro lado, un estudio sobre la conflictividad de CLACSO desarrollado en 19 países, demuestra el papel de los sectores sociales tradicionales, en particular en el marco de la conflictividad, el papel de los sectores de los trabajadores sindicalizados, profesores, maestros, funcionarios públicos. En el caso uruguayo parecería haber una menor incidencia de los nuevos sujetos y la insistencia en la propuesta de refundar los viejos sujetos, en particular la clase obrera sindicalizada.

Un punto interesante de los nuevos movimientos y nuevos sujetos sociales en América Latina es la afirmación de que estos nuevos movimientos tienden a reemplazar el papel que cumplían los partidos políticos en crisis.

Pero la discusión es además, si tenemos nuevos sujetos, ¿qué estrategias de poder tienen para transformar la sociedad? Y una de las intervenciones que me pareció interesante, remarcó el tema de las estrategias extra-institucionales. Porque en buena medida, esa estrategia de la calle, de la movilización, de lo popular, fue la que derribó por ejemplo a Sánchez de Lozada, a Fujimori o a De la Rúa. Aunque también es cierto que estos movimientos no han podido ir más allá, y no han logrado, después de desalojar del poder a esos ocupantes deslegitimados, cuajar en proyectos institucionales sustentables.

Junto a este tema de los movimientos sociales, nuevos sujetos, se insistió mucho en el tema de la movilización. Uno de los rasgos fundamentales a mantener en este proceso de cambios en América Latina es el tema de la participación, la movilización y la autonomía de los movimientos sociales, viejos o nuevos respecto a los gobiernos definidos como de izquierda.

En algunas de las ponencias, se resaltó la dinámica movilizadora de los sectores populares del gobierno de Chávez, la que estaría vinculada a las políticas sociales aplicadas, en la medida que para acceder a los distintos beneficios de la reforma social la gente tiene que organizarse, crear su comunidad, realizar sus asambleas, etcétera.

En contrapartida, en otros casos, los gobiernos desarrollan un proceso de cooptación de dirigentes de movimientos sociales e intentan que esas organizaciones pierdan autonomía, y se incorporen a sus estrategias de acumulación de fuerzas y no a impulsar procesos de cambios reales.

También, estuvo muy presente en algunas de las intervenciones el tema del factor militar en América Latina, y cómo este factor militar debe reincorporarse a las agendas de la izquierda.

En Venezuela en cierta medida este factor militar muestra la incapacidad del sector civil para dar respuestas a la crisis de manera positiva. Pero también muestra, y creo que resulta interesante, el quiebre de la vieja institucionalidad, que ha sido en cierto modo suplantada, al menos en algunas funciones, por el papel de las fuerzas armadas ante la incapacidad del Estado para resolver, por ejemplo, campañas de vacunación masiva, intervención en emergencia social, distribución de alimentos, etcétera.

El factor militar se vinculó a la militarización de la política. A través de fenómenos como el narcotráfico y otros, se incorpora el ejército –el caso de México es muy ilustrativo– a la política, militarizan las ciudades, se crean fuerzas multinacionales para vigilar la frontera y controlar los fenómenos migratorios. También se puso énfasis en la descripción de esta situación, en el caso de Paraguay.

Otro aspecto importante es la contraposición del reformismo-radicalismo. Entre la moderación de Lula y la radicalidad de Chávez

¿cómo avanzamos?, ¿la estrategia de radicalización dará más resultado que las políticas reformistas de los años noventa?

Hay una coincidencia, casi total, en que no hay salidas dentro de la conservación del modelo capitalista. El capitalismo con rostro humano, que fue un poco la propuesta ideológica o discursiva cuando la caída del muro de Berlín no prosperó en América Latina, y los resultados negativos en varios indicadores del proyecto neoliberal así lo ilustran.

Esto implica pensar nuevamente la dialéctica entre revolución y contrarrevolución, reforma y contrarreforma. Replantearse el camino de las reformas, en la medida que cualquier intento de reformas origina tentativas contrarrevolucionarias. Y esto implica una estrategia de reformas concretas, en la educación, en la salud, en la gestión del Estado, a plantear. Si no los movimientos de cambio no son creíbles.

De la discusión surge un conjunto de temas, cuyo análisis aportará a la elaboración de discursos alternativos, así como para formar las bases políticas y sociales de esa agenda de cambios:

Las preocupaciones por una democracia sustantiva, entendida como democracia participativa; o más en general la de democratizar todos los ámbitos de la sociedad y de la propiedad. Se resaltó que existen otras formas diferentes a la propiedad privada, como la propiedad colectiva, la propiedad comunitaria y que estas otras formas de propiedad también tienen implícitas sus formas organizativas específicas. Comités urbanos de tierra, comités indígenas, y otros. La búsqueda y promoción de formas de autogestión que permitan mantener espacios sociales por sí mismos o autosustentables.

La necesidad de cambiar la correlación de fuerzas en la sociedad. Disputar la sociedad más que el gobierno, o influir en los gobiernos desde fuera. La premisa para ello, y vuelvo a insistir, es la autonomía del movimiento social y popular, no quedar aislado pero tampoco cooptado en los parámetros del modelo.

En este contexto de militarización de la política que se señaló, la necesidad de una postura de izquierda ante los convenios antiterroristas, no avanzar más en los compromisos supranacionales que limitan las políticas propias, impulsar las políticas de desmilitarización. Se señaló también como tema concreto la defensa de los recursos naturales en los distintos países del continente.

Se jerarquizó, también, la lucha contra la impunidad, no solamente la heredada de los gobiernos dictatoriales sino la impunidad generada en el ejercicio de distintos gobiernos democráticos electos y gobernantes que han sido destituidos por corrupción.

Se marcó la necesidad de pensar lo institucional y lo legal, en la medida que se ha producido en los distintos países del continente regresiones institucionales importantes como efecto del modelo

neoliberal. Por consiguiente un proyecto alternativo debe considerar fuertemente los aspectos constitucionales y la juridicidad.

Por último, la reforma política, ante las dificultades u omisiones en el funcionamiento del Poder Judicial y los Parlamentos, en algunos países, la necesidad de aprobar leyes electorales –el caso chileno es el más significativo– que refuercen los mecanismos democráticos y representativos.

ANA ESTHER CECEÑA

PARA DEFINIR PROPUESTAS DE POLÍTICAS económicas en la agenda de los países de América Latina debemos tener en cuenta que la economía está a cargo del capital extranjero. No estamos en la situación de hace cuarenta años en que podíamos estar pensando en el capital nacional. Esto introduce una problemática que puede ser ventajosa y también complicada si ponemos restricciones al capital extranjero, ya que su influencia no se restringe al problema de la deuda o del capital financiero, sino que también concierne al capital productivo.

Lo primero que se ha planteado es poner restricciones a lo que viene de fuera. Estamos de acuerdo; hay que empezar por ahí porque no hay otra manera de retomar el control del proceso interno. Pero, eso es muy riesgoso, porque en la medida en que empezamos a poner objeciones, bloqueos, restricciones al capital extranjero en cualquiera de sus formas, quien sí va a padecer es Uruguay en el momento en que el capital se retira porque se queda sin manera de mantener los procesos productivos.

También en las sociedades tenemos otros procesos que son parte de esas economías, pero que no son reconocidos como tales. Existen procesos de aseguramiento de la reproducción material que no son considerados parte de la economía formal, por ejemplo, la economía solidaria. En el momento que empezamos a poner restricciones al capital extranjero, tenemos que tener alguna forma para sostener el funcionamiento de la economía, sin contar con ese capital extranjero, por lo menos temporalmente. Para correr el riesgo de que nos castiguen retirándose, tenemos que tener algo con qué hacerle frente. Puede ser esa parte de la economía que ya existe, la economía solidaria o subalterna, y que muchas veces desde los despachos de los economistas se tiene que inventar porque se desconoce. No tendríamos que hacer tanto esfuerzo inventarla sino por recuperarla. Pero además esto nos da otra posibilidad y es que al estar trabajando sobre estas formas económicas que han crecido al lado de la dominante, estaríamos empezando a trabajar en el terreno de la construcción de otra sociedad.

Es una economía que ha crecido en resistencia, en los márgenes y de alguna manera en contradicción con la otra. Esto puede ser un espacio al mismo tiempo económico y político, un espacio de construcción social distinto que ya existe y al que habría que vincularse y potenciar, para fortalecer una base que permita tener un margen de maniobra suficiente para imponer restricciones al otro capital.

Esto tiene un primer problema en el caso uruguayo y es que las condiciones económicas ya se establecieron con un acuerdo financiero que acaba de firmar el gobierno donde no hay margen para estas cosas, pero pensando en trabajar en el horizonte al mismo tiempo que en las prácticas inmediatas, también en la ampliación geográfica del horizonte, hay que considerar que todos los países de América Latina están en una situación parecida. En la mayoría de los casos los gobiernos no están de acuerdo en imponer estas restricciones, pero al mismo tiempo están ahogados por las normas y condiciones que acompañan esa presencia del gran capital internacional. Entonces hay condiciones para empezar a trabajar en el terreno de las alianzas, en un nuevo estilo de alianzas como las promovidas por la Alternativa Bolivariana para América Latina y El Caribe (ALBA), pero simultáneamente es insoslayable el fortalecimiento de esas otras formas de producción económicas internas.

Otro tema de la agenda es el reconocimiento de las diversas formas de lucha y de organización del movimiento sindical y político. Este reconocimiento es importante para no dejar que sean las empresas transnacionales las que se lleven todo. El saqueo que hacen de los recursos de nuestros países no solamente debe ser enfrentado por el sindicato de esa empresa, sino por aquellos que eran los propietarios de las tierras donde la empresa se asentó, por los pobladores de los territorios cercanos a los que les está contaminando el agua, por el pueblo despojado de recursos considerados como bienes nacionales y varios otros. Esto está pasando con la minería en la cordillera argentino-chilena y con las papeleras en Brasil y la frontera argentino-uruguaya, etcétera.

O sea, hay una serie de luchas que están relacionadas con una empresa transnacional, que tendrían que encontrar un espacio de articulación en aras de construir una política alternativa, y además para empezar a entender el fenómeno, la complejidad que tiene y para contrarrestar el debilitamiento que las propias empresas han promovido hacia los sindicatos, flexibilizando el trabajo, subdividiendo entre formal e informal, etcétera. Una política de gobierno, cuando éste es producto de la movilización popular, debería contemplar los intereses de la sociedad constituida en torno a disputas de este tipo por encima de los intereses de la propia empresa o de sus supuestas repercusiones benéficas sobre el erario público.

Es un punto de la agenda que es interesante no sólo para nosotros desde los lugares donde estamos, sino también para pensar en formas de organización superiores que nos permitan hacer los puentes entre las que llamamos viejas organizaciones, que pertenecen a un período anterior de acumulación, y las organizaciones nuevas que tienen que ver más con procesos de reproducción y no solamente de producción.

Otro punto importante de la agenda ligado con éste, que es un problema económico, político, social, etcétera, es el de buscar promover todo tipo de iniciativa de autogestión que permita un fortalecimiento social más allá de objetivos precisos. Un apuntalamiento social que nos permita mantener esa fuerza que llevó a ganar las elecciones, la movilización creando espacios, construyendo socialidades de manera que ésa sea la fortaleza de este proceso, que dentro de un tiempo tendrá que entrar en debates muy fuertes cuestionando entre otras cosas la política económica que no logra separarse de las líneas dominantes.

La parte que más me preocupa y más me interesa de esa agenda está relacionada no ya con la economía o con la política, sino con el contexto de la militarización que se va a expresar en diferentes aspectos. Si desagregamos lo que significa la estrategia militarista de Estados Unidos en el continente, podríamos tocar algunos ámbitos en los que podemos dar una buena pelea y sería importante.

Uno es la promoción de estos convenios antiterroristas, no sé cómo es el caso de Uruguay, creo que no tienen ley antiterrorista todavía, pero seguramente han firmado varios de los convenios parciales porque casi todos los países los han firmado, pero hay que dar una pelea fuerte para no avanzar más en estos compromisos, porque esos compromisos entre otras cosas son supranacionales. Entonces, cualquier acuerdo supranacional lo que hace es limitar la posibilidad de tener políticas propias, políticas nacionales en cualquier terreno. Tener convenios supranacionales es algo muy arriesgado, pero en el caso de la política militarista y antiterrorista, es mucho peor. Este sería un punto que habría que priorizar en la agenda para poder detenerlos, y revertirlos en el caso que se pueda.

La fuerza de seguridad hemisférica que se está impulsando es la unión de todos los ejércitos del continente, con un propósito común que es el de defender los intereses supuestamente comunes que están fijados por la estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos. Esta fuerza de seguridad hemisférica todavía no se termina de concretar, porque entre otras cosas hay muchos ejércitos que tienen miedo de perder su propio espacio de poder. Habría que negarse a participar en una fuerza de este tipo que compromete la soberanía y las seguridades internas de todo el continente.

El otro punto es incorporar a la agenda iniciativas de desmilitarización y no permitir que se instalen bases militares, de cualquier tipo que sean. Hay por lo menos tres tipos: la base militar completa con todo el funcionamiento operativo *in situ*; otra es la base militar en la que se pone la infraestructura, con dos o tres operadores y sólo se usa en caso de necesidad; y la otra es simplemente una pista de aterrizaje en la que se tiene permiso de actuar. Cualquiera de estas tres es un problema serio para la región porque en general todas están dentro de un diseño que funciona articuladamente. Entonces

aunque haya simplemente una pista de aterrizaje combinada con la posición en Paraguay, su importancia estratégica debe ser medida en el contexto continental.

Para Estados Unidos es importante involucrar a los ejércitos de los otros países en su estrategia, y una manera de lograrlo es a través de su participación en los Cuerpos de Paz. En Haití tenemos hoy el mejor ejemplo de lo que significa la ocupación de un país de Latinoamérica por ejércitos latinoamericanos. Uruguay es el país de América Latina que más efectivos tiene en misiones de este tipo, y habría que cuestionar su participación en los Cuerpos de Paz que están vinculados a toda la estrategia militarista y que en realidad son cuerpos de ocupación.

Finalmente un último punto tiene que ver con los recursos naturales como el agua. Uruguay es uno de los cuatro países que se encuentran sobre el Acuífero Guaraní y el Banco Mundial está promoviendo una legislación nueva, inédita, transfronteriza que tiende a invalidar las legislaciones nacionales, generalmente proteccionistas, que consideran a estos recursos como bienes estratégicos. La legislación que se propone el Banco Mundial es supranacional y con ello adquiere un carácter de ley superior que por un lado limita las posibilidades de generar políticas nacionales en su ámbito, pero que además, para ser reformado, requiere el acuerdo de todas las partes. Este tipo de legislaciones pone la gestión de recursos naturales esenciales, en el caso de ser transfronterizos, en manos de las grandes transnacionales. Los pueblos implicados y sus gobiernos pierden la soberanía sobre los recursos. Esto ocurre, como en el caso de Chile y Argentina, con el tratado minero.

ENZO DEL BÚFALO

HAY QUE RECORDAR QUE TRABAJAR en la construcción de una sociedad nueva, que implica la superación del capitalismo, y trabajar para gerenciar una sociedad dentro del sistema capitalista mundial, que pueda ofrecer mejores condiciones de vida para sus habitantes, son objetivos distintos. Por otra parte, es obvio que ninguno de los gobiernos presentes en la región puede poner en marcha un proceso que ponga en peligro el status quo interno y externo debido a la composición social que los sustentan. Por lo tanto, si hacen una política efectiva será una política para mejorar simplemente las condiciones de vida de sus habitantes y si por añadidura hacen algo para incrementar los movimientos sociales que puedan llevar a otro tipo de sociedad tanto mejor. Pero no creo que este propósito esté ni en la intención de estos gobiernos ni en sus posibilidades. Aclarado este punto, cabe entonces la pregunta: ¿cuál sería una política al-

ternativa para un gobierno que se defina progresista, como por ejemplo el gobierno de Chávez?

En relación con la deuda externa, pese a que ya no es posible plantear el problema en términos de condonaciones porque hay una cantidad de ancianos que son tenedores de esa deuda y sería sumamente inhumano negarles sus derechos, sus pensiones, etcétera —ésta ha sido una brillante estrategia de los neoliberales al mismo tiempo que ha sido una estupidez de la otra parte— hay, sin embargo, otra manera que, sin lesionar los intereses de los ancianos, se puede plantear aunque políticamente es más difícil, y es vincular el problema de la deuda a la reforma del sistema monetario internacional. El problema es que no existe moneda internacional y esto depende obviamente de relaciones de poder, nunca va a cambiar hasta que esas relaciones de poder cambien. No veo factible que Estados Unidos quiera ceder su privilegio de la maquineta bajo ningún contexto. Sin embargo, cada vez que hay una crisis financiera internacional se vuelve a plantear en los círculos financieros adecuados el problema de la reforma monetaria. Llama la atención que, incluso aunque sea sólo como bandera política, ningún gobierno progresista jamás levante esa bandera. Sería muy fácil técnicamente, políticamente estamos en el borde de lo posible, no es imposible, pero es muy difícil.

La reforma del sistema monetario internacional abriría la posibilidad de resolver el problema de la deuda externa, porque dentro de una reforma global y partiendo del principio de que el dinero moderno es deuda, se podría monetarizar parcialmente la vieja deuda previamente acumulada y establecer mecanismos para evitar o reducir los desequilibrios sistemáticos en la balanza de pago, mediante unos mecanismos, que se pueden discutir técnicamente, pero que son viables. El problema fundamental de este tema es obviamente político; no creo que lo que estoy diciendo aquí ni siquiera se pueda plantear en estos momentos en los foros internacionales. Pero es un indicador de cómo enfrentar las relaciones de poder internacionales desde una óptica distinta a la tradicional. Esto requiere de un trabajo político previo que podría ayudar a construir un poder alternativo de resistencia efectiva a la actual globalización y a favor de una globalización distinta. Incluso como bandera política, aunque se tenga que hacer por muchos años, es un problema interesante políticamente, que podría hacer el milagro, que en alguna coyuntura de éstas, de otra crisis financiera, con el apoyo de otras zonas del mundo se pueda dar. De tal manera que asociar la deuda externa a la reforma del sistema monetario internacional me parece que debería ser un elemento clave en la estrategia de los países latinoamericanos.

Regresando al problema de Venezuela. Una estrategia alternativa tiene que apuntar al objetivo de cambiar el modelo rentista petrolero, usando la industria petrolera para un proceso de indus-

trialización difuso, mediante empresas que dependen directa e indirectamente de la industria petrolera, en lugar de usarla para propósitos distributivos como está haciendo actualmente. El modelo rentista petrolero ha puesto en manos del Estado, las áreas de más alta rentabilidad nacional e internacional; en esas áreas cualquier empresa que trabaje nacionalmente trabaja con los mismos niveles de rentabilidad internacional y, por lo tanto, no hay problemas de protección. El problema es que esa alta rentabilidad, por razones técnicas y otras que no son técnicas, ha hecho que simplemente el excedente que genera ese sector se transfiera a través del Estado al resto de la sociedad y –en la medida en que la crisis de funcionamiento del Estado se ha hecho más grave–, ha puesto a la mayor parte de la sociedad de espaldas a los procesos productivos. Hay una gran masa de la población venezolana que ahora está en depósitos, en almacenes sociales que son los ranchos venezolanos, una especie de depósitos de cuerpos donde vegetando hasta que puedan ser utilizados por alguien, y lo que hay que hacer justamente es integrarlos directamente a los procesos productivos. Eso significa, por lo tanto, el desarrollo de una política agrícola-industrial bien diseñada, y acompañada de un adecuado desarrollo de las formas de propiedad.

Existen distintos niveles y formas de propiedad que se pueden desarrollar. Hay un tipo de forma de propiedad que –por razones obvias– sigue siendo la misma propiedad capitalista de siempre, que no se puede tocar o que se puede simplemente moderar, condicionar, etcétera, que puede ser tanto de capital nacional o internacional; hay desarrollo de pequeñas y medianas empresas también con formas de propiedad tradicionales, etcétera. Pero hay otras formas de propiedades alternativas que permiten sobre todo integrar a las poblaciones de más bajos recursos a sectores de producción de mediana o alta productividad. Sobre nuevas formas de organización, hay experiencias en el mundo que se pueden retomar y modificar. Lo más importante es que sean formas de control de la producción que permitan la participación colectiva mediante mecanismos cada vez menos verticales y rígidos. Con una estrategia de distintos tipos de propiedad, usando la industria petrolera que está en manos del Estado para un programa sistemático de integración de pequeñas y medianas industrias en distintos niveles de vinculación con la industria petrolera, que son todas de alta productividad, se puede generar la integración masiva de una gran parte de esa población que en este momento está en ese sector de marginalidad total. Esto implica revertir la forma actual de la dependencia del petróleo, esto es, la verdadera nacionalización del petróleo no ha sido la estatización del petróleo que se hizo en 1975, tampoco es esto que hace ahora Chávez, que incluso lo usa para ayudar a los hermanos latinoamericanos. La verdadera nacionalización es el acceso directo o semi-directo a la generación del ingreso petrolero de la población y no sim-

plemente participar en la distribución de la renta. Por último, la política macroeconómica no tiene por qué ser la de los neoliberales ni la de las demás escuelas que son las que se conocen comúnmente. Existen otros enfoques de política económica que son radicalmente anti-neoclásicos, por tanto están radicalmente en contra de la creencia de que el mercado es un coordinador óptimo de la economía. La política macroeconómica de ese tipo puede ser un complemento fundamental, sobre todo cuando se utiliza la distribución del ingreso como un instrumento de crecimiento. Eso sí es diametralmente opuesto a la tesis neoliberal de crecer primero para luego distribuir, se propone distribuir primero para crecer más rápido que no es lo mismo que simplemente distribuir por razones políticas. Se puede demostrar cómo la distribución del ingreso, vinculada a una política macroeconómica correspondiente, puede permitir el crecimiento sostenido. De manera que tenemos política macroeconómica, política microeconómica, formas de propiedad, complementado con la reforma administrativa institucional que en Venezuela –por razones particulares– es de urgencia inmediata, todo eso da las líneas reales de una política alternativa.

LUIS SUÁREZ SALAZAR

PARA PENSAR UN PROYECTO ALTERNATIVO respecto a la economía, al final tenemos que terminar discutiendo las alternativas políticas y cuáles son los sujetos socio-políticos que van a llevar adelante esos proyectos. Dentro de esta perspectiva está la discusión en torno a la dinámica o dialéctica reforma-revolución, que siempre va acompañada por la contrarreforma y la contrarrevolución. Incluso la revolución cubana, que sin duda ha sido la revolución más radical en los últimos cincuenta años de la historia de América Latina, tuvo que abordar un camino de reformas. O sea, suponer que el asalto al Palacio de Invierno –como se decía antes– implicaba que al otro día ya estabas haciendo revolución, por lo menos en mi lectura de la historia, nunca fue así.

Dos reformas fueron fundamentales para la revolución cubana: la urbana y la agraria. Fueron los detonantes para la organización del bloque social, para que lo que comenzó con el derrocamiento de una dictadura por la vía armada, tomara la senda de una revolución y no se quedara en un simple cambio de grupos de poder o políticos dentro de las reglas institucionales de la democracia liberal burguesa; pese a que algunos actores sociales opinaban qué era lo que se debía hacer, tal como había pasado en Venezuela en 1958.

En ese camino, la revolución cubana llegó al momento del “despegue”, al momento en que tenía que tomar una decisión: retroceder o avanzar, profundizar el camino de las reformas que se habían ido

adoptando y, por tanto, radicalizar el proceso revolucionario o comenzar a hacerle concesiones a las fuerzas internas y externas –recalco lo de externas– opuestas al proyecto revolucionario.

La revolución cubana no tardó mucho en enfrentarse a esa disyuntiva. Triunfó el 1° de enero de 1959 y, en mayo del mismo año, ya estaba planteada. Tampoco había mucha “pista” para “carretear”. Aunque cada circunstancia histórica es diferente, dentro de la experiencia revolucionaria cubana estaba claro que, para que el derrocamiento de la dictadura de Batista y las reformas emprendidas transitaran hacia una verdadera revolución, necesariamente había que cambiar el carácter social y de clases del Estado y de las instituciones político-jurídicas.

En Cuba no era posible pensar que la burguesía nacional, con las reglas de dominio del Estado y con su alianza y subordinación histórica con el imperialismo norteamericano, pudiera ir más allá. Y ya la primera reforma agraria (no la segunda), igual que lo que le pasó a Jacobo Arbenz en Guatemala, fue el detonante para que Estados Unidos empezara a lanzar su política contrarrevolucionaria. Esto está documentado. Ya se sabe, por ejemplo, que después que Fidel Castro habló con el entonces vicepresidente Richard Nixon, éste le dijo al presidente Eisenhower (que había sido reelecto en 1956): “a este tipo hay que tumbarlo, esto no tiene remedio, no hay otra opción, no se va a poder negociar con estos muchachos jóvenes” (en aquel entonces Fidel tenía 33 años). A partir de ahí se desencadenó esa confrontación reforma-revolución-contrarreforma-contrarrevolución y se fueron creando las correlaciones de fuerzas internas e internacionales (y recalco el tema internacional otra vez), que le permitieron a la revolución cubana avanzar –a mayores o menores pasos– y profundizarse constantemente, así como derrotar las respuestas contrarrevolucionarias que sucesivamente se fueron presentando, desde Playa Girón y las bandas contrarrevolucionarias hasta la famosa crisis de octubre de 1962.

Y –dando un salto grande en la historia– cuando pasaron los grandes cataclismos de la década del noventa del siglo XX a la revolución cubana, en otro momento histórico, se le volvió a plantear una disyuntiva parecida: ¿qué podía hacer la revolución cubana luego de la desaparición del campo socialista, con todo el impacto subjetivo que tuvo y todavía tiene sobre el referente de los cambios? Ese fue el dilema de los noventa. En los eventos académicos que organizamos en La Habana en el año 1991 asistieron intelectuales que le dijeron al gobierno cubano: “no tienes otra alternativa que jugar con las reglas de juego de la globalización y del capitalismo transnacionalizado. ¿Qué va a hacer Cuba sola? ¿Con qué fuerza? ¡Perdieron! Triunfó el capitalismo, la guerra fría la ganaron los norteamericanos”. Incluso, esa era la lógica de un sector de la “izquierda” intelectual en América Latina. Al respecto, hay un libro célebre

de Jorge G. Castañeda, titulado *La Utopía Desarmada* que –en la crítica que le realicé– lo re-titulé *La Utopía Desalmada*.

Por suerte la respuesta cubana fue otra. Me refiero a la respuesta que dio no sólo el Estado, sino el pueblo en general, porque sin ese heroísmo cotidiano del pueblo cubano, nada hubiese sido posible, por muchos discursos que hubiese hecho Fidel Castro. La gente se comprometió con la idea de que había que mantener la revolución y defender sus conquistas, que había que trastocar la lógica de los que estaban planteando el supuesto fin de la historia. Y eso tenía un alto costo; tanto que las consecuencias que tuvimos que pagar en Cuba por mantener la opción socialista fueron y todavía son enormes. A tal grado que una de las cosas que está haciendo el gobierno cubano desde hace un año y medio es tratar de resolver muchas de las secuelas de lo que llamé “la reforma superheterodoxa” que se emprendió en los años noventa. Esos costos hacen que permanentemente se vuelva a la disyuntiva acerca de cuál es la estrategia, cuál es el proyecto nacional y social que debe seguirse construyendo en Cuba.

Si se pretende mantener un proyecto que subvierta la lógica de los grupos internos y externos dominantes (en el caso de Cuba, estos grupos son predominantemente externos, porque compartimos con México la condición de estar demasiado cerca de Estados Unidos y muy lejos de Dios), tiene que hacerse un trastrocamiento constante de la lógica que plantea el capital y el gobierno de Estados Unidos: ese vecino poderoso que tenemos ahí a 90 millas de nuestras costas. No hay otra forma de seguir siendo revolución. Hay que pagar un costo, más o menos grande, en el ámbito social, político, ideológico y hay muchos problemas que resolver, incluidas las diversas contradicciones que afectan la transición socialista cubana.

En esa perspectiva, el tema del carácter de clase del Estado sigue siendo un tema central. ¿Para qué se usa el excedente económico que hay en un momento determinado o el subsidio externo que se recibe (como en el caso cubano con la ayuda soviética)? Hay una manera de usar los subsidios y los excedentes que es robárselos. Otra manera es usarlos en función de programas sociales, económicos, de desarrollo, de inversión productiva; pero esto sólo es posible si se trastoca la lógica del capitalismo dependiente. Esa es la experiencia cubana. Cuba tiene, por ejemplo, muchos descubrimientos en materia de biotecnología que ha venido acumulando a lo largo de los años. Una opción para Cuba hubiese sido vender todas esas patentes a las transnacionales y no dejarlas como un componente para la acumulación interna. Y había –y hay– quienes todavía impulsan esa lógica. Según éstos Cuba tenía la tecnología, los conocimientos, pero no los iba a poder colocar en el mercado internacional si no negociaba con las transnacionales. El gobierno cubano dijo que esa no era su opción. Su opción fue colocar esos conocimientos en fun-

ción de un proyecto tercermundista, latinoamericano, aunque le dejara menos dinero. Esa fue y es una apuesta que también, por supuesto, tiene un impacto interno en todos los órdenes; ya que la revolución cubana no puede enfrentar la agresión imperialistas sola, tiene que buscar alianzas y trabajar en aquellos proyectos de integración latinoamericana diferentes a los proyectos guiados por la lógica del neoliberalismo.

En otro orden de cosas, para mí lo central es definir ¿en qué momento estamos en América Latina? ¿Podemos llamarlo “el cierre del ciclo posdictatorial”? ¿Hasta dónde ya estamos viviendo el agotamiento del ciclo neoliberal? Con independencia de esas definiciones, la realidad es que hay una emergencia de fuerzas nuevas en todas partes, fuerzas que hay que identificar y organizar. Y eso requiere nuevos proyectos, nuevos programas, nuevas tácticas y nuevas alianzas en función del proyecto estratégico que queremos desarrollar; ya que una línea pudiera ser aliarse con ciertos sectores de las clases dominantes y sus representantes políticos buscando respetabilidad y gobernabilidad. Pero, en ciertas circunstancias históricas, a veces es preferible mantenerse en la oposición dando pelea a favor de los intereses populares en vez de buscar alianzas espurias, que al final comprometan no sólo el proyecto inmediato sino el futuro.

Al mismo tiempo, no sólo tenemos que mirar la situación interna sino que tenemos que mirar hacia la política global de Estados Unidos respecto a América Latina y el Caribe. No se puede, en nombre del peligro de enfrentamiento con los Estados Unidos, perdonar a los gobiernos cualquier cosa que hagan. No hay alternativa, ni política de izquierda si no tiene un contenido antiimperialista.

Por otro lado, es necesario pensar y encontrarle soluciones prácticas a las relaciones entre los movimientos políticos y los movimientos sociales portadores de reivindicaciones particulares, ya sean nacionales o regionales. La experiencia de Bolivia, de Ecuador y la propia experiencia del PT (partido que surgió del sindicalismo hasta transformarse en un partido político nacional) nos lleva a pensar que el programa alternativo se tiene que pensar con nuevos códigos. Esto es, no suponer como antes, que el movimiento social es la puela de transmisión para la política de arriba hacia abajo, sino reconocer toda la complejidad que existe en las relaciones entre los movimientos sociales y los movimientos y organizaciones políticas; pero desde la comprensión de estos nuevos movimientos sociales enriquecen los horizontes sociales y programáticos del proyecto alternativo.

Por tanto –como afirmé anteriormente– discutir alternativas en el terreno económico supone plantearnos el asunto desde la política. De manera que esta relación política y economía hay que pensarla. Y no con los viejos códigos de un marxismo mal aprendido, donde todo se explicaba desde “la economía”, sino reconociendo las múltiples correlaciones existentes entre la política, la ideología,

la institucionalidad, las leyes, esferas que tienen un papel dinámico en la transformación de la realidad y una autonomía relativa respecto a “la economía”, aunque este esté –como dijo Engels– en la última instancia explicativa de la dinámica de la sociedad.

En ese orden, el neoliberalismo, si bien podemos estudiar todas sus expresiones en “la economía”, fue un proyecto de transformación de la sociedad, del Estado, de las leyes; de manera tal que un proyecto alternativo a la “globalización neoliberal” también tiene que colocarse en la discusión de las regresiones constitucionales y legislativas que se han dado en los últimos años, precisamente para abrirle las puertas al capitalismo “neoliberal”, tales como la modificación de la legislación laboral, al libre movimiento de los capitales, a las dirigidas a convertir derechos sociales adquiridos en largas luchas, en políticas “focalizadas” para enfrentar “la pobreza”.

Hay toda una reflexión que hacer en ese orden en cada país; ya que el proyecto alternativo también tiene que revisar el tema constitucional y jurídico y de hecho así ha pasado en la práctica. En Cuba hubo que terminar haciendo una nueva Constitución –la que llamamos la Constitución socialista–; en Venezuela la revolución bolivariana arrancó con la elaboración y la aprobación mediante un plebiscito de un proyecto constitucional diferente a la Constitución heredada del “puntofijismo” y, en Bolivia, la convocatoria de una Asamblea Constituyente y la redacción de una nueva Constitución es una reivindicación del movimiento popular.

Por otra parte, el proyecto de integración subordinada de América Latina y el Caribe a las necesidades geoestratégicas de Estados Unidos también se está desarrollando a través de diversos acuerdos y pactos aprobados por el sistema interamericano. Muchos de esos acuerdos vinculantes (esto es que tienen que incorporarse a las legislaciones internas de los Estados signatarios) se están dando a través de OEA. Asunto que coloca el tema de la soberanía en su naturaleza esencialmente política. Aun cuando algunos de esos acuerdos –como el ALCA– cuestionen “la soberanía económica” y pasen por instrumentos económicos, apuntan a un problema central: a la autodeterminación.

Por supuesto hay que volver a esa discusión porque el Estado latinoamericano trató de construir su soberanía e incluso su autodeterminación a costa de la opresión o marginación de los pueblos originarios que tuvieron que subordinarse a la voluntad de un Estado-nación edificado sobre la exclusión y la opresión de las naciones originarias. De ahí que un reclamo de los pueblos originarios sea su autonomía y su autodeterminación. Por ello cuando nos referimos a los pueblos, no sólo nos referimos a los blancos o mestizos que controlan la vida económica, cultural y política de la mayor parte de los países latinoamericanos, sino también a los afrodescendientes y a las

comunidades originarias. Este es un tema que cualquier proyecto alternativo tiene que levantar, según sus características específicas.

Las violaciones que se están dando de la soberanía no pasan sólo por un eje económico, sino también pasan por un eje político-militar, por acuerdos militares y policiales que, en la lógica norteamericana, tienen que ir acompañados de una nueva impunidad para sus funcionarios, oficiales y soldados. En este sentido la lucha contra la impunidad es otro tema que tiene que recuperar la agenda popular y el proyecto alternativo. No sólo la impunidad de los crímenes que cometieron las dictaduras militares, sino la lucha contra la impunidad cotidiana, contra la impunidad de los autores intelectuales y materiales de las represiones emprendidas contra el movimiento popular porque muchas de las democracias del “ciclo posdictatorial” que se está cerrando fueron democracias-represivas más que “democracias representativas”. Los compañeros bolivianos todavía están reclamando que se juzgue a Sánchez de Lozada, los peruanos quieren juzgar a Fujimori luego de su salida de su asilo en Japón y seguramente podemos encontrar otros ejemplos en América Latina de nuevas y flagrantes violaciones a los derechos humanos y al derecho humanitario, como ocurre en Colombia.

Esa impunidad se vincula al tema de la criminalización de la protesta social. A ese mismo Estado que los neoliberales reclaman minimizar en su función económica, nadie le quiere quitar el monopolio de la fuerza. Al revés le quieren seguir dando nuevos atributos para que sea capaz de reprimir y ejecutar las tareas de control social y cuando ese Estado falle se “autorice” el uso de mecanismos multinacionales y de “intervenciones democráticas” y “humanitarias” que están tratando de legitimar con la fórmula los llamados “Estados fracasados”. Esa noción está incorporada a la agenda de seguridad nacional de Estados Unidos y en nombre de ella se han ejecutado intervenciones militares en América Latina, como ocurrió en Haití. Pero además esas intervenciones ya han entrado en la agenda de la ONU como parte del proyecto que está impulsando Kofi Annan y su grupo de expertos para discutirlo en la Asamblea General de la ONU.

En ese orden, el proyecto popular tiene que levantar una nueva agenda de defensa y de seguridad que no esté subordinada a la lógica de los Estados Unidos y, en especial, a lo que ahora llaman la lucha contra el “narcotráfico”, el “terrorismo” o “el narcoterrorismo”. Como bien saben los compañeros bolivianos, colombianos y mexicanos, todo ese enfoque se dirige a legitimar la represión contra todas las sectores sociales y contra las organizaciones políticas o político-militares que defienden los intereses populares, como son los casos de las FARC y el ELN de Colombia y del EZLN en México.

Todo eso se articuló con los acuerdos militares que se han estado firmando entre Estados Unidos y diversos gobiernos latinoamericanos, con los ejercicios militares que se siguen desarrollando

en toda América Latina y el Caribe, así como con las nuevas bases militares norteamericanas que se han instalado en la región. El rechazo a todas esas acciones también tiene que estar incorporado a la agenda popular, al igual que la necesidad de elaborar una nueva agenda que desmilitarice la seguridad ciudadana y que recoleque en la agenda del desarrollo “la seguridad humana”, “la seguridad comunitaria”, la “seguridad ambiental”; en fin diversos temas de lo que ahora se llama “la seguridad multidimensional” que han venido impulsando diversos gobiernos de América Latina y el Caribe.

Por último creo que hay que volver a plantear el tema de la reforma política. ¿Los que impulsamos un proyecto alternativo estamos conformes con la forma como funcionan nuestros poderes judiciales? En la mayoría de los países de América Latina la corrupción del Poder Judicial es un problema escandaloso. Ese es un tema que hay que levantar, que tiene que ver con las viejas y las nuevas impunidades, con la corrupción. Con un Poder Judicial que funciona en una lógica de la represión y el control social de la población y en particular de los sectores populares.

¿Estamos conformes con la forma como funcionan los Parlamentos en América Latina? No tendremos acaso que impulsar una reforma política que por lo menos garantice que los representantes elegidos puedan ser revocables si no cumplen con los mandatos y con los compromisos que asumieron con la ciudadanía, así como que tengan que rendirles cuentas a la gente que los eligió. También hay que impulsar y hacer reformas políticas que abran paso a los derechos de las minorías; reformas políticas que limiten el peso del presidencialismo y del autoritarismo presidencial de cualquier signo. También hay una agenda en ese orden que tiene que ver con el cambio de la institucionalidad del Estado que trasciende el área de la economía y que tiene que ver con todo el funcionamiento de la sociedad.

Otro espectro de temas que tendría que abordar el proyecto alternativo tiene que ver con la esfera cultural, con la defensa de la identidad, con el rechazo o la reversión de todos los procesos de privatización de la educación, de los medios de comunicación masiva, de la televisión y la radio. También hay que luchar por detener la desnacionalización, privatización y desnaturalización de las industrias culturales que se ha venido produciendo en los últimos años.

En fin, hay una agenda grande para el movimiento popular y para esa confluencia de fuerzas que habría que organizar para que el proyecto de futuro no sólo sea “antineoliberal” sino que su proyección sea anticapitalista –si le debemos o no llamar “socialista, es otra discusión–; pero que, en todo caso, apunte a los ideales de justicia, libertad e igualdad que levantaron los fundadores del socialismo histórico y sus más consecuentes seguidores.

ABRAHAM L. GAK

LA UNIVERSIDAD PÚBLICA tiene asignaturas pendientes, dado que su tarea es la formación de profesionales, la investigación, la creación de conocimientos, también tiene una tarea indelegable de extensión, de vinculación de la Universidad con la sociedad y en momentos tan difíciles, en que el pensamiento único está instalado en la sociedad, no sólo en el mundo de la economía sino en la mente de la gente, una tarea fundamental de la Universidad es demoler esa intromisión foránea en el pensamiento latinoamericano y elaborar una nueva forma de mirar. Cuando empezamos a trabajar en el Plan Fénix –proyecto estratégico de la Universidad de Buenos Aires que ya lleva cinco años– entendimos que no se agota en el diagnóstico y en la crítica, que eso tiene importancia en la medida en que también elaboremos propuestas de superación. Transmitiré en sus aspectos más generales, la situación en la que se encuentra Argentina, que significa una ruptura clara en el mundo académico con aquellos intelectuales, economistas, sociólogos, politólogos que fueron los mentores intelectuales de la instalación de ese pensamiento foráneo.

Entre las ideas fundacionales de nuestro grupo existen cuatro temas que consideramos esenciales. Uno es el referido al desarrollo y la equidad, el segundo se refiere a la educación y el rol que le asignamos en un proceso de transformación, el tercero tiene que ver con las relaciones difíciles de cada país en un mundo globalizado y el cuarto se refiere a si podemos llevar a delante una política independiente, soberana, si tenemos con qué, qué recursos tiene el país para enfrentar una posición de esta naturaleza.

En la primera cuestión, referida a la equidad y el desarrollo, el objetivo del desarrollo es el bienestar. No nos interesa ver los números del crecimiento económico si éste no se distribuye equitativamente entre quienes elaboran los frutos de ese crecimiento. La equidad no es sólo un objetivo del desarrollo, es el requisito del desarrollo. Es una condición necesaria para la cohesión social, para la integración de sus miembros, y esto se funda esencialmente sobre la participación en los frutos del crecimiento. Si la sociedad distribuye mal la riqueza disponible, se fractura la cohesión social. El análisis comparado internacional revela que la equidad es una condición fundamental de la fortaleza de las instituciones; las sociedades institucionalmente sólidas, con sistemas políticos capaces de procesar conflictos, son sociedades esencialmente cohesionadas. Esa cohesión social promueve la aparición de liderazgos capaces y con vocación de acumular poder en el propio espacio, abriendo oportunidades para el conjunto de la sociedad y no simplemente de acumular poder como comisionistas de intereses transnacionales. No es casual que las sociedades más extranjerizadas y dependientes del mundo sean aquellas en las que hay profundas fracturas sociales, en

las cuales los grupos dirigentes se asocian más con el afuera que con el adentro. La cohesión social es también fundamental en la creación del pensamiento crítico. Una sociedad en la que sus miembros se sientan partícipes del destino común, tiende a ver al mundo desde sus propias perspectivas. Las sociedades sin cohesión tienden a incorporar, sobre todo en el pensamiento de sus grupos dirigentes, visiones exógenas. De tal manera que la equidad termina siendo fundamental para la cohesión, y la cohesión para el desarrollo.

El segundo campo de ideas fundacionales se refiere a la educación. No es posible una política educativa eficaz sin una política de desarrollo y de movilización del potencial disponible en la sociedad. Sin una política de desarrollo no hay financiamiento para la educación ni para otras cuestiones fundamentales, ni tampoco hay demanda de los recursos humanos que se forman en el sistema educativo. Hoy los principales desafíos que tenemos son, justamente, incorporar a la educación a todos los jóvenes de la sociedad y lograr incrementar la presencia de los sectores más empobrecidos en los estudios superiores. Si seguimos dejando que las elites envíen a sus hijos a las Universidades, lo que vamos a lograr es estratificar, congelar esta situación. Por eso, la reforma educativa y la exigencia de que el aporte de bienes públicos (me refiero especialmente a educación y salud que son esenciales) sea suficiente. No podemos aceptar que tras objetivos de otra naturaleza se reduzcan los presupuestos destinados a tal efecto. Esto es esencial para el futuro. En educación los resultados se ven diez o quince años después de la aplicación de medidas, lo que no hagamos hoy lo vamos a sufrir dentro de diez o quince años. Es obvio que no sólo exportamos capital, sino también talento, y por tanto una política transformadora que expanda la demanda es tan esencial como la política educativa de oferta de recursos humanos calificados. La política educativa se articula estrechamente con la estructura productiva. Concebimos entonces la necesidad esencial de mejorar el financiamiento, fortalecer el sistema científico y tecnológico y elevarlo a niveles culturales y educativos de la sociedad como parte esencial de una política global de transformación y crecimiento.

El tercer campo de ideas fundacionales se refiere a la globalización. Es necesario comprender a la globalización como un sistema de redes comerciales, financieras, tecnológicas, de corrientes de fondos, que refleja en gran medida el impacto de la revolución científica y tecnológica sobre las relaciones humanas, los procesos productivos y las relaciones internacionales. Al mismo tiempo es un sistema de poder, y así ha sido desde que comenzó la globalización a fines del siglo XV, con el descubrimiento del Nuevo Mundo y la llegada de los portugueses a Oriente. Es la formulación de un sistema realmente planetario que abarca al conjunto de los continentes. Desde entonces el sistema global siempre fue administrado y gestionado

por quienes ejercían el poder en cada momento. Ahora –claramente– las organizaciones reguladoras del sistema internacional (OMC, FMI, el régimen de patentes, la propiedad intelectual, etcétera) están hechas a la medida de los centros, por mencionar sólo un ejemplo.

El orden mundial plantea un conjunto de desafíos y oportunidades, y a eso hay que contestar con respuestas de calidad adecuada. Esas respuestas se construyen en primer lugar en el espacio interno dado por las condiciones que cada sociedad genera respecto de la calidad de sus liderazgos, si éstos acumulan poder como comisionistas de intereses transnacionales o por lo contrario, integran las cadenas de valor maximizando la participación de la mano de obra, el talento, la ciencia, reteniendo la capacidad de acumulación e integrándose al mundo, insisto, de una manera simétrica y no subordinada.

Observamos la debacle del régimen de convertibilidad y de la estrategia neoliberal; advertimos que las respuestas que se dieron a la globalización fueron realmente las peores imaginables, en vez de mantener la situación macroeconómica en orden y regular los capitales especulativos para que entraran solamente fondos que fueran consistentes con el desarrollo, se hizo una política indiscriminada de apertura financiera, al mismo tiempo que se generaban enormes desequilibrios en el presupuesto, en el balance de pagos y terminamos endeudados hasta la insolvencia y con una crisis socioeconómica de enorme magnitud.

Otro fenómeno importante de la globalización es el de las corporaciones transnacionales y la expansión de sus filiales. En vez de incorporar esas filiales al tejido productivo, en el marco de políticas de transformación, nos abrimos indiscriminadamente y terminamos siendo hoy probablemente el país más extranjerizado del mundo. No hay ninguna economía de alguna importancia en la cual suceda, como en la Argentina actual, que la mayor parte de las grandes empresas, la industria, las redes comerciales, la infraestructura, esté operada por filiales de empresas extranjeras. ¿Esto generó más inversión, más desarrollo, más bienestar para el conjunto de la población? En absoluto. Fue un elemento que desarticuló el elemento productivo y las cadenas de valor, y fue producto de las pésimas políticas y respuestas que se dieron al tema de la inversión extranjera. Toda la evolución de la economía estaba ligada con el movimiento de fondos internacionales, renunciamos a los instrumentos de dirección y comando que hoy son más esenciales que nunca. En materia de ciencia, conocimiento y tecnología el proceso de desincronización ha desmantelado núcleos de investigación y desarrollo en las empresas y en el Estado, se han fracturado las cadenas de valor. De modo que las respuestas a la globalización son lo que determina la posibilidad del desarrollo y nosotros, por falta de condiciones necesarias en nuestro desarrollo nacional y de capacidad de formular un

buen gobierno, dimos malas respuestas y estamos pagando el precio de ello.

El cuarto campo de ideas con las que nos movemos se refiere al potencial de recursos del país. Argentina es el octavo país del mundo por su dimensión territorial, con una excepcional dotación de recursos en cualquier aspecto que se quiera señalar, tiene las tierras fértiles de la pampa, bosques, minas, mares, y también la belleza del país, claramente tiene capacidad de gestión, de recursos, de sus talentos, de sus cuadros intelectuales y científicos. Respecto del ahorro nacional, tenemos el suficiente para realizar la masa de inversiones que necesitamos, tal vez un solo indicador basta para mostrar que la respuesta es afirmativa y es el hecho de que, en virtud de las pésimas respuestas a la globalización, el capital argentino se fue mientras nos endeudábamos hasta el límite de la insolvencia y vendíamos lo que teníamos; hay tanta plata argentina afuera como cosas vendimos y deuda tenemos. Lo cual quiere decir que no es que tengamos un problema de insuficiencia de ahorro, tenemos una insuficiencia de condiciones para que ese ahorro se retenga. Pero tenemos condiciones para alcanzar tasas de ahorro nacional del orden del 20 al 25%, que permiten tasas de crecimiento suficientes. En realidad, en estos tres años, sin ayuda extranjera de ninguna naturaleza, pasamos de una inversión del 12% a poco más del 20% y estamos avanzando en ese sentido. Claramente, nuestros países (cuando digo nuestros países pienso en América Latina) tienen las condiciones suficientes para desarrollar una política independiente.

Tengo una profunda fe en que, en la medida en que estemos movilizados, en que insistamos y en que la inteligencia sea puesta al servicio del país, otra América Latina es posible.

RAÚL PRADA

La actual coyuntura ha abierto nuevos horizontes políticos; ha dado la posibilidad a modificaciones y hay síntomas importantes en América Latina, en Uruguay, Brasil, Venezuela, etcétera, que si bien no han empezado a definir y a diseñar la problemática del Estado y del gobierno –como en Bolivia–, los movimientos sociales están abriendo perspectivas con relación a la crisis del Estado y a la crisis de la economía. En el contexto y la coyuntura actual del modelo del capitalismo, la variable más importante en estas condiciones, son los movimientos sociales, las luchas de clases,

Obviamente, habría que ver en perspectiva y a largo plazo lo que está ocurriendo y darle un significado histórico a la actual crisis del capitalismo, y darle también un significado subjetivo y político, ya que está trastocando y abriendo horizontes de cognoscibilidad y

horizontes políticos como son los movimientos sociales y las luchas de clase.

Estos cambios, en estas condiciones de lucha, de resistencia y de ofensiva al capitalismo no pueden entenderse sin la participación, la construcción y el sacrificio de la gente que no solamente ha entregado su tiempo, sus deseos, sus pensamientos, sino que ha entregado lo más valioso que tiene, su vida.

En un contexto más amplio podemos encontrar cuatro ciclos importantes del capitalismo. El primer ciclo se da a partir del siglo XVI, con la modernidad, con la conquista, la colonia y su expansión en términos del mercado mundial. Es el ciclo del capitalismo genovés, que tiene que ver con la financiación de las carabelas y la búsqueda de nuevas rutas. El segundo ciclo está dado por el capitalismo holandés que traslada el capitalismo del Mediterráneo al Atlántico y da comienzo a la expansión. Estos dos capitalismos tienen la característica de constituir un capitalismo de flujos, de ciudades y en el caso holandés, de acciones. Todavía no hay una articulación del capital con el Estado.

En el tercer ciclo el capitalismo empieza a diseñar otra forma, otro tipo de modelo, que no solamente tiene características de expansión, sino fuertes características de consolidación y de transformación social. Esto es, construir una sociedad a imagen y semejanza del capital. Se da en Inglaterra, cuando se casan el capital y el Estado. Es un capitalismo básicamente territorial que va a adquirir características imperiales. La expansión empieza entonces a adquirir no sólo connotaciones económicas sino connotaciones políticas. O sea, se trata de conquistar nuevos mercados a través de la conquista de tierras y la reducción de los indígenas.

Este capitalismo es el que va a dar una tonalidad fundamental a las formas no solamente económicas, sociales y culturales sino fundamentalmente a las formas políticas. El Estado va a ser un elemento fundamental de la expansión, del crecimiento, de la acumulación del capital. Un dispositivo del capital.

Olvidar esto implica precisamente tratar de salirse de la historia y solamente se puede salir de la historia si se hace ficción. Sobre todo para las poblaciones nativas, las poblaciones indígenas, el Estado es otra cosa, ha sido el dispositivo fundamental de la avanzada colonial. Es un instrumento de destrucción de las culturas, de las posibilidades societales y civilizatorias que habían en estas sociedades.

Entonces el Estado ha sido el dispositivo más importante de la colonización y éste no ha dejado de ser un Estado colonial. Coloniza tierras, coloniza cuerpos, los domestica, los disciplina, los tortura, marca en ellos un color, los discrimina, imprime un tipo de racismo. El Estado es un Estado racista. La percepción que tienen los indígenas de Bolivia, Ecuador, Perú, México, Guatemala y, donde todavía

hay poblaciones indígenas, es la de una memoria larga de los indígenas. Ellos no pueden tener una memoria corta, y a través de la memoria corta interpretar lo que está ocurriendo, sino que tienen una memoria larga. Tienen que remontarse a los nacimientos precisamente de este acontecimiento que ha destruido sus civilizaciones y sus sociedades.

No podríamos explicarnos entonces lo que está ocurriendo ahora. Ciertamente hay una crisis, no solamente del modelo neoliberal, sino una crisis de la cuarta versión del ciclo del capitalismo: el capitalismo norteamericano. El traspaso de postas que hacen los ingleses a los norteamericanos se da precisamente en coyunturas muy especiales, de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, de luchas imperialistas. Eso va a dar lugar a, por un lado, una crisis profunda, donde si bien emerge una forma más pujante del capitalismo –que no solamente es territorial y estatal sino que recupera las viejas formas genovesas y holandesas del flujo y de las acciones, de un capitalismo desterritorializado–, que constituye el capitalismo norteamericano, por otro lado, al otro lado del mundo, se da una revolución obrera.

Por lo tanto el capitalismo va a vivir constantemente con su sepulturero, que es el proletariado, va a convivir con su propia alteridad que le va a disputar el mundo y los territorios. En ese contexto, el capitalismo norteamericano vive varias crisis. Una de las más importantes ha dado lugar a las reflexiones keynesianas y a las formas del capitalismo interventor después de la crisis de 1929. Los capitalismo no han dejado de vivir con sus propias crisis, aboliendo sus propios límites, aquellos que le imponen las tendencias decrecientes de la tasa de ganancia.

Va a lograr, a partir no solamente de la revolución industrial, sino de otras gestiones que van a ser más dúctiles, abrir nuevas fronteras, nuevos mercados, va a crear nuevas formas de explotación. El paso de ese capitalismo disciplinario, que era el fordismo al toyotista, posfordista, que se da alrededor de los años sesenta, abre no solamente nuevos horizontes, sino que es un capitalismo que no solo se apropia del trabajo, sino que se apropia de la vida. Ya no es solamente la teoría del valor la que va a dar lugar a una explicación del capital. Es indispensable ir más lejos. No es el trabajo, es la vida. Se apropian de la vida, y la gestión de vida precisamente da lugar a esta forma de expansión del capital.

En estas condiciones obviamente se da la crisis que no es solamente crisis del modelo neoliberal, sino es una crisis del capitalismo.

No se trata de ninguna manera de transformar un régimen neoliberal en otro régimen capitalista y darle una nueva versión keynesiana, un nuevo modelo de intervención estatal, porque eso no resuelve los problemas fundamentales, que sostiene los otros pro-

blemas y los otros fundamentos como condición de posibilidad, que es precisamente la explotación a través del capital. Eso lo tienen muy claro sobre todo los indígenas que se han levantado en la guerra del agua, en abril del 2000. Los indígenas que han tomado el territorio, han copado todos los caminos, han inventado una metodología no solamente de protesta, sino de autonomización de sus propios territorios, de reterritorialización de la insurrección, el bloque. Y han dado lugar a transformaciones sintomáticas en el mapa institucional y en el mapa político en Bolivia. Estos indígenas lo que se están planteando ya temprano, en la guerra del agua del 2000, es una Asamblea Constituyente, pero como instrumento del poder constituyente de las multitudes. Porque muchas de nuestras asambleas, en realidad han sido la convocatoria a unos cuantos abogados, donde las grandes mayorías no estaban presentes y por lo tanto si no estaban presentes las mayorías indígenas, no podía haber ninguna Asamblea Constituyente, porque no había democracia.

En esas condiciones ellos están planteando la refundación de la nación. La fundación de una verdadera nación, nacer con todos juntos. Esto implica una tarea muy grande constitutiva de la gran participación de todos, pero no solamente como individuos, sino también como comunidades, no solamente como comunidades sino también como proyectos civilizatorios alternativos al capitalismo.

Entonces dicen los indígenas, que tienen posibilidades de ofrecerle a Bolivia, pero también a América Latina y quizá al mundo, otras alternativas al capitalismo. Esas alternativas han sido truncadas por la conquista. Lo que se plantean entonces con la Asamblea Constituyente es trastocar profundamente todo el régimen colonial, la descolonización, la lucha contra el capitalismo y la modificación sobre todo del modelo neoliberal.

La descolonización significa imponer un régimen indígena como transversal a todos los regímenes y toda la composición del Estado en transición. Un régimen multicultural que incorpore las lenguas y las culturas en la gestión social y en la gestión política, en el trámite entre esta relación compleja que hay entre Estado y sociedad. Revisar sustantivamente un régimen de tierras, que implica fundamentalmente que a pesar de la reforma agraria de 1953 en Bolivia se ha vuelto a reeditar el monopolio de la tierra. Unas cuantas familias controlan el 70% de la tierra cultivable. Romper todos los monopolios, el monopolio de la tierra, el monopolio de las finanzas, el monopolio de los medios de comunicación. Tratar de romper estas formas de propiedad y abrirse a formas de propiedad colectiva, comunitaria, rescatando precisamente las gestiones sociales comunitarias, o proyectos políticos como proyectos societales y estatales.

Esto lo deberíamos meditar mucho, porque va más lejos que resolver el problema de salir del neoliberalismo para entrar en otra forma del capitalismo.

Otra cosa que sabemos muy bien en Bolivia es que no vamos a resolver el problema boliviano solos. Hemos sido amenazados ya por Condolezza Rice cuatro veces. Que además del problema cubano, que es un peligro para la seguridad norteamericana, el problema venezolano, los indígenas bolivianos son un problema para la seguridad norteamericana. Hay una base militar norteamericana en Paraguay, muy cerca de Bolivia y muy cerca de donde están los pozos petrolíferos y los yacimientos gasíferos. ¿Para qué están ahí?

Los indígenas ven muy claro el peligro de una intervención norteamericana. La única manera de evitar esa intervención o contestar esa intervención, no es solamente a través del movimiento boliviano y los movimientos indígenas populares bolivianos, sino a través de la coordinación de la participación de todos los movimientos. En ese sentido la propuesta es la siguiente: trabajar una integración, no desde arriba, eso es un fracaso, sino trabajar una integración desde abajo, desde las sociedades, desde los movimientos sociales de nuestros países. Trabajar de una manera coordinada, no solamente para evitar intervenciones; hacer una lucha mancomunada que se enriquezca a partir de la experiencia diferencial de nuestros movimientos. Esa coordinación, esa integración transformadora de trabajo debe implicar las bases sustantivas sociales para estructurar nuevas formas de Estado, abiertas y, esas nuevas formas de Estado tienen que ver, básicamente, con la patria grande: América Latina.

PLINIO SAMPAIO

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA AGENDA ALTERNATIVA para enfrentar la reversión neocolonial, que hace avanzar la barbarie, coloca como desafío la necesidad de una profunda ruptura con el orden neoliberal. Es necesario tener claro lo que no queremos, lo que queremos y, sobre todo, es necesario saber cómo llegar de una cosa a otra. La clave del problema está en la negación de un patrón de desarrollo basado en la copia de los estilos de vida de las economías centrales y en la afirmación de un estilo de desarrollo que coloque como prioridad absoluta la satisfacción de las necesidades sociales de las capas desfavorecidas de la población y la defensa intransigente de la soberanía nacional.

Por lo tanto, la premisa fundamental del proceso de transición es vencer el bloqueo cultural que nos impide mirar más allá del horizonte neoliberal. La hegemonía del pensamiento neoliberal cristalizó una estructura mental que bloquea el debate nacional sobre las opciones de política económica. La estigmatización de cualquier posibilidad de ruptura con el status quo nos deja atrapados en los marcos del neoliberalismo. En otras palabras, hay que construir una

firme voluntad política de cambiar. Tenemos que salir de la trampa de la estabilidad como norma suprema, de la competitividad internacional como un objetivo mayor incuestionable. Es imposible abrir nuevos horizontes para el pueblo latinoamericano si no ganamos la batalla de las ideas.

Es importante que sepamos que es imposible definir, de antemano, el modelo económico alternativo, porque, hasta cierto punto, se hace camino al andar. Pero esta relativa indefinición sobre el futuro no debe ser un factor de paralización. Lo fundamental es desencadenar un proceso de ruptura que corte los nudos fundamentales que sostienen el neoliberalismo. La tarea inicial es superar las barreras económicas e institucionales que buscan por todos los medios tornar el neoliberalismo irreversible. El pueblo debe saber que eso no se hará sin grandes costos económicos y sociales. Este fue uno de los graves errores de Lula. El pueblo brasileño se cansó de escuchar de Lula diciendo que, en su gobierno, los cambios vendrían sin ningún tipo de turbulencia económica y social. Es una ilusión imaginar que vamos a transitar sin costo. Si quiere cambio, el pueblo tiene que estar dispuesto a pagar el precio de la transición, que es alto.

El punto de partida de la transición para otro modelo económico pasa por la recuperación de la capacidad de intervención del Estado en la economía. En la práctica, eso significa: 1. Restaurar el poder de las autoridades sobre la moneda, restableciendo el poder del Estado para manipular las tasas de interés y de cambio; 2. Reconstruir la capacidad del sector público de hacer política fiscal, creando las condiciones necesarias para que la receta tributaria, el gasto público y el endeudamiento público funcionen como instrumentos de la promoción del desarrollo nacional; 3. Recuperar los mecanismos de regulación de las actividades económicas estratégicas, estableciendo parámetros públicos para la utilización de las divisas internacionales, la distribución de los recursos financieros, la definición del sentido del comercio internacional y de las inversiones extranjeras, el modo de operar de las grandes empresas, etcétera. En otras palabras, difícilmente se logrará priorizar el combate a la miseria y a las desigualdades sociales sin un conjunto de medidas duras que dinamiten los pilares que sostienen el neoliberalismo.

En este aspecto, no hay espacio para gradualismo y mucho menos para tergiversaciones. Es necesario: 1. Liberar la política económica de la tutela del FMI y del Banco Mundial; 2. Centralizar todas las operaciones con moneda extranjera –precondición para el desmonte de la trampa de la deuda externa y para el bloqueo de movimientos de fuga especulativa de capitales; 3. Reestructurar la deuda interna del sector público y eliminar toda la legislación que subordina la política fiscal a la lógica de generar creciente superávit fiscales para honrar los compromisos con los rentistas del Estado; 4. Restaurar la preponderancia del poder político en la conducción

de la política monetaria, lo que implica eliminar la autonomía, de hecho y de derecho, del Banco Central; y, finalmente, 5. Retirarse inmediatamente de las negociaciones del ALCA y repudiar todos los pactos espurios que condenan nuestras economías a una posición subalterna en el sistema capitalista mundial.

Por otro lado, es importante reflexionar sobre la base política y social de una nueva agenda. La transición para otro patrón de desarrollo tiene que ser concebido como un proceso político y social que permita una acumulación de fuerzas. La confrontación con el neoliberalismo va a desencadenar una reacción contrarrevolucionaria que sólo puede ser combatida si hay una perspectiva de cambio más profundo. En otras palabras, los cambios de corto plazo colocan grandes retos a mediano y largo plazo.

¿Cuál es el modelo económico alternativo? Es fundamental colocar algo en el lugar del neoliberalismo. Por eso, la importancia de construir un programa de reformas estructurales: reforma agraria, reforma urbana, políticas de pleno empleo y reducción de la jornada de trabajo, medidas que aseguren la soberanía nacional. Pero, ¿cuál es el espacio real de la reforma social en el capitalismo contemporáneo? El problema fundamental puede ser planteado de la siguiente manera: ¿en la era del imperialismo total, es posible hacer tales cambios dentro del capitalismo dependiente? Si no, cabe la pregunta: ¿en las condiciones concretas del mundo, es posible superar el capitalismo dependiente sin romper con el propio capitalismo? Son preguntas difíciles de responder, pero que no tenemos cómo eludirlas. No puede haber duda. Estos cambios tienen una connotación anticapitalista y socialista. Donde la urgencia es colocar en la agenda política latinoamericana el socialismo como única alternativa capaz de borrar la barbarie capitalista.

Para finalizar, quiero destacar cuatro cosas que me parecen particularmente importantes después de la triste experiencia del gobierno de Lula:

Primero: la construcción de una voluntad política capaz de desafiar la hegemonía neoliberal debe tener como sustento una fuerte organización, conscientización y movilización popular. Los gobiernos no se mueven si no hay fuerte presión de abajo. El pueblo no debe esperar ningún avance social que no tenga fuerza para conquistar con sus propias manos.

Segundo: para evitar ilusiones y trampas, es fundamental que los intelectuales y los dirigentes de izquierda no hagan ninguna concesión y critiquen de manera implacable al neoliberalismo. Es necesario decir siempre la verdad, aunque le duela al gobierno.

Tercero: más importante que disputar el gobierno es disputar la sociedad y influenciar al gobierno desde afuera. El riesgo de pretender influir desde adentro es que esto crea lealtades que obliga a los movimientos sociales y a las fuerzas políticas a subordinarse a

una razón de Estado que los inmoviliza. Esa es la experiencia que tuvimos en Brasil. Es importante hacer reivindicaciones que sean alcanzables y luchar por ellas. Como también es importante defender con intransigencia cualquier ataque a los derechos adquiridos. Eso se puede hacer con campañas concretas, armando coaliciones, con campañas contra el ALCA, por el no pago de la deuda, por una reforma urbana, por la reforma agraria. Coaliciones en torno a cuestiones muy concretas.

Finalmente, nunca está demás insistir en la importancia de la independencia de los movimientos sociales y de los partidos con relación al gobierno. Lo peor que le puede pasar a los movimientos sociales, sindicatos y partidos es subordinarse a la razón de Estado del gobierno. Es lo que explica la tragedia del Partido de los Trabajadores (PT) y de la Central Única de Trabajadores (CUT) en Brasil.

ATILIO BORON

HACE YA MUCHOS AÑOS, en 1994, durante su intervención en un seminario sobre neoliberalismo organizado por la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), Perry Anderson sostuvo que había algunas lecciones que la izquierda debía aprender de los teóricos, ideólogos y activistas del neoliberalismo. Explicaba que, en la década de los cincuenta, el neoliberalismo era una minúscula secta—como probablemente lo seamos hoy los críticos del neoliberalismo—que se reunía en una pequeña estación invernal de los Alpes Suizos. Hoy, los neoliberales se reúnen en Davos, son miles, y sumamente poderosos. ¡Hicieron una gran trayectoria!

La primera característica de los neoliberales es que nunca tuvieron miedo de pensar a contracorriente. Ellos hicieron un diagnóstico, y no entendieron razones por más que se los criticara. En la época en que estudié en Harvard, en los años setenta, Milton Friedman y Friedrich Von Hayek no eran tenidos en cuenta en los cursos de economía, por considerárselos unos ideólogos extravagantes, unos energúmenos no dignos de un aula universitaria.

Su mérito fue que nunca se apartaron de la idea de que el mercado era aquel que mejor asignaba los recursos: lo mejor, lo más racional. Y, al cabo de veinticinco años de prédica permanente sin temor de ir a contracorriente, sus ideas terminaron por prevalecer. Una lección importante que debemos aprender de ellos es no tener miedo de defender nuestros principios, y ser conscientes de que estamos defendiendo ideas superiores desde el punto de vista ético. El temor a decir que somos de izquierda—que a veces nos embarga—debemos dejarlo definitivamente atrás.

La segunda característica de los neoliberales es la total intransigencia con sus adversarios: nunca les concedieron nada. Por

tanto, si hoy nuestros críticos nos dicen que hay solución para nuestros problemas en este sistema, debemos denunciar la falsedad de tal propuesta. Sabemos que no hay solución posible en el capitalismo. Es un sistema que durante quinientos años ha demostrado que no puede resolver los problemas de la humanidad. Si China, con poco más de mil doscientos millones de habitantes que salieron de la pobreza gracias a una estrategia heterodoxa de desarrollo, hubiera persistido en la situación de miseria generalizada que la caracterizara por tantos años y a esa cifra le agregáramos la que se agrupa en el Tercer Mundo (incluyendo la India, por supuesto) entonces, se comprobaría que con el capitalismo las dos terceras partes de la población mundial estarían condenadas a vivir con menos de dos dólares por día. Si el capitalismo ha reducido la escala de la devastación social que produce su funcionamiento es a causa del fenomenal crecimiento de la economía china, con un modelo que poco y nada tiene que ver con el Consenso de Washington. En conclusión, el capitalismo es parte esencial del problema, y no parte de la solución. La solución, si la hay, será no capitalista. Por eso Perry Anderson nos instaba a no olvidar que los neoliberales no aceptaron ninguna dilución de principios; a no pensar que, diluyendo nuestros principios y aceptando políticas “capitalistas con rostro humano”, habríamos de ganar algo. Por el contrario, ellos no diluyeron un solo principio y, a la larga, cuando cambió la coyuntura mundial (que es algo que no podemos controlar) ellos estaban ahí para ofrecer una alternativa.

La tercera característica del neoliberalismo fue no aceptar como inmutable a ninguna institución establecida. Los neoliberales no sólo fueron a contracorriente, sino que siempre creyeron que la oleada de nacionalizaciones y la gran expansión estatal de los años de la posguerra podía revertirse. Hoy tenemos la capacidad de hacer lo mismo: la tragedia de los noventa no tiene por qué ser asumida como una situación irreversible.

Hay que estar preparados para el momento en que se produzca un cambio cuyas proyecciones y cuya génesis van mucho más allá de lo que ocurra en Argentina, Chile o Brasil. El capitalismo es un sistema que se mueve a nivel mundial, y difícilmente estos países puedan, por sí solos, torcer el rumbo. Debemos tener una respuesta preparada, y no empezar a buscarla en el momento en que este cambio se produzca. Creo que en el espíritu de la izquierda estas lecciones no han sido suficientemente tomadas en cuenta.

Por otro lado, también podemos extraer lecciones en lo que respecta al *default* de Argentina. Este tema era tabú. El no pago de la deuda, la posibilidad de retirarse de los mercados, no se podía ni siquiera mencionar, porque una política de este tipo habría significado el fin de cualquier economía. Esto que en Argentina se llevó a cabo de manera improvisada, como último recurso, y a cargo de personajes

nefastos, presenta un balance francamente positivo, cuando se analizan los costos que pagó la economía y los beneficios obtenidos.

Cuando se observa la performance macroeconómica de Argentina en estos últimos tres años, ésta demuestra que no pasa absolutamente nada. Y no pasa absolutamente nada porque el tema de la deuda externa es un gigantesco chantaje. Si Uruguay no paga la deuda externa, no pasa nada. Y si Argentina no paga, no pasa nada, como de hecho no pasó, porque lo que nosotros debemos al sistema financiero internacional es una fracción minúscula. Los países del Tercer Mundo debemos menos del 9% de la deuda mundial. El problema se produce cuando no pagan Estados Unidos, la Unión Europea o Japón. Pero el amperímetro del sistema financiero internacional no se mueve si Uruguay o Argentina no pagan. Tal vez se mueva un poco si el que no paga es Brasil.

Lamentablemente, las clases dominantes y las elites políticas han internalizado el chantaje: el pago de la deuda es un tabú que no se discute. El tributo imperial ha sido completamente naturalizado. Sin embargo, nosotros conocemos los argumentos desarrollados por economistas, filósofos, teólogos, historiadores y sociólogos que develaron la inmoralidad e ilegitimidad de la deuda. Su ilegalidad ha sido demostrada por afamados juristas. Como si esto fuera poco varios plebiscitos sobre la deuda realizados principalmente en Argentina y Brasil mostraron que una abrumadora mayoría de la ciudadanía democrática se manifestaba en contra de su pago. Pese a todo ello, la deuda se sigue pagando.

La enseñanza que deja una experiencia como ésta no se plantea, porque no nos atrevemos. Este no es un problema económico, es un problema político. El argumento económico –aun con todo el respeto que la ciencia económica me merece– es secundario respecto de la voluntad política de los gobernantes y las fuerzas que los movimientos populares tengan para imponer una decisión. La economía viene después; primero existe una decisión política, que nos dice que hemos de marchar por determinada ruta.

Después tenemos los otros, los que dicen, por ejemplo, “que se va a enojar Enrique Iglesias”. Claro que se va a enojar, por supuesto, si es un lenguaraz de los grandes capitales. Que se va a enojar Martín Redrado, el presidente del *Banco Central*; pero por supuesto si es un empleado a sueldo del capital financiero. Que la embajada americana, el *Wall Street Journal*, el *Financial Time*, que todos esos nos van a satanizar. ¡Pero sin duda! ¿O acaso alguno de nosotros piensa que se puede cambiar algo en América Latina sin suscitar este tipo de reacciones? No podemos ser tan ingenuos. Más aún: cuando esa gente, en vez de criticarnos, nos halaga, es porque vamos por mal camino. Me preocupa muchísimo que los mismos que aplaudieron las reformas “neoliberales” de Menem estén aplaudiendo ahora el rumbo de la economía brasileña.

Tenemos que tener mucho cuidado: no necesitamos en realidad esos aplausos, y el obtenerlos es motivo de preocupación. En el caso del movimiento social uruguayo, si los grandes medios financieros internacionales elogian la sensatez, la racionalidad y la responsabilidad del gobierno uruguayo, preparémonos para lo peor, porque ello quiere decir que vamos por un camino totalmente equivocado.

Es necesario estudiar qué pasó con la experiencia concreta del *default*, y qué acontece con las experiencias internacionales. Existe el doble estándar: a Iraq se le perdonó toda la deuda. Esto descalifica cualquier argumento que pretenda hacerse desde la economía. El problema, es cómo se construye en América Latina una correlación de fuerzas que posibilite avanzar en esa línea. Es preciso llevar adelante una inmensa tarea de movilización y organización popular; debe darse la batalla de las ideas, pelear en los medios de comunicación, modificar nuestro lenguaje para que la gente nos entienda. Muchas veces, los sectores de izquierda en América Latina no logran hacerse entender por la ciudadanía. Esto ocurre porque, muchas veces, confunden problemáticas inmediatas y coyunturales con problemas de largo plazo.

Ante quienes están viviendo en una villa de emergencia, no es posible plantear como estrategia de solución la construcción del socialismo, ya que, por ejemplo, estas personas necesitan resolver con urgencia el problema de la vivienda. Muchas veces se constata una falta de sincronía en el estilo de nuestro mensaje, no sólo en el caso de la izquierda, sino también de todas las organizaciones populares que en ocasiones cometen el mismo error.

El problema es sostener una correlación de fuerzas que permita poner en caja a las grandes empresas y redefinir nuestra vinculación con la economía mundial, y para esto se requiere poder político. Hay que construir ese poder político siguiendo los nuevos formatos organizativos y formando la conciencia de la ciudadanía, especialmente de los sectores populares. También, desarrollando una política inteligente de alianzas que nos permita armar este gran frente que necesitamos para avanzar en la dirección deseada.

En América Latina, a menudo se confunde alianza con identidad. Se definen alianzas para el estadio final de un largo proceso revolucionario. Esto es, las fuerzas se alían con otras con las cuales están en un todo de acuerdo en su objetivo de máxima. Y como ocurre en Argentina, pensando en el largo plazo no se construye, mientras tanto, una alianza suficientemente fuerte como para detener los embates del neoliberalismo en la vida cotidiana. En el afán de construir una alianza anticapitalista los sectores de la izquierda más radicalizada tropiezan con un obstáculo formidable: en las condiciones actuales este tipo de proyecto suma no más del 5% de los votos, y tal vez aun menos de fuerza social. No se puede, en consecuencia, construir una estrategia electoral victoriosa y no existen

condiciones, tampoco, para ensayar una estrategia insurreccional. En resumen: el peor de los dos mundos.

Una alianza que se oponga al neoliberalismo podría alcanzar el 35 ó 40% de los votos. Pero si nosotros confundimos la decisión táctica con la decisión estratégica, y elaboramos para la lucha táctica una alianza que sólo puede ser pensada para la fase estratégica final, estaremos condenados a la irrelevancia política. En Argentina hay mucha más izquierda antineoliberal de lo que se expresa electoralmente a nivel político.

CLAUDIO LOZANO

LO CENTRAL NO ES SI SOY O NO DE IZQUIERDA, sino en qué lugar estoy parado respecto a las prácticas populares que se vienen dando en los diferentes países del continente. Es preocupante cuando la noción de izquierda aparece independiente de las prácticas populares. Entre otras cosas porque todas estas experiencias que se están dando tienen muy poco que ver con la vieja tradición de izquierda de los sesenta y tienen modelos absolutamente distintos. Nadie puede asociar la experiencia del Partido de los Trabajadores (PT), la del chavismo, la del Frente Amplio-Encuentro Progresista-Nueva Mayoría (FA) actual, lo que estamos haciendo las diferentes organizaciones populares en Argentina, ni lo que está pasando en Bolivia, con las viejas tradiciones. Tienen novedades manifiestas, por lo tanto el tema de reconocer lo que está ocurriendo requiere de alguna discusión más concreta. En ese sentido, hay tres grandes temas, que es mejor separarlos y no debatirlos juntos.

1. El primer tema es *cómo se piensa la idea de transformación*, que es una idea vieja, que viene de la tradición libertaria, de la experiencia de la izquierda, nosotros somos tributarios de ella y hay que pensarla *en este nuevo tiempo*.

2. En segundo lugar, y que no se confunda con el primero, *cuáles son las estrategias que adoptan hoy las experiencias populares en cada uno de los lugares de la región*. Este es otro tema, que es muy difícil discutirlo si no se lo hace situado desde algún lugar, cada uno puede decir qué están haciendo el Movimiento de los Sin Tierra (MST) o la Central Única de Trabajadores (CUT) en Brasil, los diferentes movimientos sociales en Bolivia, el zapatismo en México, la Central de Trabajadores de Argentina (CTA) en Argentina, el PIT-CNT en Uruguay. Me parece central ver cuál es la estrategia de cada uno y nutrirnos de esa discusión.

3. El tercer punto, se refiere a *cuáles son las líneas y criterios que tenemos hoy para problematizar este momento y construir una agenda nuestra que nos permita intervenir*. E intervenir dónde. Se le asigna un lugar demasiado importante a la cuestión económica, por-

que hay una percepción de que en estas experiencias populares que han aparecido en la región hay una línea de continuidad con lo anterior, que es central, que es la cuestión económica y por tanto ahí es donde hay que problematizar más la discusión. Y hay una demanda de ver qué otras cosas podríamos plantear nosotros respecto a esto.

Son tres grandes temas, distintos, fundamentales, hay otros muchos más, que están permanentemente sobrevolando y mezclándose en la discusión.

Los compañeros con que trabajo en la Central de Trabajadores de Argentina, los que tenemos la responsabilidad de su conducción somos tributarios de una determinada concepción de *la idea de transformación*. Creemos que *el ejercicio de la soberanía popular, la participación colectiva*, que es el modo en que entendemos la democracia (no exclusivamente como la independencia de poderes y el sistema institucional liberal), es lo que permite poner en cuestión la dominación, tanto en lo relativo a la relación capital-trabajo como a todas las formas de dominación que existen y que no se terminan solamente con la cuestión de la relación capitalista. Y sólo ese ejercicio nos permite gestar condiciones que permitan poner –en la organización de nuestra sociedad, de una localidad, de un barrio o de lo que fuere– las condiciones para reproducir como prioridad *la vida*, la vida de la gente en primer lugar y la vida del conjunto del planeta, de la naturaleza. El objetivo nuestro es sustituir un mecanismo que reproduce un funcionamiento en donde lo central es la maximización del beneficio, por un mecanismo en donde lo que se garantiza es la reproducción de la vida.

El único modo de hacerlo y de organizarlo es sobre la base del ejercicio activo de la participación popular institucionalmente presente en la definición de esas condiciones. Por lo tanto la soberanía popular es el medio para suspender la dominación y organizar otra perspectiva y, por tanto, otra comunidad y en ese sentido otro pueblo y otra nación. Y esto se juega local, nacional, regional, continental e internacionalmente, se juega en todos los planos. No hay ninguna posibilidad hoy –en el marco de la crisis de nuestros países, donde se juega la vida y la muerte de la gente– de enunciar un proyecto emancipador si no está asociado a que uno está interviniendo en concreto, produciendo acciones concretas, que en algún lugar se reconocen en esa historia y en esa tradición.

Si no estoy movilizando algo, no estoy cambiando algo concreto y sólo enuncio un discurso. Ahora, si el discurso que se emite está enancado en acciones concretas de movilización, de cuestionamiento, de frenar los problemas que la dominación plantea y gestar nuevas experiencias sociales (por más acotadas que sean), ahí sí tenemos validez, legitimidad, podemos construir. Del mismo modo, no hay

capacidad de intervenir regionalmente si no podemos intervenir de manera local.

En esa perspectiva en nuestro país no hay forma de garantizar un proceso de transformación si no se posibilita que la sociedad intervenga organizada y colectivamente en las decisiones. En esa tarea, hay una prioridad en nuestro país para el tema de *los trabajadores*, por el tipo de cultura que tiene el movimiento popular en Argentina. Nuestra prioridad, en términos de construcción política, es organizar una nueva central de trabajadores. Esto genera discusiones porque la central que nosotros organizamos no es la central de la Argentina industrial; nosotros organizamos una central distinta, en donde nos preocupa que estén tanto los trabajadores organizados y sindicalizados (que son parte del núcleo formal y en blanco de la economía argentina) como aquellos trabajadores que están desocupados, precarizados o clandestinos. Buscamos un esquema nuevo de formulación de la práctica de la organización de los trabajadores que, en algún sentido, rompe con la tradición sindical anterior que sólo organizaba a los trabajadores registrados en blanco.

Esta propuesta se diferencia con planteos que tienen sectores de la izquierda de nuestro país, que consideran que el sujeto dinámico es el piquetero. Desde nuestra concepción, esa es una concepción fracturista de la unidad popular. Para nosotros los movimientos territoriales vinculados a la experiencia piquetera están adentro de la central, no están afuera. Hay otros que creen que no, consideran que el piquetero es el sujeto dinámico de la etapa. Y hay otros que creen que los trabajadores sindicalizados del sector formal son los únicos, son el sujeto dinámico, recuperando la vieja tradición de izquierda, donde el obrero tradicional sería el núcleo central de la organización popular para una construcción revolucionaria.

Nuestra concepción es minoritaria en la sociedad, la construcción política tiene tiempos. En el momento actual tenemos mayor legalidad institucional para plantear nuestras cuestiones, instalar nuestros problemas, formular nuestros discursos y consolidar el desarrollo de la organización popular atado a la mejora y a la disputa por el mejoramiento del nivel de vida de la población.

El tema de la intervención concreta, respecto al modo en que nos paramos frente al gobierno. Lo que tenemos que hacer es discutir qué es la dominación y todas aquellas acciones de política institucional que lleven adelante los gobiernos que fortalezcan la dominación deben ser resistidas por nosotros. Es tarea nuestra seguir problematizando las cuestiones, decirlas hoy, no mañana, porque se nos va la vida en eso. Es el único modo de disputar una etapa política, que es nueva, porque la sociedad se mueve más de lo que se movía antes y tenemos mejores condiciones para hablar, decir, construir y organizar. Si gobierna alguien que pretende hacer las cosas como corresponden, debo abrir más la discusión. Lo que ocurre en

todos estos gobiernos es que, pasado un primer lapso, al que discute lo ponen afuera. Esto es un problema y hay que combatirlo de entrada, porque implica la cerrazón absoluta de la gestión y la confrontación con la experiencia popular.

Por otro lado no veo de qué nos sorprendemos por la *gestión económica* del PT en Brasil o en Uruguay. Compañeros economistas del PT antes de asumir habían incorporado ya un conjunto de obstáculos para pensar una propuesta diferente y el vademécum de lo que nos dice la Academia de lo que hay que llevar adelante en el marco de la regulación macroeconómica de nuestros países. Y en un seminario en la década del ochenta, convocado por Danilo Astori, él ya en ese momento tenía un tipo de revisión crítica de sus “veleidades” izquierdistas del pasado que daba que temer. No hay que asombrarse. Nuestra construcción no logró el grado de desarrollo como para tener una hegemonía popular que permita también en el campo de la economía instalar otras cosas. Ahora, nosotros por eso ¿qué tenemos que hacer?, ¿decir que está bien? No. Tenemos que seguir enunciando un planteo que nos permita desmontar lo que están haciendo y plantear otra cosa. En esto hay *núcleos temáticos que son centrales*.

Primer tema: “No se puede establecer una relación distinta con el FMI”. Todos parten de ese vademécum. “El FMI es el acreedor privilegiado, por tanto... no se puede.” Nosotros no podemos aceptar este discurso, por más que –teóricamente– “nuestra” fuerza esté gobernando. Si dice esto se está apartando de lo que hemos construido, por tanto hay que discutirlo y combatirlo. Hoy por ejemplo, que Kirchner vende que ha hecho una negociación formidable y que él pone un parate de “hasta acá pago y más no pago”, frente a eso es importante decir que está pagando 5 puntos del PBI, igual que Lula e igual que acá en Uruguay, aunque me quede solo hablando porque no me crean o que me digan que está mal o lo que fuere, es mentira lo que está diciendo. Ahora, yo tomo el discurso de Kirchner y digo que *el discurso* está bien, pero no tiene nada que ver con lo que está haciendo. Es la diferencia que tiene con Lula, que sí dice lo que está haciendo. Los núcleos conceptuales de Lula incluso compran buena parte del paradigma dominante, no es como Kirchner que hace un lujo discursivo de la confrontación con el neoliberalismo.

Segundo tema: “No se puede, en términos económicos, cerrar la cuenta capital”. “Tenemos que mantener la libre movilidad de los capitales, tienen que ingresar y salir sin ninguna restricción o con restricciones muy elementales”, tan relajadas que no sirven para nada. Consecuencia: lo que nos están diciendo es que no podemos administrar el dólar y la tasa de interés en función de un proyecto de desarrollo y que no podemos tener moneda que podamos administrar. Este es un debate que tenemos que dar. ¿Vamos a discutir que las divisas son del país y no de los empresarios? La divisa es un bien

de utilidad pública, que además es escaso y debe servir para financiar el desarrollo.

Tercer tema: “No se puede distribuir, hay que crecer”, esto lo dicen todos también. Porque en realidad lo que hay es un reconocimiento de que la demanda que hay que abastecer es la que está, es la demanda mundial y la de los sectores acomodados de la sociedad. No es que van a cambiar la composición de la demanda para abrirle la puerta a otro proceso de producción, a otras necesidades de inversión y a otra estrategia económica. No podemos aceptar ese esquema, tenemos que discutirlo a fondo. Todos dicen que “el actor dinámico para resolver el problema es el empresariado, por lo tanto hay que cobrarles pocos impuestos y hay que darles plata para que inviertan, hay que hacerlo para que lleguen las inversiones de afuera o para alentar el capital local”. El tema de la apertura, por ejemplo, a nosotros se nos modificó el tipo de cambio, pero el coeficiente de apertura de la economía argentina es superior al de la convertibilidad. ¿Se puede resolver un proyecto de desarrollo si no revisamos las condiciones de la apertura? Imposible.

De esto resulta que hay *una agenda nuestra*, que en este contexto nosotros deberíamos poder instalar, desde la dimensión de la construcción política, hay claramente un universo y un imaginario colectivo que va en contra de la experiencia neoliberal, tenemos condiciones objetivas para plantear con fuerza la necesidad de *recuperar el control nacional del proceso de acumulación*. Esto es un tema clave. Y tenemos que demostrar cómo la ausencia de burguesía nacional y el modo en que los empresarios asignan el excedente, no se condice con la necesidad de la sociedad.

El primer punto de la agenda es proponer la regulación pública y la construcción de un área de intervención pública, respaldada por la sociedad (que puede involucrar PyMES, economía popular, etcétera), para construir otro líder en el proceso de desarrollo. Este tema de *quién conduce el desarrollo* en un contexto donde la burguesía nacional no existe, es un tema central y hay condiciones políticas para instalarlo. Si nosotros no decimos que hay que armar un área de economía pública, que implica rediscutir privatizaciones, potenciar economía social, potenciar pequeñas y medianas empresas, etcétera, nos estamos matando antes de empezar a discutir.

El segundo punto de la agenda es que la prioridad es la recomposición de los ingresos de la población y cambiar la composición de la demanda. Esto implica discutir cómo se hace una política de ingresos sería. En nuestro país como en otros también, no alcanza con la idea del salario y el empleo para resolver ese tema, porque el universo de sectores que están desempleados, en informalidad o clandestinidad laboral, no perciben nada. Por tanto debe haber instrumentos de política pública, de carácter universal, que lleguen al conjunto. Y esto debe ser una prioridad en términos de una política de

ingresos distinta. Tenemos que ser claros en señalar que no alcanza para redistribuir el ingreso con la política de salarios; eso fue parte de otra historia, hoy no es.

El tercer punto de la agenda es el de la integración regional. Una integración regional que tiene que ser distinta, porque ¿qué integración regional puede servir si no se discute la relación con los organismos multilaterales de crédito, la negociación conjunta de la deuda, no se define de manera conjunta cómo entran o salen capitales de la región? Hay que discutir esto de que mientras supuestamente nos integramos tenemos tratados bilaterales de protección a la inversión entre nuestros países y Estados Unidos o cualquier otro. Esa integración no tiene sentido. La reestructuración productiva sobre la base de la complementación de nuestras economías es un tema fuerza que tenemos que instalar desde la perspectiva de asumir que somos minoría en el proyecto político existente.

El último punto. El agotamiento de las experiencias tradicionales y del sistema institucional y voy a la cuestión del Estado. No se puede hacer esto si no construimos una nueva institucionalidad. La pregunta sobre qué pasa con los movimientos sociales si no tienen una estrategia de poder, se puede confundir con que para que tengan una estrategia de poder tienen que desembocar en la ocupación del espacio institucional actual. En realidad, lo que hay que asumir es que ocupar el espacio institucional actual no alcanza para hacer lo que queremos hacer. Se trata de hacer institucionalidad popular, hay que movilizar, pero ¿dónde se institucionaliza la participación popular? Tiene que tener algunas direcciones. Necesitamos democratizar la decisión de las políticas que se aplican en todos los campos, democratizar la decisión de cómo se asignan los recursos públicos, garantizar grados de participación que implican discutir las ganancias empresarias y la distribución del excedente. Eso es lo que puede sostener una regulación estatal distinta, y tiene ver con modos participativos de debate del presupuesto y con la participación de los trabajadores en las empresas. Si esto no está, todo lo que decimos que hay que hacer no se hace, porque nos destruyen antes. Tenemos que ser firmes, seguir instalando un conjunto de ejes y seguir diciendo que se necesita desbordar la institucionalidad dominante para plantear otro tipo de sociedad, aprovechando los momentos de mayor legalidad institucional para crearla.

En términos de formulación pública nosotros señalamos tres ejes: igualdad, soberanía y democracia. Son los tres ejes en torno a los cuales estructuramos nuestros planteos.

En cuanto al tema de la igualdad, somos muy enfáticos en que no sirve hoy en el contexto de nuestro país, una política de redistribución del ingreso sobre la base exclusiva del salario. Planteamos tres instrumentos sobre tres poblaciones: desocupados, chicos y mayores, que permitan un nuevo piso en el mercado laboral.

En Argentina con tasas de desempleo del 16%, con niveles de precariedad y clandestinidad del 50%, la discusión de los niveles de ingreso de los trabajadores que están ocupados en el sector formal, obviamente no tiene piso.

Hemos propuesto un criterio que es el seguro de empleo y formación para los jefes de hogar desocupados, con el criterio de que ese seguro debe servir para potenciar la incorporación de estas personas en el proceso de trabajo, y para mejorar sus condiciones de calificación laboral.

Sobre el tema de los chicos, estamos planteando reemplazar el régimen de salario familiar que cobran solamente los trabajadores que están en blanco, por una asignación universal por hijo que se pague contra chequeo sanitario desde los primeros años de vida del chico, y contra participación en el acto escolar durante el resto, a todos.

El tercer instrumento que es el que supone hacerse cargo de uno de los impactos que ha producido nuestro sistema previsional, es el de la jubilación universal. Poder jubilarse aunque sea con el haber mínimo a partir de los 65 años por la sencilla razón de que es creciente en Argentina, dadas las condiciones del mercado laboral y la privatización del sistema previsional, la cantidad de gente que no se puede jubilar.

Estos tres instrumentos para nosotros son claves para la construcción de ese piso. Obviamente esto debe ser acompañado con estrategias institucionales.

Otro tema junto con la política y la economía es la libertad sindical, porque si los trabajadores no pueden organizarse en libertad por más piso que haya, la capacidad de discusión no va a ser importante, por lo tanto favorecer estrategias en este sentido es clave.

Con respecto a la segunda cuestión, el tema de la soberanía nacional, para nosotros ahí hay tres cuestiones importantes. El uso de los recursos naturales, que hoy en Argentina es central, porque ha vivido un proceso de reprimarización muy grande, acompañado de un fuerte proceso de saqueo. En este sentido el tema de la pesca, la tierra, el petróleo y la minería, son centrales en términos de regulación pública. De la mano de eso va la captura de importantes rentas que empresas privadas se están apropiando sobre la base de un proceso fuerte de depredación.

La riqueza ictícola, del suelo, de los recursos minerales y la desaparición de los recursos petroleros de América Latina para nosotros esta discusión es en términos de la soberanía y de la organización del proceso económico.

La tercera cuestión está ligada al tema del comercio exterior y de la banca, en relación con el movimiento de capitales. Tiene que ver con restringir el movimiento de capitales, con centralizar las operaciones en divisas, con declarar la divisa como bien de utilidad

pública, con una apuesta fuerte a la banca pública de fomento sectorial y regional, y con las limitaciones a la banca extranjera en la apertura del ahorro interno.

El otro elemento es obviamente el tema de la deuda, en ese sentido tiene que ser claro no subordinar el desarrollo de su estrategia al pago. Hay que tener una estrategia clara de minimización de los pagos y de absoluta autonomía respecto a las recomendaciones de política de los organismos multilaterales de crédito. Obviamente también es importante el tema de integración porque hay una situación compleja.

Y en términos de democratización, el tema central para nosotros es cómo se reemplaza el tema de la burguesía nacional, por el tema de la construcción de un área de economía pública y social. Para nosotros el tema central es la discusión del proceso privatizador, de la asociatividad en la pequeña y mediana propiedad, de la economía popular entendida no como economía para pobres sino como nuevas formas de relación para organizar la producción, porque efectivamente en nuestro país hay un desarrollo importante de la economía popular, pero como respuesta de sobrevivencia de los sectores populares frente a la crisis, no como parte de una estrategia de organización de la economía, que es lo que en todo caso habría que tratar de hacer. Allí se juega un tratamiento diferencial a las PyMES, discusión de reformas a la propiedad, como puede ser el caso de algunos ámbitos de la reforma agraria y el tema de la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas. Estas cuestiones son claves en nuestra discusión.

MARCELO ABDALA

ES MUY IMPORTANTE LA REFLEXIÓN sobre su práctica y el diálogo entre la clase obrera uruguaya con la pléyade más avanzada de la intelectualidad del continente. Una clave para las transformaciones que nos planteamos en todo el continente es que los procesos de reflexión y de acción conjunta entre el pensamiento crítico y la clase obrera, efectivamente, puedan abrirse paso de una manera mucho más profunda en todo el continente, dado que una de las derrotas principales de los noventa fue la hegemonía incontestada del pensamiento único del neoliberalismo. Una de las derrotas más importantes que nuestro movimiento sufrió, además de toda la peripecia económica, política y social, el hambre de millones, fue la derrota de tipo ideológico, intelectual, en el sentido de no haber desarrollado hasta sus últimas consecuencias el pensamiento crítico.

Efectivamente estamos en un nuevo momento continental. Probablemente esto sea más difícil de concebir en muchos casos, si nosotros analizamos en forma autorreferente las peculiaridades de

los diversos sistemas políticos y los diversos gobiernos que hay en América Latina. Pero cada vez que nosotros relacionamos gobierno y sociedad, gobierno y correlación de fuerzas entre las clases y entre los potenciales y peculiares arcos de alianzas que permiten avanzar en una perspectiva transformadora, y cada vez que analizamos la relación gobierno y las luchas populares, efectivamente la respuesta se hace mucho más clara.

Queremos solamente ubicar algunas notas de la peripecia uruguaya y de cómo nos imaginamos el futuro saliendo con dos cuestiones claras. Aquí no está la izquierda reunida en su totalidad, participa un vector de transformación social que son los militantes del movimiento sindical que actúan en una parte del movimiento obrero, toda vez que el movimiento obrero es el conjunto de expresiones sociales, culturales, políticas e ideológicas, de los trabajadores en su lucha por superar el capitalismo como régimen social basado en la explotación.

Podemos hacer aquí un enorme acuerdo desde punto de vista intelectual, pero no daría cuenta de las necesidades de nuestros pueblos si son visiones que se ubican en una suerte de Monte del Olimpo, para mirar desde arriba las transformaciones que suceden en nuestras sociedades. Parafraseando al viejo Carlos Marx, no estamos en momentos de materialismo contemplativo, sino de actitud práctico-crítica de transformar nuestras sociedades, y en este sentido algunas de las cosas que quiero plantear son potenciales. También están implicando cómo nos paramos en la cancha para impulsar la situación política y social en una dirección o en otra. Hay mucho de subjetividad en el planteo, y de concepción de que no alcanza con estudiar el mundo, sino que hay que transformarlo.

¿En lucha contra qué concepciones se fortaleció y se abrió paso la táctica del movimiento obrero?

En primer lugar siempre tuvimos una confrontación en el plano de las ideas con todos aquellos que consideran que la política es el arte de lo posible. No compartimos esa visión. La visión del realismo político que en su peor expresión significó en los noventa la adaptación al sistema, porque era “lo único posible”.

Es oficio del diplomático el mantenimiento de los actuales equilibrios de fuerzas y correlaciones de fuerzas. Y el oficio del político, del luchador social, del luchador político de la izquierda transformadora, es construir las correlaciones de fuerzas que permitan hacer avanzar la idea de cambio.

Hemos tenido y seguimos teniendo mucha polémica con respecto a este tema, toda vez que nosotros decimos que el movimiento sindical no se puede parar, por ejemplo a decir amén a todo lo que venga desde el actual Poder Ejecutivo. Su función es organizar a los trabajadores, ponerlos en movilización para disputar que la salida sea efectivamente la más profunda, y para construir hegemonía des-

de el punto de vista del peso de las ideas de los trabajadores en la cultura, en la economía y la sociedad en el centro de la vida nacional.

En segundo lugar, también esta táctica se fortaleció contra el planteo virulento desde el punto de vista verbal, que hace abstracción de la construcción concreta de la correlación de fuerzas y del papel de cientos de miles, de las masas, que son quienes construyen la historia.

Desde nuestro punto de vista, en polémica con ambas opiniones, se fue desarrollando una estrategia que partió de caracterizar a nuestro país en el marco de América Latina como un país capitalista, dependiente, hipertrofiado y deforme, cuyas relaciones de producción traban el desarrollo de las fuerzas productivas. Que formuló que las tareas pasan por un cambio y por el desarrollo de una revolución democrática, agraria, antiimperialista, que es un componente de un proceso continental. Que se planteó una estrategia que tiene en cuenta la unidad y la lucha de los trabajadores en alianza con un conjunto de capas medias a los efectos de plantear un programa diferente, la unidad de todas las fuerzas que componen la izquierda uruguaya y la maduración y construcción de aquel proceso crítico, de construir una visión de conjunto entre los trabajadores.

Esto hace que sea una peculiaridad muy rara en el continente que en Uruguay hubiera una central única de trabajadores. O como fue posible, en el plano político que demócratacristianos se juntaran con marxista-leninistas, con comunistas, con socialistas. Desde las distintas perspectivas que hoy componen la izquierda uruguaya y nuestro movimiento, se parte de las peculiaridades de un proceso de acción que ha generado las condiciones para que cristalice desde el punto de vista político un larguísimo proceso de acumulación de fuerzas en la sociedad.

En ese sentido nosotros queremos ubicar dos elementos como hipótesis de trabajo. Hemos señalado que estamos en una situación en disputa, que en ciernes está el planteo de una lucha por la hegemonía, y hemos caracterizado el actual gobierno progresista en su composición de clase, como la unidad compleja y contradictoria de los intereses de los trabajadores con las capas medias del país, muy difusas, muy difundidas, más o menos tradicionales y con la presencia de sectores de la pequeña, mediana y no tan mediana producción de la ciudad y el campo en las filas de una izquierda que ha logrado unir a toda esa gente por un programa de desarrollo distinto.

Con la aclaración, de que en las dimensiones económicas de nuestro país, hablar de pequeña, mediana y grande, en la escala que tiene nuestro país a su vez es distinto a cómo se caracterizan los distintos sectores en el resto de los países.

Acá hay una situación muy paradójica, vamos a vivir durante todo un período en una paradoja, en una contradicción, que la posi-

ción de la relación de fuerzas en la sociedad va a dilucidar en un sentido o en otro.

Por un lado, una de las primeras medidas del actual gobierno, y allí están claramente reflejados los intereses de los trabajadores, es que se han convocado ámbitos de negociación colectiva de Consejos de Salarios, que no tienen como resultado principal, el tener un ámbito para la disputa, de cuánto va como generación de valor para el capital, y cuánto va como ingreso de los trabajadores. Tienen como cuestión principal el desarrollo de otras potencialidades, de organización de los trabajadores y generan una situación en la cual la inmensa mayoría de los trabajadores del país puedan organizarse. La inmensa mayoría de los trabajadores organizados en tanto que clase, desde el punto de vista sindical en una estrategia de independencia, de autonomía en sus decisiones, de los patrones, los partidos políticos y el Estado, y con una capacidad de movilizarse mucho mayor.

Pero por otro lado, hay una ortodoxia económica, un rápido acuerdo con el Fondo Monetario, que potencialmente inhibe las propuestas que hacen a un desarrollo productivo, desarrollo social y desarrollo democrático, que es la orientación crítica de los trabajadores.

Estas dos cosas son como el agua y el aceite, el desarrollo sistemático de la organización de los trabajadores y una orientación económica ortodoxa, restrictiva, eso es lío, seamos claros.

Por tanto en esta hora concreta, como película hacia adelante, no como fotografía, no hay tarea más revolucionaria que la organización de los trabajadores, que su conciencia, que su unidad y que su movilización desde el punto de vista de disputar, no en la esfera de la circulación, qué pedacito de valor generado va para ellos como salario y qué pedazo queda para el patrón como capital. Para disputar el conjunto de una perspectiva política en el marco de un proceso que objetivamente y subjetivamente si nosotros queremos es de revolución continental. En el marco de este laboratorio social y político que implica nuestro país, en donde a través del camino crítico de la profundización de la democracia, inclusive más allá de aquellos límites tolerables por la burguesía, por las clases dominantes, en el marco de una estrategia que es de desarrollo productivo, de desarrollo social y de desarrollo democrático, se genere la fuerza material, la fuerza ideológica y la fuerza organizativa para plantearnos en el marco de este continente la profundización de un programa en una fase de transición entre un modelo y otro, porque esa es la transición que estamos planteando, y la generación de las condiciones sociales y políticas para plantearse que la salida de esa cuestión agraria, educados en el antiimperialismo, educados en esas transformaciones sociales, sea efectivamente una salida anticapitalista.

Como esto no es una cuestión solamente de visión estratégica, de discursos, sino de fuerzas concretas en teatro de operaciones de

la lucha de clases, sociales, económicas, políticas e ideológicas, así estamos visualizando en el movimiento obrero, esta fase de transición y va a tener consecuencias en lo económico, en lo social y en lo político para el desarrollo de las luchas en nuestro país, en el marco de las luchas de todos los pueblos de América Latina.

REINALDO CARCANHOLO

Para abordar la cuestión de si hay o no espacio para políticas económicas nacionales en el marco de la globalización es necesario plantearse el problema de la hegemonía del capital financiero, especulativo y rentista como característica básica de la globalización en el capitalismo mundial.

Estudios realizados por Gerard Duménil y Dominique Lévy sobre la evolución de las tasas de ganancia en los Estados Unidos y en Europa a partir de los años sesenta muestran que el proyecto neoliberal determinó un significativo crecimiento en esas tasas, desde mi perspectiva, fruto de la lógica especulativa y rentista, pero no fruto de un re-ascenso del capital productivo.

¿Cómo es que se sostiene esa hegemonía del capital especulativo? En los años setenta lo que hubo fue una huida del capital del sector productivo hacia la especulación y hacia el rentismo. ¿Y cómo sobrevive un sistema capitalista que privilegia la especulación y el rentismo y no la producción? ¿De dónde sale lo necesario para ese crecimiento de las tasas de ganancia en esos países? Sin duda alguna sale de la política neoliberal que quiebra al movimiento popular, no sólo en los países del Tercer Mundo, y va a implicar la posibilidad de un incremento significativo de la explotación en todos los países. Crecimiento de la plusvalía absoluta vía extensión de la jornada, precarización del trabajo, intensificación de la jornada de trabajo (que tal vez haya sido el factor más importante), plusvalía relativa, superexplotación (el concepto de Ruy Mauro Marini) no sólo en los países del Tercer Mundo pero significativamente en ellos, y el proyecto neoliberal se proyecta en ese sentido.

Entonces, a partir de ahí es que me enfrento a la pregunta ¿hay o no espacio para una política económica nacional? Pero la formularía de manera diferente: ¿hay alguna fracción de la burguesía en nuestros países capaz de proponer un proyecto nacional, un proyecto con algún grado de autonomía, con algún grado de desarrollo propio de nuestros países? Tal vez la pregunta más importante sea esa. Y hay en Brasil un sector de personas que proponen una salida de ese tipo, incluso lo llaman “neopopulismo” y no es en broma. Por ejemplo, Carlos Lessa, que es un economista muy serio, José Carlos Assis también tiene una perspectiva en ese sentido, cre-

yendo que de hecho existe una fracción burguesa en Brasil capaz de proponer una nueva sociedad, un proyecto de sociedad sostenible.

Estoy convencido de que justamente por el hecho de que la forma capitalista de la que somos víctimas hoy implica un incremento necesario del grado de explotación de los trabajadores, no hay posibilidad de un acuerdo entre los sectores populares de los trabajadores y ninguna de las fracciones de clase burguesa en nuestros países. Porque todas ellas están comprometidas con esa perspectiva y de alguna manera también con la especulación y con el rentismo. Aunque cierta fracción tiene un pie en la producción, hay otro factor que me lleva a pensar que aun ella no sería capaz de proponerse seriamente un proyecto nacional, de desarrollo popular y nacional: el riesgo es muy grande y la fuerza necesaria para imponer un proyecto de ese tipo es inconmensurable, porque hay una resistencia muy fuerte, tanto internacional como interna, de la burguesía exclusivamente comprometida con la especulación.

Eso significa que ningún gobierno progresista, con apoyo popular, que haya llegado al poder a través de un proceso electoral, sin que haya logrado avanzar significativamente en una articulación del movimiento popular fuerte y hegemónico en la sociedad, por lo menos tendiente a la hegemonía en la sociedad, puede ser capaz de proponerse a articular un proyecto de economía nacional. Si sería posible, o es posible de hecho, un proyecto de ese tipo, si las masas populares están en la calle, si tienen efectivamente la posibilidad de una hegemonía en la sociedad, subordinando a esas fracciones de clase burguesa comprometidas más o menos con la producción; realmente sometiéndolas, no permitiendo que en la alianza sean dominantes. En este caso sí, a mi modo de ver, sería posible plantearse una propuesta de desarrollo nacional. Pero sí hay una dificultad: esos proyectos de desarrollo, populares, que eventualmente puedan aparecer a partir de gobiernos que llegan electoralmente, aun con fuerte apoyo popular, no tienen sobrevida si se quedan a medio camino. Porque en este momento no hay espacio para un desarrollo económico nacional popular. O siguen adelante y se radicalizan o desaparecen. O caminan rápidamente hacia una propuesta anticapitalista, socialista, o no van a quedar parados, van a ser destruidos, día más, día menos.

MARGARITA LÓPEZ MAYA

LO QUE HAN INTRODUCIDO LAS EXPERIENCIAS de izquierda, los gobiernos de izquierda, en los últimos años es un cambio del discurso político en la discusión actual en nuestras sociedades latinoamericanas. También algunos movimientos han introducido cambios de estrategias políticas como el movimiento zapatista y otros movimientos populares; también se han desarrollado cambios en la gestión pública, como han introducido algunos de los partidos, por ejemplo, el Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, y el gobierno de Chávez en los ámbitos de la gestión participativa en las gestiones locales. Esa introducción da la posibilidad de crear otro tipo de ciudadano que en la participación desarrolle los atributos ciudadanos plenos para ir construyendo una sociedad distinta.

Otro de los puntos, que en esta recapitulación de experiencias se pueden rescatar de los gobiernos de izquierda de los últimos años, es la conciencia de que la estrategia que se trazó la izquierda en los años noventa –una estrategia que de alguna manera fue comenzada con el libro de Jorge Castañeda sobre la izquierda, que planteaba que había que ir hacia un capitalismo con rostro humano–, no funcionó. Esa posición de la izquierda de aliarse con sectores más moderados, de irse hacia el centro, como “cayó el muro de Berlín, ya no hay nada que hacer, tenemos que ir al capitalismo, pero vamos a tratar de mejorarlo, etcétera”, ha terminado. Buena parte de las debilidades que hoy tiene la izquierda se debe a que en esa pugna por la moderación terminó con la izquierda yendo primero para el centro y después para la derecha. Entonces también existe –en términos de estrategia– una experiencia a lo largo de los años noventa y de los gobiernos de izquierda que hemos tenido que nos ha enseñado que esa estrategia no es la adecuada para la transformación de la sociedad.

ANTONIO ELÍAS

A MODO DE CIERRE, hemos realizado una síntesis, que no necesariamente compromete la posición de todos los panelistas. Los puntos principales donde hubo consensos importantes son los siguientes:

Se reconoce la existencia de fuertes restricciones en el marco del capitalismo para superar la grave situación de nuestros países, pero a la vez se percibe que no existe hoy una correlación de fuerzas que permita alcanzar en el corto plazo un nuevo modelo de sociedad. En esencia se entiende que si bien no se puede disociar el cuestionamiento al neoliberalismo del cuestionamiento al capitalismo, es imprescindible desarrollar políticas que acoten los efectos

nefastos del modelo neoliberal y creen condiciones para avanzar hacia una nueva sociedad.

Se entiende que hay una disociación entre la búsqueda de cambio que se expresó electoralmente en varios países, rechazando el discurso neoliberal y particularmente sus políticas económicas, y las políticas económicas que los gobiernos electos están llevando a cabo, las cuales tienen aspectos similares muy importantes con las anteriores.

Se consideró, también, que el proceso neoliberal y las políticas que lo continúan en mayor o menor medida han generado y generan daños devastadores en nuestros pueblos, provocando altos niveles de pobreza, indigencia, des-industrialización, pérdida de empleo formal, crecimiento del trabajo informal, segmentación social y primarización de la producción económica.

Todo lo cual está en total contradicción con lo que los economistas, sociólogos y dirigentes sindicales que han participado en esta actividad señalan como el objetivo principal que deberían tener los gobiernos, que es la satisfacción de las necesidades fundamentales de la población.

En ese marco, estuvimos discutiendo cuál es la agenda de cambios que tendríamos que impulsar. Presentamos las propuestas políticas, económicas, sociales y culturales integradas en un solo conjunto, dado que es muy dificultoso, y quizá innecesario, separarlas. Estas propuestas constituyen de hecho una agenda de temas y discursos alternativos que aportan a la construcción de las bases políticas y sociales del cambio.

Una tarea fundamental, que es condición necesaria, para lograr cambios reales y efectivos del actual sistema socioeconómico-político, es alcanzar una democracia participativa en todos los ámbitos de la sociedad, tanto en el espacio de las decisiones políticas como en lo que tiene que ver con los derechos de propiedad. Es necesario redistribuir y redefinir los derechos de propiedad buscando procesos de inclusión social y desarrollo. Esto incluye la incorporación de los trabajadores y las comunidades en los procesos de gestión y autogestión.

La independencia y autonomía de los actores sociales, fundamentada en la legitimidad que le otorga la defensa consecuente de los intereses comunes, respecto al poder político es una condición imprescindible para avanzar sólidamente en un proceso de cambios, que no puede quedar en manos de líderes ocasionales.

Un punto principal de esa agenda es la creación de mecanismos de desconexión relativa del mercado mundial. El proceso de apertura de nuestras economías impulsadas por neoliberales y ortodoxos nos dejaron en debilidad absoluta respecto al poderío económico financiero comercial del resto del mundo, especialmente de los países centrales. Si queremos avanzar por otros caminos tenemos

que analizar cómo crear y redefinir las fronteras de nuestras economías, para que nos permitan tener políticas económicas y Estados nacionales con capacidad de incidir fuertemente en los procesos de industrialización, en los procesos de distribución, en los procesos de satisfacción de las necesidades básicas de la población.

Un segundo punto que también fue significativo y relevante y que tiene directa conexión con el anterior, es el fortalecimiento de los procesos de integración regional que tiendan a la integración continental. Nuestras economías son economías pequeñas (aun las grandes son pequeñas en la economía mundial), y por lo tanto es importante la generación de un mercado latinoamericano poderoso, con capacidad de acumulación y ahorro para impulsar las inversiones y los avances científico-tecnológicos adaptados a nuestra situación, a nuestra lógica de país, tomando en cuenta la enorme cantidad de recursos humanos y materiales subutilizados o inutilizados.

Un tercer gran punto donde también hubo un sustantivo acuerdo entre los compañeros, es el papel del Estado, como un actor principal que debe contraponerse necesariamente a un mercado que –por su propia lógica– no atiende las demandas sociales de los que no tienen capacidad de pago, que genera procesos de concentración y centralización de la riqueza, y que origina una salida permanente de recursos de nuestras economías hacia los países centrales.

Otro punto central de coincidencia fue la necesidad de terminar con los procesos de flexibilización laboral que han llevado a situaciones de enorme pobreza, a la baja de los salarios, a la informalidad, a la fragilidad absoluta de los trabajadores frente a la voluntad de los empresarios, amos y señores de cada una de sus unidades productivas y que tratan de serlo también de la sociedad en su conjunto. Romper esa enorme asimetría entre capital y trabajo y fortalecer los derechos de los trabajadores, hecho que en nuestro país, lo quiero destacar como uruguayo, está sucediendo. Uno de los aspectos que es claro aquí es que existe un proceso de fortalecimiento de los derechos de los trabajadores que nos ubica en una nueva situación. Quiero señalar que las políticas de todos los gobiernos que estuvieron en cuestión no son homogéneas, no son lineales y que tener políticas económicas similares en buena medida a las anteriores no quiere decir que no haya cambios muy importantes en otros aspectos.

Todos estuvimos de acuerdo en que estamos en una situación de cambios, en un momento especial de América Latina, en el cual los aspectos económicos adquieren especial relevancia en el marco de las relaciones de poder. Esto determina el otro gran acuerdo que hubo sobre la necesidad imprescindible de cambiar las reglas de juego de nuestra economía y nuestra sociedad creadas por el neoliberalismo a lo largo de tres décadas, comenzando con los procesos de dictadura militar que hemos vivido y continuando con la

guerra de baja intensidad contra el movimiento obrero y los movimientos sociales que durante todos estos años se han sucedido en nuestros países.

El último punto que voy a señalar (estoy dando simplemente grandes pantallazos) es la participación democrática de la sociedad en la toma de decisiones económicas, en la administración de los recursos de la sociedad y en la definición de las reglas de la economía, la definición de las políticas públicas, la definición del papel del Estado, el fortalecimiento de un sector público, la generación de microemprendimientos, nuevas estructuras de propiedad, como en otros países existe, sobre la tierra y sobre aspectos urbanos. Todo eso es parte de la democratización y participación de la sociedad en este proceso económico. Sin participación social no habrá proyecto alternativo sustentable.

Todo lo señalado implica reflexionar sobre los cambios institucionales, en todos sus aspectos, en la medida que se ha producido un importante retroceso en los derechos adquiridos por nuestros pueblos. Reconociendo, además, que esos derechos siempre fueron insuficientes. Un tema capital del proyecto alternativo es la recuperación y creación de nuevos derechos legales y constitucionales. Lo cual debería expresarse, entre otros aspectos, en una reforma política y una reforma del Estado que fortalezca los mecanismos democráticos y representativos.

Esta es una síntesis que, sin lugar a dudas, no abarca la totalidad ni la complejidad de las propuestas expresadas en los debates, pero que, sin embargo, ilustra la concepción y los enfoques de este encuentro.

NOTICIA DE LOS PARTICIPANTES

MARCELO ABDALA

Secretario General de la Unión Nacional de Trabajadores Metalúrgicos y Ramas Afines (UNTMRA) e integrante del Secretariado Ejecutivo de la Central Única de Trabajadores de Uruguay, PIT-CNT.

ATILIO A. BORON

Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Harvard. Profesor Regular Titular de Teoría Política y Social, Carrera de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA) desde 1986. Investigador principal del CONICET. Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Recientemente le fue conferido el Premio honorífico de ensayo Ezequiel Martínez Estrada de la Casa de las Américas por su libro *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*.

REINALDO ANTONIO CARCANHOLO

Magíster en Economía, Universidad de Chile y doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es Profesor de Economía en el Curso de Ciencias Económicas y en el Programa de Posgrado en Política Social en la Universidad Federal de Espiritu Santo, Brasil (UFES). Profesor de Economía en las universidades: Federal de Campina Grande, Brasil (UFCG), Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN), Autónoma de Puebla (BUAP), de Costa Rica (UCR), Consejo Superior de las Universidades Centroamericanas (CSUCA), Universidad de Chile. Colaborador del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), Tutor del Programa de Enseñanza Tutorial-Economía/UFES (SESU/MEC, Brasil); Director Ejecutivo de la Sociedad Latinoamericana de Economía Política y Pensamiento Crítico. Ha escrito numerosos libros y artículos en publicaciones nacionales y extranjeras.

JUAN CASTILLO

Militante sindical y político desde 1982. Es dirigente del sindicato portuario (SUANP) desde 1985. Secretario de organización de la Central Única de Trabajadores de Uruguay, PIT-CNT desde 1995 y coordinador de la central desde 2003.

ANA ESTHER CECEÑA

Doctorado de Tercer Ciclo en Relaciones Económicas Internacionales por la Universidad de Paris I-Sorbona. Investigadora titular del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha trabajado en torno a los temas: recursos naturales, movimientos sociales, militarización y hegemonía mundial. Coordinadora del grupo de trabajo *Hegemonías y emancipaciones* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Miembro de la Red de Estudios de la Economía Mundial (REDEM) y de la Red de Economía Global-Global Economy Network (REG-GEN). Directora de la revista *Chiapas*. Miembro del plantel docente de los Programas de Posgrado en Estudios Latinoamericanos y en Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Docente de los cursos virtuales de CLACSO. Integrante del Jurado del premio *Pensar a contracorriente*, primera edición.

ENZO DEL BÚFALO

Economista, Doctor en Ciencias Sociales, Magíster en Filosofía y Magíster Scientiarum en Planificación del Desarrollo. Ha ejercido altos cargos en la administración pública venezolana y en organismos multilaterales. Actualmente coordina el área de “Prácticas Sociales y Producción de Subjetividad” en el Centro de Investigaciones Posdoctorales CIPOST/Universidad Central de Venezuela (UCV). Profesor titular de Teoría Económica Avanzada en la Maestría de Teoría y Política Económica y en la Escuela de Economía, Facultad de Economía y Ciencias Sociales, UCV. Profesor invitado de varias universidades en el exterior y consultor de organizaciones multilaterales.

ANTONIO ELÍAS

Máster en Economía. Profesor de Economía Pública y Economía Institucional e investigador del Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de la República (Uruguay). Fue Director Académico del Centro de Estudios Estratégicos-1815 y Director Ejecutivo del Instituto Fernando Otorgués. Integró la Mesa Representativa Nacional del PIT-CNT y fue directivo de la Asociación de Docentes de la Universidad de la República (ADUR). Actualmente representa a ADUR en el Departamento de Industria y Agroindustria del PIT-CNT; integra la coordinación de la representación del PIT-

CNT en el “Compromiso Nacional”. Es miembro de ATTAC y de la coordinación de la Comisión Ciudadana por la Auditoría de la Deuda Pública Externa e Interna (CCADE). Integra la Red de Economistas de Izquierda del Uruguay y la Junta Directiva de la Sociedad Latinoamericana de Economía Política y Pensamiento Crítico.

ABRAHAM LEONARDO GAK

Contador Público, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesor Honorario de la UBA. Rector de la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini. Director de *Enoikos*, revista de la Facultad de Ciencias Económicas, UBA. Director del Área de Proyectos Estratégicos de la Facultad de Ciencias Económicas, UBA. Director del Proyecto Estratégico Plan Fénix, UBA.

CLAUDIO RAÚL LOZANO

Licenciado en Economía Política, Universidad del Salvador. Realizó posgrados en: Estado y Política, Economía Política y Política Económica en Argentina, Macroeconomía, Epistemología de la Ciencia, Teoría del Desarrollo. Fue responsable del Área de Derechos Humanos del Servicio Paz y Justicia (SERPAJ) para América Latina y coordinador del Equipo de Sistematización de la Información sobre la Represión en Argentina conformado por los ocho organismos de Derechos Humanos. Fue miembro de la Conducción Nacional de Asociación de Trabajadores del Estado, Director del Instituto de Estudios y Formación, y Secretario de Capacitación, Estudios, Proyectos y Estadísticas de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). Actualmente es Diputado de la Nación, miembro de la Conducción Nacional de la CTA y columnista en diversos diarios y emisoras radiales nacionales.

MARGARITA LÓPEZ MAYA

Historiadora, doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Central de Venezuela. Profesora titular del Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) de la misma universidad e investigadora nivel IV del Programa de Promoción al Investigador de FONACIT (Venezuela). Fue directora de la *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Su campo de investigación y docencia es el proceso sociohistórico y sociopolítico contemporáneo de Venezuela, concentrándose en años recientes en el estudio de la protesta popular, los nuevos partidos y actores sociales, y temas de coyuntura política. Ha recibido diversos premios académicos. Es conferencista en múltiples universidades nacionales e internacionales. Ha sido profesora invitada del Kellogg Institute de la Universidad de Notre Dame, Andrés Bello Fellow del St. Antony's College de la Universidad de Oxford, y Edward Larocque Tinker Professor de la Universidad de Columbia.

RAÚL PRADA ALCOREZA

Realizó estudios de Sociología y Matemáticas en la Universidad Mayor de San Andrés, Bolivia. Maestría en Demografía, Colegio de México, México. Doctorado en Epistemología, *Instituto Foucault*, París-La Paz. Es Director del Círculo Epistemológico. Docente de epistemología en el Doctorado de Derecho, Centro de Estudios y Posgrado, Universidad Real, Mayor y Pontificia San Francisco Xavier de Chuquisaca, Bolivia. Docente de Poder Constituyente y de Teoría Crítica del Estado en el Diplomado en Poder constituyente y Estado del Círculo Epistemológico, Universidad Autónoma Gabriel René Moreno, Bolivia.

ÁLVARO RICO

Doctor en Filosofía, Universidad Lomonosov de Moscú. Docente de Ciencia Política y Director del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayo (CEIU), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay. Se ha especializado en historia reciente de Uruguay. Es coordinador de la red temática universitaria: "Dictadura, memoria(s) y derechos humanos".

PLÍNIO SOARES DE ARRUDA SAMPAIO JÚNIOR

Magíster en Economía de la Universidad Estadual de Campinas (UEC), Brasil, y doctorado en la Universidad Paris Dauphine. Profesor asistente del Instituto de Economía de la UEC. Fue investigador del Instituto de Economía del Sector Público de la Fundación Desarrollo Administrativo de São Paulo y asesor económico del Partido de los Trabajadores. Actualmente es asesor del Movimento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) y miembro del Consejo editorial de su Revista. También integra el Consejo editorial del diario *Brasil de Fato* y es asesor de la Pastoral Obrera de São Paulo. Tuvo una participación activa en la Campaña por el Plebiscito de la Deuda Externa y en la realizada contra el ALCA. Ideólogo y organizador del Manifiesto de los Economistas contra la política económica del gobierno de Luis Inácio Lula da Silva. Director de la Asociación de Docentes de la Universidad Estadual de Campinas (ADUNICAMP).

MIGUEL SOTO

Presidente de la Confederación Sindical de los Trabajadores Metalúrgicos de Chile (CONSTRAMET), confederada en la Central Única de Trabajadores de Chile (CUT).

LUIS ARMANDO SUÁREZ SALAZAR

Licenciado de Ciencias Políticas en la Universidad de la Habana y Doctor en Ciencias Sociológicas que otorga la Comisión Nacional de Grados Científicos de la República de Cuba. Profesor Titular Adjunto

del Instituto Superior de Relaciones Internacionales y de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. Es escritor, miembro el Consejo Asesor de la revista *Tricontinental* y de la Editorial de Lenguas Extranjeras “José Martí” y también del Consejo Editorial de la revista *Sociologías* de la Universidad Federal de Río Grande do Sul, Brasil. Además, es integrante del Consejo Consultivo de ex presidentes de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) y miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional de la Unión Nacional de Juristas de Cuba (UNJC), así como de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe (ADHILAC).

Este libro se terminó de imprimir en el
taller de Gráficas y Servicios SRL
Santa María del Buen Aire 347
en el mes de julio de 2006
Primera impresión, 1.500 ejemplares

Impreso en Argentina